







ESCRITOS ESPIRITUALES
del Venerable
MANUEL D'ALZON



BEATIFICATIONIS ET CANONIZATIONIS SERVI DEI
EMMANUELIS MAURITII D'ALZON
FUND. PIAE SOC. PRESBYTERORUM AB ASSUMPTIONE

Decretum Approbationis Scriptorum

Instante Rev.mo P. Romualdo Souarn, Postulatore legitime constituto causae Beatificationis Servi Dei Emmanuelis Maurittii d'Alzon, fund. Piae Societatis Presbyterorum ab Assumptione, E.mus ac Rev.mus D. Card. Granito Pignatelli di Belmonte, ejusdem causae Ponens seu Relator; in Ordinaria Sacrorum Rituum Congregatione ad Vaticanum habita subsignata die, discutiendam proposuit quaestionem de scriptis quae tribuuntur praefato Servo Dei.

Et E.mi ac Rev.mi Patres, sacris tuendis Ritibus praepositi, post relationem E.mi Ponentis praefati, audito quoque R. P. D. Salvatore Natucci, Fidei Promotore gen., rescribendum censuerunt: «Nil obstare quominus ad ulteriora procedi possit, salvo jure Promotoris generalis objiciendi si et quatenus de jure». Die 12 Novembris 1940.

Facta postmodum relatione SS.MO D. N. PIO PAPAE XII, per infra-scriptum S. R. C. Card. Praefectum, in audientia diei 20 Novembris 1940, SANCTITAS SUA responsum Purpuratorum Patrum ratum habuit ac confirmavit.

20 Novembris 1940,
(L. † S.)

CAROLUS Card. SALOTTI,
S. R. C. Praefectus
† A. Carinci, S. R. C.

Nihil obstat ex parte Congregationis

Romae, die 6a Januarii 1956
E. BORNAND, A. A.

Imprimi potest

Romae, die 18a Januarii 1956
Wilfrid J. DUFAULT, A. A.
Sup. Gen.lis.

Nihil obstat

Viroduni, die 27a Januarii 1956
L. CHOPPIN
Vic. Gen.lis

Imprimatur

Viroduni, die 2a Februarii 1956
† M. P. Georgius PETIT Episc.
Virodun.



ADVENIAT REGNUM TUUM

ESCRITOS ESPIRITUALES

del Venerable

MANUEL D'ALZON

FUNDADOR

de los Agustinos de la Asunción

y

de las Oblatas de la Asunción

(Para uso privado)

ROMA

CASA GENERALICIA

1956



Título original: *Écrits Spirituels du Serviteur de Dieu Emmanuel d'Alzon, Fondateur des Augustins de l'Assomption et des Oblates de l'Assomption*. Rome, Maison Généraleice, 1956.
(Para uso privado)

Traducción: P. Tomás González Herrero, a.a.

Diagramación: Srta. Loredana Giannetti

Revisiones: P. Julio Navarro Román, a.a.

Edición: Agustinos de la Asunción
Casa Generalicia, Roma, 2016
@: assunzione@mclink.it

PREFACIO

Nuestra Congregación, cuyo nacimiento selló la noche de Navidad del 1850, con la emisión de los primeros votos, ha tenido recientemente el gozo de celebrar su primer centenario con fervor y solemnidad. Este acontecimiento inspiró numerosas reuniones académicas y religiosas que ilustraron estudios profundos sobre el pensamiento y la obra del Fundador. En plena actividad en todos los continentes, nuestros religiosos vieron en tales solemnidades la invitación providencial a tomar más profunda conciencia de todo el patrimonio espiritual y apostólico que nos ha legado el P. d'Alzon. De ahí germinó el deseo de poner, de un modo práctico, al alcance de todos los nuestros, ante todo de cuantos están entregados al ministerio bajo tantas formas, los escritos de nuestro Padre, tan ricos en consignas y directrices, muy precisas, clarividentes y perfectamente adaptadas a todas las facetas del apostolado moderno.

Varias obras, por ejemplo las *Circulares* y las *Meditaciones* debiendo reeditarse, parecía ocasión propicia para publicar al mismo tiempo un buen número de textos inéditos, en los cuales circula siempre una abundante savia de vida asuncionista.

Ya fue una feliz consecuencia del Centenario la publicación de obras espirituales del P. d'Alzon en bien de tantas almas deseosas de perfección y de alimento sustancial, realizada por iniciativa del R. P. H. Bisson, en la elegante serie: *Les Cahiers d'Alzon*.

Pero, en el momento en que estamos empujando activamente el proceso de la causa de beatificación del P. d'Alzon, en que estamos examinando oficialmente sus escritos, en que escrutamos los secretos, los móviles de su vida espiritual y de toda su actividad, para despejar lecciones de heroísmo sobrenatural, el Consejo general ha juzgado oportuno agrupar en un único volumen

PREFACIO

(muy manejable pese a sus 1500 páginas: ventaja particularmente apreciada por los sacerdotes llamados a los desplazamientos del ministerio) y de una presentación cuidada, un conjunto de escritos destinados más directamente a guiar la formación y la actividad de los religiosos de la Asunción. Otros textos podrán aún, más adelante, ser reunidos en otro volumen y dispuestos en forma de meditaciones cotidianas, para uso de todas las almas fervorosas.

Hemos podido confiar felizmente al R.P. Athanase Sage la elección y el control de estos textos. Ya muy ducho en las obras y el pensamiento del P. d'Alzon por sus trabajos anteriores, tenía la ventaja de poder aprovechar su permanencia en Roma para consultar directamente los documentos auténticos de nuestros archivos, para trabajar en colaboración con el Postulador de la causa del P. d'Alzon, el P. Aubain Colette y los demás Padres de la Curia general. Por eso, me hago el deber de expresar aquí mi religiosa gratitud al R.P. Athanase por el amor filial y el sentido crítico con que ha llevado a cabo su trabajo.

Agradeciendo a la divina Providencia que nos ha permitido sacar adelante este proyecto, me alegro sólo con pensar que este volumen llegará a ser para todos los religiosos de la Congregación un auténtico libro de cabecera, estímulo diario para una mayor perfección, para un estudio más activo cada día de nuestro espíritu, para una entrega renovada sin tregua al servicio de la Iglesia.

Roma, 18 de enero del 1956.

Wilfrid J. DUFAULT, A.A.
Superior General

PRÓLOGO

En varias ocasiones, en tiempos del P. Picard y del P. Emmanuel Bailly, se pensó seriamente en publicar las obras completas del P. d'Alzon, pero las dificultades de los tiempos y la envergadura de la empresa desalentaron tales proyectos. Bajo el Generalato del M. R. P. Gervais Quénard, el P. Siméon Vailhé iniciaba la publicación de la correspondencia del P. d'Alzon: las cartas de 1822 a 1850 nos han ayudado admirablemente a comprender las primeras etapas de la vida del Fundador, de las que le somos deudores.

Estos Escritos Espirituales del Padre d'Alzon tienen un objetivo más modesto. A falta de las obras completas, ofrecen a los Religiosos de la Asunción, a quienes van dedicados más especialmente, un elenco ya bastante compacto de documentos conocidos o inéditos. No reflejan toda la actividad literaria del Fundador; la correspondencia de 1851 a 1880 –de la que algún día habrá que, si no proseguir la publicación, al menos publicar amplios extractos, como los Souvenirs intimes del P. Gervais Quénard ya nos han abierto el apetito– no ha sido casi ni tocada; lo mismo sucede con los escritos de controversia que evocan tantos trabajos emprendidos en pro de la causa de la Iglesia.

En la Primera Parte de esta obra encontrarán, junto con el Directorio, los escritos oficiales del Fundador: Instrucciones a los Capítulos, Circulares, Meditaciones,

cuyas ediciones están agotadas. Hemos adjuntado a éstos, documentos que tratan también, bajo diferentes aspectos, del fin y del espíritu de la Asunción. La Segunda Parte de esta selección se inspira, en cuanto al plan, de una página en la que el Fundador fijaba a sus Religiosos bajo tres acápites los objetivos mayores de la Asunción: Piedad, Instituciones, Combates. Esta parte comienza con notas íntimas y confidencias extraídas de la correspondencia del P. d'Alzon, que mostrarán, si fuera necesario, cómo todas sus consignas emanaban de una vida religiosa y apostólica ejemplarmente vivida.

Toda elección se expone a críticas. Algunos se mostrarán decepcionados por no encontrar aquella pieza más reveladora a sus ojos del espíritu del P. d'Alzon. Deben saber que deliberadamente hemos prescindido de aquellos documentos ya publicados y fáciles de conseguir, como las Instrucciones del sábado o las Instrucciones a los Terciarios de la Asunción, cuyas ediciones están lejos de agotarse, o ya recogidas en la colección en curso de los Cahiers d'Alzon. Algunas piezas de esta selección, de forma más o menos incompleta, podrán parecer inútiles; pero las más de las veces han sido incluidas porque marcan una etapa del desarrollo de nuestra espiritualidad y serán apreciadas por los religiosos interesados en la historia más íntima de la Congregación. Finalmente, muchos documentos menos conocidos se dirigen a religiosas: Religiosas de la Asunción y Oblatas, o bien a piadosas personas del mundo. Que los Religiosos no se enfaden por ello, más bien que lamenten el hecho de que nuestros primeros Padres no hayan transcrito con la misma piedad filial más numerosos ecos de las consignas que el Padre les dirigía con mayor generosidad aún en sus

improvisaciones bajo el encanto de un pensamiento original, a veces lleno de humor, siempre amplio y profundo. El P. d'Alzon, por un sentimiento de especial devoción a María, cultivaba las vocaciones virginales; contaba ante todo con la ayuda de sus oraciones y las mantenía en el fervor de su estado con una energía perseverante; ellas le han inspirado algunas de sus obras más logradas.

La publicación de estos documentos, algunos de los cuales serán para muchos religiosos una feliz revelación, no modifica en nada, sino que confirma en todos sus puntos nuestra tradicional concepción de los principios de la Congregación. El P. d'Alzon había impregnado tan intensamente de ellos a sus primeros discípulos, que ellos nos los han transmitido fielmente; las nuevas generaciones que no han visto ni oído encontrarán en los Escritos Espirituales del Padre d'Alzon algo de la frescura, en sus primeros brotes, de nuestro espíritu.

El P. d'Alzon siempre andaba en busca de fórmulas más felices que, fáciles de retener, nos llamarían continuamente al fervor. En 1858, en una carta dirigida al P. Picard, aparece por primera vez la fórmula visiblemente inspirada que contenía ya en germen todo nuestro Directorio: "Recuerde que el espíritu de la Asunción es el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa". En 1868, en su instrucción al Capítulo General, corona el triple amor de un modo más explícito mediante lo que él llama el amor principal, el amor a las tres augustas Personas de la Santísima Trinidad, del que se le ve más fervientemente preocupado durante los últimos años de su vida.

Nuestro espíritu está dirigido por nuestra meta. La meta de la Asunción se ha expresado desde la fundación en nuestra divisa: Adveniat Regnum Tuum; se precisó a lo largo de la elaboración de nuestras primeras Constituciones; pero es sobre todo a partir de 1868, bajo el estímulo del amor de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo y en medio de las alegrías y los quebrantos de la Iglesia, cuando el P. d'Alzon ha sondeado todas sus riquezas. El vigor de nuestra propia vida religiosa, la búsqueda y la formación más exigente de las vocaciones, la organización más definitiva del Instituto, la promoción de las Órdenes Terceras y de las élites cristianas en pro de una acción más eficaz, los combates a emprender para la defensa de la Iglesia frente a los triunfos de la Revolución y de la llegada de las democracias modernas, todos estos objetivos de soberana importancia se clarificaban a la luz de nuestra divisa cada vez más desplegada.

Quiera Dios que estos Escritos Espirituales del Padre d'Alzon, al tornarse el libro de cabecera de los religiosos de la Asunción, les mantenga en el deseo de una muy alta perfección y en los ardores de un celo que se entrega a la más santa de las causas: ¡la Iglesia de Jesucristo!

Roma, 21 de noviembre del 1955.

Athanase SAGE, A.A.



PRIMERA PARTE

META Y ESPÍRITU
DE LA ASUNCIÓN



PRIMERA PARTE

- I. - Directorio (1859-1865).
- II. - Instrucciones de clausura de los Capítulos generales (1868 y 1873) y cuatro cartas al Maestro de novicios (1868-1869).
- III. - Circulares a los miembros de los Capítulos generales (1874-1875).
- IV. - Novissima verba (1877-1879).
- V. - Meditaciones destinadas a los Agustinos de la Asunción (1879-1880).
- VI. - Complementos diversos.



I.

DIRECTORIO
DE LOS
AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN



*El Directorio debe ser el objeto habitual
de nuestras meditaciones y de nuestros
exámenes.*

P. Picard





El P. d'Alzon adoptó para sus religiosos el Directorio que había redactado en 1859 para las Damas de la Asunción. Las Constituciones entonces vigentes en el Instituto contenían también numerosas orientaciones espirituales. Por respeto hacia estos textos oficiales en los que se precisaba ya el espíritu de la Asunción, el P. d'Alzon los incluyó en la segunda y tercera parte de su Directorio, encabezando los capítulos que tratan acerca de esos mismos temas. La presente edición subrayará estas dos series de textos.



Las breves explicaciones que anuncian cada capítulo, así como las divisiones marginales, no son del Padre d'Alzon.



Se ha dejado para el final de cada parte del Directorio algunas notas críticas y explicativas.



PREÁMBULO

El Padre d'Alzon precisa en este preámbulo la originalidad, el alcance y la manera de utilizar este Directorio.

Mis queridos Hijos:

Originalidad de nuestro Directorio El *Directorio* que os presento es resultado de las observaciones que he podido hacer desde hace ya bastantes años.

Me han venido llamando poderosamente la atención ciertos hechos providenciales (1) que, a mi parecer, han contribuido a dar una dirección más especial al desarrollo de nuestra Congregación: de ello resulta que, aun siendo semejantes a todos los religiosos por nuestros santos votos, sin embargo tenemos nuestro carácter particular como religiosos de la Asunción.

Esto nada tiene de extraordinario; si la existencia de nuestra familia, por modesta que pueda ser, es, como debéis creerlo, querida por Dios, debe ella tener su propia finalidad y tender hacia ese fin.

Solamente, penetrando en el pensamiento que presidió a nuestra fundación, progresaréis según toda la perfección a la que habéis sido llamados. El *Directorio*, que pongo en vuestras manos, tiende a facilitar ese trabajo de toda vuestra vida.

Observaciones preliminares Para comprender bien su utilidad, son necesarias tres observaciones:

La primera es que no ha de ser sino el comentario práctico de la Regla; de tal suerte, que si de ella se apartara,

debería decirse que está hecho en sentido contrario del que se había propuesto.

La segunda, que se ha querido sobre todo enseñaros con cuáles intenciones y con qué espíritu debéis cumplir vuestras obligaciones, a fin de vivificarlas siempre con un pensamiento sobrenatural.

La tercera, que, mientras la Regla se dirige a los miembros de la Congregación en general, el *Directorio* se dirige a cada religioso en particular, y llega a lo más profundo de su alma para indicarle los sentimientos de que se debe compenetrar y las virtudes que debe adquirir con un trabajo más oculto, y como en relación más íntima con Nuestro Señor.

**Presentación del
Directorio**

Se ha dispuesto este pequeño trabajo en capítulos muy cortos; se ha sentado en ellos algunos principios de los que se deducen ciertas consecuencias prácticas en forma de examen. Con esto se ha creído ayudar a los que de él se sirvan, poniéndoles ante los ojos, de una manera más clara, el medio de adquirir las virtudes de que se juzgaran desprovistos y corregir los defectos de los que quisieran triunfar; facilitándoles así el trabajo interior y la reflexión personal sin la que nada son las más bellas consideraciones.

Distribuimos el todo en tres partes: en la primera hablamos del *espíritu de la Asunción*; en la segunda, tratamos de las *virtudes religiosas*; la tercera muestra *los medios de santificación* puestos al alcance de las almas en la vida más perfecta que habéis abrazado y la intención sobrenatural en la que debéis cumplir las principales obligaciones de la Regla.

Si leéis este pequeño *Directorio* un tanto rápidamente, os llamarán la atención algunas repeticiones; pero si lo meditáis tramo a tramo, comprenderéis en qué medida dichas repeticiones son, si no necesarias, al menos útiles

para forzaros a reflexionar sobre ciertos puntos que son la base de la vida religiosa.

¡Ojalá, Nuestro Señor, de quien sois más particularmente los imitadores y los instrumentos (2), y su divina Madre, bendiga estas breves líneas y os haga encontrar en ellas un mayor deseo de llegar a toda la santidad a la que estáis llamados!

E. D'ALZON.



PRIMERA PARTE

SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

La Asunción está esencialmente consagrada a Nuestro Señor. El culto que le tributa desde lo más íntimo de su ser, desborda naturalmente en el amor a la Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa. Este triple amor a Nuestro Señor, a la Virgen y la Iglesia constituye, para el Padre d'Alzon, uno de los sellos particulares del Religioso de la Asunción.

El espíritu de la Asunción se resume en estas pocas palabras: el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa (3).

Amor a Nuestro Señor En cuanto religioso, yo soy de una manera más especial siervo de Jesucristo, y todos los afectos de mi corazón, todas las potencias de mi ser deben tender a él; he ahí mi vida: "*Mihi vivere Christus est: Para mí vivir es Cristo*"¹⁾.

¿Es Jesucristo mi todo?... ¿El único objeto de mis deseos?... ¿Estoy pronto a sacrificar todo por él?... ¿Sólo quiero tender únicamente a él?... ¿No estoy apegado a cosa alguna?... ¿Está mi corazón enteramente libre?...

¹⁾ Filipenses 1, 21.



¿No se inclinan mis afectos hacia alguna persona u objeto, que pudiera entorpecer en mí el amor a Jesucristo?...

Me es indispensable la más absoluta libertad de corazón, y mientras no la haya adquirido, no seré un verdadero religioso de la Asunción.

Amor a la Virgen y a la Iglesia

No solamente no debo apegarme a nada que me impida amar a Jesús con todas las fuerzas de mi ser, sino que, por amor a él, debo amar todo lo que él más amó. Ahora bien, los dos grandes amores de Nuestro Señor en este mundo son María, su Madre, y la Iglesia, su Esposa, que él adquirió con su sangre.

¿Cómo es mi devoción a la Virgen María?... ¿Puedo llamarme hijo suyo?... ¿Qué he hecho hasta el presente para honrarla de una manera práctica?... ¿No ha consistido mi devoción en algunas fórmulas o sentimientos estériles?... ¿Me he formado una idea suficiente de las relaciones maravillosas que, a través de Jesús, mi Maestro, podrían existir entre María y yo?...

Después de su Madre, Jesús a nadie amó tanto como a su Iglesia. Ella es su Esposa, su Cuerpo. ¿Qué es para mí la Iglesia de Jesucristo y qué sentimientos de amor me ha inspirado hasta este día?... ¿Me he consagrado a ella en una entrega total?... ¿Qué agradecimiento le he demostrado?



CAPÍTULO II

AMOR A NUESTRO SEÑOR

Nuestro Señor es el modelo por excelencia de toda vida interior; como Dios primeramente, ya que la vida interior es una participación de la vida misma de Dios; luego en cuanto Hombre, puesto que en su humanidad santísima se reflejan todas las perfecciones divinas. De ahí, los tres capítulos que el P. d'Alzon consagra al amor de Nuestro Señor.

El amor a Nuestro Señor implica:

1° La adoración de la Santísima Trinidad, con la cual, en cuanto Dios, él forma una sola sustancia; 2° el hábito de la presencia de Dios; 3° el estudio de su santa humanidad, cuyo espíritu debo trabajar por apropiarme; 4° el culto al Santísimo Sacramento del altar, en el que él mora siempre como verdadero Dios y verdadero hombre (4).

Adoración de la Santísima Trinidad

En Nuestro Señor amamos principalmente a Dios. Amar a Dios es amarlo como corresponde a las criaturas: la adoración es la primera actitud que reviste nuestro amor a Nuestro Señor. Adoramos al Padre en su Hijo, que nos lo revela, y en el Espíritu de amor, que nos es dado: las tres augustas Personas se dignan hacernos partícipe de su inefable intimidad.

¿Estoy suficientemente convencido de que Jesucristo es mi Dios?... Si lo estoy, ¿por qué no estoy más com-



penetrado del abismo que separa su perfección de mi nada?... ¿Por qué todavía soy un orgulloso ante semejante Maestro?...

Adoración del Padre Jesucristo es mi Dios, y bajó a la tierra únicamente para enseñarme a adorar a *su Padre en espíritu y en verdad* [Juan 4, 23], después de haber reconciliado al mundo con su Creador ofendido. ¿Qué sentimientos tengo con respecto a Dios Padre, autor y principio de todo bien y de todo don perfecto?... ¿Qué idea me he formado del homenaje, culto, veneración y gloria que le debo, en unión con la adoración y la gloria que le tributa su Hijo Jesús?...

Adoración del Hijo La vida eterna de los ángeles y de los santos consiste en conocer al único verdadero Dios y a Jesucristo, que él envió para manifestarse a los hombres. ¿Qué agradecimiento no le debo yo a mi divino Salvador por una vocación tan magnífica?... ¿Cómo se lo he demostrado hasta el presente y cómo quiero demostrárselo en adelante?... “Dios Padre amó tanto al mundo que le dio a su Hijo único” [Juan 3, 16]; ¿cuándo me daré yo a Dios enteramente, sin reservas ni particiones, en unión con su Hijo y en el amor que este Hijo enciende en mi alma, a través de su Santo Espíritu?

Adoración del Espíritu Santo El amor que une a Dios Padre y a Dios Hijo, es Dios también, y precisamente por este amor, que es el Espíritu Santo, yo puedo amar a Dios, “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestras almas por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” [Romanos 5, 5]. Dios Padre me dio a su Hijo; Dios Hijo se entregó a mí y me dio el amor que le une al Padre; me ha hecho templo de ese amor. Mi corazón es un santuario donde Dios depositó su amor, que es Dios. ¿Qué debe ser mi corazón y

en dónde encontrar ya cabida para un sentimiento que no puede ser abrasado por el amor de Dios?

Conclusión

Dios Padre, después de haberme creado, me dio a su Hijo. Dios Hijo se entrega a mí para enseñarme a conocer y adorar a su Padre, y me da su Espíritu, que es Dios, que suplirá lo que falta a mi ignorancia y clamará en mí: “Padre mío, Padre mío”. Pero, ¿cuándo voy a entrar en esa vida nueva?... ¿Cuándo dejaré de resistir al torrente de amor que la Santísima Trinidad vuelca en mí?... ¿Cuándo iré al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por Jesucristo, con él y en él?... ¿Cuándo rendiré a Dios todopoderoso todo honor y toda gloria, ya en el tiempo, ya en la eternidad (5)?



CAPÍTULO III

SENTIMIENTO DE LA PRESENCIA DE DIOS

La adoración de las infinitas perfecciones de Dios y la contemplación de sus obras nos fijan en un sentimiento habitual de la presencia de Dios: señal de un auténtico amor a Nuestro Señor y prenda segura de progreso espiritual.

Debo pensar incesantemente en lo que atrae todos los afectos de mi alma. Si amo a Nuestro Señor debo sin cesar pensar en él; pero, puesto que es Dios, debo incesantemente tener su pensamiento, sobre todo en cuanto Dios, presente en el espíritu y en el corazón.

Perfecciones divinas de Jesucristo

Jesús es mi Dios y, como Dios, *es la plenitud del ser*: “En él tenemos la vida, la respiración y todas las cosas; en él vivimos, nos movemos y existimos”¹⁾.

Él es la *perfección infinita, la belleza por excelencia*, y esta belleza de su ser él la imprime en nuestras almas: “*Signatum est super nos lumen vultus tui*: La luz de tu rostro está impresa en nuestras almas”²⁾. Ahora bien, el pecado ha mancillado esta alma creada a su imagen, y el mejor medio de restaurar esa belleza perdida es permanecer bajo el peso de mi nada y abandonarme a la acción divina de la gracia por una atención constante a la presencia de Dios.

¹⁾ Hechos 17, 25-28.

²⁾ Salmo 4, 7.



Dios es mi *bien supremo*; debo, pues, buscar acercarme a él; mi felicidad debe consistir en poseerlo.

Mi vida en presencia de Dios:

a) plenitud del ser ¿Estoy habitualmente en presencia de Dios?... ¿Estoy en su presencia consciente de que le debo todo?... ¿Estoy convencido –tanto cuanto puedo estarlo por la fe– de la plenitud de su ser y también, si puedo decirlo así, de la plenitud de mi nada?... ¿He pensado lo bastante que mi cuerpo, mis sentidos, mi corazón, mi inteligencia, todo me viene de él y en él subsiste y dejaría de existir al primer signo de su voluntad infinita?

No me puedo llegar a cosa alguna que no sea obra de Dios, posesión de Dios. Todo me recuerda a Dios o, por lo menos, debería recordármelo.

¿Soy fiel a esa voz de todos los seres que me llevan a su Creador?... ¿Con qué respeto estoy en la presencia de un Dios que siempre me ve?... ¿Con qué amor y con qué agradecimiento estoy en la presencia de un Dios que todo me lo ha dado?...

b) belleza infinita Dios es la belleza infinita y ha querido comunicar esa belleza a mi alma; pero, el pecado original la destruyó una vez y el pecado actual la destruye todos los días. En su inefable bondad, quiere volver a otorgarme esa belleza inicial, por medio de su gracia, y también quiere que yo trabaje en recobrarla mediante mis esfuerzos; pero quiere que, para conseguirlo, yo me acerque a él y que, estudiando sus perfecciones, las copie en mí, en cuanto soy capaz de hacerlo, por medio de las virtudes que debo adquirir.

¿He realizado ese trabajo?... Tengo los ojos fijos en mi divino modelo para, tratando de imitarle, reparar las ruinas de mi alma?... ¿He dirigido mi esfuerzo, mi estudio, a unirme a Dios por el pensamiento, de tal suerte que, *adhi-*

riéndome a Dios, no haga con él sino un mismo espíritu [1 Corintios 6, 17], como dice el Apóstol?...

c) bien supremo Dios es la bondad por excelencia, el bien supremo; en poseerlo eternamente debe consistir mi felicidad. Ahora bien, si mi dicha está en la posesión de un tal bien, ¿por qué no me preocupo más de ello en esta vida, por qué no pienso en ello incesantemente?... ¿Por qué mis pensamientos se descarrían en otras direcciones?... ¿Por qué, para alcanzar la posesión del don perfecto, no procuro hacerme yo mismo más perfecto?...

¡Haz, Señor, que yo camine sin cesar en tu presencia y de ese modo llegue a la perfección!



CAPÍTULO IV

ESPÍRITU DE NUESTRO SEÑOR

Por medio de la Santísima Humanidad de su Hijo, Dios imprime en nuestras almas la semejanza de su adorable Trinidad. Si el primer rasgo característico de la perfección está en la más rendida adoración de Dios, el segundo está en la imitación, a través de Jesucristo, de la belleza y perfecciones de Dios. El estudio amoroso de la doctrina, de los misterios y de las acciones de Nuestro Señor, para apropiarnos su espíritu, debe ser nuestra ocupación constante.

Para amar a Jesucristo hay que conocerle, y para conocerle hay que estudiar sus perfecciones. Ellas nos son reveladas en la Sagrada Escritura, cuyo objeto final es Jesucristo: "*Finis legis Christus: El fin de la ley es Cristo*"¹⁾.

Puedo estudiar a Jesucristo, ya en su doctrina, ya en sus misterios, ya en los hechos de su vida.

1° *Su doctrina*. La encontraré o en sus propias palabras o en lo que de ella nos han dejado los apóstoles en sus escritos. Siendo Jesucristo, como Dios que es, la verdad eterna, la palabra por excelencia, cuanto más yo medite la verdad divina, más me acercaré a Jesucristo, a Dios mismo.

Habiendo Jesucristo descendido a la tierra para traerme

¹⁾ Romanos 10, 4.



la luz y la fuerza que me ayudarán a subir hacia Dios, [todos mis esfuerzos deben tender a consumir esta unión, que es el término de mi destinación sobrenatural y que se realizará con la gracia de mi Salvador (6)].

¿Qué veneración he mostrado hasta el presente hacia las enseñanzas de Jesucristo?... ¿Qué caso he hecho del Evangelio?... ¿Con que sentimientos lo he leído?... ¿Cómo he considerado la bondad misericordiosa de un Dios, que no contento con encarnarse haciéndose hombre, también se encarna en una palabra humana para ponerla al alcance de mi inteligencia e iluminarla?...

¿Qué he hecho de tantas luces?... ¿Cómo he tomado las explicaciones de la doctrina de Jesucristo que me eran impartidas por sus ministros?... ¿Qué esfuerzos he realizado para meditar sobre esta doctrina, aplicármela, apropiármela y hacer de ella mi alimento?... Y si no he hecho ningún caso, o casi ninguno, ¿cabe asombrarse de que yo esté tan lleno de ideas humanas y que no comprenda nada de las cosas del cielo?...

2° *Sus misterios.* Siendo la vida de Jesucristo por una parte vida divina, toca a lo infinito y, por consiguiente, está llena de misterios. Pero estos misterios, incomprensibles sin duda, y, por ende, objeto de mi fe, son para mi alma una enseñanza maravillosa. Por su lado humano, poniéndose a mi alcance, se apoderan de mí; por su lado divino, me elevan y transportan a las más íntimas relaciones con Dios.

El estudio de estos misterios debería ser empeño de toda mi vida; ya que, a través de Jesucristo, aprenderé a conocer a Dios tanto como nos es posible conocerle en este mundo. Pero, como en la vida de Jesucristo los misterios se suceden a cada paso, puedo aficionarme a tal o cual misterio, según mi inclinación; la encarnación,



el nacimiento, la vida oculta, la predicación, los sufrimientos, los anonadamientos, la muerte, la resurrección, pueden sucesivamente actuar en mi pensamiento; o bien, si me siento a ello movido por un atractivo interior, puedo detenerme durante cierto tiempo en un determinado misterio, en el cual hallaré el alimento más apropiado a mi alma.

¿Cómo he considerado los misterios?... ¿No he hecho de ellos más bien el objeto de estudios curiosos que el de una búsqueda amorosa de los beneficios de Nuestro Señor?... ¿Qué adoración (7) han suscitado en mi alma?... ¿No me han sido causa de fastidio?... ¿No me he contentado con decir que no podía comprender nada, en vez de intentar con humilde fe extraer las enseñanzas particulares que Nuestro Señor quiso encerrar en ellos?

3° *Los hechos de la vida de Nuestro Señor.* Todo lo que Jesucristo hizo en este mundo, lo hizo para enseñanza nuestra. No hay un solo momento de nuestra vida personal que no se pueda cotejar con esa vida divina, cuyo menor detalle nos enseña con qué espíritu debemos ejecutar nuestras acciones.

No hay palabra que pronuncie, petición que formulemos o sentimiento que abriguemos, que no podamos santificar, uniéndolos a los sentimientos, palabras y acciones del divino Maestro. Jesucristo consumó toda justicia para enseñarnos a hacer lo mismo. Para conseguirlo, no tengo más que entrar con Nuestro Señor en su vida mortal.

¿Cómo he intentado conformar mi vida con la vida de Jesucristo?... ¿Cómo he estudiado los detalles de esa vida, modelo de la mía?... ¿Me he compenetrado de que nada había en mí tan insignificante que no pudiera ser su-



blimado por una intención sobrenatural?... “*Os he dado ejemplo –dice Nuestro Señor– para que, como yo he hecho, así hagáis también vosotros*”¹⁾.

Por consiguiente, mi vida debería ser una copia de ese divino original. ¿Lo es efectivamente?... Y ¿por qué no lo es?... ¿No temo hallar detalles que me condenarían o me obligarían a la práctica de virtudes que espantan a mi naturaleza? ¿Cuándo querré de una vez ir hasta donde Jesús quiera llevarme?

¹⁾ Juan 13, 15.



CAPÍTULO V

AMOR A LA SANTÍSIMA VIRGEN

El amor a la Virgen procede de nuestro amor a Jesucristo: amamos a María porque ella es el primero de los amores de Jesús en la tierra. Nos es dada como el modelo plenamente adaptado a nuestra condición de criaturas y como Madre nuestra rebosante de ternura y de poder. Su amor confiere a nuestro amor a Jesucristo su mismo frescor, sus delicadezas, sus ardores apostólicos.

Por una misericordiosísima condescendencia, Nuestro Señor no se contentó con ofrecérsenos como modelo, ya sea en cuanto Dios, ya en cuanto hombre; quiso darnos otro modelo en la persona de la Santísima Virgen, su Madre, que es nuestra Madre también, y la más perfecta de las obras del Altísimo.

María es mi modelo y al mismo tiempo es mi Madre. Mi modelo: debo procurar imitarla tanto como un religioso consagrado a la perfección es capaz de imitar a la Reina de cielo y tierra; mi Madre: para con ella debo tener la ternura y la confianza más absolutas.

María: mi Modelo 1° Aunque sólo pudiera conocer de las virtudes de la Santísima Virgen lo que de ellas dice el Evangelio, eso me bastaría y no es necesario más.

a) en el misterio de la Encarnación Admiro primeramente su prudencia en la pregunta que hizo al ángel enviado para saludarla en nombre de Dios. Su obediencia y su fe resplandecen no menos en esta respuesta: “He aquí la esclava del Señor” [Lucas 1, 38]. Esta fe es el principio de todos los



prodigios que por su medio se realizaron, como Isabel se lo reveló al declararle “dichosa por haber creído, pues en ella se cumplirán todas las cosas que le han sido anunciadas de parte del Señor” [Lucas 1, 45].

b) en su Magnificat Mas, donde se revela hasta lo más hondo el alma de María es en la manera como responde a su prima: “Mi alma glorifica al Señor” [Lucas 1, 47]. El fin de la vida de María es la gloria de Dios; su dicha, servirle y publicar su agradecimiento por los dones que de él ha recibido. Esa manifestación de todo lo que Dios hace por el alma fiel, la esperanza y la confianza en medio de las mayores pruebas, eso es lo que yo descubro en el cántico de María.

c) en todos los pasos de su vida La observaré en Nazaret, en su trabajo humilde, junto a José; en Belén, donde da a luz al Hijo de Dios en un establo; en el Templo, donde ella lo ofrece a Dios; en Egipto, a donde huye para librarlo del furor de Herodes; en Jerusalén, donde le pierde por espacio de tres días; en el taller de José, donde ella vive dieciocho años una vida oculta hasta el momento de la separación, sea al inicio de la evangelización, sea para subir al Calvario (8). En todo ello, ¡cuántos ejemplos, cuántas enseñanzas!

Como María: ¿Tengo la prudencia de María
a) en la Anunciación en las circunstancias importantes de mi vida?... ¿La tengo en mis habituales relaciones con mi prójimo?...

¿Tengo su obediencia, luego que la voluntad de Dios me es conocida, no solamente por medio de mis Superiores, sino también de aquellos que me los representan?...

¿Tengo esa fe que me haría aceptar los mandatos más difíciles?... ¿Me hallo dispuesto a entrar de veras en la vida interior y a dejar cumplirse en mí todo lo que el

Señor espera de mi subordinación a sus deseos?... ¿No temo?... ¿No tengo dudas?... ¿No soy cobarde en nada de lo que se me ordena?...

b) en su Magnificat ¿No tengo yo, a lo largo de mi vida, otro objetivo que el de la gloria de Dios?... ¿Es el anhelo de procurar esa gloria lo que absorbe mis esfuerzos?...

¿He puesto en Dios toda mi felicidad?... ¿No he puesto en mí o en las criaturas mi confianza?... ¿Tengo fuertemente arraigada en el fondo de mi alma esa pureza de intención que va directamente a Dios, sin mirar a mi derecha ni a mi izquierda?...

¿He procurado hacerme una idea de todo lo que Dios realizaría en mí con el poder de su brazo, si yo quisiera dejarle obrar?... ¿Cómo disiparía él todo lo que hay de impureza, de vanidad, de orgullo en mi corazón, si yo no temiera dejarle reinar en él como soberano!

c) en todos los pasos de su vida En los trances difíciles, ¿he puesto toda mi esperanza y mi confianza en mi soberano Señor?... ¿Sólo me he apoyado en él?... ¿Soy pobre con la pobreza de Belén?... ¿Es mi laboriosidad la de Nazaret?... ¿Me he consagrado realmente a Dios?... ¿Se lo he dado todo, como María se lo dio todo a Jesús?... ¿Me ha gustado la vida oculta?... ¿He aceptado generosamente las separaciones que la Providencia me ha impuesto o puede imponerme cada día?... ¿He aceptado incluso la separación de Jesús?... Meditando la vida de este admirable modelo iré adquiriendo el espíritu de un verdadero religioso.

**María:
mi Madre**

2º Pero, María no es solamente un modelo para mí, ella es mi Madre. Ella me adopta en el Calvario, al pie de la cruz de su Hijo. Me recibe como tal cuando, en cierto modo, está todavía empapada en la san-

gre que Jesús derramó por mí; y, a pesar del horror que debo causarle, pues si Jesús muere, es por causa de mis pecados que muere, ella me acepta por hijo suyo. Desde aquel momento yo soy su hijo (9).

¡Qué honor tener una tal Madre! ¡Qué dicha la de una semejante relación mutua!... ¿Qué agradecimiento y qué ternura no le debo?... Pero, ¿qué son esa ternura y esa gratitud, si los desmiento todos los días con una vida en todo opuesta a la vida de María?...

Si de veras la amo, debo probárselo cumpliendo en mí todo lo que le es agradable; desterrando de mi corazón y de mi espíritu, todo pensamiento y todo sentimiento indignos de ella; procurando obsequiarla con todas las delicadezas del afecto, que le demuestren que tiene en mí un verdadero hijo. ¿Puede mi vida probárselo?



CAPÍTULO VI

AMOR A LA IGLESIA

Amamos igualmente a la Iglesia porque Jesús la amó; el amor a la Iglesia dilata nuestro amor a Nuestro Señor, dándole las dimensiones del mundo. El Padre d'Alzon insiste en la adhesión profunda y en la entrega total que ha de inspirarnos la Iglesia.

Este amor está en el origen del voto que se concede hacer, después de un cierto tiempo, a los religiosos de la Asunción, y que consiste en consagrarse a la extensión del reino de Nuestro Señor en las almas (10).

1º ¿Por qué debo amar a la Iglesia?

Lo que la Iglesia es: ¿Qué es el reino de Nuestro Señor, sino su acción sobre la Iglesia?... Para saber cómo él la amó, debo considerar todo lo que hizo por ella.

Por ella, bajó del cielo, se encarnó, nació en un establo, pasó treinta años en los trabajos de una vida penosa, pobre y oscura; sufrió la calumnia, las persecuciones, los insultos, los más atroces sufrimientos, la muerte en cruz; todo esto por la Iglesia, su Cuerpo místico.

Si yo amo a Jesucristo, ¿cuánto debo amar lo que es el objeto de su predilección?...

b) para mí Y además, ¿qué es la Iglesia para mí?... Es mi madre. En ella y por ella he nacido a una vida nueva en las aguas del santo bautismo; por su medio, mantiene Jesucristo en mí la vida divina, gracias a los sacramentos de los que



es la Iglesia la dispensadora. Por ella es mi inteligencia iluminada por la luz de la verdad eterna, que ella tiene la misión de enseñar con una autoridad infalible. Por su medio obtengo incesantemente un sinnúmero de auxilios que me ayudan y me estimulan al bien. Por ella es bendecida la pequeña Congregación a la que pertenezco, esta familia que yo he elegido para mejor amar y mejor servir a Nuestro Señor. Sin ella, no podría yo conocer tan perfectamente ni servir tan bien a Dios, a quien estoy consagrado.

c) para todas las almas deseosas de perfección La Iglesia, Esposa por excelencia de Jesucristo, llama a las almas privilegiadas a convertirse, a su vez, en esposas, y en este misterio admirable me invita también a mí a consumir en las llamas del Espíritu Santo esta incomprensible unión entre la criatura y su Creador. Lo que Jesucristo ama ante todo en su Iglesia, son las almas que en ella se santifican. No todas son elevadas al mismo grado de perfección, pero todas son llamadas. Ahora bien, Nuestro Señor, en su infinita bondad, no quiere obrar él solo en el trabajo de la conversión y santificación de las almas. A ello invita a los cristianos, y por eso instituyó el sacerdocio, y permite a todos, según su posición, sus fuerzas, y a medida de las gracias que han recibido, el trabajar en la misma obra.

2º ¿Cómo debo yo amar a la Iglesia?

a) como a mi patria y a mi madre En primer lugar, debo amarla como a mi patria. Es, en efecto, la patria de mi alma, la sociedad por la cual estoy unido a Dios. Y debo amarla también como a mi madre, por ser hijo de Dios, ya que el mismo sacramento que me hace hijo de Dios, me hace a la vez hijo de la Iglesia.

b) en todos sus miembros Debo amar todo lo que la hace vivir: a su jefe visible, Nuestro Santo Padre el Papa, quien, sucesor de San Pedro, es la piedra inmovible sobre la cual está la Iglesia edificada. Mi amor a Jesucristo debe extenderse en particular a su Vicario en la tierra. Debo amar igualmente a toda la jerarquía eclesiástica y rogar mucho para que sus miembros tengan las ayudas y las gracias necesarias para su misión.

Debo amar a las almas que en las llamas del purgatorio se purifican para ser dignas de gozar de la visión de Dios. Debo amar e invocar a las almas de los justos que reinan con Jesucristo en la Iglesia triunfante. Mi amor debe unir esas diversas partes de la única Iglesia.

c) con una entrega total Pero, no obstante, debo sobre todo y en cuanto de mí dependa, según mis limitaciones, entregarme al servicio de la Iglesia que milita en la tierra. Mis oraciones, mis mortificaciones, deben caracterizarse por un fervor más especial cuando pienso que puedo contribuir a salvar las almas.

Mi conducta, mis acciones, mis palabras, mi enseñanza, cualesquiera funciones o cometidos que se me encarguen y que directa o indirectamente se relacionen con ese mismo fin, se deben impregnar del mismo sentimiento y del mismo amor.

Examen:
a) por amor a Jesús ¿He amado a la Iglesia por amor a Jesucristo?... ¿He agradecido a este buen Maestro todo lo que él hizo para fundar la Iglesia Católica, a la que tengo la dicha de pertenecer?... ¿He meditado de vez en cuando en el cúmulo de fatigas, humillaciones y sufrimientos que él padeció para establecerla?...

b) como a mi Madre Yo soy hijo de la Iglesia; ¿la he amado como a mi madre?...
 ¿Le estoy suficientemente agradecido por la nueva vida que de ella recibí... por las gracias que constituyen el alimento espiritual de mi alma... por la dicha incomparable de poder en ella alimentarme con el cuerpo y sangre de mi Dios?...

c) en todos sus miembros ¿Me conmueven las persecuciones contra la Iglesia?... ¿He pedido suficientemente a Dios que le conceda la paz y la libertad que ella necesita?... ¿He rogado con bastante fervor a los santos del cielo pidiéndoles su intervención en ayuda nuestra?... ¿He rogado convenientemente por las almas del purgatorio?... ¿Tengo suficiente compasión por estas pobres almas?... ¿He rogado por nuestro Santo Padre el Papa, para que Dios le conceda el gobernar la Iglesia como conviene?... ¿He rogado por los obispos y por los sacerdotes consagrados a la salvación de las almas?...

d) con una entrega total ¿Me he mortificado con el fervor suficiente para obtener la conversión de las almas, y sobre todo la de aquellas con las que estoy más en relación y que me habían sido más especialmente confiadas?... ¿He tenido aquel celo que consumía al santo rey David en presencia de los pecadores?... ¿Me he esforzado suficientemente para hacerme a toda la bondad, delicadezas y atenciones que me pedía la conversión de un alma, y que yo no lograba por faltarme el valor de hacerme mejor a mí mismo? (11).



CAPÍTULO VII

DESEO DE PERFECCIÓN

El Padre d'Alzon vivió en el fulgor deslumbrante del triple amor, cuyas consecuencias prácticas percibía claramente. El amor tiende a la semejanza: Nuestro Señor, la Virgen, la Iglesia, nos repiten incesantemente: Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Este último capítulo sirve de conclusión a la primera parte del Directorio.

Consecuencia del triple amor

Se desea ser agradable a los que se ama. Si mi corazón pertenece por entero a Nuestro Señor, debo desear agradarle, y ese deseo

debe ser igual al amor que le profeso. Ahora bien, lo que él más desea es que yo sea santo. Luego, si no tengo más que un deseo lánguido de perfección, es porque le amo demasiado poco.

El dechado de esa perfección lo encuentro en el mismo Dios, que es el solo perfecto con perfección absoluta y, sin embargo, quiere Nuestro Señor que yo le imite, pues dice: “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” [Mateo 5, 48]. La santa humanidad del Salvador es también mi modelo. En fin, se me dio a María para que la imite. ¿Cuándo, pues, trataré de hacerlo seriamente?... ¿Por ventura, la vida religiosa no es el camino de la perfección?...

¿Me he formado una idea exacta de la perfección que Dios espera de mí?... ¿Esa perfección, a la que debo aspirar, la he estudiado en las perfecciones de Dios mismo y en las de su Hijo, y en las virtudes de María?... ¿Me he formado una idea exacta de todos mis deberes y de todo lo que comprenden?... ¿No soy, por el contrario, un re-



ligioso tibio, perezoso, adormilado?... ¿He escuchado la voz interior que me reprocha mis continuas cobardías?... ¿He renunciado a todo lo que es estorbo para mi libertad de corazón?... ¿He apartado los obstáculos que se oponen a mi progreso espiritual?... ¿He procurado conocer esos obstáculos?... ¿He puesto decididamente manos a la obra?... ¡Quizá no estoy ni siquiera en los comienzos!

Perfección y total entrega El sentimiento de la perfección y la entrega total son, por así decir, lo mismo. ¿Soy abnegado, soy entusiasta por el bien?... ¿Estoy dispuesto a sacrificarlo todo para llegar a la perfección que Nuestro Señor quiere de mí?

Si no puedo de una vez hacer grandes sacrificios, ¿no puedo ejercitarme continuamente en los pequeños y merecer, por esa buena voluntad inicial, que Dios la fortifique y le dé una victoria completa sobre mi naturaleza y sus repugnancias? (12).

NOTAS

Los diversos manuscritos del Directorio, ya se trate del Directorio de las Religiosas (D.F.) o bien de nuestro Directorio (D.H.), comportan numerosísimas variantes de pura forma. La presente edición reproduce el texto de 1935 con muy ligeras modificaciones. Señalaremos de paso las variantes más notables.

(1) Como hechos providenciales, el P. d'Alzon pensaba, entre otros, en las tentativas de unión con otras Congregaciones, tentativas todas que chocaron con la originalidad del nuevo Instituto.

(2) Las Religiosas siempre son presentadas en el D.F. como las esposas de Jesucristo. Para caracterizar nuestras propias relaciones con Nuestro Señor, el P. d'Alzon se sirve de los términos de servidores, imitadores o instrumentos.

(3) El P. d'Alzon quizá haya conocido aquel pasaje de una carta de la Madre María Eugenia de Jesús al abate Combalot, fechada en 1837, dos años antes de la erección canónica de la Asunción de las Damas: "Jesucristo, María, la Iglesia: he ahí nuestra divisa. ¿Por qué buscar otra?". Pero de hecho, fue poco a poco, como dan fe de ello sus escritos, que el P. d'Alzon llegó, hacia 1858, a la fórmula que guía todo el desarrollo de nuestro Directorio.

(4) He aquí según todos los antiguos manuscritos del D.H. el orden de los capítulos que siguen:

- Adoración de la Santísima Trinidad.
- Amor a la Santísima Virgen.
- Amor a la Iglesia.
- Deseo de perfección.
- Sentimiento de la presencia de Dios.
- Espíritu de Nuestro Señor.

El P. d'Alzon había adoptado este orden en armonía con el capítulo de las Constituciones: "Las disposiciones que hay que tener para entrar en la Orden" que, en un primer intento de adaptación del D.F. a sus religiosos, había insertado entre el primero y el segundo capítulo. Ha mantenido este orden en todas las sucesivas revisiones de nuestro Directorio, para insistir, al parecer, sobre la unidad del triple amor, amor total a Nuestro Señor, que nos estimula al deseo de la más alta perfección y que se cultiva mediante el sentimiento de la presencia de Dios, el estudio de la Santísima Humanidad y el culto al Santísimo Sacramento. Este último capítulo anunciado, probablemente nunca fue redactado.

La presente edición ha conservado el orden primitivo del D.F., al que la edición del P. Picard nos ha acostumbrado.

(5) Reaccionando contra el espíritu de rebelión, el P. d'Alzon ha insistido mucho y cada vez más sobre el espíritu de adoración. La adoración bajo todas sus formas: adoración de la Santísima Trinidad, de los derechos de Dios, del Santísimo Sacramento, es uno de los rasgos esenciales de nuestra espiritualidad. En este espíritu de adoración de la Santísima Trinidad, entre otras cosas, es donde el P. d'Alzon ha concebido sus ideas más profundas y las más originales sobre la oración, la educación, el apostolado moderno y la devoción eucarística.

(6) El final de la frase, entre corchetes, está ausente en todos los manuscritos del D.H.

(7) Encontramos "Qué admiración", que parece armonizarse

mejor con el contexto, pero únicamente en el primer manuscrito del D.F.

(8) Hasta el momento de la separación “que terminará después de tres años de evangelización en las ignominias y los dolores del Calvario” (D.F.).

(9) Encontramos en la mayor parte de los manuscritos del D.H. una redacción menos elegante, pero más incisiva: “Me toma, todavía completamente cubierta con la sangre de Jesús derramada por mí; y, pese al horror que le debo causar, ya que, si Jesús muere, se debe a mis pecados, me adopta: en adelante soy su hijo”.

(10) Voto propuesto al comienzo del Instituto y que no fue autorizado por la Santa Sede.

(11) El P. d’Alzon, sin tocar el texto, ya había modificado su disposición en el D.F. (Véase el Directorio de las Oblatas). En el D.H. ha mantenido el desarrollo primitivo de este capítulo.

(12) Este último párrafo se encuentra sólo en el D.F. El P. d’Alzon, por otra parte, lo había añadido más tarde, cuando redactaba el capítulo sobre: La Vida interior.



SEGUNDA PARTE

LAS VIRTUDES



El Padre d'Alzon se fija en las virtudes que más inmediatamente se derivan de nuestro amor a Jesucristo y a la Santísima Virgen y que ante todo la Iglesia exige de sus apóstoles. La vida del religioso de la Asunción, floración del triple amor, es una vida teologal; nos unimos a Dios y le servimos mediante la fe, la esperanza y la caridad. Cada una de estas tres virtudes va acompañada de virtudes anejas, típicamente cristianas, más perfectamente en consonancia con nuestro doble programa de santificación personal y de apostolado.



CAPÍTULO I

LA FE

La fe es puesta aquí de relieve por su referencia al amor a Nuestro Señor. De ella emanan la esperanza y la caridad, como del amor a Nuestro Señor proceden el amor a la Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa. Es la fe, en el plano de las virtudes, la primera característica del espíritu de la Asunción.

La fe es una virtud por la cual yo creo todas las verdades que la Iglesia me propone creer, porque es Dios, verdad infalible, quien las ha revelado.

Atrae a Jesús a mí En cierto sentido, Jesús, autor y consumidor de mi fe, no puede ser mi modelo en la práctica de la fe. Pero tengo a María, que mereció llegar a ser la Madre de un Dios por el acto de fe más sublime que haya podido hacer una criatura, al cooperar con toda la potencia de su ser en el misterio de la Encarnación. La fe puede realizar en mí un misterio análogo.

¿Cuál es el objeto de mi fe?... ¿No es la verdad divina? ¿Y acaso no creo precisamente gracias a la luz de Jesucristo, Verbo eterno, Verdad infinita?... Yo atraigo a Jesucristo a mi corazón por la fe; por la fe, él habita en mí, según aquel deseo del Apóstol: “Que permanezca Jesucristo en vuestros corazones por la fe” [Efesios 3, 17].

¿Cuál es la fuerza de mi fe, cuál su energía?... ¿He comprendido la dicha de creer y de ser cristiano católico?... ¿Me he formado una idea de lo que vale la verdad (1)?... ¿Me he compenetrado de que, gracias al magiste-

rio de la Iglesia, conozco a Dios como debo conocerle?... ¿He hecho con frecuencia actos de fe en los principales misterios, cuya meditación debería ser, al fin y al cabo, el principal alimento de mi alma?... ¿He agradecido a Dios con el debido reconocimiento el haberme hecho hijo de la Iglesia católica?... ¿Me he afanado en el estudio de las verdades de la fe como conviene a un religioso?...

Si he tenido que enseñar esas verdades, ¿no he expuesto a veces mis pensamientos e incluso mis divagaciones personales en lugar de la doctrina misma de la Iglesia, sea por apego a mis propias ideas, sea por la idea falsa de ciertas personas piadosas que, por seguir las prácticas de la Iglesia, se creen tener la ciencia de su doctrina (2)?...

**Me eleva al orden
sobrenatural**

La primera consecuencia de la fe es revelarme el orden sobrenatural y adentrarme en él, si yo lo quiero. La fe me hace ver las cosas tal y como Dios mismo las ve y las juzga, por lo menos aquellas que tienen relación directa con mi salvación.

¿He procurado apreciar las cosas como Dios mismo las aprecia, y sacar de los grandes misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, de la vida de Nuestro Señor, las enseñanzas prácticas que en esos misterios se me proponen, para dar un sentido a cada una de mis acciones, uniéndolas a Dios y a las intenciones de su Hijo hecho hombre por mí?

Quizás bajo el influjo de una educación poco cristiana, ¿no he tratado con ligereza lo que se refiere, ya a las verdades que la Iglesia predica, ya a las prácticas que ella aconseja, ya a los objetos que venera?... En cosas que me parecían de poca importancia, ¿no he levantado el tribunal de mi razón frente a su tribunal y no me he complacido en ciertas objeciones?...

Por fin, ¿estaría yo dispuesto, si fuera necesario, a derramar mi sangre para dar, como los mártires, testimonio de mi fe en Nuestro Señor y en su Iglesia?... Y el respeto humano, ¿no me ha hecho sonrojar, aun delante de mis hermanos, cuando se trataba de realizar ciertas prácticas que, testimoniando mi adhesión a la vida de la fe, herían mi amor propio?



CAPÍTULO II

LA HUMILDAD

Dos virtudes destacan en el fulgor de la fe: la humildad y la obediencia. En la Asunción tenemos nuestro modo particular de entender y practicar estas virtudes que nos modelan en Cristo, fundamento de nuestra vida religiosa, y nos confieren nuestro distintivo sobrenatural.

I

Su práctica en la Asunción¹⁾

De todas las virtudes, ciertamente es la humildad la más indispensable para los religiosos de la Asunción; porque, si es cierto, como dice San Pablo, que la ciencia hincha, es indiscutible que nosotros estamos expuestos a muy grandes peligros, a causa de los trabajos en los que estaremos ocupados. Se encontrará el peligro en el bien mismo que estaremos llamados a realizar, y precisamente por eso debemos esforzarnos continuamente en poner, mediante la humildad, una muy gran pureza de intención en todas las acciones de nuestra vida; no sea que introduzcamos nuestro amor propio en el lugar de la gloria de Dios, que es lo único que debemos buscar exclusivamente. Elevaremos, por tanto, nuestros pensamientos constantemente hacia Aquél que debe ser el principio y fin de todos nuestros movimientos, temerosos de encontrar nuestra recompensa en la satisfacción personal que hayamos puesto en cumplir tal o cual acción, buena en sí misma, pero sin haberla dirigido lo suficiente hacia Dios.

¹⁾ Todos los títulos al margen donde se encuentra la palabra “Asunción” señalan los textos tomados de nuestras Constituciones primitivas.



**Fundamento de
nuestra vida religiosa**

La humildad nos desprenderá de nuestra propia voluntad, por temor de que, aferrándonos demasiado al bien por afección personal y no por agradecer sólo a Dios, nos expongamos a oír aquellas palabras terribles: “*Ecce in sacrificiis vestris invenitur voluntas vestris*: He aquí que en vuestros sacrificios se encuentra vuestra propia voluntad” [Isaías 58, 3].

La humildad será el fundamento de nuestra obediencia, por duros que sean los sacrificios que se nos impongan, ya que la desconfianza de nosotros mismos nos hará comprender la necesidad que tenemos de ser dirigidos, y el sentimiento de nuestra debilidad hará nacer en nosotros una mayor confianza en Dios.

Con relación a nuestros Superiores, la humildad será el principio de la transparencia de nuestro corazón en las cuentas de conciencia, en el reconocimiento de nuestras faltas, de nuestras tentaciones, de nuestras penas, de nuestras necesidades y de todas nuestras enfermedades interiores. Ella nos hará aceptar todas las órdenes, todos los empleos más bajos y la situación más desestimable. Nos hará aceptar respetuosamente los usos establecidos en la comunidad, aun cuando no los comprendamos. Ella pondrá un freno a nuestra lengua y nos inspirará la seriedad que conviene a un religioso. Ella será el origen de la modestia que el religioso debe mantener en sus relaciones con sus hermanos y con el prójimo.

La humildad, por fin, haciéndole continuamente ver al religioso lo despreciable que él es, le hará amar el menosprecio por amor a Nuestro Señor, que fue saciado de oprobios, y le dará la fuerza indispensable para llegar a ser, entre las manos del Señor y las de aquellos que lo representan, un instrumento dócil, dispuesto a lo que sea por extender el reino de Dios.

II

**La humildad procede
de la fe que me
muestra
a) mi nada**

Con su luz me descubre la fe el todo de Dios y mi nada. Dios es por sí mismo la plenitud del ser y yo, por mí mismo, no soy nada. Cuanto más procuro, con la ayuda de la fe, conocer a Dios, más abrumado me veo bajo el peso de su gloria y, en su comparación, me parece mi nada más nada todavía, si puedo hablar así.

Con la convicción que brota de ese conocimiento, ¿dónde hay lugar para el orgullo?... No lo sé, y por eso justamente mi orgullo es más insoportable, ya se complazca en sí mismo, ya busque la aprobación y los aplausos de los demás, ya se deje llevar de las propias exigencias y susceptibilidades, ya se encierre en un egoísmo solitario y sombrío.

Si Dios es todo, yo soy nada; debo referirlo todo a Dios y no gloriarme en nada. Sin embargo, yo soy orgulloso, vanidoso, exigente, quisquilloso; y si todos esos rasgos no se manifiestan al mismo tiempo en mí, o bien yo los descubro en mí sucesivamente, o bien mi alma se ve más particularmente afeada por alguno de ellos.

b) mi pecado

Pero, no solamente yo soy nada por mi origen, sino que mi ser está además envilecido por el pecado. En el ser que Dios me dio, ha introducido el pecado un desorden del que yo no sería capaz de hacerme una idea cabal. Pecador, no tengo más derecho que a la cólera de Dios y a los castigos de su justicia. Dios me ha perdonado, me ha purificado en la sangre de su Hijo, y en retorno de un tal beneficio me rebelo todos los días; por mis pecados soy un monstruo de rebeldía.

Nada, pecado, ingratitud, he aquí la más exacta definición de lo que yo soy con relación a Dios.

Examen

Cuando entro en mí mismo, ¿sé por lo menos humillarme, permanecer en mi lugar, sentir vergüenza de mi situación?... En una palabra, ¿soy humilde?... ¿Sé comprender que, por mis faltas y mi ingratitud, estoy en deuda con la justicia y el amor divino ofendidos?... ¿Sé abajarme hasta la nada?... ¿Sé avergonzarme de mis pecados?... ¿Sé mantenerme en mi lugar, que debería ser el último?... Para aniquilar mi orgullo quiso Jesucristo sufrir todas las injurias; ¿qué hago yo para imitar a mi Maestro?... ¿He aceptado las heridas inevitables de mi amor propio?... ¿He aceptado las humillaciones?... ¿Las he buscado para destruir mi orgullo?... ¿Me he complacido en el proceder de los demás que mortificaba mi vanidad?... Exigente como soy, ¿he llegado a comprender que a nada tengo derecho?... Susceptible, ¿he tomado a bien lo que irritaba mi susceptibilidad?... Egoísta, ¿he consentido en que no se ordenase todo a mí?...

Una vez más, ¿soy humilde?... ¿Me ejercito en prácticas de humildad?... ¿Voy al encuentro de las humillaciones para imitar la humildad de Jesús? (3)



CAPÍTULO III

LA OBEDIENCIA

I

Su práctica en la Asunción, bajo el modelo de Cristo

Si el religioso da por la pobreza lo que tiene y por la castidad su cuerpo y sus sentidos, se da a sí mismo todo entero mediante la obediencia. Esta virtud, cuyo voto es el vínculo de la vida religiosa, consume el sacrificio de todo su ser, y por tanto debe el religioso buscar el fundamento de la obediencia en el seno mismo de la adorable Trinidad y en la obediencia eterna de Dios Hijo, Verbo increado, a la voluntad de Dios, su Padre (4).

Precisamente por eso quiso Jesucristo ser llamado el Cordero inmolado desde el principio del mundo y él mismo nos declara por el profeta que él quiere cuanto quiere el Padre y que la ley del Padre está escrita en el fondo de su corazón: *“Deus, Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei: En hacer tu voluntad, Dios mío, tengo mi complacencia, y muy dentro de mi corazón está tu ley”*¹⁾.

Por eso, nos enseña San Pablo y la Iglesia nos repite constantemente en sus oraciones de Semana Santa, que Jesucristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

Para que nuestra obediencia sea acepta a Dios es necesario que sea humilde, amable, pronta, fiel, sin murmuración y sin cobardías.

¹⁾ Salmo 40 (39), 9.



II

Homenaje a los derechos de Dios revelados por la fe

La fe es un acto de sumisión de nuestra inteligencia a la verdad revelada por Dios; pero, al enseñarnos lo que hay que creer, nos enseña la fe lo que es necesario practicar. Haciéndonos ver las relaciones que subsisten entre Dios y nosotros, nos manifiesta la fe nuestros deberes para con él. Si Dios es el Dueño soberano de todas las cosas y si nosotros somos sus siervos; si, por la gracia, somos también hijos suyos, le debemos por este doble título la dependencia más absoluta.

Pero, nuestro afán en mostrarle nuestra sumisión puede ir más allá de sus órdenes; podemos averiguar sus deseos y tomarlos como leyes. La obediencia toma entonces un carácter particular de perfección y de amor que se manifiesta mediante un voto: ése es el primer vínculo de la vida religiosa.

Tomada en este sentido, la obediencia es el sacrificio de mi voluntad, a la que renuncio para no hacer ya sino la voluntad de Dios, que se me manifiesta por medio de mis Superiores.

Examen

Hice voto de obediencia; ¿cómo lo he cumplido hasta el presente?... ¿Está mi voluntad enteramente sacrificada?... ¿Obedezco sin restricciones ni distinguos?...¿Por ventura, no discuto conmigo mismo muy frecuentemente la autoridad de mis Superiores, sus derechos, sus abusos de poder?... ¿Someto acaso mi juicio, aun en las cuestiones de regla?... ¿No he discutido a veces con mis hermanos los actos de autoridad?... ¿Soy sumiso al Superior inmediato que por disposición de mis Superiores me fue designado?... ¿En los cargos a los que se me destina, soy sumiso a los que, en el mismo empleo, están por encima de mí?... ¿He llevado las disposiciones de María, que dijo: “He

aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra?” [Lucas 1, 38].

¿Recuerdo, en las tentaciones contra la obediencia, que Jesucristo, con ser Dios, se dejó dar [órdenes] (5) por su Padre, y que fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz, aunque no estaba obligado a ello?...

¿Me he persuadido de que, sin duda alguna, aun no estando rigurosamente obligado a obedecer más que los preceptos formales, la verdadera obediencia acepta hasta las menores indicaciones?... ¿No he debido, por el contrario, hacer que me repitan una y varias veces la misma cosa? O bien, ¿no me he perdido en explicaciones para conseguir permisos que no se me quería conceder?... ¿No he tergiversado y, por decirlo así, embrollado con sutilezas las órdenes recibidas o algún texto de la Regla?



CAPÍTULO IV

LA ESPERANZA

La esperanza, virtud medianera, como es María la Virgen mediadora, se funda en la omnipotencia misericordiosa de Dios. Ella nos sostiene en todos los contratiempos y nos asegura el auxilio inestimable de la gracia.

La esperanza es una virtud por la cual se tiene, fundada en los méritos de Jesucristo, una firme confianza en que, usando bien las gracias de Dios en esta vida, llegaremos a poseerlo eternamente en la otra.

I

Su práctica en la Asunción

Pondremos, pues, nuestra confianza en solo Dios, jamás en los medios humanos. La pobreza evangélica ha de ser para nosotros como la prueba tangible de la práctica de la esperanza. De ella también sacaremos el verdadero espíritu de humildad, es decir, el menosprecio y desestima de nosotros mismos: y en fin el espíritu de oración, por el que pediremos las gracias necesarias para cumplir la ley de Dios y sus consejos, convencidos de que no es digno de nosotros lo que no es Dios ni se refiere a Dios.

Sus efectos más particulares

Así practicada la esperanza, nos inspirará el más profundo agradecimiento por los dones de Dios, recordándonos siempre las palabras del Apóstol, que nos exhorta a dar gracias por todo lo que nos suceda:



*“In omnibus gratias agentes: Dad gracias por todas las cosas”*¹⁾ (6).

La esperanza será para nosotros el principio de una absoluta confianza en Nuestro Señor en todos los contratiempos. Precisamente fue en el momento de su Pasión cuando él dijo a sus apóstoles: *“Non turbetur cor vestrum, neque formidet: creditis in Deum, et in me credite: No se turbe vuestro corazón ni se intimide; vosotros creéis en Dios, creed también en mí”*²⁾. Cualesquiera que sean las pruebas que nos sobrevengan, tendremos confianza en que, si le somos fieles, no nos abandonará, puesto que él mismo nos prometió la persecución al mismo tiempo que la victoria: *“Si me persecuti sunt, et vos persequentur; in mundo pressuram habebitis, sed confidite, ego vici mundum: Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. En el mundo habéis de tener tribulación; pero tened confianza, yo he vencido al mundo”*³⁾.

Disposiciones que nos exige

Que ante todo se acuerden los religiosos de nuestra pequeña familia:

1° De no pedir jamás en sus oraciones cosa que no tienda a la mayor gloria de Dios.

2° De no pedir jamás, en medio de las tribulaciones que Dios nos envíe, el vernos libres de ellas, sino en cuanto esa liberación contribuya a la mayor extensión del reino de Jesucristo.

3° Que, aun intentando verse libres de esas pruebas temporales, únicamente se propongan una mayor facilidad para entregarse al servicio de Dios, al que deben estar entera y absolutamente consagrados.

¹⁾ Efesios 5, 20.

²⁾ Juan 14, 1 y 27.

³⁾ Juan 15, 20 y 16, 33.

4° Que recuerden que, si el Señor Jesús salvó al mundo por la cruz, en el amor de la cruz deben ellos encontrar su bien, su fuerza y su descanso.

Que, finalmente, deben estar profundamente convencidos de que sus pruebas nada son en comparación de las que sufrió Nuestro Señor Jesucristo, y de que, si aman a este buen Maestro, deben olvidar sus propias tribulaciones, a la vista de las que él sufrió en persona y de las que todos los días está expuesta a sufrir la Iglesia, su celestial Esposa; algo así como el niño que sufre un ligero dolor, lo olvida todo enseguida para no ocuparse más que de su madre, víctima repentina de una grave enfermedad. Con estos sentimientos deberán los religiosos de la Asunción —ejercitándose en el mayor olvido de sí mismos— ofrecer en el Santo Sacrificio y a Nuestro Señor presente en el sagrario, su corazón y su capacidad de sufrir, en expiación de tantos crímenes como se cometen contra Dios y contra la Iglesia.

II

Dios: primer objeto de la esperanza La esperanza nos muestra a Dios como término de nuestros afanes. Por nosotros mismos no podemos alcanzarlo; la gracia de Dios nos merece su posesión. Dios, bien supremo al cual aspiramos por un deseo innato de felicidad, aun sin conocerlo, quiere darse a nosotros como recompensa: “Yo seré tu recompensa sobreabundante” [Génesis 15, 1]. La fe nos muestra lo que él es y lo que le debemos; la esperanza nos muestra como blanco de todos nuestros afanes esa fuente de toda perfección y riqueza, esa belleza infinita, ese esplendor de la gloria eterna, ese principio de todo gozo, ese abismo de amor.

La gracia: su objeto secundario No solamente puedo poseer a Dios, sino que debo esperar poseerlo un día, si quiero valerme de los medios que su bondad pone a mi disposición para ir hasta él. Por mí mismo yo no lo puedo en modo alguno, pero lo puedo todo en Aquél que me conforta con su gracia. La esperanza se asienta sobre la gracia que mereció para mí Nuestro Señor Jesucristo. Sin la gracia nada puedo; todo lo puedo con la gracia: de aquí resultan dos consecuencias prácticas importantísimas:

1° Si nada puedo sin la gracia, soy un presuntuoso cuando espero poder algo por mí mismo. La gracia me basta, pero tengo necesidad de ella. Debo hacer los mayores esfuerzos por atraerla a mí y apoyarme en ella en todas las circunstancias de mi vida.

2° Si todo lo puedo con la gracia, soy un insensato y un ingrato si me entrego al desaliento y a la desesperación. El Señor está conmigo, ¿a quién temeré? No debo, pues, permitir ni al desaliento ni a la desesperación llegar a mi corazón.

Pero, lo que más resalta en todo lo que precede es la estima en que debo tener la gracia que en la cruz me adquirieron los méritos infinitos de mi divino Salvador. Ella es el precio de su sangre y es también el precio del cielo, que ella me procura. Si me valgo de la gracia para realizar en mí los designios de mi Salvador, nada debe ser para mí más precioso en este mundo que la gracia; todo me viene por ella; es mi tesoro en este mundo, como Dios lo será en el cielo.

Examen: ¿Está la esperanza tan anclada en mi alma como conviene a un religioso?... ¿Tengo deseos del cielo?... ¿Es la posesión de Dios mi único anhelo?... ¿Me he aplicado suficientemente a compenetrarme de que Dios es mi único bien, mi sola herencia por toda la eternidad, y que

a) Sobre Dios, primer objeto de mi esperanza

si me apego a cualquier objeto en este mundo, sin que sea por Dios, me aparto de mi fin?...

¿He comprendido bien la locura de dejar cautivar mi corazón en este mundo por cualquier cosa creada, sea la que sea, y que todo lo que me sujeta a la tierra es una atadura que me impide remontarme hacia el cielo?... ¿No he puesto jamás mi confianza más que en solo Dios?... ¿He pedido a Dios su gracia?... ¿No he confiado más que en ella?... ¿No he tenido a veces sentimientos de presunción?... ¿No me he juzgado, en el fondo de mi corazón, bueno por mí mismo?... Indudablemente que he podido proferir palabras de humildad; pero, ¿cuál era, muy frecuentemente, el sentimiento que yo abrigaba en el fondo de mi ser?... He presumido de mis fuerzas, y ¿no es esa la razón por la que frecuentemente Nuestro Señor permitió que yo cayese?...

**b) Sobre la gracia,
objeto secundario
de la esperanza:
¡Confianza!**

¿Tengo, por otra parte, una confianza suficiente en la gracia?... Mi naturaleza, inclinada al desaliento y arrastrada a él por el demonio, me ha hecho frecuentemente creer que no era yo capaz ya de nada o que había abusado en demasía de la gracia, o que Dios me la negaba, o que no me la daba en suficiente abundancia; y con todas esas falsas ideas, ¿no he estado con frecuente expuesto a rodar hasta el fondo del abismo de la desesperación?...

temente creer que no era yo capaz ya de nada o que había abusado en demasía de la gracia, o que Dios me la negaba, o que no me la daba en suficiente abundancia; y con todas esas falsas ideas, ¿no he estado con frecuente expuesto a rodar hasta el fondo del abismo de la desesperación?...

¡Estima!

En fin, ¿me he comportado con la gracia de Nuestro Señor con todo el respeto que ella merece?... ¿La he recibido como conviene?... ¿No la he menospreciado?... ¿No la he hallado demasiado exigente?... ¿No he apartado mi atención de los buenos pensamientos que me han sido sugeridos en mis lecturas, meditaciones y comuniones?... ¿No he hallado que me sería preciso ir demasiado lejos, si hacía



lo que la gracia me pedía?... ¿No me he sentido acobardado ante la multitud de sacrificios, que yo debería hacer, una vez que la gracia se hubiera apoderado completamente de mí?...

¡Abandono!

¿En qué estado de abandono me encuentro actualmente?... ¿Estoy por fin resuelto a no poner el menor obstáculo a la acción de la gracia en mí?... Ofreciéndose como se me ofrece Dios para ser mi eterna felicidad, y ofreciéndome Jesucristo su gracia adquirida a costa de su sangre para ayudarme a conquistar esa felicidad eterna, ¿estoy por fin persuadido de que lo menos que debo hacer es decidirme de una vez a abandonarme sin reservas a todas las santas exigencias de la gracia, en la esperanza de lo que con la gracia mereceré?





CAPÍTULO V

LA ORACIÓN

La oración es el grito de la esperanza. Si nada podemos sin la gracia, la gracia nos está asegurada por la oración y la gracia inicial de la oración no se nos niega nunca: nuestra arma por excelencia es la oración.

I

Su práctica en la Asunción

La vida de los Religiosos Asuncionistas ha de ser una vida de oración y de recogimiento en

presencia de Dios.

La oración debe ser su arma por excelencia para rechazar las tentaciones, combatir al enemigo de la salvación y triunfar de todos los obstáculos que se opongan al bien obrar. Se tendrán por felices de hacer progresos en la vida interior. Y siendo la oración el medio principal para conseguirlo, vivirán siempre en la presencia de Dios, para ser perfectos; este sentimiento de la presencia divina será para ellos la fuente de su recogimiento y de su modestia.

Procurarán orar a Dios en todas partes, para poder así adorar a Dios donde quiera que sea y poder ofrecerle en toda ocasión acciones de gracias por sus beneficios o expiaciones por los escándalos que por todas partes nos rodean. Rogarán sobre todo según las intenciones de Nuestro Señor, encontrando su dicha en unir sus plegarias a las que el eterno Pontífice ofrece sin cesar a su Padre por los pecadores. Rogarán por todas las necesidades de la Iglesia y así, en esta oración de hijos abnegados, encontrarán el impulso que inflame su celo por la extensión del reino de Jesucristo.



Si su oración está compenetrada del espíritu de fe que conviene a los religiosos, tengan por cierto que ella será más poderosa que todos los medios humanos inspirados en la prudencia de la carne. No han de emprender cosa alguna sin haberse encomendado a Dios; pero, también han de recordar que nada atrae tanto las gracias de lo alto como la gratitud. Han de orar, pues, para agradecer a Nuestro Señor cuanto les suceda, bueno o malo; ya que, si de una parte, todo redunde en bien de los que aman a Dios, por otra, nos recomienda el Apóstol dar gracias a Dios por todo: “*In omnibus gratias agentes: Dad gracias por todas las cosas*”¹⁾.

II

La oración a la luz de la esperanza

Aunque la gracia de Dios, sobre la que se basa la esperanza del cielo, llega a nosotros adelantándose necesariamente, Dios, que nos otorga la gracia primera de la oración, quiere que le pidamos todas las gracias que necesitamos, incluso la de orar mejor cada día. “Pedid y recibiréis” [Mateo 7, 7], nos dice él. Debemos, pues, pedir y cuanto más pidamos, más escuchados seremos, con tal que pidamos bien. Tiene Dios las manos llenas de beneficios y no desea sino abrirlas sobre nosotros; y, si las tiene cerradas, es porque prevé que, mal dispuestos para aprovecharnos de sus dones, añadiríamos, si nos los concediese, a todos los demás pecados nuestros el de la ingratitud. Él quiere que tengamos deseos de su gracia; quiere que se la pidamos y que nos preparemos con las disposiciones necesarias para aprovecharnos de ella.

Considerada así, la oración es una aspiración de mi alma hacia Dios; es el clamor de mi indigencia y de mi miseria, que surge de lo más hondo del abismo de mis

¹⁾ Efesios 5, 20.

pecados y se esfuerza por subir hasta el trono de la divina misericordia. Bajo este punto de vista, la oración consiste ante todo en pedir, pero puede también expiar y purificarme. Ella puede agradecer los dones ya recibidos, para merecer recibir aún más abundantes; ella también adora a Dios, Dueño soberano de todos los bienes y Bien Supremo, él mismo, por excelencia; pero, bajo el punto de vista de la esperanza, la oración tiene como fin primordial el de pedir. Mi alma debe presentarse a Dios con el más profundo convencimiento de que nada tiene y que lo tiene todo de él. Ese sentimiento agrada a Dios: él se complace en escuchar el clamor del pobre.

Examen

¿Cómo he orado yo hasta el presente?... ¿He estimado la gracia como el más preciado de todos los dones, ya que por ella puedo merecer el poseer a Dios?... ¿He puesto toda mi atención en no perder ninguna de las gracias que se me concedían?... ¿He puesto en mi oración toda la pureza de intención necesaria para que fuese agradable a Dios?... ¿He deseado sinceramente ser escuchado?... ¿No he tenido más de una vez miedo de la gracia y, por consiguiente, miedo de pedirla?... ¿He orado con perseverancia?... ¿No me he cansado muchas veces de orar, porque me parecía que yo no era escuchado?... ¿He orado con el suficiente respeto?... ¿No me he dejado llevar a menudo por mi imaginación o adormecer por la pereza?... ¡Y encuentro cosa extraordinaria que Dios no me escuche!...

¿Tengo el suficiente deseo de poseer a Dios?... ¿Tengo un deseo grande de unirme a él y de gozar de él por toda la eternidad?... ¿Estoy resuelto a hacer todos los sacrificios que él exija de mí para lograr de él esa intimidad que él concede a las almas fieles a su gracia y que sería una de las prendas más seguras de mi eterna unión con él?



CAPÍTULO VI

LA POBREZA

La pobreza es la contraprueba de la esperanza. Ella nos desprende de la tierra; nos pone, a ejemplo de Jesucristo, al servicio de los pobres; nos reduce a sólo contar con medios pobres, los únicos que reciben las bendiciones de Dios; nos estimula al trabajo, forja los caracteres y asegura a nuestro apostolado su independencia.

I

Su práctica en la Asunción

La riqueza de nuestra familia debe consistir en el desapego más absoluto de los bienes de la tierra. Habiendo dicho Nuestro Señor: “Las aves del cielo tienen nidos y las zorras madrigueras, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza¹⁾”, deberíamos avergonzarnos de todas las satisfacciones inútiles que damos a nuestro cuerpo. No habiendo querido Nuestro Señor darnos, durante su vida apostólica, ejemplo de mortificaciones exteriores demasiado grandes, debiéramos por lo menos imitarle en su desprendimiento de todas las cosas. Por este motivo precisamente hemos de ser muy severos por lo que se refiere al empleo de nuestro tiempo. Somos como pobres que tienen necesidad de trabajar para ganarse la vida.

II

La pobreza a la luz de la esperanza

El aprecio de la posesión de Dios debe hacerme despreciar todo lo que no es él o no se refiere a él. Puedo desasir mi corazón de toda propiedad

¹⁾ Mateo 8, 20.



material y gozar de ella; pero, más perfecto es renunciar a todo, sea lo que sea, y santificar esta segunda disposición haciendo el voto de pobreza. A partir de entonces, ya no puedo disponer de cosa alguna sino en cuanto me lo permitan mis Superiores y, sea que haya traído a la Congregación sumas considerables, sea que no le haya hecho ofrenda más que de mi persona y de mi trabajo, nada tengo en propiedad.

Si soy un buen religioso, esta pobreza debe ser causa de mi alegría; y debo no solamente practicarla según lo que la Regla me prescribe, sino que me es permitido llevar esta pobreza interiormente tan lejos como el amor a Dios me inspire. Nadie puede servir a dos señores, y mi desprendimiento interior será el medio más eficaz de hacer penetrar a Dios más profundamente en mi alma. Tengo que ver, pues, hasta qué grado soy pobre.

¿No echo de menos algunas veces ciertas comodidades que la riqueza procura?... ¿No estaría yo apegado a algún objeto, por insignificante que sea?... ¿Estoy desapegado de todas las cosas?... ¿No dejo formarse en mí ciertos deseos o ciertas añoranzas de lo que ya no poseo?... ¿Estoy unido a Jesucristo, pobre en el establo de Belén, pobre en el trabajo de Nazaret y que, durante su vida pública, no tenía ni una piedra donde reclinar la cabeza?... Esta santa pobreza de mi Maestro, ¿me seduce, me encanta, me arrebatada por el deseo de hacer como él?... ¿Qué cuidado tengo, por espíritu de pobreza, de los objetos, libros, ropas que se me han confiado?...

La pobreza y el trabajo

La pobreza lleva consigo el trabajo. Si soy pobre, debo trabajar para ganarme la vida. Así como el trabajo es castigo del pecado, es la condición normal de una vida pobre. ¿Cómo he empleado mi tiempo?... ¿Con qué escrúpulo?... ¿No soy perezoso?... ¿No me he dejado



llevar de mi cobardía en no pocas circunstancias?... El hastío del trabajo, ¿no me ha conducido muy frecuentemente a perder mi tiempo?... ¿Qué cuenta no tendré que dar un día de todo ese tiempo que he perdido?... ¿Cómo quiero yo emplearlo de aquí en adelante, considerando que si pierdo mi tiempo en conversaciones inútiles o de otra manera cualquiera, falto y hago faltar a mis hermanos a la pobreza?... ¿No tengo, bajo este aspecto, muchos malos ejemplos que reprocharme y de qué manera los quiero reparar?





CAPÍTULO VII

LA CARIDAD

La caridad, por su relación al amor de la Iglesia, perfecciona nuestra semejanza con Cristo en la entrega total de nuestra capacidad de amar. A los ojos del Padre d'Alzon, es un gran misterio de unidad: unidad de todos los miembros de la santa Ciudad; inefable unidad del alma con Dios; unidad llena de cordialidad de nuestra pequeña familia de la Asunción.

I

Su práctica en la Asunción

La caridad comprende más especialmente para nosotros: el amor a la Santísima Virgen, madre de Jesucristo y nuestra especial patrona; el amor a la Iglesia, cuyos intereses todos son los nuestros; la devoción a los santos ángeles y sobre todo a los ángeles custodios de nuestros hermanos, y el afecto a las almas que nos están confiadas.

El amor al prójimo se manifestará por nuestra mansedumbre en soportar el mal que pudiera hacernos; por nuestra disposición a prestarle todos los servicios que lleva consigo nuestra vocación; por nuestra cordialidad y espíritu de franqueza; y sobre todo, por nuestro celo en todas las obras que emprendamos por el bien de las almas.

La caridad, por fin, nos descubrirá ese espíritu de unidad que Nuestro Señor pedía a su Padre en el momento en que acababa de instituir el sacramento de la Eucaristía y se disponía a derramar su sangre por la salvación de



los hombres: “*Ut omnes unum sint...: A fin de que todos sean uno*”¹⁾. “*Ut dilectio, qua dilexisti me in ipsis sit, et ego in ipsis: A fin de que el amor con que tú me has amado esté en ellos, y yo en ellos*”²⁾ (7).

Como, según las palabras de San Juan, Dios es amor y quien permanece en su amor permanece en él, hemos de pedir continuamente al Espíritu de amor, que eternamente procede del Padre y del Hijo, que nos una con indisoluble vínculo a Dios, a Jesucristo, a su Iglesia, a nuestros hermanos y a todas las almas que nos están confiadas.

II

Dios: primer objeto de la caridad Yo no debo solamente esperar poseer a Dios; debo también, por medio de la gracia de Nuestro Señor, amarle con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y unirme a él por la caridad. Dios es amor y el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él. He aquí toda mi vida: permanecer en Dios por la caridad.

Por mí mismo nada soy, nada puedo; pero, merced a la gracia de Dios, puedo ensanchar los límites de mi corazón y obtener que se haga conmigo como con Salomón, de quien se dice que Dios le dilató el corazón como la arena de las playas del mar. Mi corazón puede contener el océano del amor; puedo ser unido a Dios, puedo ser consumado en la unidad, según la expresión del divino Salvador.

En qué consiste esa unión, es ciertamente un misterio; pero, en fin, todos los días, el sacerdote, al mezclar en el cáliz el agua con el vino, pide que lleguemos a ser partícipes de la naturaleza divina, como Jesucristo se hizo partícipe de la naturaleza humana. Precisamente a eso debo llegar. Todos mis pensamientos, todos mis deseos, todas mis aspiraciones deben tender a ese fin sublime.

¹⁾ Juan 17, 21.

²⁾ Juan 17, 26.

Si la esperanza me presenta a Dios como mi bien supremo, la caridad me lo presenta como el único objeto de mi amor. He dicho al Señor: “Tú eres mi Dios”. Es él, y esto me basta. No hay cosa que yo no deba estar dispuesto a darle y, si todo cristiano está obligado a amar a Dios sobre todas las cosas, ¿cómo debe estarlo un religioso que, por su consagración, se ha hecho servidor suyo! ¡Cuál debe ser la pureza de mi corazón! ¡En qué llamas no ha de arder, y cuán presto debo estar a sacrificar todo lo que no es Dios!

¿Es mi corazón enteramente puro?... Lo más hondo de mi ser ¿es del todo y absolutamente posesión de Dios?... ¿Todo en mí está bien ordenado por la caridad?... ¿No me he vuelto a apoderar más de una vez de algunas partes, por así decirlo de mi corazón, para dárselas a las criaturas?... ¿No hay entre Dios y yo algún obstáculo?...

Obstáculos a la caridad

El pecado mortal destruye en el alma el amor a Dios. No quiero detenerme en el pensamiento horrible de que he llegado a destruir el amor de Dios en mí por alguna falta; pero, ¿no he debilitado con demasiada frecuencia ese amor por el pecado venial?... ¿No tendría yo que reprocharme alguna falta habitual que, no por ser venial, mancha menos mi alma de una manera muy peligrosa para el amor que debo a mi Dios?...

Ese amor es celoso. ¿Me he sometido siempre a las santas exigencias del amor divino?... ¿No he tenido miedo de ellas?... ¿No me he refugiado en una muchedumbre de pretextos para evitar comprender y hacer lo que el Espíritu Santo me pedía imperiosamente en el fondo de mi alma?...

El amor a Dios es una llama que se extingue cuando no se aviva; ¿he avivado suficientemente en mí la llama del amor divino?... ¿Puedo decir que ella es más viva en mí de día en día?... ¿No me he dejado ir hacia una tibieza

culpable?... ¿Dónde me encuentro con respecto a mi primer fervor?... ¿Qué es lo que he hecho para conservarlo y aumentarlo?... En una palabra, ante el amor que Dios me tiene, ¿puedo decir que amo a Dios?

III

**Práctica de la caridad
fraterna en la
Asunción**

Si el amor de las almas es uno de los caracteres distintivos de nuestra pequeña familia, los religiosos deben sobre todo amar las almas de sus hermanos y de sus Superiores, como también los Superiores deben tener un afecto especial a los religiosos que les están confiados. Que todos, por tanto, se esmeren en tener los unos hacia los otros una caridad llena de cariño, de estima, de respeto, de seriedad; que todos vean en los miembros de nuestra pequeña Sociedad vivas imágenes de Jesucristo, templos del Espíritu Santo, hijos de la Santísima Virgen, nuestra Madre común. Que huyan de toda familiaridad inconveniente, de todo afecto particular, que es la peste de las comunidades, de toda antipatía que tendería a desatar los lazos de un santo afecto, de toda palabra hiriente, de todo trato capaz de producir disensiones escandalosas. Que mutuamente se hagan advertencias entre sí, cuando sea necesario; y, a menos que se trate de algo público, guárdense de repetir cosa alguna de lo que hubieran visto y pudiera escandalizar, a no ser a los que sea del todo necesario decírselo, para que el mal pueda ser reparado lo más pronto y eficazmente posible, sin que la caridad se resienta en demasía.

En sus relaciones de todos los días, acuérdense los hermanos de que, después de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de la Iglesia y de nuestro Santo Padre el Papa, su amor más grande ha de ser el de nuestra pequeña Congregación; pero deben amarla en Dios, evitando ese amor de exclusivismo que sólo vería el bien que se hiciera entre nosotros y por nuestro medio.

Que en sus conversaciones hablen principalmente de cosas útiles y edificantes, y eviten las críticas, las discusiones violentas y todo lo que pudiera herir la modestia y el decoro religioso. Que sin permiso no entren en las celdas de los demás. Que eviten cuanto pudiera mortificar a los hermanos de nacionalidad diferente. Que, en fin, se pueda decir de nosotros con verdad lo que el Espíritu Santo afirma de los primeros cristianos: “*Et multitudinis credentium erat cor unum, et anima una*: La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y un alma sola”¹⁾.

¹⁾ Hechos 4, 32.



CAPÍTULO VIII

EL ESPÍRITU DE SACRIFICIO

La caridad es el fuego del holocausto que se alimenta de sacrificios.

“Ejemplo os he dado para que, como yo he hecho así hagáis también vosotros”¹⁾. Estas son las palabras de Nuestro Señor dispuesto ya a subir al Calvario y ofrecer por los hombres el sacrificio de la cruz. Este sacrificio, incesantemente renovado sobre el altar, debe ser modelo del mío. Es necesario que yo me sacrifique por Dios. Tengo inútilmente en el fondo del corazón los sentimientos todos de ternura hacia Aquél a quien me consagré si, al mismo tiempo, no estoy en disposición de sacrificárselo todo, si no le sacrifico las debilidades de mi naturaleza siempre dispuestas a rebrotar, si no me entrego del todo a su servicio, si hago cálculos, si pongo restricciones, si no me inclino hacia lo más penoso, según que la obediencia me lo muestre, entonces no soy digno de él.

Después de tantas misas donde he participado del sacrificio de la cruz, y de tantas comuniones en que recibí dentro de mi corazón a la divina Víctima, ¿en qué tengo espíritu de sacrificio, en qué soy yo mismo víctima? Puedo serlo de mil maneras: mediante la obediencia, la caridad, la mortificación, el celo y mediante todas las virtudes que un religioso debe practicar con la mayor perfección.

¿Soy, en una palabra, sacrificado?... ¿Me he puesto de una vez para siempre sobre el altar del holocausto y he dicho a Nuestro Señor: “Inmólamе, Señor, como tú te inmolestaste, para que yo te pruebe mi amor como tú me has probado el tuyo”?...

¿Soy realmente víctima?

¹⁾ Juan 13, 15.





CAPÍTULO IX

LA CASTIDAD

La castidad nos es muy querida, porque ella es de una manera muy especial la prueba de nuestro amor a Jesucristo y a la Santísima Virgen, y el fruto por excelencia de nuestra devoción al Santísimo Sacramento.

I

Su práctica en la Asunción

En su devoción a Jesús en el sagrario y en su ternura filial hacia la Virgen Santísima hallarán los miembros de nuestra pequeña familia las fuerzas necesarias para observar este voto. Es necesario que eviten las conversaciones inútiles, que su vida esté sin cesar ocupada, que tengan verdadero horror a toda conversación peligrosa; que estén siempre dispuestos a dar cuenta de todas sus acciones; que se acuerden de que, en definitiva, la vida apostólica es la vida de los ángeles, cuya virtud deben tener. Solamente en un corazón transparente de inocencia pueden recibir las comunicaciones de Aquél que es el esplendor eterno y purísimo del Padre.

De una manera muy especial están los Superiores encargados no sólo de velar por la observancia de esta virtud entre sus hermanos, sino también de prevenir las ocasiones y de alejar las circunstancias que pudieran empañar su reputación.

Acuérdense los religiosos que, siendo Dios y la eterna posesión de Dios el objetivo final de su vocación, sólo podrán conseguirlo por medio de la pureza más absoluta, conforme a estas palabras de Nuestro Señor: "*Beati mun-*



*do corde, quoniam ipsi Deum videbunt: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*¹⁾.

II

La castidad a la luz de la caridad La mayor prueba que puedo dar a Dios del amor que le tengo, es renunciar por él a todo afecto, aun legítimo, por medio de la castidad. Debo tener en mucho la castidad, porque me hace más y más hijo de María y amigo de Jesús.

¿Qué decir de esta virtud que me dispone a ver a Dios más de cerca? ¿No debo más bien callarme y deplorar en el fondo de mi corazón los menores actos, palabras y sentimientos que hayan podido ajar la galanura de esta bella flor?

En mis adoraciones ante el Santísimo Sacramento, pediré a mi divino Maestro que me embriague con el vino que engendra vírgenes, y a los santos ángeles, que rodean su trono, les pediré que hagan mi corazón y mi alma tan puros como ellos.

¹⁾ Mateo 5, 8.



CAPÍTULO X

LA MORTIFICACIÓN

La fecundidad de la caridad se encuentra, para el Padre d'Alzon, en la aptitud para sufrir. "María fue, según él escribió, la más pura de las criaturas, precisamente por ser, por su Compasión, la más perfecta cooperadora de Cristo en el misterio de la Redención".

I

Su práctica en la Asunción

Sean los religiosos que, al entrar en la Congregación, han hecho a Dios el sacrificio de su vida. Esta vida, por tanto, ya no les pertenece; debe importarles poco que sea larga o que sea corta, con tal de que esté empleada en la consecución del fin querido por Dios. Por consiguiente, no será admitido pretexto alguno de salud para no hacer lo que haya sido mandado; como también, desde que se les mande cuidarse, deberán obedecer para hacer lo que es más agradable a Dios.

Es el religioso un soldado que debe luchar o descansar sobre las armas, según se lo imponga la voz de su jefe. Debe siempre tener ante los ojos el fin de su vocación, que es la victoria sobre el mundo y sobre sí mismo, y la manifestación de Jesús crucificado. Para llegar al triunfo sobre sí mismo, le es necesaria la penitencia, pero tal que sea conforme con el espíritu de nuestro Instituto. Consistirá, por tanto, sobre todo en la pobreza, la oración, el estudio, la paciencia en las buenas obras, la tolerancia de los demás y la regularidad.

No le serán tan necesarios, como lo son en otros Institutos, los ayunos y demás austeridades, porque él debe extenuar su cuerpo en los trabajos encaminados a la sal-



vación de las almas. Sin embargo, lejos de estarle prohibidas, le son esas penitencias aconsejadas.

Uno de los motivos que nos han de llevar a practicar algunas penitencias extraordinarias será conseguir, ya el éxito de nuestras buenas obras, ya la conversión de los pecadores, ya la reparación de los escándalos que afligen a la Iglesia y, precisamente para excitarnos a esa penitencia, hemos de meditar a menudo en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

II

La mortificación como exigencia de la castidad y del amor

“Mi amada es como un lirio entre espinas”¹⁾, dice el celestial Esposo. Si quiero que la flor de mi castidad conserve su lozanía,

debo cercarla de espinas, es decir, del espíritu y las prácticas de la mortificación; y, aunque no sea la austeridad corporal una de las peculiares características de la Asunción, sí que se me presenta como condición de toda vida cristiana, como guardiana de mi castidad y como prueba del fervor que debe abrasar a un ministro de Jesucristo.

Como cristiano, debo acordarme de que soy pecador y de que debo saldar, mediante la penitencia, la deuda de mis pecados. Como amigo de Jesús, debo velar con todo el ardor de que soy capaz por conservar mi más preciado tesoro. Como religioso, debo penetrar en los sentimientos de Nuestro Señor, y completar en mi carne lo que falta a la Pasión de Jesucristo.

Examen
preservación y de amor.

Mi mortificación debe ser una penitencia de satisfacción, de

¹⁾ Cantar de los Cantares 2, 2.

a) de satisfacción ¿Me he dado cuenta de lo que he de pagar por mí mismo?... ¿Qué purgatorio sería el mío, si yo muriese, cuánto tiempo tendría que sufrir en él, y qué dolores me vería condenado a soportar allí?... Y, sin embargo, me atemoriza la menor molestia, la menor incomodidad. No acierto a soportar cosa alguna; solamente con una extrema repugnancia llevo a ofrecer algo de las mil oportunidades meritorias que se presentan en la vida y que, si yo quisiera, serían valiosísimas mortificaciones.

b) de preservación ¿Qué hago por conservar la virtud santa de la castidad?... ¿Por medio de qué cautelas la he conservado al abrigo de todo hálito impuro?... ¿Nada hay que cercenar en mis conversaciones, lecturas, miradas y en los impulsos de mi imaginación?... ¿Cómo he tomado lo que hay de austero en la vida religiosa?... ¿No he evitado cuidadosamente todo lo que pudiera molestarme, cansarme?... ¿Qué temor no he tenido de esas espinas, con las que, sin embargo, quiere Jesús que yo cerque mi corazón?...

c) de amor Si estoy entera y particularmente consagrado al servicio del altar, no puedo presentarme ante mi divino Maestro sin pedirle que tenga compasión de su pueblo, y sin ofrecerme como víctima para aplacar su cólera. ¿Qué quiero yo añadir a mi oración para que sea escuchada?... En medio de los más vivos dolores de alma y cuerpo, Jesús en la cruz obtiene la salvación de los pecadores; ¿qué quiero yo ofrecer por los pecadores, en unión con Jesús?...

Si llevo más especialmente una vida contemplativa ante el Santísimo Sacramento, debe ser la mía una vida de oración y de penitencia; ¿qué he hecho yo hasta el presente por vivir esa vida y prepararme a ella según el espíritu de la Regla?



CAPÍTULO XI

EL CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Por vocación, por nuestra divisa: “Venga a nosotros tu reino”, estamos al servicio de las almas. El celo, fruto eminente de la caridad, corona todas nuestras virtudes y pone de relieve el carácter apostólico que ellas revisten en la Asunción.

I

Su práctica en la Asunción

Ya que el espíritu de nuestra Orden (8) es más particularmente un espíritu apostólico, debemos poner, tanto cuanto dependa de nosotros, una gran diligencia en adquirir las virtudes que exige esta sublime vocación. Por eso, nos hemos de acordar que Jesucristo vino a este mundo no para ser servido, sino para servir, y nos hemos de afanar en ponernos a nosotros mismos en el estado de una humilde dependencia de las almas, a las que seamos llamados a hacerles el bien. Nos hemos de acordar de que estas almas tienen derecho sobre nosotros, y que nosotros no tenemos otro derecho sobre ellas que el que Jesucristo nos confió para, según los medios puestos a nuestra disposición, conducir las a la perfección que les es propia.

De un tal sentimiento de dependencia brota el respeto, que será una salvaguardia para ellas y para nosotros. Tan sólo en el corazón de Nuestro Señor Jesucristo deben estas almas ser queridas, y únicamente el amor que Jesucristo les manifestó, derramando por ellas su sangre, debe ser la medida de los esfuerzos que hemos de hacer para conducir las, según su vocación, a la santidad.

Aunque todos los religiosos deben estar dispuestos a



entregarse de lleno a cualesquiera obras que los Superiores les propongan, dentro de los límites de nuestro Instituto, sin embargo, los Superiores tendrán cuidado de examinar con atención en cuáles obras más en particular se desenvuelven mejor estos o aquellos religiosos, de acuerdo con sus aptitudes, con sus cualidades naturales y, sobre todo, de acuerdo con las gracias de que se ven favorecidos en orden a la acción.

Cualidades de nuestro celo Hemos de poner en el bien que hagamos todo el desinterés posible, principalmente el de la vanagloria; nos hemos de alegrar del bien que otros hubieran hecho y que nosotros no hubiéramos sido juzgados dignos de hacer; y en las circunstancias en que otros hubieran hecho la obra de Dios, aun en los casos en que pareciera que a nosotros nos correspondía ese trabajo, digamos con Moisés: “*Utinam et omnes prophetent: ¡Quiera el cielo que todos profeticen!*” [Números 11,29].

Nuestro celo será humilde, acordándonos de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo a sus apóstoles: “Cuando hubiereis hecho todo lo que se os mandó, volved y decid: siervos inútiles somos”¹⁾.

Nuestro celo, en fin, ha de ser perseverante, puesto que las Sagradas Escrituras nos dan continuamente ejemplos de la manera con que Dios hace llegar a feliz término las obras queridas por él, cuando parecían lo más desesperadas; porque a medida que se evidencia que el hombre pone menos en ellas de su propio yo, Dios pone más de su parte.

II

La contemplación y la acción para nosotros están unidas en un mismo fin: cooperar en la extensión del reino

¹⁾ Lucas 17, 10.

de Jesucristo, rogando en el silencio, como María nuestra Madre, o bien, ocupándonos de obras que contribuyan al bien de la Iglesia. Por consiguiente, en cualquier casa en que yo esté, trabajaré para testimoniar mi amor a Jesucristo y llevar almas hacia él.

Disposiciones más personales que dimanar del cuarto voto

Me ocuparé en particular de esos diversos fines (9), pero, antes quiero examinar en la presencia de Dios cuáles deben ser las disposiciones de un religioso

que se prepara a hacer o ha hecho su cuarto voto (10).

1° Debo compenetrarme de todos los sentimientos de Nuestro Señor cuando vino a este mundo: “He venido –dijo– a poner fuego en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?”¹⁾ Debo querer abrasar las almas con ese fuego divino, y mi vida debería ser una aspiración permanente hacia ese objetivo.

2° Debo adentrarme en todos los sufrimientos padecidos por Jesucristo durante su vida mortal. Sus trabajos, sudores y fatigas apostólicas; los desprecios, contradicciones, persecuciones e ingratitudes de que fue objeto; la oración de su agonía en el Huerto de los Olivos, los dolores de su Pasión, los tormentos, la sed, los desamparos de su muerte: todo eso debiera estar siempre delante de mis ojos para darme una idea del amor que tuvo Nuestro Señor a las almas rescatadas con su sangre y del precio que pagó por ellas.

3° Debo amar a las almas y desvivirme sin cesar por ellas: amando a las almas justas por sus virtudes y deseando que se santifiquen más y más para consuelo de Nuestro Señor y para su gloria; amando a las almas pecadoras y deseando con toda mi alma su conversión, a fin de que el sacrificio del Calvario no sea inútil para ellas.

¹⁾ Lucas 12, 49.

Por eso, mi celo debe ser prudente, si tengo que ocuparme de niños, de ejercitantes, o de cualquier alma a la que quiero hacer el bien. Debe también mi celo ser dirigido por la obediencia, y debo tener en cuenta que, por querer hacer demasiado o con prisa en demasía, no se hace nada o se hace mal; pero, debe al mismo tiempo mi celo ser ardiente como el de mi divino Maestro. Tengo que estar dispuesto a todo para salvar las almas, de acuerdo con las indicaciones de mi Regla y de mis Superiores.

Si estoy en una casa de noviciado, debo, por medio de la oración y la penitencia, si ésta me está permitida, probar mi amor hacia las almas; y es junto al Santísimo Sacramento donde yo debo dar rienda suelta a mis deseos y a mis lágrimas, por la santificación de los justos, la conversión de los pecadores, la exaltación de la Santa Sede, la santidad del clero, la libertad de la Iglesia, la confusión de los enemigos de Dios, el triunfo de Jesucristo, aun en este mundo.

He aquí lo que mis disposiciones deberían ser; ¿qué son en efecto?... ¿No es mi piedad completamente egoísta?... ¿No hay en mi obrar algo del exclusivismo que se adhiere a tal o cual persona, no por Dios, sino por ella?... ¿Amo con ardor a Jesucristo y todo lo que él ama?... ¿Quiero de veras orar?... ¿Quiero sufrir?... ¿Quiero luchar?... ¿Quiero, con arreglo a mi debilidad, ser su apóstol?

NOTAS

SEGUNDA PARTE

(1) Esta frase había sido tachada por el P. d'Alzon.

(2) “Ya sea por aquella idea falsa de ciertas personas piadosas que: puesto que siguen las prácticas de la Iglesia, creen que tienen la ciencia de su doctrina” D.H.

(3) El D.F. suprime ciertas expresiones más mortificantes que chocaron a las primeras destinatarias del Directorio.

(4) Este texto tomado de nuestras Constituciones primitivas, cuya audacia no debería presentar problemas, ha sido retocado como sigue en la edición del P. Picard: "... debe buscar su principio en la admirable obediencia del Hijo, Verbo encarnado, a la voluntad divina: *In capite libri scriptum est de me ut faciam, Deus, voluntatem tuam*" (Hebreos 10, 7). El P. d'Alzon mismo ha dado, en su gran meditación sobre la Excelencia de la obediencia, un comentario autorizado de este pasaje de nuestro Directorio (pg. 543). Desde toda la eternidad, al adoptar juntamente con el Padre y el Espíritu Santo el decreto de la Encarnación redentora, el Verbo de Dios se coloca personalmente en el principio de nuestra obediencia.

(5) Las palabras entre corchetes no se encuentran en ninguno de los manuscritos del D.H. Cristo, nos dice el P. d'Alzon, se ha dejado dar, es decir, entregar totalmente por su Padre a sus enemigos...

(6) Este párrafo, suprimido por el P. d'Alzon en la última redacción del Directorio, ha sido retomado por la edición del P. Picard.

(7) Lo mismo hay que decir de los tres primeros párrafos de este capítulo.

(8) Palabra que indica el deseo que tenía el Fundador de ligarse mediante votos solemnes y crear auténticos monjes.

(9) El Padre d'Alzon acababa de enumerar las distintas actividades de las Damas de la Asunción; del texto primitivo no ha conservado más que aquello que se podía aplicar a sus religiosos.

(10) Siguiendo el deseo expresado en las primeras Constituciones.

TERCERA PARTE

MEDIOS

DE SANTIFICACIÓN

Desde el plano de las virtudes que elevan al plano sobrenatural nuestras capacidades de actuar, el Padre d'Alzon pasa a las acciones que, en el desarrollo de la vida cotidiana, las ponen en ejercicio y las hacen crecer. La franqueza y la lealtad, tan frecuentemente recomendadas por el Fundador, son distintivos de nuestro estilo de vida.

Los tres primeros capítulos describen el clima de toda vida de perfección: vida reglada, sometida al control de los superiores e inmersa en el silencio.

Los quince capítulos que siguen nos sugieren las disposiciones interiores que deben animar todos nuestros pasos, desde un levantarse matinal, pronto y generoso, hasta el acostarse, “en que hacemos el aprendizaje del sepulcro”. Los capítulos XIX al XXII tratan de los medios de comprobación y purificación que se imponen a religiosos consagrados a la perfección.

Finalmente, el capítulo sobre “la vida interior”, se presenta como la conclusión normal de nuestro Directorio.

CAPÍTULO I

LA REGLA

¡Nuestra vida diaria ha de ser una vida reglamentada, sujeta al control de nuestros Superiores, bañada de silencio!

Son dos los puntos de vista que puede ofrecer la Regla a nuestra consideración: el cuerpo de la Regla y el espíritu de la Regla.

El *cuerpo* de la Regla es el conjunto de leyes establecidas por la Iglesia para fijar las obligaciones generales de la vida religiosa, a lo cual hay que añadir las observancias generales de la Congregación. Son disposiciones que la experiencia, el tiempo, la prudencia de los fundadores, la aprobación de la Iglesia han demostrado ser las más útiles para la santificación de las almas; y, pues tengo la dicha de ser llamado a la vida religiosa para alcanzar la santificación de mi alma en particular, desde este primer punto de vista le debo a mi Regla el máximo respeto.

Pero, el segundo y más importante punto de vista es el *espíritu* de la Regla, es ella un comentario del Evangelio, que expone no solamente lo que él prescribe para entrar en el cielo, sino también lo que aconseja para llegar a la perfección; es además un comentario adaptado a las necesidades de mi alma con respecto a mi vocación particular. No pueden todos los anhelos de santidad tener cabida en todas las Reglas; indudablemente hay diversos atractivos; pero lo que exigen todas las Reglas es la práctica de la Regla según el espíritu de la Regla.

¿Dónde me encuentro yo con relación a esta práctica?... ¿No ha sido mi Regla violada muy frecuentemente por mí, con los más fútiles pretextos?... ¿No ha sido mi Regla puesta demasiado frecuentemente en práctica con una increíble pusilanimidad?... ¿No la he practica-

do muy a menudo de una manera totalmente farisaica?...
¿No ha sido objeto para mí de muchas murmuraciones y
rebeldías?... ¿Cuándo me decidiré a practicarla con amor,
por mi propia santificación y edificación de mis herma-
nos?... ¿Cuándo me haré una idea del mal que causo con
el escándalo que doy con mis ejemplos de infracción a
mi Regla?



CAPÍTULO II

LOS SUPERIORES

Nuestra vida religiosa no sólo debe estar sometida al mudo control de la Regla, sino también y principalmente al control vivo de nuestros Superiores.

Dice San Pablo: *“Obedeced a vuestros Superiores y estadles sumisos, pues ellos velan sobre vosotros, como quien ha de dar cuenta de vuestras almas, para que desempeñen su cargo con alegría y no gimiendo; que esto en manera alguna os conviene”*¹⁾.

¿Qué son, en efecto, mis Superiores? Son los representantes de Dios, responsables ante él de mi salvación y de la Congregación, o de la parte de la Congregación que les está confiada. Responden de mi alma, y ésta es una de las razones más fuertes de mi obediencia. Yo no puedo, por mi independencia, descargarles de la responsabilidad de mi alma, ya que el voto que me liga a ellos les liga a ellos conmigo. Formo parte de una asociación; yo no soy libre, ni tampoco mi Superior es libre. Si ha recibido el poder de la Congregación, está obligado a ejercerlo. Es necesario que él vele, conforme a su función, por el bien general, o de todas las comunidades, o de la casa particular que se le ha confiado; y, si yo no soy libre de perturbar el orden, él no es libre de dejar que se perturbe.

¿No he hecho gemir, con mucha frecuencia, a mis Superiores?... ¿No he censurado, criticado, estimado que el gobierno de las casas, de los diversos oficios, de las clases, de los religiosos, iría mucho mejor si me hubieran consultado?... ¿No he comunicado mis impresiones a

¹⁾ Hebreos 13, 17.



otros?... ¿No me he gozado al descubrir las debilidades, los defectos de mis Superiores?... ¿De qué me ha servido todo eso sino para lisonjear mi independencia?... ¿Qué he podido yo ganar en perfección con todas esas rebeldías, mal humor, caprichos, rabietas, que de vez en cuando me han colmado?... He hecho gemir a mis Superiores, he ensombrecido a la comunidad, he faltado a la obediencia; he relajado, sino roto, el lazo de mis votos.

¿Cuándo seré sencillo, manso, dócil, solícito en mi obediencia con quienes responden de mí y que, teniendo mayor responsabilidad a medida que están encargados de un número mayor de almas llamadas a la perfección, deben encontrar su gozo en ofrecer a Jesucristo, —al que representan y al que yo debería más frecuentemente ver en ellos—, servidores llenos de fervor en la dirección que este buen Maestro quiere darles por medio de sus enviados?



CAPÍTULO III

EL SILENCIO

Nada subraya mejor la importancia del silencio que el lugar privilegiado que el P. d'Alzon asigna a este capítulo.

I

Su práctica en la Asunción

Cuanto más obligados estamos a vivir en el mundo, más debemos afanarnos en buscar la so-

ledad en ciertas temporadas.

Cada año, los hermanos harán un retiro de diez días, y cada mes tendrán un día de retiro, en la forma que su Superior lo prescriba; pero, sobre todo piensen que sólo por su diligencia en recogerse podrán mantenerse en la unión con Dios y en el amor de Nuestro Señor Jesucristo, que debe ser el objeto constante de sus esfuerzos.

Precisamente con este objetivo observarán, tanto como sus obligaciones se lo permitan, el silencio de Regla, ejercitándose en entrar siempre dentro de sí mismos, aun en medio de las distracciones que sus deberes les impongan algunas veces, para que sea evidente que, cuando rompen el silencio, es porque a ello están absolutamente obligados.

II

Importancia del silencio

Una de las fuerzas más grandes del alma religiosa es el silencio.

Dijo el Profeta: "*Vuestra fuerza estará en el silencio y la esperanza*"¹⁾, o sea, la ora-

¹⁾ Isaías 30, 15.



ción. Estos dos grandes medios de santificación se dan la mano: sin silencio, recogimiento imposible; sin recogimiento, nada de vida interior. En efecto, si hablo demasiado, ¿cómo puedo esperar escuchar dentro de mí lo que me diga el Señor, mi Dios?... ¿Cómo puedo esperar estar unido a él?... ¿Cómo puedo prepararme a esa unión, sea por medio de reflexiones sobre el pasado que me hagan detestar mis faltas y purificar mi alma, sea por medio de actos de adoración y de amor que requieren mucha paz y una gran soledad del alma?...

Violaciones del silencio ¿Cuáles son en la actualidad las causas por las que falto al silencio? Si me pongo a buscarlas, encontraré: 1° mi ligereza; no quiero fijar mi atención en nada; poco a poco me disgustan las ideas serias, me cansan, me extenuan y no puedo soportar su peso; 2° mi imaginación, que gusta perderse en divagaciones y comunicarlas a otros; mi curiosidad, que lo quiere saber todo y preguntar sobre todo lo que le atañe y lo que no le atañe; mi espíritu crítico, cuyo tribunal está siempre en pie para juzgar lo que se hace y se dice a mi alrededor; mi independencia, que siempre tiene mil objeciones que presentar a las órdenes que se me dan, cuando yo haría mucho mejor callándome y obedeciendo, uniéndome a la obediencia de Jesús y de María; el horror que tengo a conocerme, y que hace que me ocupe de todo, menos de mis defectos; la necesidad que siento de extenderme en explicaciones sobre el estado de mi alma, a fin de justificarme, cuando pudiera todo decirse en pocas palabras, si confesara llanamente mi orgullo, mi cobardía, mi mal carácter o cualquier otro defecto que pueda tener.

¿Cuándo imitaré el silencio de Jesús en su Pasión o en el Sagrario?... ¿Cuándo trataré de hablar un poco menos con las criaturas y de escuchar a Dios un poco más?



CAPÍTULO IV

LEVANTARSE

Levantarse habitualmente a una hora fija es un sacrificio que asegura todo el desarrollo de un día consagrado a Dios.

El primer sacrificio que he de ofrecer a Dios es el sacrificio de mi sueño; y ya que mi salud es con frecuencia un pretexto para prolongar un poco más el descanso, la obediencia, y ella sola, debe zanjar la cuestión entre la pereza y la imprudencia.

Al levantarme pensaré, después de haber ofrecido mi corazón a Dios, que salgo del lecho como Nuestro Señor salió del sepulcro, es decir, completamente renovado y con la resolución de llevar una vida nueva.

Pediré a Nuestro Señor que me revista con sus virtudes y su gracia, conforme a las palabras del Apóstol que nos recomienda revestirnos de Jesucristo; y le pediré que tome la parte bendecida de mis hábitos como armadura que me recuerde que, a pesar de mi debilidad, mi vida está consagrada por mi entrega al servicio de la Iglesia. Y si algún pensamiento de vanidad me pudiera venir, pensaré que a los ojos de Dios los hábitos son el signo humillante del pecado en que nací; invocaré a la Santísima Virgen, a mi buen ángel, a mis santos patronos, y haré un examen de previsión.





CAPÍTULO V

LA ORACION

Tres ejercicios de suma importancia inauguran nuestro día: la oración, la Misa y la comunión.

La oración es una lucha entre Dios y el alma, hasta que el alma, subyugada por Dios y purificada por todas las pruebas que plazca a Dios imponerle, llegue a la unión perfecta entre nuestra nada y el Ser infinito, en la medida en que dicha unión pueda realizarse en este mundo. Por consiguiente, no debo extrañarme de que la oración me cause fatiga, tedio, disgusto, sequedades, sufrimiento; mas, lo que importa es superar todas esas dificultades e ir a Dios como él quiere que yo vaya a él.

¿Soy exacto en mi oración?... ¿No estoy en ella a menudo como si no estuviese?... ¿No he perdido en ella mi tiempo?... ¿Cuáles son mis divagaciones?... Ocupo mi tiempo en ella, pero ¿en qué?... ¿Voy en busca de lo que me es útil y no a perderme en fútiles contemplaciones que a nada práctico conducen?...

Si no salgo de la oración con un sentimiento más profundo de fe, de esperanza, de caridad, de humildad y de contrición de mis faltas, debo con razón temer que mi tiempo en la oración haya sido tiempo perdido. Si mi vida no se hace más santa de día en día, si mis defectos no desaparecen, si mi carácter no mejora, si las virtudes religiosas no se desarrollan, ¿no será que mis oraciones, aún las más largas y aparentemente más fervorosas, no son, después de todo, más que oraciones estériles?...

¿Cuáles son las resoluciones que he tomado al salir de la oración?... ¿Y qué ha pasado con ellas, después de tanto tiempo que me dedico a la meditación?...





CAPÍTULO VI

LA MISA

La Misa es la reproducción incruenta del sacrificio sangriento de la cruz. Es el momento de inmolarme.

¿Qué sería de mi vida durante el resto de la jornada, después de lo que la fe me hubiese mostrado y de las promesas que yo hubiera hecho si, asistiendo a la Misa o celebrándola, yo subiese cada día con el pensamiento hasta el Calvario, me tendiese en la cruz con mi divino Maestro, me compenetrase de todos sus sufrimientos, su oblación, su muerte, que él padeció por mí; si yo le renovase la expresión de amor en que deseo arder por él en lo sucesivo; si aceptase, en unión con sus sufrimientos, sin reserva ni restricciones, todo lo que él quisiera enviarme; si rogase por todas estas intenciones: por los pecadores, las almas del purgatorio, nuestro Santo Padre el Papa, la Iglesia; si le ofreciese mi vida y todos los pormenores de mi vida; si luego me retirase como María, al descender del Calvario, con las mismas impresiones que esta divina Madre debió llevarse de aquel terrible y solemne momento?

¿Cómo he asistido a la Misa hasta el presente?... ¿Con qué ánimo?... ¿Qué tibieza?... ¿Qué indiferencia?... ¿Qué distracciones no he tenido?... ¿Qué resoluciones he tomado en ella?... ¿Con qué energía las he asumido y cómo las he cumplido?...





CAPÍTULO VII

LA COMUNIÓN

Si la comunión es en este mundo el momento más precioso en la vida de todo cristiano, ¿con cuánta mayor razón no debiera serlo para un religioso cuyo espíritu tiene que ser el de un amor muy especial al divino Salvador?

Comulgo varias veces por semana, todos los días si celebro Misa, ¡y no soy otro Jesucristo! Sin embargo, el misterio de la comunión consiste en esto: en llegar a no ser más que uno con el Hombre Dios.

Cuando él va a hospedarse en mí, ¿cuál es mi preparación?... ¿Cuál la pureza de mi corazón?... ¿Qué llamarradas lo abrazan?...

¿Qué sucede cuando él está en mí?... ¿Es él el maestro, el dueño absoluto?... ¿No le niego jamás nada?... ¿Puede él penetrar hasta los últimos repliegues de mi ser, sin que yo tenga que avergonzarme de los sentimientos que allí se esconden?... ¿Siento el deseo de que mi alma sea como el cristal, para que él la penetre enteramente con sus rayos?... ¿Soy todo suyo, como él es todo mío?

Después de la comunión, ¿cuál es mi acción de gracias?... ¿Cuáles son sus consecuencias?... Alimentado con la sustancia de todo un Dios, debería ser mi vida completamente divina. ¿Quién, desde fuera, al ver la transformación de mi vida, llegará a sospechar que Dios me ha visitado? (1)





CAPÍTULO VIII

EL ESTUDIO

El estudio es el primero de nuestros deberes en función de la enseñanza que, bajo todas sus formas, consideramos como el más potente medio para extender el reino de Jesucristo.

Dios dijo al hombre, al arrojarlo del paraíso terrenal: “Comerás el pan con el sudor de tu frente” [Génesis 3, 19] y, aunque estas palabras se apliquen al trabajo en general, pueden tener para mí una significación particular, si estoy destinado a estudiar. El estudio debe, pues, ser para mí un castigo, una penitencia; y eso es precisamente lo que debe inducirme a trabajar esforzadamente en los estudios que me repugnen, ya que no se trata de algo que se hace por gusto, sino por rigurosa obligación.

Un obrero del campo no elige su labor; tampoco yo tengo que escoger la mía; no tengo más que aceptar en el campo de los conocimientos la porción que se me encomienda cultivar. Además, habiendo Nuestro Señor santificado el trabajo con los dieciocho años de su estancia en Nazaret, no tengo más que caminar tras sus pasos; y, si él trabajó por amor a mí, bien puedo yo trabajar por amor a él.

Finalmente, siendo Dios el Dios de las ciencias y siendo la ciencia uno de los dones del Espíritu Santo, puedo unirme a ese divino Espíritu de una manera especial, estudiando con las disposiciones de fe y de humildad, que él me comunicará, si se las pido.

¿Cómo he estudiado?... ¿No he descuidado los estudios que me estaban encomendados?... ¿No he intentado escogerlos, según mi antojo?... ¿No he perdido el tiempo con estudios inútiles?... ¿He estudiado con espíritu de



penitencia y de mortificación?... ¿He estudiado en unión con Nuestro Señor, cuando él estaba en Nazaret?... ¿He estudiado bajo la acción del Espíritu Santo, invocándolo siempre al comienzo de mis estudios?... ¿No me ha desanimado el estudio?... ¿No me ha envanecido?... ¿He trabajado por Dios o he trabajado siempre por mí?... ¿He buscado en mis estudios a Jesucristo, Verdad eterna, que se oculta dentro de toda verdad?... ¿En qué me he esforzado por encontrarle en todas las cosas, conforme a la palabra de la Sagrada Escritura: “*Finis legis Christus: El fin de la Ley es Cristo*”¹⁾?

Si amo a este divino Maestro, debo gustar hallarle bajo cualquier forma que él se me aparezca, y ciertamente el estudio es, gracias a la fe, un medio de unirme a él.

¹⁾ Romanos 10, 4.



CAPÍTULO IX

LA ENSEÑANZA

I. Su lugar en la Asunción

Nos proponemos más especialmente extender el reino de Jesucristo por medio de las siguientes obras:

tes obras:

La enseñanza entendida en el sentido más amplio de la palabra, es decir, los colegios, los Seminarios, la enseñanza superior. No nos dedicaremos a la enseñanza primaria, si no es para darla gratuitamente. (2)

Intentaremos formar cristianos profundamente adheridos a la Iglesia y mostrar la absoluta necesidad de una real unidad, no solamente en el dogma, sino también en la disciplina, bajo la dirección siempre más y más venerada del Soberano Pontífice.

Porque, si uno de los mayores males de los tiempos modernos es el espíritu de separación, que tiende a disolver los vínculos de la sociedad intelectual, es necesario que una de las razones de ser de nuestra pequeña Asociación se encuentre en los esfuerzos de sus miembros por obtener, valiéndose de la enseñanza, un mayor acercamiento de las inteligencias y de los corazones al centro común que Jesucristo dio a su Iglesia.

II. Disposiciones respecto de la enseñanza

La enseñanza es, pues, uno de los más eficaces medios de cumplir el voto de extender el reino de Jesucristo; y que esté yo más

o menos directamente ocupado en ella, debo tenerme por muy dichoso de ser juzgado digno de semejante honor.

Sin embargo, ¿con qué disposiciones me he preparado para enseñar?... ¿He estudiado con tesón las materias a veces difíciles y áridas de las que debía tomar mis lecciones?... ¿He considerado suficientemente que, sin un espí-



ritu de fe y de humildad muy grande, yo podría enseñar mis propios pensamientos y no los de Nuestro Señor, y que, de no mantenerme continuamente bajo la acción del Espíritu Santo, me expondría a dejar entrever mi propio espíritu a cada instante?...

Durante el curso escolar, ¿no he sentido en demasía la satisfacción de mis éxitos y el abatimiento por mis fracasos?... ¿No me he atribuido a mí el contento que he podido procurar a los niños enseñándoles bien?... ¿No he achacado a otro cualquiera, y no a mí, su fastidio en mis clases, cuando, después de todo, se debía únicamente a que enseñe mal?...

¿Cuál ha sido el espíritu de mi enseñanza?... ¿Ha sido el conocimiento de Jesucristo y el amor a la Iglesia?... ¿Me he preocupado bastante de mejorar a los niños?... ¿No me he preferido a otros, cuando les he hecho algún bien?... ¿No me he sentido celoso del bien que otros les hacían?...

**Disposición
fundamental**

No hay lugar aquí para examinar los grandes principios de la educación cristiana; pero, ¿no

es evidente que, por encima de toda teoría, hay una enseñanza práctica que resulta de la entrega de sí mismo que hace, por amor a Dios, un maestro a sus discípulos, y que los atrae, no hacia el que les enseña, sino hacia Aquél en cuyo nombre él enseña? ¿Tengo yo esa disposición universal del olvido personal?... ¿Es mi única preocupación el triunfo de Nuestro Señor en las almas?... Si no es eso lo que verdaderamente me preocupa, ¿debo extrañarme de que, hasta el presente, haya hecho yo tan poco bien y de que mi enseñanza haya producido tan escasos frutos para la vida eterna?...

¿He enseñado con espíritu de mansedumbre, como quiere San Pablo o, por el contrario, he dejado traslucir, al enseñar, los defectos de mi carácter, de tal suerte que los niños han podido ver en mí la ciencia que hincha, pero no la caridad que edifica?...

CAPÍTULO X

LA VIGILANCIA DE LOS NIÑOS

No basta con dar clase a las horas determinadas: si se quiere formar a los niños, es necesario vigilarles siempre. Y ésta es quizás la parte más penosa y terrible de la educación.

Vigilar a los niños lo bastante para impedirles hacer el mal y apartar cualquier lazo tendido a su inocencia; hacerles amar al maestro que les vigila; no hacerles molesta en demasía esta vida, en la que un ojo vigilante debe estar siempre alerta sobre sus menores movimientos; poner en las relaciones de cada instante ese espíritu de iniciativa, ese ardor que impide ocuparse en otra cosa más que en los buenos pensamientos que se les sugiere; frenar ciertos abusos en aquellos que están más adelantados, sin despertar imaginaciones todavía no despiertas; hacerles el yugo amable y, eso no obstante, hacérselo sentir si es necesario, para acostumbrarlos al reglamento, a la práctica del deber y, si fuera posible, al amor del esfuerzo; estudiar los caracteres y formarlos en la medida que lo exige el propio cargo: he aquí una tarea por cierto difícil y que es precisamente la que me está encomendada siempre que se me encarga vigilar a los niños.

¡Cuántas dificultades y qué atención constante no debo ejercer sobre mí mismo, a fin de hacer todo el bien que puedo, sin dejarme sorprender por un paso en falso o un arrebato de cólera que me desacreditaría!

¿Están los niños persuadidos de que me entrego a ellos por Nuestro Señor?... ¿No notan en mí alguna preferencia?... ¿No hallan en mí un humor cambiante?... ¿Soy lo bastante ejemplar a sus ojos?... ¿Actúo sobre ellos, tanto como puedo hacerlo, por su bien?... En una

palabra, ¿tengo por ellos aquel desasosiego del Apóstol que ansiaba engendrar a Jesucristo en las almas que él estaba encargado de evangelizar?... ¿En cuántas almas he contribuido, por medio del cumplimiento de mis deberes de vigilante, a que nazca Nuestro Señor? (3)



CAPÍTULO XI

EL TRABAJO MANUAL

Quizás estoy llamado a ejecutar mi tarea en la Congregación solamente por medio del trabajo manual; por ejemplo, si soy sacristán, enfermero, Hermano coadjutor, etc.; pero, no por eso debo estimar en menos mi estado.

¿Qué hicieron durante su vida la Santísima Virgen y San José? ¿Qué hizo Nuestro Señor mismo durante los primeros años de su vida? San José trabajaba para ganar el pan de su familia; María atendía la casa para Jesús y José; el mismo Jesús, desde su más tierna edad, ayudaba a su madre y a su padre nutricio. ¡Qué modelos y qué compañía si trabajo en unión con ellos, si me alimento de los pensamientos que debieron preocuparles, si trato de penetrar en todas sus intenciones, si imito su recogimiento y su silencio, si trabajo como ellos trabajaban!

No hay trabajo para el que Jesús, María y José no me den ejemplo. Trabajo penoso, trabajo oscuro, trabajo poco apreciado por los hombres: Jesús, María y José conocieron todo eso. José derramó sudores para alimentar al Hijo de Dios, como yo trabajo para alimentar a los servidores de Jesucristo. María se ocupó hasta de los detalles más humildes que tienen que ver con el cuidado material, como yo debo hacerlo en vista del bien que hace la Congregación a la que pertenezco. Jesús mismo, entregándose a rudas labores, me enseña que nada debe parecerme difícil, si quiero asemejarme a él.

Cuando trabajo manualmente, ¿tengo la costumbre de hacerlo en compañía de la Sagrada Familia?... ¿No he murmurado en contra de mi tarea?... ¿La he realizado



con espíritu de penitencia, de humildad y de caridad?...
Y, si no he santificado mi trabajo valiéndome de los
pensamientos que la fe me sugiere, ¿no he de temer que
sea, a los ojos de Dios, un trabajo perdido? (4)



CAPÍTULO XII

LAS COMIDAS

La refacción del cuerpo mediante las comidas y la del espíritu mediante los recreos ha de ser tal que nos permita volver a nuestro trabajo con mayor empeño y espíritu sobrenatural.

I

**Recuerdo a la
Asunción de algunas
advertencias**

Acuérdense los religiosos de todo lo que los grandes siervos de Dios han enseñado sobre los peligros que encierra la comida.

Precisamente por ahí tentó Satán al primer hombre; por motivo de sus alimentos se atrajeron los judíos tan frecuentemente la cólera de Dios en el desierto; y cuando el Hijo de Dios tuvo hambre, permitió al demonio que le tentara. Por otra parte, Nuestro Señor nos advierte que sólo con la oración y el ayuno se puede triunfar de cierta clase de demonios. Vigilen, pues, los religiosos con gran cuidado sobre sí mismos para conservar en sus comidas la sobriedad y la mortificación que convienen a su estado.

II

**Santificación de las
comidas**

Mi vocación no consiste en esas terribles austeridades ni en esos ayunos continuos que se nos relatan en la vida de los primeros religiosos; pero, sin pretender llegar a sus terribles abstinencias, es muy cierto que la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne, y que estos dos principios se harán una guerra eterna. ¿Cuál de los dos domina en mí?...



¿Con qué sentimientos he tomado mis comidas?... A imitación de San Bernardo, ¿voy al refectorio como al suplicio?... ¿Estoy contento con lo que me sirven?... ¿No soy imprudente y no he comprometido mi salud comiendo manjares agradables o nocivos?... ¿He practicado la mortificación de atenerme a un régimen, si me lo han prescrito?... ¿No me he permitido ciertos actos de sensualidad, que me parecían compensación por ciertos gustos que la vida religiosa me prohíbe?... ¿He estado atento a la lectura?... ¿He llegado con puntualidad?... ¿No he buscado pretextos para llegar a la segunda mesa, pudiendo llegar a la primera?... ¿He comido sin necesidad y sin permiso, fuera de las comidas?... En una palabra, ¿soy dueño de los caprichos de mi apetito?...



CAPÍTULO XIII

LOS RECREOS

I

Dos clases de recreos en la Asunción

Los recreos de los religiosos son de dos clases: los que toman con los alumnos y los que toman juntos entre ellos.

Los recreos con los alumnos deben ser para los religiosos objeto de un cuidado muy particular. Se abstendrán en ellos de toda familiaridad, de toda brusquedad. Podrán jugar; incluso deberán hacerlo para animar los juegos. Tratarán de que los alumnos no conversen entre sí largamente ni formen grupos con demasiada frecuencia. Vigilarán con toda diligencia a los alumnos sospechosos. Evitarán las palabras groseras y toda conversación que pudiera oler a crítica y murmuración. De vez en cuando hablarán de Dios a los niños, pero sin afectación; y les manifestarán una gran cordialidad. Evitarán proceder con ellos con doblez, a fin de inspirarles siempre la más grande confianza. Precisamente es en los recreos donde con frecuencia se puede hacer el mayor bien a los niños y también el mayor mal, porque en esos momentos de expansión se abre el alma con más facilidad a las influencias favorables o funestas.

En los recreos que pasen los religiosos entre sí, procuren estrechar los lazos de la unión fraterna y de un afecto que les proporcione el mejor descanso que ellos puedan procurarse en tal momento. Haga cuanto pueda el Superior por asistir a los recreos de los religiosos. En esos momentos de expansión, se está frecuentemente expuesto a herir la caridad y la obediencia con juicios poco cristianos: la sola presencia del Superior deberá impedir



tales abusos. Que nadie falte a la recreación sin haber pedido permiso, que no deberá ser concedido sino por motivos serios.

II

Santificación de los recreos

Puedo santificar mis recreos de la misma manera que los demás ejercicios del día. Mientras tomo un descanso necesario, puedo siempre en los recreos edificar por mi compostura religiosa, precisamente cuando más naturalmente se está propenso a faltar a ella; mediante la facilidad de mi carácter, cuyas rudezas aparecerán más fácilmente en esos momentos de expansión; mediante la práctica de toda suerte de atenciones y delicadezas, pero sin sobrepasar los límites de la cortesía cristiana; y en fin, mediante mi disposición a aceptar todas las pequeñas molestias que son consecuencia involuntaria de una prolongada intimidad.

Mi perfección puede estar en callarme o en hablar, según convenga: sabiendo escuchar cuando otros son interesantes y procurando animar la conversación cuando el recreo amenaza con languidecer; convencido como debo estar de que, entre las diversas clases de ofrendas, una de las más agradables a Nuestro Señor es la de la amabilidad que se prodiga con los amigos, a fin de ponerlos contentos de estar a su servicio y de animarlos a dedicarse con energía a las ocupaciones más serias que siguen a la recreación.

Examen

¿Qué son los recreos para mí?...
 ¿No me he dejado llevar demasiado en ellos por mi disipación?... ¿No soy en ellos demasiado locuaz?... ¿No tengo la pretensión de que sólo se me escuche a mí o, por el contrario, no estoy en los

recreos demasiado reconcentrado?... ¿No he llevado muchas veces a los recreos un aspecto sombrío y malhumorado?... ¿No he guardado en ellos un silencio contagioso?... ¿No he hecho gala de mis caprichos, de mis antipatías, de mis melancolías, de mis rabietas?... ¿He sido siempre caritativo, bueno, amable, humilde, servicial?... ¿He hecho de los recreos un verdadero descanso para mí y para los demás, con objeto de prepararme así a servir mejor a Nuestro Señor durante el resto de la jornada?



CAPÍTULO XIV

RELACIONES CON EL PRÓJIMO

Nunca debemos olvidar en nuestras relaciones con el prójimo las exigencias de nuestra divisa: “Venga a nosotros tu reino”.

I

Las relaciones externas en la Asunción

Que en todas sus relaciones con el exterior tengan presente los Hermanos la edificación que pueden procurar, como también el escándalo del que pueden ser causa, si en todo no se comportan como verdaderos religiosos.

Que todo sea modesto en los modales de los religiosos, en su vestimenta, en su mobiliario; que sobre todo se haga sentir esa modestia en sus relaciones con el prójimo. Recuerden que la modestia les hace aparecer ante los hombres como dueños de sí mismos y copias vivas de Jesucristo, y hace de su sola presencia una predicación, frecuentemente más eficaz que la de los discursos.

II

Santificación de esas relaciones

No debe transcurrir mi vida dentro de un claustro y, puesto que estoy llamado a tener ciertas relaciones, el cuarto voto me obliga a santificarlas tanto como de mí dependa. ¿Qué santo hay que haya amado a Nuestro Señor y no haya ansiado ardientemente ganarle almas, ya sea mediante la oración, ya mediante la austeridad, ya mediante la palabra?



El sonido de mis palabras es limitado, sin duda; pero, si en las visitas que recibo, yo hablase un poco más de temas relacionados con la salvación, ¡cuántos peligros conjuraría, cuántas conversaciones inútiles eliminaría y cuánto tiempo perdido ahorraría! Sin duda que puedo hablar de otros asuntos no piadosos; pero olvido quizás demasiado que, si la piedad no es el alma de la conversación de un religioso, las personas del mundo se quedarán al principio extrañadas de eso y después satisfechas viendo cómo una conversación mundana, tenida en un locutorio, justifica sus conversaciones habituales. De ello sacan una especie de ventaja, cuyo resultado no es ciertamente la estima de aquel que, por su lenguaje, autoriza un lenguaje que muchas veces termina siendo cualquier cosa menos cristiano.

Si, por el contrario, en mi trato con el prójimo sólo me propongo el bien de las almas y el triunfo de Nuestro Señor, ¡cuántas cosas buenas y provechosas diré sin apariencias de proponérmelo; cuántos buenos sentimientos comunicaré con sola mi compostura; cuántos juicios poco caritativos detendré, con solo mi silencio!

Puedo, indudablemente, no tener el don de hablar bien a cerca de Dios, pero puedo tener la virtud de callarme; y, si puedo esperar que mi intervención sea útil, ¿por qué el celo en que debo arder por Jesucristo y por su Iglesia no me va a inspirar el medio de edificar a los que estoy obligado a ver?

Sobre todo a los miembros de mi familia puedo hacer mucho bien, y ya que vienen a verme, ¿podré no aprovechar mi condición de religioso para hablarles, sin duda con afecto, pero con energía, de su salvación? De todos modos, debo persuadirme muy bien de que su cariño les vuelve muy exigentes, y que la menor imperfección que descubran en mí será para ellos una especie de triunfo que les compense de la pena que pudieron tener al dejarme entrar en religión.

¿Los locutorios no han entibiado con frecuencia mi corazón, sea por la duración de algunas visitas, sea por las conversaciones prolongadas y a la vez inútiles?... ¿No me he dejado llevar por la curiosidad, y mis preguntas no han sobrepasado los límites de la discreción religiosa?...

Control de las relaciones

El bien que puedo hacer y el mal que puedo cometer en mis relaciones con el exterior me prueban la necesidad de la prudencia y cuánto importa que en esto la obediencia me guíe, por boca de mis Superiores. Muestra la experiencia de todos los días que, por querer hacer algo demasiado bien, se hace frecuentemente muy mal, y ésta es la razón por la que, mientras no me aseguren mis Superiores de que puedo proceder por mí mismo, debo dejarme guiar, y al efecto abrirme a ellos con la mayor sinceridad en todo lo referente a mis relaciones con el prójimo como, por lo demás, la Regla me lo prescribe.



CAPÍTULO XV

LECTURAS ESPIRITUALES

Tres nuevos ejercicios de piedad concluyen nuestra jornada: pueden también intercalarse muy bien en medio de nuestras ocupaciones para mantenernos bajo el sentimiento de la presencia de Dios.

Me lo han dicho frecuentemente: en la oración, yo hablo con Dios; en las instrucciones que oigo y en las lecturas que hago, es Dios quien me habla. Para sacar provecho de mis lecturas debo tener:

1° Un sentimiento de obediencia en la elección de los libros que se me dan. Tomándolos de la mano de mis Superiores, me hallo más cerca de la voz (5) de Dios.

2° Un sentimiento de fe, que me haga aceptar desde el punto de vista sobrenatural las cosas que son dichas y me aleje de todas las cuestiones promovidas por la humana curiosidad. Jesucristo es el término de la ley. Todo, en mis lecturas, debe llevarme a él; y si no me dirijo, con la ayuda de este ejercicio, a esa verdad eterna, he perdido el tiempo y lo he malgastado quizás peligrosamente.

3° Un sentimiento de sencillez que me haga tomar las cosas lisa y llanamente y sin los escrúpulos de una mente estrecha.

4° Un sentimiento de sinceridad, que me ponga al abrigo de toda ilusión y me permita aprovechar las luces que las lecturas espirituales pudieran aportar a mi conciencia, para hacerme ir a donde Dios me lleva y donde yo no quiero ir.

5° Y por último, una atención grande que me ayude a conservar en mi corazón, como María, lo que me haya



impresionado, y a meditarlo como ella, a fin de sacar un fruto práctico para mi adelantamiento espiritual.

¿Es así como leo?... ¿No es la curiosidad el móvil de mis lecturas?... ¿He aceptado siempre sinceramente las luces que en ellas recibía?... ¿Únicamente he buscado en ellas a Jesucristo y sus enseñanzas?... ¿En qué soy más perfecto, desde que estudio, en mis lecturas, los principios y los medios de perfección?



CAPÍTULO XVI

EL ROSARIO

El rosario me recuerda los principales misterios de la vida de Jesucristo y de su divina Madre. Si lo rezo con atención y recogimiento, puedo encontrar en él tema de excelentes meditaciones: con tal que siga el orden de los misterios y sepa hacer de ellos las aplicaciones más útiles para mi alma, de manera que el rosario venga a ser para mí algo así como la revista de las virtudes religiosas, en la que examino cómo las practico y en qué falto a ellas, y en la que pido luego la gracia de adquirir las virtudes que me faltan todavía (6).

Con María, mi Madre, discuro sobre estas virtudes, cuyo modelo para mí es ella misma, y sobre las perfecciones de su Hijo. Debería el rosario ayudarme a penetrar de una manera más íntima en la vida de Jesús y de María.

¿Cómo he cumplido con este piadoso ejercicio?... ¿Acaso rutinariamente, sin atención, y con todas las distracciones que me salían al paso?... ¿Ha sido el rosario para mí un verdadero ejercicio de devoción y no, más bien y a menudo, una especie de ocupación completamente maquinal?... ¿Qué veneración he tenido en él a la Santísima Virgen, a quien yo invocaba, y qué respeto a la alteza de los misterios, sobre los que debía reflexionar, y cuya atenta meditación hubiera podido hacerme tanto bien?





CAPÍTULO XVII

EL OFICIO DIVINO

Es la gran oración litúrgica. Después del culto al Santísimo Sacramento, es la expresión por excelencia de nuestra piedad: es la escuela de Cristo donde nos formamos al espíritu sobrenatural.

I

Su práctica en la Asunción

Al rezar el Oficio en público, nos proponemos:

1° Una mortificación para nosotros, por el aumento de fatiga que el Oficio puede causarnos.

2° Un motivo de edificación para los niños de nuestros colegios en que se reza el Oficio.

3° En nuestras relaciones con el prójimo, la estima que quisiéramos despertar por las grandes oraciones de la Iglesia, por encima de una multitud de prácticas, que no criticamos, pero que nosotros colocamos después de esta oración solemne que es la oración pública por excelencia.

II

Belleza del Oficio

El Oficio en la tierra es la función de los ángeles en el cielo: alaban a Dios bajo las inspiraciones de Dios. ¿Qué otra cosa hago yo cuando alabo a Dios con las palabras de la Sagrada Escritura y con las oraciones autorizadas por la Iglesia? Debo aportar a la recitación del Oficio una preparación angélica.

Oficio quiere decir deber. El Oficio es, en cierto sentido, el deber por excelencia que la Iglesia entrega a Dios,



es decir, la adoración pública, la oración, el culto universal.

Cuando recito el Oficio, debo penetrar en todas las intenciones de la Iglesia, esta sociedad de los santos que salda su deuda con Dios, y que pide la perseverancia de los justos y la conversión de los pecadores. La misma Iglesia no reza sino en nombre de Jesucristo, cuya oración prolonga sobre la tierra, como este sumo Pontífice presenta sin cesar las oraciones de la Iglesia en lo más alto de los cielos, a Dios su Padre. Yo rezo en unión con Jesucristo y, si efectivamente estoy unido al divino Mediador entre Dios y los hombres, mi oración será escuchada.

Examen

¿Con qué respeto he rezado el Oficio hasta ahora?... ¿He comprendido el honor de pertenecer a una Congregación en que se recita en común la gran oración de la Iglesia?... ¿Cómo me he adentrado en las intenciones que esta oración supone?... ¿Con qué fervor me he unido a los coros de los ángeles y de los santos que están en el cielo, alabando a Dios sin cesar?... ¿He tratado de no llegar a ser más que uno con Jesucristo, siempre vivo para interceder por nosotros?... ¿No me he dejado llevar bien a menudo por las disipaciones, las distracciones, el aburrimiento?... Y esta vida totalmente celestial, a la que me invita la recitación del Oficio, ¿no ha sido para mí una fuente de hastíos y de irreverencias?

CAPÍTULO XVIII

ACOSTARSE

Un día tendré que morir, y cada vez que me acuesto, hago un aprendizaje de la tumba. Algún día ya no me levantaré; me extenderán sobre la tierra del reposo, a la espera del eterno despertar.

Pero, cada vez que me voy a dormir, ¿estoy seguro que me despertaré en este mundo y que el Esposo no vendrá a sorprenderme como a las vírgenes de la parábola?... ¿Está mi lámpara preparada?... ¿No estará por el contrario a punto de extinguirse?... ¿No está completamente apagada?... He ahí lo que debo preguntarme cada vez que me voy a dormir. ¡Ah!, y si en vez de la campana fuera, como ocurrirá un día, la trompeta del juicio la que venga a arrancarme del sueño, ¿cómo compareceré ante el justo Juez?... ¿Estoy preparado?... Y si no lo estoy, ¿cómo tengo valor para dormirme con una conciencia turbada?...

El silencio de la noche puede ser una cosa santa y provechosa para mí. “*Duermo, pero mi corazón vela*”¹⁾, dice la Esposa del Cantar de los Cantares. He ahí un auténtico sosiego, del que puedo aprovechar para unirme más aún a mi divino Maestro. En el silencio es donde puedo rezar con el mayor recogimiento. “*En la paz y en él me reposaré y me dormiré*”²⁾, y esta separación de las criaturas, exigida por la debilidad de la naturaleza, puede ser para mí como un entrenamiento para la separación más completa que, despierto y en la plenitud de mi voluntad, llevaré a cabo mañana para encontrar mi descanso sólo en Dios.

¹⁾ Cantar de los Cantares 5, 2.

²⁾ Salmo 4, 9.



CAPÍTULO XIX

EL EXAMEN PARTICULAR

El P. d'Alzon agrupó, al final del Directorio, los medios de control y de purificación que se imponen a los religiosos, dedicados a la perfección.

No llegaré a conocerme bien sino a condición de estudiarme continuamente. El examen particular es un ejercicio utilísimo para darme ese conocimiento de mí mismo que, revelándome mi nada y mis pecados (7) y los defectos, origen de mis pecados, me descubrirá también, con el germen del mal, su conveniente remedio.

¿Qué hago yo para conocerme bien?... ¿Con qué sinceridad y con qué rigor hago mi examen?... ¿Qué horror tengo de las cobardías y de las caídas (8) diarias que este examen me descubre?... ¿No lo he descuidado muy frecuentemente?... ¿Lo he hecho con la resolución enérgica de extirpar todo lo defectuoso que él me ayudare a descubrir en mí?... ¿Me he impuesto alguna útil penitencia, al advertir algunas frecuentes recaídas?... O más bien, ¿no soy yo siempre el mismo, porque temo a la luz que me descubriría mis defectos, y me falta la energía necesaria para arrancarlos de raíz?...





CAPÍTULO XX

LA CONFESIÓN

La confesión frecuente se impone a las almas preocupadas de su perfección: ella las mantiene en espíritu de humildad, de contrición y de reparación.

Soy pecador, y Dios, en su misericordia, me ofrece constantemente la sangre de su Hijo para purificarme en la piscina de la penitencia. ¡Con qué respeto no debo yo acercarme a un sacramento en el que recibo el perdón de mis faltas por los méritos de la sangre de un Dios!

Debe mi examen ser diligente; mi confesión sincera y franca, y eso la hará corta. La contrición debe sobre todo ser objeto de mi mayor atención; ya que si, por la gracia de Dios, no tengo en general más que faltas veniales de las que acusarme, no es tanto la enumeración detallada de esas faltas lo que importa, cuanto el sentimiento de dolor con el que las acuso y el propósito firme que debo tener de no cometerlas más.

¿Qué son mis confesiones?... ¿No son más bien narración de historias que acusaciones?... ¿No me he complacido frecuentemente en pormenores inútiles?... ¿He recurrido a la confesión únicamente como medio de obtener el perdón de mis faltas, y no como satisfacción humana de poder desahogar mi corazón?... ¿No he visto en ella más que a mi Maestro dispuesto a perdonarme en el tribunal de la penitencia?...

¿He llevado siempre a mis confesiones una sincera contrición?... ¿He sabido encontrar en la gracia del perdón y en el aguijón del remordimiento un motivo para amar más a Nuestro Señor, que se entrega por mí, para probarme su amor?...





¿Cómo he cumplido la penitencia impuesta?... ¿No ha sido muy frecuentemente sólo de labios afuera, cuando hubiera debido cumplirla con todo el fervor de que soy capaz, agradeciendo a Dios el haberse tomado una tan dulce venganza de las faltas que yo acababa de confesar?





CAPÍTULO XXI

LA CUENTA DE CONCIENCIA

La cuenta de conciencia es ciertamente uno de los medios más eficaces de santificación en la vida religiosa; mas, para que ella produzca los efectos apetecidos, es necesario que yo la realice:

1° Con espíritu de fe. Aunque la persona a quien le damos la cuenta de conciencia pueda equivocarse, para mí representa a Dios. Por lo tanto, no es tan sólo a esa persona a la que yo debo ver, sino a Dios, a quien le pido ayuda, luz y consejo.

2° Mi cuenta de conciencia debe ser sencilla, clara, precisa. Todos los circunloquios en que se pierden mis palabras no son, en fin de cuentas, más que subterfugios del amor propio, invenciones de una fatua habilidad, efecto de una exagerada necesidad de que se ocupen de uno o resultado triste de un espíritu complicado.

3° Debo evitar las explicaciones inútiles y las excusas interminables, pues la experiencia demuestra que, por lo general, sólo conducen a una gran pérdida de tiempo. El tiempo de mis Superiores es precioso, sobre todo en las comunidades numerosas, y lo que de este tiempo me tomo en demasía e inútilmente para mí, se lo quito a mis hermanos que pueden necesitarlo. No consistiendo la franqueza en la duración, cuanto más breve sea, si lo soy con buen espíritu, más franco seré por regla general. Ahora bien, si no reina la franqueza más completa en mis cuentas de conciencia, es perfectamente inútil que yo las haga.

Si debo evitar, so pretexto de decirlo todo, el volver una y otra vez sobre los mismos temas, haciendo así interminables mis relaciones de conciencia con mis Superiores, evidente es también que debo tomar todo el tiempo que me convenga, cuando sea necesario. La mejor regla en





estos casos es atenerme a su juicio. Cuando hayan comprendido, ya me lo dirán, y entonces es perfectamente inútil querer hacerles ver que no comprenden; no hago más que exponerlos a la tentación de darme, para que los deje en paz, la respuesta que yo quiero y que, en tales circunstancias, casi nunca es la respuesta de Nuestro Señor.

Eliminados estos defectos, es cierto que la cuenta de conciencia puede serme de gran utilidad. Abre y sosiega mi alma, la pone mucho más apaciblemente en manos de aquellos a quienes está confiada; esclarece mis dudas, me conforta, me anima y me estimula a darme con mayor generosidad y ardor; finalmente, me acerca al corazón de Nuestro Señor, cuyas palabras creo recoger de labios de los que me dirigen.





CAPÍTULO XXII

EL CAPÍTULO DE CULPAS

Este capítulo nos recuerda el deber de la corrección fraterna, tan fácilmente eludido, siendo como es uno de los frutos más delicados de la caridad.

El Capítulo de culpas se halla establecido para ejercitarme en la humildad. Es una práctica repugnante a la naturaleza, que se complace poco en reconocer sus defectos; es, a la vez, un ejercicio en el que debo practicar la caridad en las manifestaciones que allí tenga que hacer.

Esa práctica tan importante de la vida religiosa puede ser para mí un acto sin valor alguno, una fórmula ridícula, objeto de una rebeldía interior, una profunda humillación, si tomo parte en ella con disposiciones del todo humanas. Puede, por el contrario, tener los más felices resultados, si acudo a ella con fe, caridad y humildad.

La fe puede en ella unirme a las humillaciones de Nuestro Señor ante los tribunales de Jerusalén; la caridad puede llevarme a dar advertencias penosas, pero en las que puedo mostrar bastante disposiciones sobrenaturales como para hacerlas aceptar; la humildad, por fin, me animará a recibir las advertencias que se me hagan, como también a confesar mis defectos, de manera que eso me ayude a corregirme.

¿Qué ha sido para mí el Capítulo de culpas?... ¿Con qué disposiciones me he acusado en él?... ¿He aceptado las advertencias y las penitencias que han tenido que imponerme?...





CAPÍTULO XXIII

LA VIDA INTERIOR

El Directorio no es más que una exhortación a vivir de la vida de Jesucristo. Esta vida nos es dada de lo Alto, pero con la condición y en la medida de nuestra renuncia; la piedad no ha de ser blandengue so pretexto de ser tierna; el camino de la auténtica piedad es el camino del Calvario.

Sus condiciones ineludibles

La vida religiosa, propiamente hablando, no es sino la vida más perfecta de Jesucristo en nuestras almas, y esta vida no se puede establecer si no es mediante la muerte completa a nosotros mismos. Para morir a sí mismo es necesario practicar:

La muerte de los sentidos, subyugándolos de tal suerte que estén enteramente sometidos y no ejerzan imperio alguno sobre nosotros.

La muerte de los deseos. Mientras yo desee otra cosa fuera de Dios o de lo que se relaciona con la gloria de Dios, no estaré muerto a mis deseos.

La muerte de los afectos. La palabra de Dios penetra más profundamente que una espada de doble filo, y llega hasta la división del alma; Dios [es un Dios celoso y él] quiere ser el único dueño de mi corazón. (9)

La muerte a las criaturas. Desde que soy religioso, el mundo está muerto para mí y yo estoy muerto para el mundo. Mientras haya alguna cosa a la cual yo no hubiese renunciado, seguiré viviendo de la vida humana y no podré llegar a la perfección de la vida interior.



La muerte a sí mismo. Ahí está lo más duro y, sin embargo, es necesario llegar a eso. Esta muerte, indudablemente, no se realiza sino a costa de grandes sufrimientos; ahí hay que sufrir como una agonía del alma en que ésta se purifica. Hay que pasar por la fatiga, el tedio, las sequedades, las tentaciones de toda especie.

Tales son las condiciones de la vida interior.

Examen ¿Estoy por fin decidido a pasar por eso?... ¿Quiero renunciar a mis sentidos y sacudir su tiranía?... ¿Quiero no tener más deseos que los del cielo, ni más afectos que los de Dios?... ¿Tengo dominados mis deseos?... ¿Están bien sometidos mis afectos?... ¿Todo mi corazón está abrasado por el amor de Dios?... ¿Qué son para mí las criaturas?... ¿Me preocupan todavía?... ¿He renunciado a todo en mí y alrededor de mí?... ¿Tengo el valor de aceptar todas las condiciones de ese desprendimiento absoluto, de esa desnudez del alma, a que debo someterme, si quiero revestirme de Nuestro Señor?... ¿Estoy muerto, para que mi vida esté escondida con Jesucristo en Dios?...

Pero, no puedo amar a Jesucristo sin querer que todas las criaturas le amen, y ésta es la razón de todo lo que debe constituir el carácter apostólico de mi vida.

Oración final Tal es, Dios mío, el fin de mi vida: ser despojado, separado de todo, para ser revestido de tu divino Hijo y estar eternamente unido a ti. Ilumíname, para ver lo que me falta; fortaléceme, para adquirir las virtudes que no tengo. Dame la gracia de seguir mi vocación, a fin de que, como verdadero hijo de la Iglesia y de la Santísima Virgen, no sea demasiado indigno imitador de las virtudes de Jesús, mi Maestro.

¡Que mi unión contigo, Dios mío, comenzada en este mundo, se consuma durante la eternidad en el océano de tus misericordias, de tu amor y de tus infinitas perfecciones! Así sea.

NOTAS

TERCERA PARTE

- (1) Este último apartado sólo se encuentra en el D.F.
 - (2) Como el capítulo correspondiente de las Constituciones no ha sido retomado en su totalidad, el Directorio sólo señala de nuestras obras la enseñanza. Las Constituciones indicaban además la publicación de libros, las obras de caridad, los retiros, las misiones extranjeras... La enseñanza no limita nuestro celo; pero sigue estando a la cabeza de nuestras obras, como aquella de la que brotan todas las demás, que las inspira a todas y les imprime un sello especial. El Religioso de la Asunción es ante todo hombre de doctrina.
 - (3) En todos los manuscritos D.H. este capítulo está reunido con el precedente: lo cual daba 22 capítulos en vez de 23 en la tercera parte del Directorio.
 - (4) En todos los manuscritos D.H. este capítulo sigue inmediatamente al del Estudio. El Padre d'Alzon pensaba más especialmente al noviciado, cuando adaptaba el Directorio de las Damas a sus religiosos. Para los hermanos legos, el trabajo manual es, como el estudio para los religiosos de coro, su principal ocupación. Desde el noviciado, todos, novicios de coro y novicios legos, han de tomar clara conciencia de sus obligaciones esenciales.
 - (5) Camino: variante que se encuentra en muchos manuscritos.
 - (6) El P. d'Alzon, en el primer impulso de su inspiración, redactó mal esta frase: después nunca logró corregirla. He aquí una variante más notable: "Si lo recito con atención y recogimiento, podría hacer excelentes meditaciones; siguiendo el orden de los misterios, debería hacerme las aplicaciones más útilmente para mi alma y, bajo este punto de vista, el rosario se convierte, si así lo quiero, en una especie de revisión de las virtudes religiosas, donde examino cómo las practico, en qué fallo y donde pido, después, la gracia de adquirir las que todavía no tengo."
 - (7) Otra variante: y mis pensamientos.
 - (8) Otra variante: y de los combates.
 - (9) Las palabras entre corchetes sólo se encuentran en D.F.
-



INDICE

PRIMERA PARTE

Sobre el espíritu de la Asunción

Preámbulo.....	17
I. El espíritu de la Asunción.....	20
II. Amor a Nuestro Señor.....	22
III. Sentimiento de la presencia de Dios.....	25
IV. Espíritu de Nuestro Señor.....	28
V. Amor a la Santísima Virgen.....	32
VI. Amor a la Iglesia.....	36
VII. Deseo de perfección.....	40

SEGUNDA PARTE

Las virtudes

I. La fe.....	45
II. La humildad.....	48
III. La obediencia.....	52
IV. La esperanza.....	55
V. La oración.....	61
VI. La pobreza.....	64
VII. La caridad.....	67
VIII. El espíritu de sacrificio.....	72
IX. La castidad.....	73
X. La mortificación.....	75
XI. El celo por la salvación de las almas.....	78

TERCERA PARTE

Medios de santificación

I. La Regla.....	84
II. Los Superiores.....	86
III. El silencio.....	88



IV.	Levantarse	90
V.	La oración.....	91
VI.	La misa	92
VII.	La comunión.....	93
VIII.	El estudio.....	94
IX.	La enseñanza	96
X.	La vigilancia de los niños.....	98
XI.	El trabajo manual.....	100
XII.	Las comidas.....	102
XIII.	Los recreos	104
XIV.	Relaciones con el prójimo	107
XV.	Lecturas espirituales.....	110
XVI.	El Rosario	112
XVII.	El Oficio divino	113
XVIII.	Acostarse	115
XIX.	El examen particular.....	116
XX.	La confesión	117
XXI.	La cuenta de conciencia	119
XXII.	El Capítulo de culpas.....	121
XXIII.	La vida interior	122



II.

INSTRUCCIONES DE CLAUSURA
de los Capítulos Generales
de 1868 y de 1873

y



CUATRO CARTAS
al Maestro de Novicios
(1868-1869)



Primera Instrucción

La Instrucción pronunciada el 17 de septiembre de 1868, en la clausura del Capítulo General, y las “Cartas al Maestro de novicios” redactadas en 1868-1869, se relacionan estrechamente con el Directorio, que acababa de ser oficialmente aprobado. La Instrucción se desarrolla, como el Directorio, en el cuadro del triple amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su esposa, pero ya se nos recuerda claramente la importancia que reviste para nosotros el Adveniat Regnum Tuum. Desde los inicios de la fundación, la segunda petición del Pater había sido adoptada casi instintivamente como divisa del nuevo Instituto; el triple amor sólo se formulará más tarde, a lo largo de los quebrantos de salud entre 1854 y 1858, como una profundización espiritual del A.R.T.: el caballeresco servicio al Reino supone un amor total a Cristo. El P. d’Alzon quería introducir en el Directorio el tema del Reino; pero juzgó preferible tratarlo más ampliamente aparte, en el momento oportuno. Es lo que hizo como respuesta a un deseo del Capítulo de 1868, de un modo más familiar aunque no menos profundo, en sus “Cartas al Maestro de novicios”.

INSTRUCCIÓN

**pronunciada en la clausura del Capítulo General
de los Agustinos de la Asunción
el 17 de septiembre de 1868**

*Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis
(Efesios 4, 3)*

Esta Instrucción, que por lo demás se había deslizado muy hábilmente casi entera en le edición del P. Picard, en 1884, es el comentario especialmente cualificado de la primera parte del Directorio.

El P. d'Alzon insiste, a partir de nuestra divisa, sobre las notas más características de nuestro amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa, y destaca, siempre a partir de nuestra divisa, las principales preocupaciones apostólicas que se imponen a nosotros, en las pruebas actuales de la Iglesia, en la más perfecta armonía con el triple amor.

Acción de gracias por la celebración del Capítulo

Tomo con alegría, Padres e Hijos míos, estas palabras del Apóstol, porque en ellas encuentro el resumen de nuestros trabajos y de las reuniones tan preciosas a las que ponemos fin hoy; un espíritu más enérgicamente unido en unos principios más claramente establecidos, el lazo de la caridad hecho más fuerte, más íntimo, más fecundo, gracias a estas comunicaciones fraternas en que nos aplicamos a dar a nuestras inteligencias y a nuestros corazones la transparencia del cristal, porque nada teníamos que esconder, nada que callar: he ahí lo que será, y por

mucho tiempo, el objeto de nuestras acciones de gracias al Padre de las luces, de quien procede todo don perfecto y de quien hemos recibido, durante estos días benditos, tan abundantes favores.

**La intención del P.
d'Alzon**

Quiero, en el momento de separarnos, confiaros, si puedo expresarme así, el testamento de nuestros pensamientos comunes y de nuestros comunes sentimientos, recordándoos una vez más, quizá la última, sobre qué base reposa la obra de la Asunción y mediante qué medios deseamos más que nunca desarrollarla.

No os enseñaré nada nuevo, sin duda; no os diré nada que no hayáis pensado vosotros mucho mejor de lo que yo pueda expresar. Sin embargo, mis palabras pueden extraer de esta ceremonia una solemnidad más imponente y pueden además adoptar de nuestra próxima separación un cierto aire de tristeza por causa de la partida, pero también un acento de confianza en los lazos que nos estrechan, porque nada como el alejamiento enseña a los hermanos cuánto son capaces de amarse.

I

Sobre qué pilar reposa la obra de la Asunción

**El A.R.T. y el triple
amor en la base de la
obra**

Nuestra vida espiritual, nuestra sustancia religiosa, nuestra razón de ser como Agustinos de la Asunción se encuentra en nuestra divisa: *Adveniat regnum tuum*. El advenimiento del reino de Dios en nuestras almas, mediante la práctica de las virtudes cristianas y de los consejos evangélicos, conforme a nuestra vocación; el advenimiento del reino de Dios en el mundo mediante la lucha contra Satanás y la conquista de las almas rescatadas por Nuestro Señor

y sin embargo hundidas en las tinieblas del error y del pecado; ¡nada más sencillo! ¡Nada más vulgar, si puedo decir así, que esta forma de amor de Dios! Si, a este amor principal, añadís el amor a Nuestro Señor Jesucristo, el amor a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su esposa, conoceréis bajo su expresión más breve el espíritu de la Asunción.

**Nada más sencillo
y más francamente
católico**

¿Pero, qué hay ahí de especial, de característico? ¿Qué se puede ver ahí que todos los verdaderos cristianos no puedan aceptar? ¿Qué pensamientos, bajo estos pensamientos fundamentales, nos pueden distinguir de las demás familias religiosas? ¿No repiten todos los días religiosos y cristianos, con la Oración dominical, este grito del que queremos hacer nuestro grito de guerra: *Adveniat regnum tuum*? ¿Cristianos y religiosos no deben todos ellos amar a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, a la Iglesia? Una vez más, ¿por qué reclamar como un bien propio lo que es el patrimonio de todos?

Hay que reconocer de entrada este primer sello de nuestro Instituto: la sencillez de medios.

Se dice que el *sentido común* es la cosa más rara del mundo. ¿Sería paradójico afirmar que en el mundo católico la cosa más rara es el sentido común católico? Por eso tratamos de apropiárnoslo como un sello original. Somos sencillamente católicos, pero católicos tanto como se puede serlo; somos católicos de una sola pieza, y como hay en estos tiempos que corren muchos católicos a medias, católicos de su tiempo, católicos acomodaticios, católicos que creen serlo, nosotros que lo somos francamente, ante todo, completamente, pasamos a los ojos de la gente como hombres aparte, si no extraordinarios. Tal

es el primer rasgo de nuestro carácter en tanto que Agustinos de la Asunción.

**A/ Nuestro amor a
Nuestro Señor. Frente
a la incredulidad
moderna, el
reconocimiento de los
derechos de Nuestro
Señor...**

Se pone aún más de manifiesto si hablamos de nuestro amor a Nuestro Señor Jesucristo. Atacado por todas partes, este divino Maestro es la gran locura de los hábiles de la ciencia moderna; es el escándalo del judaísmo legal, sensualista, brutal o

refinado.

¿Quién, pues, hoy, quiere algo con Jesucristo? ¿Por quién no es rechazado? “Es esta piedra, decía el príncipe de los Apóstoles a los habitantes de Jerusalén, cincuenta días después de la muerte del Salvador, es esta piedra, ¡oh, constructores imprudentes!, que vosotros habéis desechado, la que ha sido puesta como piedra angular: *Hic est lapis qui reprobatus est a vobis ædificantibus, qui factus est in caput anguli*” (Hechos 4, 11). Sí, se trata siempre de la misma piedra terrible, de la que el Salvador mismo decía: “Quien tropiece en ella se partirá, y sobre quien caiga será aplastado: *Et qui ceciderit super lapidem istum confringetur, super quem autem ceciderit, conteret eum*” (Mateo 21, 44). Pues bien, sobre esta piedra es sobre la que, siguiendo el ejemplo de Dios, nosotros queremos construir, porque es la base de nuestra fe, *auctorem fidei et consummatorem Jesum* [Hebreos 12, 2]. Para nosotros todo se renueva en Jesucristo, *omnia in Christo* [Efesios 1, 10], es nuestra única predicación, *nos autem predicamus Christum* [1 Corintios 1, 23], porque es nuestra única ciencia, *non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2]; por él, y sólo por él, vamos al Padre, *nemo venit ad Patrem nisi per me* [Juan 14, 6], y sólo en él están escondidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia divina, *in quo sunt thesauri sapientiæ et scientiæ*

absconditi [Colosenses 2, 3]. En él reside la plenitud de toda perfección: *In ipso enim complacuit omnem plenitudinem inhabitare* [Colosenses 1, 19]. Le hemos visto lleno de gracia y de verdad, de verdad para disipar nuestras tinieblas, de gracia para liberarnos del mal. No tenemos que escuchar a ningún otro maestro, él tiene palabras de vida eterna: *Domine, ad quem ibimus?* [Juan 6, 68].

**tanto más franco y
más ardiente cuanto
más ignorado y
rechazado es Nuestro
Señor**

Sí, vamos a Jesucristo, afirmamos a Jesucristo frente a quienes le niegan, o le detestan, o le abandonan; la negación del incrédulo, el odio del impío, el abandono del indiferente o

del traidor son para nosotros otros tantos motivos para rodear a Jesucristo con un amor más ardiente, más activo, más tierno y más solemnemente manifestado. En él amamos a Dios, y aunque indignos, proclamamos su divinidad; amamos al hombre, es decir al más perfecto de los modelos y al más tierno de los amigos; amamos al Hombre-Dios, es decir al pacificador del cielo y de la tierra, el doctor de la verdadera ley, *finis legis Christus* [Romanos 10, 4], el iniciador del mundo sobrenatural que, al lavarnos en su sangre, nos transporta mediante su poder y su misericordia a las esferas superiores, de las que hoy ya nada se quiere saber, porque son el auténtico imperio de un soberano a quien tampoco se quiere, precisamente a causa de sus beneficios. Sí, nosotros le amamos porque nos trae la verdadera luz y los verdaderos bienes, le amamos con aquel amor de los primeros tiempos, porque encuentra los mismos enemigos de antaño, con aquel amor que hacía exclamar al Apóstol: “Si alguno no ama a Jesucristo, sea anatema: *Si quis non amat Dominum Jesum Christum, sit anathema!*” [1 Corintios 16, 22]. Esto no es muy tolerante, quizá, pero sabéis que los que aman mucho toleran poco y que, hablando con propiedad, la auténtica naturaleza del amor consiste en

el vigor de una noble y franca intolerancia. En estos días en que, careciendo de energía para amar o para odiar, los hombres ya no ven que su tolerancia es una nueva forma de su debilidad, nosotros nos mostramos intolerantes, porque sacamos nuestra fuerza de nuestro amor a Jesucristo. Otra distinción bien clara que nos separa de mucha gente.

B/ Nuestro amor a la Santísima Virgen nuestro modelo más cercano

El amor al Hijo nos lleva al amor de la Madre. Nuestra ternura por la Santísima Virgen no tiene límites, lo mismo que su ternura para con nosotros. Jesucristo es nuestro modelo el más perfecto de todos, pero Jesucristo es Dios; María, pura criatura, es, también ella, un modelo, pero, si puedo decirlo, menos desalentador para nuestra debilidad a causa de su menos absoluta perfección; modelo que imitar por parte de sus hijos de adopción, que quieren a su zaga subir los peldaños de la santidad y de todas las virtudes que la santidad entraña; modelo para proponerlo a todos los cristianos, sobre todo a aquellas almas de élite a quienes atormenta la necesidad de una vida más perfecta, más pura, más inmolada y cuya dirección nos es a menudo confiada.

en las pruebas de la vida sobrenatural

La vida de María, colocada entre la belleza privilegiada de su concepción sin mancha y la transformación casi divina de su triunfante Asunción, nos muestra hasta dónde puede elevarse una criatura mediante la humillación, el sacrificio, el sufrimiento, los abandonos y las torturas más vivas del corazón. Esta vida nos muestra de qué rigores inexorables se sirve Dios frente a las almas elegidas; se trata de la perfección, de la delicadeza y de las pruebas de orden sobrenatural puestas a nuestro alcance; se trata también de la enseñanza que es-

tamos encargados de revelar a todos aquellos que quieran ver resumidas en una sola alma todas las complacencias de un Dios hacia la criatura a la que más ha amado.

en los sufrimientos del apostolado La incomparable inocencia de María y sus no menos incomparables dolores nos dan, en su aparente contradicción, la idea de un misterio que el mundo no puede entender, la felicidad de probar el amor mediante el sufrimiento y el poder del sacrificio cuando el amor es su principio. Además, María, madre de Jesús, ¿no podrá ser para nosotros un modelo en el misterio de la Encarnación? Sí, también ahí lo será para nosotros mediante el ardor que nos inspirará y el deseo de engendrar almas para Jesucristo y de engendrar a Jesucristo en las almas: *Filioli quos iterum parturio, donec Christus formetur in vobis* [Gálatas 4, 19]. Se trata del grito de aquellas angustias apostólicas que, para nosotros como para María, comienzan en el pesebre y sólo terminan en la cruz. Ahora bien, la piedad así entendida está quizá muy lejos de aquella devoción blanda so pretexto de ser tierna, sin energía, por miedo al escándalo; cuyas concesiones y traiciones diarias ya no saben mostrar la cruz si no es rodeada de flores y de perfumes y el Calvario ahogado en vapores indecisos.

C/Nuestro amor a la Iglesia. El misterio de la Iglesia ¿Qué diré de nuestro amor a la Iglesia? La Iglesia es algo tan admirable que las expresiones parecen muy informes en la pluma de los escritores sagrados para describir sus grandezas, sus riquezas, su poder, su belleza, su gloria. Escuchadles decir que la Iglesia es el tabernáculo de Dios con los hombres, la columna y la base inmovible de la eterna verdad; que es el cuerpo místico y la última perfección de Jesucristo; que es además su esposa sin mancha y completamente bella. Por ella, el Hijo de Dios ha

venido a la tierra y se ha unido a la humanidad; es ella cuyas tiendas quiere dilatar, es su ciudad preferida, es el ejército mediante el que derribará a sus enemigos. De todos los títulos de la Iglesia, el que más nos llena es el de Esposa. Es el objeto de las predilecciones más celosas de su Esposo divino; amamos a la Iglesia porque Jesucristo la ha amado. Ahora bien, nuestro amor tiene un carácter triple: *es sobrenatural, audaz y desinteresado.*

Caracteres de este amor: Sobrenatural frente al naturalismo moderno

Es sobrenatural. El orden sobrenatural nos arrebató de admiración hacia la Iglesia. Todo ha sido hecho para los elegidos que sólo existen en la Iglesia; si

alguna vez la lucha entre el bien y el mal, la verdad y el error, Jerusalén y Babilonia, el cielo y el infierno, la Iglesia y la Revolución ha sido manifiesta, es ciertamente en nuestros días. Escuchad al hombre repetir a zaga de Satanás: “No obedeceré, subiré a los cielos y seré como el Altísimo: *Non serviam, in cælum conscendam, et similis ero Altissimo*” [Isaías 14, 14]. El hombre va hasta negar a Dios, porque Dios le coarta imponiéndole el yugo de la conciencia, del deber, de la virtud. Para romper este yugo, el hombre no tiene más recurso que decir: Dios no existe; y nosotros frente a semejantes blasfemias, como el jefe de los ejércitos celestiales, hemos de repetir sin cesar: “¿Quién como Dios?: *Quis ut Deus?*” [Apocalipsis 12, 7-9]. Satanás, para derribar a la Iglesia, se emplea en derribar todo el orden social, y los cincuenta o sesenta tronos que de un siglo a esta parte se han derrumbado bajo sus golpes son el ensayo de sus últimos esfuerzos por derribar el trono del Vicario de Jesucristo en la tierra, al no poder derribar el trono de Jesucristo mismo en el cielo. *Nolumus hunc regnare super nos!* [Lucas 19, 14], exclaman las cohortes infernales y, a su zaga, la turba de los incrédulos, de los impíos, de los hombres de todos los desórdenes y de todas las inmoralidades, todos los escl-

vos de aquella cortesana que el Apóstol vio sentada sobre la bestia llena de blasfemias; estaba cubierta de púrpura, su mano sostenía una copa llena de abominaciones y de las inmundicias de su fornicación, y en su frente estaba escrito este nombre: *¡Misterio! Babilonia la grande, la madre de todas las abominaciones de la tierra* [Apocalipsis 17, 5].

¿Podéis ver una pintura más profética, más exacta de la Revolución? Tal es la gran enemiga de Dios y de su Iglesia. Nuestro amor a la Iglesia encontrará su medida en nuestro celo por combatir a la Revolución. Ahora bien, amamos a la Iglesia, porque encierra todos los tesoros del orden sobrenatural que le han sido confiados por su Esposo divino y que la Revolución detesta. En ella encontramos la predicación de la verdad, la ley perfecta, el germen de todas las virtudes; en ella encontramos el verdadero reino de Dios aquí abajo, la asamblea de los santos y de los discípulos de Jesucristo; en ella contemplamos la estabilidad en medio de las sociedades que se derrumban; por su medio, tenemos la divina esperanza de una felicidad inaccesible al hombre aislado; por ella sentimos la fuerza para lanzarnos desde el destierro de la tierra hacia el cielo, nuestra eterna y gloriosa patria. Pero, todo eso está por encima de la naturaleza, todo eso pertenece al orden divino, al que Jesucristo sólo mediante su Iglesia nos inicia, y por ello nuestro amor a la Iglesia es ante todo sobrenatural.

**Audaz frente a una
prudencia demasiado
humana**

Además, *es audaz*. Cuando los peligros son tan apremiantes, cuando los abismos se abren tan profundos bajo nuestros pies, cuando las esperanzas del infierno se manifiestan mediante esos gritos funestos como los que escuchamos todos los días estallar con alegría salvaje, seguir las prudentes teorías de la carne, es decir, de los intereses humanos y de las componendas políticas, sería más que

cobardía, sería traición, sería sacrilegio. Nos acusan de comprometernos demasiado, y esa es nuestra gloria. ¡Oh, hombres prudentes, sospecho que encontraréis a Jesucristo muy temerario cuando comprometía la obra de su Iglesia muriendo en la cruz! Los mártires también estaban locos y los apóstoles insensatos, cuando con una gran valentía daban testimonio, bajo la persecución de los judíos y de los paganos, de la resurrección del Salvador. Por nuestra parte, en nuestra demencia, estamos celosos de la audacia de los mártires y de la temeridad de los apóstoles, y con esta audacia es como pretendemos amar a la Iglesia, servirla con todos nuestros esfuerzos, inquietándonos poco de los juicios tan contradictorios de los hombres, y recordando sobre todo que el mundo ha sido salvado por la necesidad de la predicación y la audacia imprudente de los predicadores.

Así era el amor del príncipe de los apóstoles y del gran doctor de las naciones. Es inútil agregar que este amor audaz es muy raro en nuestros días, pero también que nos imprime un sello original, y resulta una razón más para ser lo que queremos ser.

Desinteresado como todo amor auténtico Finalmente, nuestro amor es *desinteresado*, por no decir caballeresco, como el de todas las grandes instituciones religiosas en sus comienzos. Es triste ver cómo el hombre se apresura a apropiarse el escaso bien que es capaz de hacer, y cuánto aspira a ser el único que lo hace y a impedir a los demás hacerlo cuando él mismo no puede hacerlo todo. ¡Oh, hermanos míos, que ésa no sea nunca nuestra tentación! Amemos bastante a la Iglesia para alegrarnos de todo el bien que llevan a cabo sus hijos y para su triunfo; no excluyamos ninguna forma de santidad ni de caridad; no podemos tomarlas todas para nosotros; amemos, admiremos, estimulemos en los demás todo aquello de lo que nosotros mismos somos incapaces. Que el bien general sea

nuestra única preocupación; como Moisés digamos: *Utinam et omnes prophetent; ¡Ojalá todos profeticen!* [Números 11, 29]. Las victorias de la Iglesia serían más numerosas y nuestro amor por ella más consolado si, dejando las consideraciones mezquinas y personales, el triunfo de la Iglesia fuera el exclusivo deseo de nuestro corazón. Este desinterés en el amor es lo que no sabría recomendaros suficientemente. Si me decís que es poco común, os repetiré una vez más que, poseyéndolo en toda su amplitud y generosidad, seremos mucho más fácilmente identificables y fáciles de reconocer en la vía en que queremos avanzar.

Amemos a la Iglesia sobrenaturalmente, audazmente, generosamente, y veréis qué bendiciones aquí en la tierra y qué recompensas en el cielo Dios dispensará a nuestros trabajos, y si no somos hallados hábiles, como otras personas, no tendremos que avergonzarnos del motivo.

II

Medios para desarrollar más que nunca la Obra de la Asunción

¿Me permitiréis ahora indicaros en muy pocas palabras las conclusiones prácticas que podemos sacar para nosotros de las ideas fundamentales que acabo de exponer?

**Nuestra divisa
nos consagra a
un apostolado tan
ferviente como
desinteresado**

De nuestra divisa *Adveniat regnum tuum*, se sigue evidentemente que somos un Instituto apostólico. El celo por los derechos de Dios en la tierra y la salvación de las almas, he ahí la

forma esencial de nuestra caridad; el olvido de nosotros mismos y la abnegación nos son ante todo impuestos; da-

mos poca importancia a todo lo que nos atañe, con tal que Jesucristo sea anunciado: *dummodo Christus annuntietur* [Filipenses 1, 18]. Tratamos de no tener en cuenta todas las causas de disensiones internas entre los hijos de Dios, que so pretexto de derecho o de dignidad cristiana, desvían los más útiles esfuerzos de la guerra contra el enemigo común para ocuparse de luchas entre hermanos. Cuando los cristianos y sus jefes no nos quieran más en un país, iremos a otro, es el mandato de Nuestro Señor, que bien aplicado siempre nos dejará la necesaria libertad para ser obreros apostólicos.

**A/ Nuestro amor a
Nuestro Señor nos
exige el estudio de sus
perfecciones**

Ignoti nulla cupido. Jesucristo, para ser amado, quiere ser conocido. Lo estudiaremos sobre todo en los libros inspirados. Jesucristo será para nosotros el

tesoro buscado bajo los velos de las Sagradas Escrituras. Nos dedicaremos a conocerlo como Dios, como hombre y como autor de los dones sobrenaturales que nos reconcilian con el Padre. San Agustín, nuestro patriarca, será nuestro principal guía. Su tratado de la Trinidad y sus libros admirables, que le han granjeado por parte de la Iglesia entera el título de doctor de la gracia, son los grandes jalones de nuestros estudios sobre estas importantes cuestiones. Añadimos a esto la carta a Volusiano, en que trata de la Encarnación y, como introducción a la verdadera filosofía, los tratados *Contra los académicos*, *Sobre el libre albedrío* y la carta a Dióscoro.

**para comunicar su
ciencia mediante
la predicación, la
educación...**

Jesucristo, conocido por nosotros, es la ciencia que tratamos de comunicar ante todo, en primer lugar mediante la predicación: *Nos autem praedicamus*

Christum crucifixum [1 Corintios 1, 23], y ese es el rasgo distintivo que nos separa de aquella predicación insípida,

humana, naturalista, en que no se osa casi predicar a Jesucristo, ni sobre todo hablar de su cruz; luego, mediante la educación y la enseñanza. Si nos preguntan qué es para nosotros la educación, respondemos: La educación es la formación de Jesucristo en las almas como la enseñanza es la iluminación de las almas mediante el esplendor de Jesucristo. No tenemos otro pensamiento matriz en las escuelas que formamos y si algún día nos es dado tener una Universidad católica, en su frontispicio escribiremos: *Ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesum Christum* [Juan 17, 3].

B/ Nuestro amor a la Santísima Virgen nos invita a una alta perfección

El amor a Jesús y a María su madre constituye para nosotros toda la ciencia de la vida mística. Las perfecciones de Jesucristo manifestadas en el Nuevo Testamento, las virtudes de María que se revelan al alma interior pese a los velos de la humildad, constituyen como un doble libro en que meditamos sobre la santidad a que estamos llamados.

y nos consagra al culto de las vocaciones virginales

El amor a la Santísima Virgen nos inspira otro amor que se perpetúa en el mundo mediante el culto a la Madre de Dios, estoy hablando del amor a la pureza y a la castidad. Desde los comienzos fue uno de los rasgos sobresalientes de los hombres apostólicos y los historiadores eclesiásticos nos enseñan que la causa inmediata del martirio de San Pedro y de San Pablo fue el esfuerzo constante de los dos apóstoles para formar vírgenes en la Roma pagana y hasta en el palacio de Nerón.

Queremos ayudar a María, nuestra Reina, a llevar muchas vírgenes al Rey inmortal de los siglos: *Adducentur Regi virgenes post eam* [Salmo 45, 15], y la estima de las bellezas que encierra un alma casta y pura contribuye a

elevarnos a nosotros mismos más alto, como sobre alas de ángeles, hacia el trono del Cordero sin mancha. Y si nos reprochan que favorecemos demasiado las vocaciones religiosas, respondemos que nuestro único pesar es no favorecerlas suficientemente.

C/ Nuestro amor a la Iglesia nos consagra a su defensa en nuestros tiempos tan confusos de nuevo

Finalmente, el amor a la Iglesia nos brinda en los tiempos presentes un horizonte completamente nuevo. Mirad en torno vuestro: ¿no notáis que los abismos se hacen más profundos, que las ruinas se amontonan, que las catástrofes se preparan? En medio de todos estos trastornos, la Iglesia, estable sobre su roca, ve cómo el viejo mundo se hunde, como desde las riveras de Hipona San Agustín contemplaba la Roma de los Césares hundiéndose bajo las sucesivas oleadas de los bárbaros.

El libro de la *Ciudad de Dios* es para nosotros como una segunda revelación, y cuanto más lo estudiemos, más podemos por analogía encontrar allí el secreto del porvenir. ¿Cuántas tristezas, cuántos desalientos no brotaban de aquellos inmensos escombros causados por la espada y la tea de un Atila y de un Genserico? Sin embargo, se trataba de Dios barriendo una sociedad podrida, para preparar otra nueva. Los obispos de las Galias sobre todo no se engañaron: tengamos la inteligencia de nuestros Padres. Ellos saludaban y transformaban la barbarie feudal; por nuestra parte, saludemos y transformemos la barbarie democrática. Sin duda, también había entre nuestros viejos pontífices galorromanos algunos lamentos por las grandezas desaparecidas; no por eso dejaron de formar a Francia, como las abejas la colmena. Hagamos lo mismo: sin lamentos demasiado inútiles por el pasado, sin esperanzas demasiado engañosas por el futuro, prosigamos nuestra obra tal como nos la propone Dios. Quizá sea ma-

yor con los pueblos recristianizados que con los bárbaros arrancados de la grosería del mundo salvaje.

Aquí nos planteamos dos preguntas: ¿Quién será nuestro guía? ¿Qué trabajos serán los nuestros?

con el Papa como guía ¿Quién será nuestro guía? El Papa. Se puede decir que la política, desde Felipe el Hermoso, ha sido una inmensa conspiración contra el papado. Los reyes no han querido saber nada del Papa; estamos viendo en nuestros días cómo los pueblos no quieren saber nada de los reyes. ¿Dónde iremos con este odio antimonárquico? ¿Qué importa? Un poder es necesario, pero no es preciso que esté confiado a una cabeza coronada. Dios consideró como un insulto la petición de los hijos de Jacob que deseaban un rey. No insistamos. ¿Pero por qué negarlo? Si hay un hecho manifiesto, es que la ola democrática aumenta cada día, y está preñada de revoluciones; ¿quién sabe dónde está el grano de arena contra el que vendrá a estrellarse la espuma de sus tempestades? Por mi parte, veo lo que la Iglesia ha hecho antaño y espero.

Ni excesiva tristeza ni excesiva esperanza; confianza en Jesucristo, en María, en la Iglesia; trabajo perseverante, ¿qué importa lo demás? Me equivoco: ¿quién puede asegurar que nuestros esfuerzos no resulten exitosos, con tal que sean inteligentes? Y por ahí va la respuesta a la segunda pregunta que planteaba antes: ¿Qué trabajos serán los nuestros?

mediante toda obra de recristianización de pobres y ricos Fuera de las que ya he indicado, todas las obras mediante las cuales el pueblo pueda ser levantado, instruido, moralizado, mediante las que la democracia pueda ser cristianizada, son nuestras obras; y ved, por lo tanto, qué campo inmenso se abre ante nosotros mediante la visita de los enfermos, la evangelización de los pobres, la dirección

de orfanatos, la propagación de los buenos libros y las demás obras imposibles de enumerar porque cada día nacen nuevas; con una condición sin embargo, y es que para nosotros la limosna material sea el medio de ofrecer la limosna espiritual. Aliviamos los cuerpos para tener derecho a llegar hasta las almas. Algunas monedas presentadas a la mano indigente, son el preludio de los tesoros de la fe entregados a las almas hambrientas de verdad y que ya no sienten la necesidad a fuerza de privaciones.

Mediante estas obras de los pobres, llegaremos a los ricos y la experiencia nos prueba que se les alcanza con mayor facilidad y de un modo más digno de nosotros y de Jesucristo cuando se les cita en el campo de la caridad.

mediante las misiones El amor a la Iglesia suscita otro amor en los corazones. Los apóstoles debían llevar el testimonio de Jesucristo no sólo a Jerusalén, sino hasta los confines del mundo: *usque ad ultimum terrae* [Hechos 1, 8]. Sí, las misiones extranjeras son nuestra ambición. ¿Mediante qué disposición providencial sucede que, siendo tan pocos, tengamos ya tantos misioneros? Mirad al mismo tiempo a qué auxiliares hemos recurrido. Antaño, se escondía a las vírgenes consagradas al Señor tras las clausuras más severas. Hoy se les dice: “Hijas mías, iréis allende los mares”.

¡Qué cambio el producido, tanto por una misericordia de parte de Dios como por una gran entrega por parte de sus esposas que quieren santificarse como nosotros en un inmenso y apostólico amor a la Iglesia! Su sello, en este aspecto, profundiza en cierto modo mucho mejor nuestro propio sello.

en perfecta fidelidad, a la espera del Concilio, a las directivas de la Iglesia

Ciertamente, todo esto es muy grave, y las cuestiones que acabo de evocar y que atañen a lo que nuestra vocación tiene de característico, nos turbarían si

no viéramos al Jefe de la Iglesia convocar a todos los obispos de los cuatro vientos de la tierra e invitarlos a tratar de la manera más solemne estos mismos problemas que preocupan a la humanidad entera y de los que sólo la Iglesia puede aportar la última palabra.

Esperemos aquellas soluciones capitales, pero compenetrándonos con todo aquello que los pontífices romanos han enseñado siempre, y no temamos prever en qué sentido serán determinadas las cuestiones más difíciles. Podrán manifestarse algunos roces, no nos preocupemos demasiado de ello; esforcémonos por suavizar el correspondiente dolor mediante una paciente caridad; dejemos a todos la libertad cuando la Iglesia la concede, pero sepamos defender la doctrina que ella afirma, las verdades que define, las leyes que promulga, las condenas que pronuncia. Sus actos siempre han obrado en pro de la vida y de la felicidad de los pueblos; nuestra gloria debe consistir en servir según nuestra debilidad para la consumación de la obra que se propone, sin inquietarnos por los obstáculos que hay que superar, ni de los enemigos a vencer, ni de las consecuencias que nuestra entrega a su causa nos expondría a sufrir; por ahí, quizá acentuaríamos un poco más el lugar que queremos ocupar.

Conclusión: Unión de corazones

Ahora, Padres y Hermanos míos, nuestra obra está terminada; bendigamos a Dios por habernos inspirado estas visiones unánimes, estas resoluciones enérgicas que todos prometemos desarrollar y mantener con fervor e inteligencia. Tengamos siempre los unos para con los otros aquel afecto de auténticos religiosos, basado en el respeto y la necesidad de man-

tenernos fuertemente unidos; no formemos sino un solo cuerpo en la sinceridad de nuestras almas y la franqueza leal de nuestras relaciones; que nuestro lazo indisoluble sea Jesucristo.

**En torno al trono
eucarístico de Nuestro
Señor**

El Apóstol decía: *Unum corpus multi sumus omnes qui de uno pane participamos* [1 Corintios 10, 17]. Que el altar sea nuestro centro, porque allí encontramos a Jesucristo; que sea también para nosotros el trono de nuestro Rey. Es notable el hecho que la Víctima por excelencia recibe de un tiempo a esta parte los homenajes más universales en el sacramento de su amor. Conviene que sea así. Cuando el trono del representante del rey parece sacudido, ¿no es bueno que el trono del Soberano mismo aparezca más resplandeciente por nuestras adoraciones? Y no es para nosotros un mediocre honor el haber contribuido según nuestra debilidad a la extensión de este culto reparador. Ahí, en efecto, encontramos de nuevo a Jesucristo, nuestro amor, dándose a nosotros y enseñándonos a darnos a él y al servicio de su Iglesia por él. Persigamos, pues, nuestra meta con alegría y confianza y merezcamos así, tras haber trabajado en acrecentar el reino de Dios en la tierra, disfrutar de él en el cielo durante la eternidad. Así sea.

Cuatro cartas al Maestro de novicios

Han sido redactadas a petición del Capítulo General de 1868. La carta introductoria, fechada en Lavagnac, es del 8 de octubre de 1868. Las dos primeras cartas se recibieron en Le Vigan, donde estaba el noviciado a la sazón, el 22 de noviembre de 1868. La tercera carta, ciertamente comunicada también, no fue recopiada a continuación de las dos primeras: escapó, en 1912, a la edición de las "Circulares del P. d'Alzon". En cuanto a la cuarta, recuperada en 1926, estaba en elaboración en julio de 1869, pero permaneció inconclusa: el P. d'Alzon estaría totalmente acaparado por la preparación del Concilio.

Estas cartas completan, desde un punto de vista nuevo, nuestro Directorio. Un espíritu, para ser perfectamente captado, debe ser considerado desde varios ángulos. El espíritu de la Asunción es presentado aquí a la luz de nuestra divisa; el tema del Reino, que se remonta a los orígenes de la obra, recibe en estas páginas preciosas explicaciones.

CARTA DE INTRODUCCION

Mis muy queridos Hermanos,

Objeto de estas cartas El Capítulo General que acabamos de celebrar me ha invitado a dirigir al noviciado una serie de instrucciones en que resumiría, en cuanto de mí dependiera, el espíritu de nuestra Congregación; es lo que voy a esforzarme por hacer, trazándoos sucesivamente las diversas ideas sobre las que reposa nuestra obra. Ya en el *Directorio* yo había establecido algunos jalones, pero quizá sea oportuno desarrollar lo que se dice allí. Por otra parte, a medida que los mismos pensamientos son presentados desde diferentes puntos de vista, pueden penetrar en los espíritus que no siempre los han captado al primer intento. Me parece, pues, muy útil brindaros una serie de consideraciones cuyo resultado, eso espero, sea daros más claramente la auténtica noción de vuestros deberes de religiosos Agustinos de la Asunción.

Su presentación He adoptado la forma de carta, porque así puedo ponerme más en relación directa con vosotros. No pudiendo hablaros, puedo escribiros, y teneros más presentes en la mente y en el corazón: lo que os diga tendrá quizás más vida y, por ende, os será más provechoso. Dividiré el trabajo en cuatro partes principales, que serán subdivididas a su vez de acuerdo con la extensión y el número de consideraciones que vendrán a agruparse en torno a las ideas madre (1).

Estableceré primero los principios sobre los que reposa nuestro espíritu; indicaré luego algunas prácticas útiles

para adquirirlo, luego trataré de las virtudes que os son más particularmente necesarias; finalmente, examinaré la acción que debemos ejercer fuera y los medios por los que debemos ejercerla.

Coloco este trabajo bajo la protección de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, de San Agustín y de todos nuestros Patronos, con el fin de que mis palabras os instruyan, os edifiquen y os inflamen en el deseo de procurar la gloria de Dios, al mismo tiempo que trabajaréis con mayor fervor en vuestra santificación personal.

[Lavagnac], a 8 de octubre de 1868.

(1) El P. d'Alzon se propone un plan que no será seguido sino parcialmente. La primera carta no trata sino de "lo que concierne a nuestra santificación personal"; la segunda: "la acción que hemos de ejercer hacia fuera"; la tercera: "los medios por los que debemos ejercerla". La cuarta inauguraba una nueva serie sobre "las virtudes que nos son más particularmente necesarias".

Los principios de la Congregación

PRIMERA CARTA

El advenimiento del reino de Dios en nosotros

Mis muy queridos Hermanos,

Los principios de nuestra Congregación se encuentran, propiamente hablando, en nuestra divisa: *Adveniat regnum tuum*. Esta palabra de la Oración dominical encierra toda perfección para nosotros, la vida apostólica y el celo en nuestras relaciones con el prójimo.

Voy a detenerme hoy en lo que concierne a nuestra propia santificación.

I

Nuestra divisa nos pide instaurar el reino de Dios primeramente en nuestras almas:

**mediante un
trabajo personal de
santificación**

“*Regnum Dei intra vos est*, nos dice el Apóstol: el reino de Dios está dentro de vosotros mismos” [Lucas 17, 21]. No es necesario ir a buscarlo a otra parte. ¿Cuál es, pues, este reino de Dios? Es el estado de relaciones íntimas a donde debemos llegar, según lo que Dios es y lo que nosotros somos. Pero Dios, infinitamente perfecto, es inmutable. De su parte no puede haber cambio, de la nuestra sí, en el sentido de que despojándonos cada día de nuestros defectos, de nuestros hábitos culpables, nos hagamos menos indignos de aquellas comunicaciones inefables que Dios no desdeña hacer mediante su gracia a las almas que, en la sinceridad y generosidad del esfuerzo, se emplean en darle un poder absoluto sobre sí mismas.

**con la ayuda de las
luces de Nuestro Señor** A medida que el alma se purifica por la destrucción de las manchas que detecta, Jesucristo, la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, le manifiesta de un modo más admirable tanto las perfecciones de Dios, como lo que ella le debe, y le da al mismo tiempo una energía más grande para cumplir sus deberes mejor conocidos. El alma, al conocer mejor lo que aquí abajo le es dado saber sobre Dios y sus perfecciones, desea conocer siempre más, se inflama con un amor más grande, proclama con mayor dicha sus derechos y se abandona más completamente a su imperio soberano.

**con generosidad,
presteza y valor** Este trabajo se realiza de una manera más o menos rápida, según la generosidad del alma y su presteza en responder a la llamada, su fervor en obedecer a cuanto le es ordenado, su valor en superar las pruebas que le son enviadas; pero si avanza, si para acercarse a Dios se separa de las criaturas y de sí misma, nota que Dios se le acerca y se une a ella de una manera inefable, y entonces es consumado, en la medida de lo posible aquí abajo, el reino de Dios en lo más secreto de su corazón y como en las profundidades de su ser. Entonces dice como San Francisco de Asís: “Dios mío y mi todo. *Deus meus et omnia*”. Pero, para llegar a eso hay que luchar mucho y sufrir mucho. Se avanza lentamente, a veces se cree no avanzar en absoluto, Dios parece retirarse, Satanás empuja al desaliento, las resoluciones tomadas con el fervor del espíritu no siempre se cumplen a causa de la debilidad de la carne. Tal es la causa de tantas caídas más o menos graves, que paralizan en las almas mejor dispuestas por la soberana Bondad el crecimiento interior del reino de Dios.

y el indefectible deseo de una alta perfección Por eso, mis queridísimos Hermanos, no sabría recomendaros demasiado que reflexionéis seriamente antes de poner manos a la obra. Si os sentís llamados a la perfección, no vaciléis. Pero, recordad que una vez puesta la mano en el arado, ya no deberéis mirar atrás. Una vez enganchados en el ejército de Jesucristo, huir sería para vosotros un oprobio eterno. Todos no están llamados a la misma perfección, y no pretendo que el reino de Dios imponga a todos las mismas obligaciones. Hay muchas estancias en la casa del Padre celestial, pero el religioso que, por la santidad de su estado, es llamado a penetrar en las moradas secretas del gran Rey, debe recordar sin cesar que, mientras no haya llegado a la cumbre de la perfección, no ha hecho nada; y que puede llegar a ella, ya que esta perfección no es otra cosa que la imitación perfecta de las virtudes de las que Nuestro Señor nos ha dado el modelo durante su vida en la tierra.

II

El Reino que Dios desea instaurar en nuestras almas se impone a nosotros en nombre:

A/ de los derechos de nuestro divino Rey a una sumisión libremente aceptada

El reino de Dios en nosotros es, pues, la dependencia más absoluta de todo nuestro ser y de todas nuestras facultades de la acción íntima de Dios. Dios es el dueño, nosotros somos los súbditos: *Ego autem servus tuus et filius ancillæ tuæ* [Salmo 116, 16]. Si Dios es nuestro rey y si tiene derecho a mandarnos de acuerdo con la extensión de su poder, de su inteligencia y de su amor para con nosotros, estamos obligados a obedecer-

le según toda la amplitud de nuestro agradecimiento por sus beneficios y del conocimiento que tengamos de sus derechos y de sus dones, y según toda la capacidad de actuar que nos ha concedido. ¿Qué nos queda que no le pertenezca? ¿Qué tenemos que no debemos consagrarle muy libremente y muy voluntariamente? Porque, de todos sus dones, el más precioso es quizá la libertad y, como tiene derecho a lo más excelente que hay en nosotros, mediante nuestra libertad sobre todo es como más podemos honrarle. Misterio admirable, en que Dios nos hace cada vez más libres, a medida que le hacemos reinar más perfectamente en nosotros, y en que la perfección de nuestra obediencia es el principio de la perfección misma de nuestra libertad.

Busquemos, pues, mis queridos Hermanos, este reino de Dios, proclamémoslo con toda la plenitud tanto de nuestra libertad como de nuestro amor, porque Dios no quiere reinar sobre esclavos, sino sobre almas libres, sobre hijos a quienes pueda amar con toda la ternura paternal y a quienes pueda, en su reino, sentar sobre su trono para reinar con él.

**B/ de nuestros
deberes de criaturas,
de cristianos y de
religiosos**

Criaturas de Dios sacadas de la nada mediante su poder omnímodo y su infinita misericordia, todo en nosotros, hasta el átomo más pequeño de nuestro cuerpo, hasta el más inasible de nuestros pensamientos, hasta el más delicado de los sentimientos de nuestro corazón, todo le pertenece de un modo absoluto, soberano; cristianos rescatados por la sangre de su Hijo, tiene derecho a todo el agradecimiento del que seamos capaces y al cumplimiento más generoso de la ley que nos ha revelado; religiosos llamados a la perfección evangélica, no sólo debemos ejecutar sus órdenes, sino que debemos adelantarnos a sus deseos; en fin, llamados a la gloria de una unión incomprensible sin final, toda nuestra vida debe

ser transformada aquí abajo mediante la dependencia, la adoración, el amor, para merecer compartir su reino y su gloria durante la eternidad.

Una meta así es admirable; pero, ¡qué de esfuerzos, luchas, combates para alcanzarla! Se trata precisamente de la prueba de toda nuestra vida, y por eso tenemos la obligación de trabajar sin tregua y no perder ni un momento.

SEGUNDA CARTA

El advenimiento del reino de Dios a nuestro alrededor

Mis queridos Hermanos,

No sólo en nuestro interior hemos de esforzarnos por hacer triunfar el reino de Dios, sino también mediante nuestra acción a nuestro alrededor.

I

Oportunidad de la Asunción

**Razón de ser de los
Institutos antiguos**

Daos cuenta de que todas las familias religiosas han tenido su razón de ser en la época en que Dios colocó su cuna. ¿Cuál es la razón de ser de nuestra Congregación? ¿Quién puede negar que el mal de nuestros días haya hecho espantosos progresos? ¿Quién va a negar que Dios, en su misericordia, siga queriendo colocar nuevas barreras a las invasiones del mal, siempre renovado bajo formas diversas? Cuando los bárbaros aparecieron para destruir el imperio romano, San Benito se escondió con algunos religiosos en la soledad y en los bosques, para conservar los vestigios de la perfección cristiana. Cuando los albigenses intentaron hacer volver el paganismo de las ideas y el paganismo de las costumbres, Santo Domingo y San Francisco aparecieron para sostener a la Iglesia amenazada y defenderla mediante la predicación y la santidad de la renuncia. Más tarde, contra la Reforma, Dios suscitó la gran familia de los clérigos regulares.

**Necesidades actuales
de la Iglesia**

Hoy día, tenemos que habér-noslas con la Revolución. Dios, mediante Satanás, jefe de la Revolución, es expulsado de las sociedades modernas; se le reconoce en ellas a penas bajo la forma de no sé qué providencia indefinida, pero la noción de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo se conserva a penas en el encabezamiento de no sé qué tratado de la diplomacia, cuyos agentes parecen invocar a esta Trinidad divina en la que muchos ya no creen y como para constatar que sus convenciones internacionales no son más que una serie de mentiras.

Dios es expulsado de los Estados, de la sociedad, de la familia, de las costumbres, he ahí lo que constatamos cada día más abiertamente. Ahora bien, si las leyes de la Providencia divina no han cambiado, nos amenazan los más terribles castigos, a menos que en su misericordia Dios imprima un movimiento de arrepentimiento y de vuelta hacia él a las inteligencias y a los corazones de los hombres culpables.

**Grandeza de nuestra
vocación**

Desde este punto de vista, si es cierto, como confiamos, que Dios nos llama, nuestra vocación es admirable, tanto por su oportunidad como por la grandeza de la meta que se le asigna. Pero, importa enfocarla de una manera clara y precisa, con el fin de asimilar bien los medios más eficaces de conseguirla y no desviar-nos ni a derecha ni a izquierda en trabajos útiles, incluso excelentes, pero que nos desviarían tanto de la línea a seguir como de los esfuerzos que debemos intentar y de los éxitos que con la gracia de Dios estamos obligados a proponernos.

II

Las exigencias de nuestra vocación

A/ En cuanto a virtudes: consagración al servicio de Dios “Por nuestra parte, nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra”, decía antaño San Pedro: *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus* (Hechos 6, 4).

desapego de cualquier preocupación material Este desapego respecto de las preocupaciones humanas nos parece indispensable y por eso, sin ser mendigos como los hijos de San Francisco, no nos ocuparemos de regar el suelo con nuestros sudores como los hijos de San Benito; seremos ante todo apóstoles. Buscaremos para eso la libertad y la independencia que da la ausencia de preocupaciones materiales. Lo que se dice en las Constituciones sobre la pobreza debe entenderse en este sentido. Amaremos esta virtud como una de las condiciones de toda liberación moral. El hombre que ama los bienes terrenales es el esclavo de quienes se los pueden procurar; el hombre que no desea más que su pan de cada día y con qué cubrirse: *victum et quibus tegamur* [1 Timoteo 6, 8], es muy fuerte frente a los obstáculos y las seducciones. La pobreza apostólica es para nosotros la garantía de la grandeza y de la dignidad del carácter. Ahora bien, el apóstol que no tiene un grande y hermoso carácter nunca será un auténtico apóstol, porque no ejercerá la influencia del desinterés, sin la cual no es posible convertir.

Os conjuro, pues, mis queridos Hermanos, a que huyáis del amor a las riquezas y que protestéis así contra aquella tendencia al bienestar material que es uno de los grandes envilecimientos de la época presente y la destrucción de todas las aspiraciones a la perfección cristiana y al orden sobrenatural.

En vez de amar el oro y la plata, amad a las almas, tened hambre y sed de conquistar el mayor número posible de ellas para Nuestro Señor Jesucristo, y así mereceréis ser efectivamente sus apóstoles.

aceptación de las pruebas apostólicas Si queréis extender el reino de Dios, –no os lo ocultéis–, tendréis grandes decepciones, grandes persecuciones, grandes sufrimientos: *in mundo pressuram habebitis* [Juan 16, 33]; el apóstol que no ha sufrido, ¿qué hace? y el que no ha sido tentado, ¿qué sabe? *Qui non est tentatus quid scit?* [Eclesiástico 34, 10].

La valentía es para vosotros una condición absolutamente indispensable. Iré más lejos, y recordad esto: Si queréis ser obreros del reino de Dios, necesitáis conservar la alegría en medio de los oprobios y el dolor: “*Ibant apostoli gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.*” [Hechos 5, 41]. Sí, la alegría en la prueba y las humillaciones, porque extenderéis por este medio apostólico, del modo más seguro, el reino de Dios.

B/ Como trabajos más claramente orientados al advenimiento del Reino La predicación, la enseñanza, la dirección de almas, las obras de caridad serán nuestros principales medios de acción; los combinaréis según el resultado final que nos proponemos dentro de la mayor unidad de conducta, y esforzándoos en marchar como un ejército cuya fuerza estriba en la unidad de mando, y cuya pérdida está asegurada cuando los soldados combaten según sus antojos. Que la hermosura del reino de Dios os llene de ardor. ¿Para qué se creó el mundo sino para el reino de Dios? ¿Por qué se hizo hombre Nuestro Señor sino para reparar las ruinas de esta reino devastado por Satanás?

Misterio insondable sin duda, pero misterio lleno de divinas incitaciones para quienes estiman de ningún valor lo transitorio, y cuya ambición ansía algo infinito como las perfecciones divinas y como la eternidad.



TERCERA CARTA

El advenimiento del reino de Dios

Algunos medios

Mis queridísimos Hermanos,

En el principio de todas nuestras obras: la preocupación por el advenimiento del reino de Dios

La meta que Dios parece querer asignar a nuestra pequeña Congregación se caracteriza cada día por las diversas obras que, sin iniciativa por nuestra parte, vienen a agruparse a nuestro

derredor. Un colegio en Nimes, una residencia en París, las misiones rurales, residencias en las grandes ciudades, Asociaciones generales como las de la observancia del domingo y la adoración nocturna, una escuela en Filipópolis, un seminario en Andrinópolis, misiones en Australia, la Congregación de las Damas de la Asunción, la de las Oblatas, la de las Enfermeras de los pobres, son campos diversos de nuestra actividad. Pero, ¿no es de temer que, dedicando nuestro pensamiento a tantos puntos distintos, dispersemos nuestras fuerzas y terminemos por disminuirlas? Por eso mismo me parece importante recordaros, de una manera más positiva y más precisa, que nuestra vida estriba en una idea general, que ha de dar forma a nuestra vida común y agrupar en un solo conjunto todos nuestros esfuerzos mediante un lazo común.



I

**El reino de las tres personas
de la Santísima Trinidad**

Nuestra divisa *Adveniat regnum tuum* nos ofrece ese pensamiento general. Deseamos concurrir, en cuanto de nosotros dependa, al advenimiento del reino de las tres personas de la Santísima Trinidad y, de este modo, combatimos los tres grandes errores de los tiempos modernos. Queremos ayudar a realizarse:

1° *El reino de Dios Padre*. Ya no se quiere nada con Dios, se niega su existencia, se profesa una moral independiente y se rechaza la Providencia divina. De ahí las convulsiones de la sociedad. La proclamación de los derechos de Dios, de su soberano dominio sobre todas las criaturas, tal es nuestro primer deber.

2° *El reino de Dios Hijo* que se ha hecho hombre y que es, en cuanto hombre, el rey de la humanidad regenerada. Su reino es el reino de la verdad revelada; su reino es la Iglesia, en que Jesucristo Verbo eterno, vive una triple vida entre nosotros: mediante la predicación de la verdad, mediante el Santísimo Sacramento y mediante su Vicario, el Soberano Pontífice. Ved qué segunda serie de deberes se siguen de estos principios: la defensa de la verdad revelada, el culto a la Eucaristía, la adhesión a la Santa Sede.

3° *El reino del Espíritu Santo* que, mediante la gracia, nos introduce en el mundo sobrenatural de la santidad y nos propone el modelo humano más acabado en la Santísima Virgen, su esposa. La proclamación del orden sobrenatural, la imitación de las virtudes de la Santísima Virgen, el servicio a las Congregaciones femeninas que nos piden ayuda y apoyo, tal es la tercera serie de deberes a los que, para ser fieles a nuestra divisa, debemos consagrarnos.

Reino de Dios Padre en el universo, reino de Dios Hijo en la Iglesia, reino de Dios Espíritu Santo en las almas, tal ha de ser, me parece, el pensamiento matriz de la familia de la Asunción.

II

Postura de la Iglesia en el mundo actual

A estas consideraciones generales (1), añadiré otras dos, sobre las que me permitiréis volver sin cesar: 1º la postura que debe tomar la Iglesia frente a las sociedades que desaparecen; 2º la iniciativa de la Iglesia frente a la democracia que avanza.

1º La postura de la Iglesia frente a las sociedades que desaparecen. La Iglesia siempre ha sostenido el elemento de la autoridad. Es su principio fundamental. No puede abandonarlo, sin dejar de ser lo que es. No debe preparar la ruina de nada; debe atenerse a lo establecido, incluso cuando sufra por eso. Tal es el espíritu de Dios. Tenemos de ello ejemplos demasiado impactantes cuando estudiamos con atención los libros de los Macabeos. Vemos allí cómo los judíos mantenían sus juramentos incluso frente a los príncipes que los habían sometido. Pero cuando las guerras rompían su yugo, o bien prestaban obediencia a los vencedores o bien retenían la libertad reconquistada.

Así hace la Iglesia. No desea la caída de nadie. Pero si se producen trastornos, los deja cumplirse y trata de aprovecharlos. Daré de ello un ejemplo. Las revoluciones rompen los concordatos en Italia, en Austria, en España. ¿Creéis que la Iglesia tenga algo que ver en esto? Evidentemente no. Pero cuando el hecho haya sido consumado sin ella e incluso a pesar suyo, ¿por qué no buscaría aprovecharlo y sacar de esta violenta y revolucionaria separación de entre ella y el Estado, el bien que pueda conseguir

de un Estado menos perfecto, absolutamente hablando, pero relativamente mejor, mediante la libertad?

Resumiendo, no es la Iglesia la que ha buscado el divorcio; pero, una vez consumado [este divorcio] a su pesar, ¿por qué acusarla si lo aprovecha? ¿Qué sucederá efectivamente? Las sociedades podridas caerán en el abismo y la Iglesia, liberada de todo lazo con estos cadáveres, se unirá a sociedades más jóvenes mediante lazos nuevos adaptados a nuevas formas. Y de ahí se sigue lógicamente una segunda observación.

2º He dicho: *la iniciativa de la Iglesia frente a la democracia que avanza*. En efecto, los reyes se han ido, las aristocracias desaparecen o han desaparecido, la burguesía es muy débil frente a la ola invasora. Es evidente que la democracia avanza cada día más fuerte, más irresistible, a menos que, en los planes providenciales, no deba ser aplastada por algún despotismo inaudito. ¿Debe la Iglesia desesperar del porvenir? No, mil veces no. Pero, mis queridos Hermanos, y no sabría repetíroslo en demasía, es necesario que nos hagamos todo a todos. Y por eso es necesario que nos esforcemos por entrar lo más posible en contacto con el pueblo. Y por eso también, me parece que debemos entregarnos mediante todos los esfuerzos posibles a las obras populares. La evangelización del mundo comenzó por la evangelización de los pobres. Seamos en este aspecto fieles a nuestra vocación.

III

Nuestra meta más particular

Podemos incluso decir esto: Las Órdenes religiosas en la Iglesia han tenido cada una su meta, y cuando esta meta ha sido alcanzada, su misión ha parecido terminar. ¡Pues bien!, nuestra meta es:

1º Ayudar a la Iglesia, tanto como seamos capaces, en la lucha contra los principios satánicos de la Revolución.

2º Dejar caer las viejas sociedades condenadas y, una vez hechas las reservas del *Syllabus* sobre los grandes e inmutables principios de autoridad, aceptar la libertad francamente, lealmente, para un periodo del que nadie puede saber el término, y mostrar a la democracia todo cuanto el cristianismo ha aportado al mundo en cuanto a fraternidad e igualdad católica. Porque, no lo olvidemos, nosotros tenemos igualdades incomparables y a las que la igualdad política no puede ni acercarse: igualdad de nacimiento, a la que no pueden pretender quienes niegan la unidad de raza; igualdad sin duda en el pecado original, pero también igualdad en la redención; igualdad en la adopción; igualdad en el alimento, la Eucaristía; igualdad en la llamada a la perfección: Nuestro Señor declara que es cuestión de voluntad personal: *si vis perfectus esse* [Mateo 19, 21]; notad: *si vis*; igualdad en las esperanzas; igualdad en el juicio. Ahí, es verdad, comenzará la desigualdad eterna según los méritos.

Ya veis, mis queridísimos Hermanos, estos pensamientos deben animaros a dirigir vuestras miradas a lo más alto. Tenéis magníficas cosas que llevar a cabo, para hacer llegar el reino de Dios según vuestra divisa.

NOTA

(1) Hasta las palabras: “A estas consideraciones generales”, la escritura es de una mano desconocida; a partir de estas palabras y en la misma hoja de un cuaderno enviado a las Oblatas en 1869, el P. d’Alzon mismo transcribe la carta de la que había precisado el título.



CUARTA CARTA

Nuestro amor a Nuestro Señor

La carta sobre el advenimiento del reino de Dios está escrita. Comienzo aquí lo que quiero decir sobre el amor a Nuestro Señor (1).

Mis muy queridos Hermanos,

Siendo el amor a Nuestro Señor un rasgo fundamental de nuestra Congregación, importa mucho inspirároslo mediante los medios más eficaces.

No conozco ninguno más poderoso que la meditación de todo lo que ha hecho por nosotros durante su vida en la tierra.

El religioso de la Asunción no puede tener modelo más perfecto. La vida de Jesucristo es para él el libro vivo de su regla. Y, al mismo tiempo, encuentra en cada detalle de esta vida admirable, junto con la prueba del amor que Jesucristo le atestigua, los motivos más fecundos para amarle a su vez con un amor sin división.

Me detendré en aquellas circunstancias principales de los misterios del Hijo de Dios hecho hombre y me dedicaré a hacer resaltar muy rápidamente para vosotros las enseñanzas más prácticas de la perfección religiosa.

Anunciación

La misión del Ángel El tiempo se ha cumplido; el ángel del Señor es enviado a María. Un Dios va a hacerse hombre en el seno de una virgen, criatura liberada de toda mancha, incluso de la

mancha original, un privilegio el más grande de todos entre los hijos de Adán.

Un ángel me ha sido enviado a mí también. Dios ha puesto también a mi disposición uno de los espíritus administradores encargado de hacerme partícipe de la herencia de la salvación¹⁾.

Además, me ha dado un guía para ejercitarme en el cumplimiento de mis deberes, para ayudarme a formar a Jesucristo en mí. Me ha purificado de la mancha original, me llama a la perfección de los ángeles en la tierra.

El saludo del Ángel María es saludada mediante estas palabras: *Ave gratia plena, Dominus tecum*²⁾. ¿Acaso también yo no estoy lleno de las gracias celestiales, no sólo como cristiano, sino también como religioso?

Sin duda la capacidad del corazón de María para recibir la gracia es mil veces más grande que la capacidad de mi corazón; pero mi propio corazón, ¿no puede, bajo la acción de esta misma gracia, tomar proporciones incomparables?

Dominus tecum. ¿No es éste todo el misterio de la vida religiosa: formar a Jesucristo en mí de la manera más perfecta?

¿Qué es el tiempo de mi noviciado, sino una época semejante a aquella en que Jesús se formaba en el seno de María, no que el divino Maestro no haya sido hombre perfecto desde el primer instante de su concepción, sino porque ha querido, para servirme de modelo, experimentar externamente las leyes de la naturaleza?

El asombro de María María se turba, solicita luces, y entonces se le revela la adorable Trinidad. Veo la persona del Hijo encarnado, la acción

¹⁾ Hebreros 1,14.

²⁾ Lucas 1, 28.

del Espíritu Santo, el poder del Padre: *Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* ¹⁾.

Dios Hijo le pide a María tomar cuerpo en ella y, por ella, aparecer en el mundo. Para el cumplimiento de un tal prodigio el concurso del amor infinito y la omnipotencia divina no están de más.

El mismo prodigio en mí.

Jesucristo quiere formarse en mi alma. Ahí reside toda la perfección de la vida interior del religioso. Jesucristo quiere nacer en el mundo por medio de mí, es decir, quiere ser manifestado, predicado, anunciado mediante todas mis acciones y todas mis palabras.

He ahí la perfección del apóstol.

Los privilegios del amor divino

El principio de este misterio no puede ser otro que el amor divino y, efectivamente, viene

puesto a mi disposición: *Spiritus sanctus superveniet in te* [Lucas 1, 35].

El hombre es incapaz de llevar a cabo un milagro semejante; el poder eterno se pone a mi disposición: *et virtus Altissimi obumbrabit tibi* [ibid.].

¡Oh, Dios!, me das a tu Hijo mediante tu omnipotencia, y como prueba de tu amor, que al mismo tiempo le forma en mí, el poder del Padre, los abajamientos del Hijo, el amor del Espíritu Santo. He ahí lo que se me ofrece, si quiero entrar en esta vida divina participando, en cuanto de mí dependa, en la renovación del misterio de la Encarnación en lo más íntimo de mi alma.

Las revelaciones de la Trinidad del cielo...

¿Pero qué son estas comunicaciones de la adorable Trinidad inclinándose hacia un pecador

como yo, hacia mi nada? El ángel anuncia un trono y un reino eterno al Hijo de María. Efectivamente, Jesucristo

¹⁾ Lucas 1, 35.

será rey, y su reino es la Iglesia. Viene para reinar y, de entre todas las criaturas, ninguna le ayudará a tomar posesión de su reino como María.

Ahora bien, he aquí de nuevo la palabra de mi vocación. Soy cristiano, pero sobre todo religioso y religioso de la Asunción para hacer reinar a Jesucristo en el mundo a imitación de María.

El poder del Padre, la Encarnación del Hijo, el amor del Espíritu Santo: tal es la manifestación de la adorable Trinidad del cielo.

y de la Trinidad de la tierra Jesús, María, la Iglesia: tal es, si puedo decirlo así, la manifestación de otra Trinidad en la

tierra. Y, si esta expresión carece de exactitud, no es menos cierto que en Jesús, María y la Iglesia se unen de un modo inefable y no forman, por así decir, sino una sola cosa. María, la Madre, da lo más puro de su sangre para formar la humanidad de Jesús; la Iglesia, esposa de Jesucristo, no forma más que uno con su Esposo.

He ahí en lo que debo trabajar sin cesar: formar a Jesucristo en mí, formar a Jesús en la Iglesia. He ahí lo que se me pide como Gabriel se lo pidió a María.

La respuesta de María ¿Qué responde María? *Ecce ancilla Domini*¹⁾. Palabra de obediencia. ¿Quiero obedecer? ¿Quiero adherirme a este maravilloso y terrible trabajo mediante el que Jesucristo tomará posesión de mí, será mi vida íntima? ¿Quiero añadir como María: *Fiat mihi secundum verbum tuum*²⁾? Es decir, quiero que toda mi formación espiritual se lleve a cabo según la dirección del guía que se me ha dado?

¹⁾ Lucas 1, 38.

²⁾ Ibid.

Visitación

Fijaos bien: 1º *el bien que podéis hacer mediante la más sencilla de vuestras relaciones*. El saludo dirigido por María a su prima santifica a Juan en el seno de Isabel y le prepara para ser un día el más grande de los hijos de los hombres. Eso mismo sucede con las más sencillas gestiones de un religioso si son edificantes.

2º *La explicación de las perfecciones y de los privilegios de María* nos viene dada por Isabel: *Et beata quae credidisti*. El espíritu de fe nos hará hacer prodigios, formará a Jesucristo en nosotros, nos hará apóstoles. Cuando queramos, nuestra fe permitirá a Dios cumplir en nosotros todas sus promesas: *quoniam perficientur ea quae dicta sunt tibi a Domino*¹.

3º *María completa la explicación* mostrándonos en su respuesta, de la que la Iglesia ha hecho el más hermoso de sus cánticos, la meta de su vida: *Magnificat anima mea Dominum*; la exultación de su alma: *et exultavit spiritus meus*; la dicha del sentimiento de su nada: *quia respexit humilitatem ancillae suae*; el plan divino frente a los orgullosos y su misericordia hacia sus servidores: *et misericordia ejus... timentibus eum*, y para siempre: *in saecula*².

Si quiero ser perfecto como María, debo trabajar sólo por Dios, no tener ímpetu sino para él, gozarme de mi nada, destruir en mí todo orgullo, entregarme a los servidores de Dios, a su Iglesia, y para siempre: *in saecula*.

Nacimiento de Jesucristo

Escuchemos: *Verbum caro factum est*³. Dos nacimientos en Jesucristo: en el seno de María, del que sale para

1) Lucas 1, 45.

2) Lucas 1, 46-55.

3) Juan 1, 14.

el pesebre; y su nacimiento según un más alto sentido, al decir de San Ambrosio: “*Ubi enim, secundum altiorem rationem, nascitur Christus nisi in corde tuo et in pectore tuo?*: ¿Dónde, pues, nace Cristo según un sentido más alto, sino en tu corazón y en tu pecho?”¹⁾.

De este nacimiento más profundo en mi pecho, en mi corazón, quiero ocuparme. Quiero dedicarme sobre todo a los efectos que produce en mí. Los reduciré hoy a dos.

A/ sus efectos en mí: Jesucristo se encarna en mí: para hacer en mí un hombre nuevo; para hacer de mí un hijo de Dios.

1º *Me comunica su nacimiento mediante el bautismo.* Al nacer en mí me obliga a renacer a todo el orden sobrenatural. Escucho a San León: *Universa summa fidelium, fonte orta baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in hac natiuitate congeniti.* “Así como todos los fieles nacidos de las fuentes bautismales están crucificados con Cristo en la Pasión, resucitados en la Resurrección, colocados en la Ascensión a la derecha del Padre, así nacen junto con él en esta fiesta de la Natividad”²⁾.

Nuevo nacimiento que nos obliga a convertirnos en los imitadores de Jesucristo: *Frustra enim appellamur christiani, si imitatores non sumus Christi.* “En vano nos llamamos cristianos si no somos imitadores de Cristo”³⁾.

2º *Destruye en mí el pecado: Omni homini renascenti aqua baptismatis instar est uteri virginalis, eodem spiritu*

1) Ambrosio, Expos. Evang. sec. Lucam, lib. II, – P.L., XV, 1647.

2) León, Sermon. XXVI, In Nativ. Dom., VI, 88. – P.L., LIV, 213.

3) León, Sermon. XXV, In Nativ. Dom., V, 87. – P.L., LIV, 212.

sancto replente fontem qui replevit et virginem: ut peccatum quod ibi vacuavit sacra conceptio, hic mystica tollat ablutio: “Para todo hombre, en su nuevo nacimiento, el agua del bautismo es semejante al seno de la Virgen; la fuente está llena del mismo espíritu que llenó a la Virgen; así el pecado abolido con vistas a la santa concepción de Cristo es aquí eliminado por la ablución bautismal”¹⁾.

3° *Me da la humildad.* Es el mismo Dios, anonadado en un pesebre, anonadado en todas las miserias y las manchas de mi corazón. *Ipsae vobis ostendat gratiam humilitatis qui coepit habitare in cordibus vestris:* “Que aquél mismo os muestre la gracia de la humildad que comienza a habitar en vuestros corazones”²⁾.

4° Cambiando la meta de la vida, *da la luz y la fuerza* para alcanzarla: *In ipso vita erat, et vita erat lux hominum*³⁾.

¿Qué es la vida sobrenatural, sino la luz, la fuerza, la conciencia? La luz que muestra la meta, la fuerza que da el medio para alcanzarla, la conciencia que resulta de esta fuerza y de esta luz, y que nos imprime el sentimiento de la obligación en que estamos de perseguir una meta infinita. Hombre renovado, me convierto en hijo de Dios: *Quotquot autem receperunt eum dedit eis filios Dei fieri*⁴⁾.

B/ mediante un prodigio del amor divino

¿Cómo se cumplirá este misterio? Dios enviará a su Hijo a nacer en nosotros.

Teniendo a Jesucristo en mí, nazco de Dios: *ex Deo nati sunt*⁵⁾. Dios me otorga el beneficio de un nacimiento divino: *ex Deo nati sunt*. El Ver-

¹⁾ León, Serm. XXIV, In Nativ. Dom., IV, 80. – P.L., LIV, 206.

²⁾ San Agustín.

³⁾ Juan 1, 4.

⁴⁾ Juan 1, 12.

⁵⁾ Juan 1, 13.

bo eterno está en mí, y Dios, viendo en mí a su Hijo, me acepta como su hijo, me da todo lo que puede darme de su Hijo.

Me da todos los derechos de adopción: *Si filii et haeredes, haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi*¹⁾.

El manuscrito termina bruscamente con esta cita.

NOTA

(1) El P. d'Alzon se refiere aquí al voto del Capítulo General de 1868: "El M. R. P. d'Alzon escribirá al Maestro de novicios una carta en la que expresará los principios de la Congregación y los métodos que hay que seguir para enseñar a los novicios la práctica de la oración". Las tres primeras cartas se agrupan aquí bajo el título de "cartas sobre el advenimiento del Reino de Dios". El Fundador aborda, en una cuarta carta, el segundo tema anunciado y trata primeramente, —otras cartas debían seguir—, del amor a Nuestro Señor, que nos impele a trabajar en la instauración de su Reino en nosotros y a nuestro derredor mediante todos los medios más perfectamente adaptados a los tiempos que vivimos. Habla del amor a Nuestro Señor de forma que pueda, como se le pedía, facilitar a los novicios la práctica de la oración.

¹⁾ Romanos 8, 17.

Segunda Instrucción

La celebración del Concilio Vaticano, en el que el P. d'Alzon tomó una parte oficiosa tan activa, las adversidades de Francia en 1870-1871, la reanudación a partir de Prusia de la lucha anticristiana que iba a ensombrecer a la Iglesia de Francia durante tantos años, suscita en el espíritu del Fundador un germinar de pensamientos, de proyectos, de resoluciones y de compromisos que encontramos, decantados y luminosamente expuestos, en la alocución de clausura del Capítulo General de 1873. Tras haber dibujado un cuadro de la situación de la Iglesia en Francia, el P. d'Alzon hace el balance de los trabajos emprendidos por la Asunción después del último Capítulo y traza con acento vigoroso un plan de acción externa y un programa más definitivo de organización interna de la Congregación.



INSTRUCCIÓN

**pronunciada en la clausura del Capítulo General
de los Agustinos de la Asunción
el 18 de septiembre de 1873**

Mis queridísimos Hermanos:



**Acciones de gracias
por la celebración del
Capítulo** Todavía una más de estas preciosas reuniones, en que vuestra vida religiosa se crece, vuestro celo se inflama, donde os com-
penetráis más y más de los principios que forman nuestra razón de ser, donde vuestra meta se muestra más clara y los medios de alcanzarla se precisan, y donde yo mismo, fortalecido por vuestra ayuda, vuestras luces y vuestra admirable unidad de miras y de afectos, he bendecido a Dios por ser el padre de una familia poco numerosa, sin duda, pero en que las depuraciones permiten una elección más exquisita de miembros capaces de un mayor bien.



**La intención del Padre
d'Alzon** Y ahora que vamos a separarnos para retomar nuestras distintas obras y nuestros múltiples trabajos, permitidme añadir algunos breves complementos a las palabras que os dirigía hace ya cinco años. Entonces os hablaba del espíritu de la Asunción. Quisiera deciros hoy algunas palabras sobre la acción que tal espíritu debe producir y de la que podemos ver como un preludeo en lo realizado durante el intervalo transcurrido.



I

Una mirada al pasado

A

La Iglesia y la Asunción desde 1868

El movimiento democrático

En la época del último Capítulo estábamos sobre todo preocupados por el movimiento democrático que se llevaba a cabo y parecía dominar todo lo demás. Al mismo tiempo, el Soberano Pontífice convocaba a los obispos del mundo católico a un Concilio universal, tan grave le parecía la situación, profundos los males de la Iglesia y las conspiraciones del infierno hábilmente urdidas por parte de los enemigos declarados y también por parte de los falsos hermanos; así de urgente le parecía el oponer la plenitud de la verdad a aquel absolutismo de negaciones mediante las que la Revolución, bajo todas sus formas, pretende aplastar las diversas afirmaciones de nuestra fe. Ya entonces, bajo la preocupación de la invasión democrática, habíais juzgado útil ofrecer vuestra colaboración a una obra esencialmente popular, a ese orfanato de Arras cuyo director, al unirse a nosotros, nos aportaba el tesoro de su experiencia, de sus trabajos y de su iniciativa, y nos mostraba cómo, con afecto paternal, se pule las naturalezas más toscas, se suaviza los caracteres más rudos, se santifica a las almas más rebeldes. No era sino un jalón, pero un jalón colocado para indicar un camino inmenso que recorrer, el camino real del amor a los pequeños, a los pobres, a todos los abandonados.

El Concilio

Mientras tanto los obispos iban a Roma; yo tenía el honor de acompañar allí al mío. Iba también como creían deber

ir los jefes de jóvenes Congregaciones, con el fin de estudiar lo que el Concilio decidiera respecto de su existencia. Los acontecimientos no permitieron abordar las cuestiones relativas a las familias religiosas; pero ya era fácil ver que la sabiduría romana no quería, pese a lo que se hubiese dicho, atentar contra los derechos adquiridos. Protegía más bien un movimiento parecido a aquel que, en tiempos de grandes guerras, modifica y perfecciona la táctica y los instrumentos de destrucción, la disciplina de los ejércitos y hace una ciencia progresiva del arte de matarse unos a otros. Sólo que el movimiento análogo para la Iglesia era el resultado de la experiencia de sus luchas con enemigos sin cesar más tercios, más furiosos y más hábiles. Si las cohortes del poder de las tinieblas eran más numerosas y mejor preparadas, la Iglesia quería tener batallones más firmes, más inteligentes, más enérgicos. Por lo tanto, los nuevos reclutas organizados no podían sino ser de gran ayuda para sus viejas legiones monásticas.

La cuestión pontificia Muy pronto me quedé tranquilo y mis preocupaciones se dirigieron únicamente a la gran cuestión pontificia. ¡Qué fuente de emociones y de angustias, cuántas sutilezas más o menos teológicas! ¡Cuántas estratagemas diplomáticas, cuántas amenazas empleadas, cuántos espantos lanzados al corazón de los pusilánimes! Si, como había dicho Pío IX, un Concilio atraviesa tres fases: la época del hombre, la época de Satanás y la época de Dios, creedme que más de uno tembló viendo al hombre y a Satanás dispuestos en apariencia a dominar y a Dios sin aparecer aún, al menos al gusto de nuestra impaciencia. No sabemos gran cosa bajo qué peso divino el Espíritu Santo pliega la conciencia de un verdadero obispo, incluso cuando sus sentimientos naturales se inclinan hacia pendientes terrenas y decisiones demasiado humanas. En fin, vuestro Padre tuvo la alegría inmensa de asistir a aquella sesión

solemne en que fueron proclamadas y comentadas, en toda su fecundidad, aquellas palabras del Salvador: “Tú eres Pedro. He rogado por ti. Apacienta mis ovejas” [Mateo 16, 18; Lucas 22, 32; Juan 21, 17]. Vio también, en el mismo instante, cómo la tempestad oscurecía la cúpula y las bóvedas de San Pedro; oyó los truenos que algunos comparaban con los del Sinaí: eran los signos precursores de los males fácilmente previsibles y que Dios ha permitido, después de los grandes Concilios, como para fortalecer sus decretos mediante la prueba de la tentación. Toda alianza tenía antiguamente sus sacrificios; y puesto que un Concilio general, que es una nueva alianza en la verdad entre el espíritu del hombre y el espíritu de Dios, siempre ha reclamado sus víctimas, así el Concilio del Vaticano, dos meses más tarde, tenía sus misteriosas inmoluciones, y la Asunción se puede gloriar de haberle aportado la sangre de uno de sus mejores hijos.

La derrota de 1870 No lo olvidemos, sin embargo.

Roma estaba cautiva porque Francia estaba vencida. A la Asunción le había parecido bueno probar su espíritu de combate proporcionando a esta nefasta guerra capellanes militares tanto y tal vez más de lo que era capaz. Sedán, Metz, Maguncia, París os vieron sacrificaros en los campos de batalla, en los dolores de la cautividad, en los horrores de los sitios, expuestos a los golpes de los enemigos de Francia y, desgraciadamente, a las balas de sus hijos. Supisteis probar que teníais la valentía religiosa. Sin embargo, bajo las balas de cañón de los prusianos y de las del ejército de Versalles, católicos atentos se preguntaron si las conspiraciones revolucionarias no podían ser combatidas y desbaratadas mediante una *Liga católica*.

B

**Bosquejo de los trabajos llevados a cabo por la
Asunción desde 1870**

La Liga católica Este pensamiento, cuyo germen fue en cierto modo regado por la hecatombe de La Comuna, creció con una asombrosa rapidez, y el Comité católico de París vio formarse Comités semejantes por todos los rincones de Francia. La savia cristiana circula de nuevo con no sé qué actividad, signo seguro de la potente vitalidad del árbol y de las disposiciones misericordiosas de la Providencia en medio de nuestras más dolorosas humillaciones.

La Revista de la Enseñanza cristiana Una parte del mal que nos gangrena viene sin ninguna duda de la educación. En la *Revue de l'Enseignement chrétien*, lanzando el grito de: *Delenda Carthago*, tratamos de hacer comprender la urgencia de un pronto remedio; y, pese a ciertas vacilaciones por parte de una prudencia demasiado humana, pudimos reunir el Congreso de la enseñanza. Si una segunda sesión no ha tenido aún lugar, es porque queremos, cuando se realice, plantear de un modo más resuelto las bases y los primeros desarrollos de nuestra futura libertad; y eso no lo hubiéramos podido conseguir, en la misma medida y con el interés legítimo que es debido a una cuestión tan importante, en medio de ciertas preocupaciones políticas del momento.

Colaboración con las obras católicas Al mismo tiempo que tratábamos, según nuestra exigüidad, de luchar mediante la pluma, prestábamos también nuestra atención a todas las obras católicas: nos preocupamos de los Círculos obreros, patronatos, obras de juventud. ¿Hemos hecho todo lo que

podíamos? No, evidentemente. Nos faltaban obreros, pero varios de vosotros iban adquiriendo experiencia o llevando los resultados de vuestros trabajos a aquellas reuniones admirables en que los miembros del Congreso de las Asociaciones obreras pasaban, de un salto, de sesenta a trescientos y de trescientos a mil.

**Nuestra Señora de la
Salvación**

Se necesitaban recursos para estimular algunas obras obreras nacientes; se necesitaban oraciones para apaciguar la cólera de Dios. La expiación mediante la oración, la expiación mediante la inteligencia en la limosna, tal ha sido el doble pensamiento reunido en uno solo: la expiación, que ha presidido a la obra de *Notre-Dame de Salut*. Por ella, las oraciones públicas, tan necesarias para Francia, han sido organizadas; por ella, una serie de obras que languidecían por falta de recursos, han sido estimuladas; por su medio, las peregrinaciones, cuya idea había crecido a la sombra de su cuna, han recibido aquel admirable impulso que tocará el corazón de Dios, han forzado a la Madre del Salvador a renovar sus milagros y han tornado muy populares actos públicos de fe, que se decía ya no estaban en nuestras costumbres. He aquí, Hermanos míos, un rápido brochazo de lo que habéis hecho, de los trabajos en los que desde hace cinco años habéis tomado una parte más o menos directa; no lo habéis hecho todo en ellas, por cierto, pero vuestro concurso, en su modestia, ha puesto de manifiesto al menos vuestras intenciones, ha fijado una línea, ha caracterizado vuestro espíritu.

II

Un plan de acción

¿Pero qué son estos primeros intentos frente a lo que os queda por hacer? *Grandis tibi restat via* [1 Reyes 19, 7], os diré como el ángel a Elías. ¡Qué inmensos horizontes se abren ante vosotros! Tratemos de indicar algunos

bosquejos, como los primeros planos. Lo habremos resumido todo en una palabra, cuando hayamos dicho que nuestra meta es la restauración de las costumbres católicas mediante la fe en los principios cristianos.

A.- Acción externa

La restauración de las costumbres cristianas

¡Las costumbres cristianas! Tendían a desaparecer; Voltaire y sus sarcasmos, la prensa y sus obscenidades, el orgullo de la ciencia, la impaciencia del yugo de Dios y de cualquier clase de yugo, la necesidad de no creer en nada para afirmar el derecho a hacerlo todo: tal es el fondo sobre el que las nuevas capas sociales han pretendido establecerse. Burlarse de todo, rebelarse contra todo, quererlo todo: el oro, el placer, el poder; mediante el robo, la orgía y las revoluciones, proceder mediante el odio, la mentira y la violencia, ¿acaso no es éste el resumen de los nuevos derechos? Se necesita o perecer o salir de este abismo, hacia el que Europa parece precipitarse.

1º El viento purificador de las peregrinaciones

Para eso, ¿qué se necesita? Purificar el aire apestando por los miasmas de la inmoralidad.

Hemos entregado esta misión al vapor de las locomotoras, que han llevado hacia una cantidad de santuarios a caravanas de peregrinos; hemos santificado estos instrumentos de una industria a menudo culpable, y les hemos forzado a servir llevando a través de toda Francia nuestro arrepentimiento y nuestras expiaciones. Las peregrinaciones que, sin cesar del todo, disminuirán evidentemente cuando otras manifestaciones sean más oportunas, no son a fin de cuentas sino procesiones inmensas, más prolongadas y más eficaces porque son más penosas. La Iglesia, mediante estos piadosos viajes de sus hijos, retoma posesión del suelo público y del aire libre; nos afirmamos en pleno día. Cristianos que

se afirman están muy cerca de ser cristianos triunfantes. Porque, notadlo bien, los males de Francia parecen haber dado a los católicos el privilegio de no necesitar sino mostrarse para vencer. Ahora bien, nos hemos mostrado en París, en Lyon, en Lourdes, en La Salette, en Marsella y en tantos otros lugares, demasiado largo de enumerar. Nos hemos presentado en Grenoble, para recibir insultos; pero los insultos y las contradicciones también tienen su valor para los cristianos, no lo olvidemos nunca.

2º El desarrollo de la piedad eucarística

Solamente que, tras haber afirmado nuestra fe mediante estas carreras purificadoras, después de haber proclamado nuestro derecho a poder salir de la sacristía, ¿no convendría volver a entrar pronto en el santuario para ofrecer más numerosas adoraciones al Dios que lo habita y lo vivifica? El culto a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, las adoraciones nocturnas, las comuniones frecuentes, ¿acaso no son prácticas a las que hay que volver, porque devuelven a las almas debilitadas, agotadas, al centro mismo de la Iglesia, al principio divino de su vida en la tierra?

3º Orfanatos y colonias agrícolas

He dicho una palabra de los orfanatos y de las colonias agrícolas. ¡Oh!, ¿por qué nos faltan obreros? ¡Cuántas pobres pequeñas almas que rescatar en las clases semejantes a aquellas en las que Jesucristo quiso nacer! Quiera Dios enviar muchos obreros a esta porción de su viña; cuando esté suficientemente cultivada, las revoluciones se habrán tornado imposibles.

**4º Las obras sociales:
a) círculos obreros**

Otro medio para hacer desaparecer las ruinas del infierno son las reuniones populares. Os decía hace un momento una palabra sobre los círculos obreros, y quiero plantear algunas reservas. En efecto, reunir

periódicamente a hombres del pueblo sin una fuerte dirección, es una grave imprudencia a los ojos de quienes no quieren hacer de estas asambleas un instrumento de ambición; pronto, o bien los jefes pierden su popularidad, o no la conservan sino mediante algunos medios de los que tarde o temprano tienen remordimientos. Después de todo, la experiencia muestra que se reúnen en tiempos de perturbación social; más tarde se disuelven, cuando ya no hay necesidad de protegerse mediante la unión o de servir a algún partido político; pero es en ese momento de la descomposición de los círculos (y no creo que ese momento esté lejos) que nosotros tendremos que fundar varias obras.

b) círculos militares La nueva organización del ejército crea nuevas obligaciones para el clero; todas las nuevas generaciones tienen que pasar por el cuartel. ¡Cuánto mal o cuanto bien no debería salir de ahí, si somos fieles a nuestra vocación! Aquellos de entre vosotros que han confesado entre ocho mil a diez mil prisioneros de guerra, como término medio, saben muy bien que el soldado no es inaccesible al sacerdote que sabe utilizar con él un lenguaje digno de un militar y sobre todo digno de Dios. Una vez más, somos muy pocos para poder decir que esta obra será la nuestra, pero la simpatía que habéis tenido la dicha de inspirar a los admirables oficiales que aspiran a ejercer más que un mando en el ejército y a ejercer en él un apostolado, os facilitará los medios para realizar mucho más de lo que sois capaces de hacer. Porque, ya lo sabéis, un religioso de la Asunción debe estar descontento de sí mismo mientras no haya hecho cien veces más de lo que puede, y su descanso entonces consiste en tratar de hacer mil veces más. Invito a los novicios a compenetrarse de esta máxima fundamental de nuestra asociación. Así, no siendo apenas más que cincuenta, deberíamos poder contarnos por miles.

c) corporaciones Al lado de estos círculos militares, sobre los que atraigo toda vuestra atención, y para sustituir, tarde o temprano, a los círculos de obreros, quisiera ver surgir corporaciones. Quién de vosotros no ha oído hablar de aquellas admirables familias de obreros que, bajo la protección de un santo o de uno de nuestros grandes misterios, formaban corporaciones en que, desde el aprendiz hasta el compañero emérito, todos encontraban su lugar, su estímulo. Conozco los abusos, conozco lo arbitrario, impuesto por una legislación regia y demasiado opresiva; pero en fin, algo tendrían de excelente las corporaciones obreras puesto que fueron uno de los primeros objetivos en estar en la mira de los destructores revolucionarios.

¿Por qué no restaurarlas, aprovechando de los errores del pasado, evitando los abusos, flexibilizándolas según las necesidades presentes, pero haciendo penetrar en ellas ante todo el elemento divino de la fe que llama a Dios: “Padre mío”; de la esperanza que cuenta ante todo con los bienes del cielo; de la caridad, que agrupa los corazones frente a los grandes odios sociales de los que París contempla aún las devastaciones?

Uno de nosotros decía antaño que hay obras que podemos hacer y que hay otras que podemos solamente aconsejar. Formaremos esas corporaciones cuando podamos, pero aconsejémoslas lo más a menudo posible. Un consejo parece poca cosa; si cae en un alma activa, será una semilla muy fecunda.

El espíritu que debe animar estos trabajos: la valiente afirmación de la fe...

Pero esta acción que os propongo está basada en otro orden de ideas: en los principios de la fe. Ya sé que tales principios están excluidos hoy de las sociedades modernas, y no tengo otras pruebas que aportar sino el vergonzoso abandono del Soberano

Pontífice. Jesucristo, en Pío IX, es el cautivo de la Revolución, y los reyes no quieren pensar que, desde la predicación del Evangelio, sus derechos reposan sobre la justicia divina, cuya enseñanza, en su máxima expresión, está confiada a la Sede apostólica. Sí, el esfuerzo al que os invito reposa sobre un conjunto de ideas cristianas, sobre una doctrina que ayer todavía era objeto de una gran decisión, que Prusia se ha empleado en perseguir a falta de poder destruirla, incluso después de haber vencido a Francia, y que, bajo la burla, la persecución de la prensa, las balas de la Comuna, crece porque Dios parece haberle dicho: “La hora del triunfo ha sonado para ti”.

en las obras sociales Estas ideas hay que esparcirlas; esta doctrina hay que hacerla accesible a todos; y para llevarla a cabo hay que aplicar los medios convenientes. Uno de vosotros ha intentado con éxito dar cursos a los obreros; multipliquémoslos por medio de nosotros o de nuestros amigos. Después del obrero vendrá el burgués; con ser más vanidoso no es menos ignorante de su religión. El obrero ha sido educado con los Hermanos, mientras que el burgués en algún Liceo, y sabemos bastante de lo que el capellán ha podido enseñarle y lo que los profesores le han desaprendido. Por lo tanto, si se puede hacer, abrid cursos para la burguesía. ¿Quién sabe si el miedo que la domina aún no la agrupe alrededor de vuestra palabra?

en nuestras casas de educación Qué voy a decir de la educación, sino que más que nunca hemos de atenernos a los principios de la Asunción y apartar con la más viva atención todo espíritu falso que rehúse aceptar tanto nuestro punto de partida como nuestros planes y nuestra meta.

**en nuestras
publicaciones**

Diré otro tanto de las publicaciones a las que se han consagrado algunos de nosotros.

Confesemos que la *Revue de l'enseignement chrétien* no ha hecho todo lo que se podía hacer; yo soy el primero en acusarme, con el fin de tener derecho a acusar a otros. Es necesario que esta situación cese; prometo por mi parte poner en ello todo mi cuidado; porque, a fin de cuentas, ¿qué frutos maravillosos no ha producido? Le debemos este primer Congreso, que ha establecido principios tan católicos, pese a la liberal moderación de muchos. Si el segundo Congreso no se ha reunido, esperemos que lo será pronto; si es posible, tendrá lugar antes de que transcurra un año. Lo prepararemos en cuanto dependerá de nosotros y quizá, si el movimiento religioso corresponde a otros movimientos, podremos esperar que nos compense con sus resultados por las molestias de una espera tan prolongada. ¿Cuándo, pues, llegará el día en que estos esfuerzos múltiples vengán a desembocar en una Universidad católica? Cierto, las dificultades que hay que superar son numerosas y las oposiciones vigorosas, pero me parece que, desde comienzos de siglo, hemos vencido más que eso.

En 1801, la Iglesia estaba cautiva; de repente, un hombre suscitado para aplastar la Revolución, y que más tarde consintió en ser su esclavo, reabre nuestros templos, libera el culto de mil vejaciones; y, desde entonces, la Iglesia de Dios no ha cesado de conquistar una mayor libertad, ha roto por sí misma un montón de barreras, y romperá muchas otras, si sabemos quererlo.

**5º La misión eslava en
marcha hacia Rusia** No he hablado aún de nuestras misiones extranjeras. Si Australia está dejada de lado por el momento porque algunos compromisos no han sido cumplidos aún, un bien real se está haciendo en Bulgaria: subsisten, con un éxito duradero, una asociación de pa-

tronos y aprendices y una escuela con doscientos muchachos. Nuestras Oblatas nos han secundado eficazmente mediante un hospital, un dispensario, un pensionado y escuelas. Todo eso está en pañales, pero ¡qué preciosa avanzadilla contra el cisma griego y ruso! Ya pueden acusar nuestra ambición de temeridad; ¿qué somos nosotros frente al gigante que atacamos?

La Iglesia tiene hoy tres grandes enemigos: la Revolución, Prusia y Rusia, y Rusia no es la menos temible. Y sin embargo, ¡qué campo inmenso se abre a nuestros trabajos en esa dirección! Como Jesús a sus rudos discípulos, me atrevo a deciros: *Messis multa* [Mateo 9, 37]. Los discípulos, una vez apóstoles, conquistaron el mundo. Ved, Hermanos míos, si queréis conquistar Rusia y llevar la abundante cosecha a los graneros del Padre de familia. Tiemblo al hablaros así, y sin embargo, algo me dice que si la Asunción lo quiere, con la ayuda de Dios, la cosecha le pertenecerá.

B.- Acción interna

La organización más definitiva del Instituto

1º La formación de una aristocracia Acabo de hablar de la acción externa y de qué manera hay que prepararla; ¿pero de qué preparación no tenemos necesidad nosotros mismos? Por eso, habéis pensado conmigo que la meta principal del Capítulo era ante todo la constitución de una aristocracia de capacidad, de ciencia y de virtud, colocada a la cabeza de nuestra familia religiosa. Es osado hablar así, cuando se tiene el honor de presidir un grupo semejante; pero si no digo lo que es, digo lo que debe ser.

2º La preparación de los miembros: alumnistas y otras vocaciones Luego, la preparación de los miembros de la Congregación, tomados (a ser posible) desde la infancia. Esta idea, que fue la del Concilio de Trento cuando se trató de la transformación del clero, en estos tiempos dolorosos se ve estimulada evidentemente por semejante precedente. Recibiremos en nuestros Alumnados, desde la primera adolescencia, a todos los niños que nuestros esfuerzos o la caridad de los fieles nos permitan acoger; ¡y qué numerosos serían estos niños predestinados, si los recursos fueran tan numerosos como sus vocaciones!

En fin, contando con la Providencia, hemos comenzado, y Dios nos ha bendecido y gracias a los primeros éxitos parece invitarnos a proseguir. Proseguiremos, y así podremos añadir nuestros niños a los que, de diversos lugares y distintas edades, vendrán a golpear a nuestras puertas y a pedir sitio en nuestro hogar. Los introduciremos a todos, con cuidados distintos, en la casa de prueba: tanto a aquellos que antes de venir a nosotros se han entregado al goce, amargo muchas veces, de saber lo que es una tormenta y, por desgracia, lo que es también un naufragio, como a aquellos que, celosos de ser un poco más hermanos menores de los ángeles, no han creído necesario manchar en el mundo la blancura de su túnica, con el riesgo de saborear más tarde un pan empapado en las lágrimas de la penitencia.

Severidad en las admisiones La formación de unos y otros se hará cada día más fuerte, más seguida, más atenta, más severa. La experiencia nos ha advertido; queremos aprovechar sus tristes lecciones; somos aún hoy una familia, mañana seremos un pueblo; esta transformación pide una vigilancia más enérgica. Será una transformación afortu-

nada, no lo dudemos, pero a condición de que se cumpla como se cumplen los auténticos desarrollos religiosos.

Necesidad de estudios más exigentes He hablado de la necesidad de resucitar las costumbres cristianas con la ayuda de los grandes principios de la fe; por lo tanto, necesitamos santos, pero santos iluminados por la ciencia católica. Por eso, al término del noviciado y para aquellos que han terminado los estudios clásicos, establezcamos un número considerable de años en que el estudio de la Sagrada Escritura, de la filosofía y de la teología, con numerosos exámenes, nos dará como resultado —es de esperar— a hombres a quienes sin embargo la ciencia no embriagará, como habéis podido ver algunas veces, porque la habrán colocado bajo la protección de la santidad religiosa.

Conclusiones

1º Tres advertencias contra: Os he dicho más o menos lo que hemos realizado desde el último Capítulo; os he indicado asimismo lo que quisiéramos hacer, y es casi infinito. Dejadme daros, antes de terminar, tres consejos principales.

una cierta estrechez de espíritu El primero surge en cierto modo de la situación presente; estamos en plena crisis cristiana, ya hemos sufrido mucho y sentimos la victoria acercarse. Aprovechemos para no rechazar a los que quieren acercarse a nuestras filas. Veo a ciertas personas tan convencidas de la perfección de su línea de conducta, que todo aquello que no se adapta a ella lo rechazan; se trata de una especie de puritanismo moderno que, a fuerza de eliminaciones, terminará en el egoísmo de las camarillas. Por nuestra parte, tratemos de atraer, dejemos de lado la

desconfianza que empequeñece; que la confianza sea uno de nuestros grandes medios para hacer triunfar la causa de la verdad. No somos sus propietarios, sólo somos sus servidores; ¿acaso la causa de la verdad no es la causa de Dios? ¿Y la causa de Dios a quién pertenece, sino sólo a él?

un falso optimismo Mi segundo consejo es no contar demasiado con el triunfo. Abrid la historia. ¿Qué veis sino a pueblos victoriosos que prontamente se tornan pueblos en decadencia? Sin duda podemos contar, según la marcha de las cosas, con éxitos cercanos. ¿Os diré que me hacen temblar? ¡Oh!, vigilemos, permanezcamos siempre en la verdadera luz: “*Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis*: Aprovechemos la luz, creamos en la luz, seamos hijos de la luz” [Juan 12, 36]. El gran mal del tiempo presente, son las tinieblas, es la mentira; permanezcamos en la verdad, sirvamos a la verdad, rindámosle testimonio, propaguémosla, y nuestra tarea estará cumplida, y no habremos cedido a las ilusiones.

una falsa prudencia Mi tercer consejo os invita a sacudir una cierta prudencia, refugio demasiado a menudo de una pereza avergonzada de sí misma. Se dicen prudentes porque no se atreven; pero es más que nunca el momento de repetir el dicho de Bossuet: “La fe es audaz”. Tengamos pues la audacia de la fe, poco importa que la llamen temeridad. Perdonadme la familiaridad de la comparación. La verdadera prudencia es la reina de las virtudes morales: pero una reina manda, actúa y si es necesario combate. Algunos han hecho de ella una mujer avejentada por el miedo; esta prudencia, lleva babuchas y una bata de andar por casa, está acatarrada y tose mucho. Prudencia de convención, no la quiero; no es esa prudencia a la que debéis escuchar. Por mi parte, quisiera confiarme siempre perdidamente a

la providencia de Dios, ¡así tuviera que, abandonado de todos, ir a morir al hospital!

2º Dedicación a los religiosos jóvenes

No quisiera callarme, mis jóvenes Hermanos, sin dirigiros algunas palabras. Por lo que ha hecho la Asunción, habéis visto que, con la gracia de Dios, puede hacer más aún; pero eso depende de vosotros. Vuestros hermanos mayores os han dado ejemplo, ahora os toca a vosotros seguirlo. Lo que han hecho ellos ¿por qué no lo haríais vosotros? Sin duda tienen, más que vosotros, la experiencia del bien; ¿por qué no tendríais vosotros el ardor? Ellos os comunicarán la experiencia, mientras que vuestro ardor, puesto a su disposición, duplicará las fuerzas de unos y otros. ¿Encontraréis en la tierra algo más noble, más bello, más grande que la carrera a la que ellos os invitan? Por mi parte, busco y no puedo encontrar.

Marchad, pues, tras sus huellas y sobrepasadlos, no se pondrán celosos. Ellos han pasado por pruebas que vosotros no parecéis destinados a conocer, pero ¿eso qué importa después de todo? Todos alcanzaremos las recompensas de Dios; y sea cual sea el número de coronas, estarán siempre por encima de todo lo que podamos pretender, ya que Dios las hará bellas y gloriosas, no como nuestros méritos, sino según su misericordia y su amor.

III.

CIRCULARES
a los miembros
de los Capítulos Generales

mayo de 1874 - septiembre de 1875

Para preparar el Capítulo General que iba a celebrarse en 1876, el P. d'Alzon, a partir del mes de mayo de 1874, dirige a los miembros del Capítulo una importante serie de circulares, en que llama sucesivamente su atención sobre los distintos puntos de primera importancia para el porvenir de la Congregación. Solicita luces y pareceres, porque no quiere decidir nada que no cuente con la aprobación de sus primeros discípulos. "El P. d'Alzon –decía el P. Picard– rara vez da órdenes; traza una dirección; sabe muy bien que todos estamos dispuestos a acogerla inmediatamente... A él le vienen todas las luces y a él incumbe toda la responsabilidad; pero como el Padre nos consulta a menudo sobre estos puntos delicados, desea que los Superiores mayores los estudien y se formen una opinión".

A la luz del Concilio Vaticano, que subrayaba tan providencialmente el milagro de la perpetuidad de la Iglesia, y frente a la lucha anticristiana que se desencadena de nuevo, esta tercera serie de textos aporta nuevas precisiones sobre el espíritu de la Asunción y de sus obras. El espíritu de la Asunción se forma en el crisol de la oración y del estudio; su meta más precisa es la defensa de la Iglesia; su preocupación dominante, la formación, mediante las Ordenes Terceras y la educación bajo todas sus formas, de una élite preocupada tanto por la santificación personal como por los intereses superiores de la Iglesia. La Iglesia necesita más que nunca de milicias nuevas, audaces, generosas y desinteresadas.



PRIMERA CIRCULAR (1)

Nimes, 24 de mayo del 1874.

Dentro del triple apostolado al que nos consagra el triple amor, tenemos que dedicarnos más especialmente a la defensa de la Iglesia, para contrarrestar la lucha anticristiana.

Mis muy queridos Hermanos,

Triple amor y triple apostolado

El espíritu de la Asunción, como queda sentado en el Directorio, lo constituyen el amor a Nuestro Señor Jesucristo, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su esposa. A Nuestro Señor, Verbo eterno, Verdad infinita, lo tenemos que adorar con una fe muy honda en las verdades reveladas; la devoción a la Santísima Virgen, cuyas virtudes deben ser para nosotros modelo de vida interior y de oración, corresponde a la esperanza; en cuanto a la caridad, podemos ensanchar su ámbito mediante nuestro ardor en pro de la defensa y triunfo de la Iglesia.

Ahora bien, a estos tres caracteres corresponde una triple acción y como un triple apostolado: el amor a Nuestro Señor Jesucristo nos infundirá deseos de darle a conocer mediante la enseñanza y la predicación; la devoción filial a la Santísima Virgen tiene que inspirarnos deseos de trabajar en la dirección y santificación de las almas llama-



das a una cierta perfección, tarea, al parecer, demasiado descuidada en nuestros días.

Ya he tratado con vosotros algunas de estas cuestiones, y las meditaciones que ahora mismo estoy redactando podrán tener, al menos para los más jóvenes, cierta utilidad como modelo de los temas que tenéis que asimilar así como de la manera de proponérselos como sustento a las almas que más tarde tengáis a vuestro cargo (2).

La defensa de la Iglesia

Mas, hoy me propongo subrayar la necesidad que os incumbe, debido a vuestro amor por la Iglesia, de consagraros a los trabajos más idóneos para repeler los ataques de los que hoy más especialmente es objeto. Pues bien, se ataca a la Iglesia en la actualidad: 1° mediante la incredulidad, bajo la denominación de libertad de pensamiento o de moral independiente; 2° mediante las Sociedades secretas; 3° mediante la Revolución, cuyos errores se van difundiendo cada vez más en las masas; en consecuencia, si queremos promover el bien, hemos de fijar a nuestros trabajos un triple objetivo, que venga a ser algo así como la razón de ser de nuestra Congregación.

1.- Contra la incredulidad, tenemos que propagar la fe, sentar sus pruebas, comunicar su espíritu y predicar el amor a Jesucristo, Cabeza de la Iglesia; al Papa, su Vicario; al cuerpo episcopal en comunión con el Papa, a la unidad de la Iglesia y al retorno a la práctica de los mandamientos de Dios, comentados en el Evangelio.

La predicación, los colegios, los cursillos, las Universidades católicas son otros tantos medios que nos ayudarán grandemente a lograr este objetivo.

2.- Contra las Sociedades secretas, considerad si no sería muy importante restaurar una Orden Tercera de va-

rones, gracias a los cuales se influiría, por una parte, en las diversas ramas del saber humano y, por otra, nos haríamos con todas las agrupaciones obreras para oponerlas a las Sociedades secretas, de forma que organizaríamos el ejército del bien frente al ejército del mal.

3.- Por último, mientras las ideas revolucionarias, al penetrar en el pueblo, van perturbando la sociedad y maleándola hasta sus raíces más profundas, dado por sentado el hecho del establecimiento de una detestable demagogia, ¿no cabría examinar si no se podría cristianizar más a la democracia por medio de la expansión de todas las obras sociales que fundáramos o promoviéramos nosotros? Estamos oyendo continuos lamentos sobre el avance del mal; y yo me pregunto qué hacemos para combatirlo. Surgen esfuerzos individuales, ¿hay que dejar que se desparramen? ¿Y no entrará en los designios de Dios el dar a los Agustinos de la Asunción este objetivo más especializado y coordinado tal como yo os lo indico?

Consecuencias prácticas

I.- 1° En primer lugar, el estudio; trabajo previo: conocer la Verdad.

2° Conocida la Verdad, la piedad y su desarrollo mediante la práctica de las virtudes.

3° Nuestro carácter apostólico, manifestado por nuestra entrega a la Iglesia.

A nuestros estudios personales corresponden:

La enseñanza, según la capacidad de cada cual;

La dirección y formación espiritual, fundamentada en la teología mística, derivación de la teología escolástica (3);

Por último, las obras apostólicas, exponente de nuestro amor a la Iglesia, que implica la enseñanza en todos sus grados, como consta en nuestras Constituciones.

II.- La formación de una Orden Tercera de cristianos capacitados y la de corporaciones obreras.

III.- Por último, una evangelización popular, bajo todas sus formas.

Me he permitido estas repeticiones con el fin de explicar mejor mi pensamiento y destacar aún más la importancia que tiene para mí. Os ruego lo meditéis, y si os chocan el orden en que lo desarrollo o la precisión que trato de darle, tened a bien preparar apuntes que podríais remitirme para que formen uno de los temas de nuestro próximo Capítulo, o al menos de una próxima junta.

Recibid, queridos Hermanos, mi más respetuoso y tierno afecto en Nuestro Señor (4).

E. d'ALZON.

NOTAS

(1) Esta circular ha recibido diversos nombres; podríamos titularla: Nuestra meta más especial: la defensa de la Iglesia.

(2) El P. d'Alzon estaba entonces redactando "las meditaciones sobre la perfección religiosa".

(3) El P. d'Alzon acababa de impartir a las Oblatas y a los novicios de la Asunción un curso muy valorado de teología mística.

(4) Esta circular ha sido esquematizada a partir de 1874, en la famosa pancarta titulada: "Nuestra Meta".

SEGUNDA CIRCULAR (1)

Nimes, 1° de junio de 1874.

A la cabeza de una milicia de Cristo, destinada más especialmente a la defensa de la Iglesia, se impone un grupo selecto de religiosos, fieles a su vocación, piadosos y sabios.

Mis muy queridos Hermanos,

Oportunidad de un grupo selecto En el Capítulo de 1873, sentamos algunas bases sobre el gobierno de la Congregación, referentes a la elección de los miembros que deberían formar parte de los Capítulos generales y desempeñar los cargos más importantes. Permitidme que trate nuevamente de este tema, tan transcendental para el porvenir de la obra.

Si, como os decía en la circular del 24 de mayo, el fin de los Agustinos de la Asunción debe orientarles en parte hacia las obras populares, no sería nada extraño que los religiosos empleados en esas obras terminasen un día por dejarse arrastrar bajo la influencia del medio ambiente en el que vivirán y, con el pretexto de la caridad, descuidasen las condiciones que elevan a una Sociedad religiosa hacia un nivel superior e impiden que sucumba bajo el peso de ideas vulgares, síntomas inequívocos de decadencia.

Cualidades requeridas a los miembros de los Capítulos generales ¿No opináis que sería sumamente necesario formular poco más o menos así los requisitos indispensables para formar parte de los Capítulos generales: 1° perseverancia; 2° santidad; 3° ciencia?

I.- Perseverancia

Es menester que el religioso haya dado pruebas, y pruebas duraderas. Sin duda, ninguna edad está exenta de caídas, pero es mucho más probable que un religioso de larga vida edificante siga siéndolo, antes que un religioso que acaba de iniciarse en el camino de la perfección. No lamentamos en absoluto lo que hemos hecho tocante a la elección de alguno de los nuestros. Observamos que el Beato Jordano de Sajonia fue nombrado prior de Lombardía a los dos meses de tomar el hábito de Hermano Predicador, y que, antes de cumplirse el segundo año de su ingreso en la Orden, fue proclamado sucesor inmediato de Santo Domingo. Sin embargo, lo que puede ser necesario en los comienzos de una Orden, puede ser asimismo grave inconveniente conforme se va desarrollando. Os ruego, pues, examinéis si, además de los diez años de rigor fijados para tener derecho a ser elegido para el Capítulo, no tendríamos que establecer normas o al menos un Directorio más estricto a este respecto.

II.- Santidad

Su necesidad para quienes están a la cabeza del Instituto

Ni que decir tiene que sólo Dios puede ver el fondo de los corazones, pero hay casos en que la caridad nos obliga a emitir un juicio sobre nuestros hermanos, por ejemplo tratándose del bien general de la Congregación. Ahora bien, es incontestable que debemos colocar entre nuestros deberes más esenciales la obligación de comunicar a nuestra Congregación un fervor cada día más ardiente y eficaz en atención a nuestro provecho personal, al de nuestros hermanos y al de las almas que hemos de atender. Mas, el mantenimiento y acrecentamiento del fervor dependen ante todo de quienes están a la cabeza de la obra, de aquí que, en la admisión al Capítulo general, hay que tener bien

en cuenta que lo de menos es el número y que lo esencial es contar con modelos vivos de santidad religiosa.

**La santidad exigida
a los miembros del
Capítulo**

Nuestro fin no implica grandes austeridades: exigimos oración, trabajo, un carácter generoso y franco, espíritu sobrenatural y, por encima de todo, entrega total de uno mismo a Dios, por medio de los Superiores; tal es, a mi juicio, el tipo conforme al cual debemos juzgar a los religiosos aptos para participar en el gobierno de la Congregación. No he mencionado la prudencia, el valor, la entereza ni el espíritu de iniciativa, condiciones éstas indispensables a todas luces. No exijamos nada más, pero tampoco nada menos en las opciones que haga el Capítulo general. De cualquier manera, me remito a vuestro parecer, si creéis que se ha de añadir o suprimir algo de lo que os señalo referente a la santidad de los religiosos. Recordemos tan sólo que no basta tener virtudes personales, se necesitan las de un hombre destinado al mando o a participar en él.

III.- Ciencia

La ciencia hincha, pero si se aúnan espíritu de ciencia y piedad, entonces se protegen y se refuerzan recíprocamente. Ahora bien, después del requisito de la santidad que acabo de apuntar, el de la ciencia me parece imprescindible.

**Necesidad para los
religiosos de estudiar
siempre**

Reconozco que algunos de los nuestros no poseen toda la ciencia necesaria, y sin embargo, siguen con nosotros. Ya tendrán la oportunidad de adquirirla, contrariamente a los sacerdotes diocesanos que, generalmente (y lo sé por los exámenes que estoy haciendo pasar a los jóvenes sacerdotes desde hace veinticinco años) no consideran nada más ur-

gente que olvidar en la parroquia lo que aprendieron en el Seminario. El sacerdote religioso tiene, en virtud del voto, la obligación estricta de ganarse el pan con el sudor de su frente, y el estudio forma parte integrante del trabajo al que está sometido a tenor de los votos sagrados. A nosotros nos incumbe el disipar la ilusión que se forjan varios al respecto.

Organización de los estudios

Para obtener este resultado, además de los cursos que se van estableciendo poco a poco, son imprescindibles exámenes rigurosos. Uno de los nuestros, encargado de establecer el plan de estudios (2), os propondrá en breve, a vosotros y al conjunto de religiosos, algunas medidas que se han de tomar para mantener a la Congregación a un nivel suficientemente alto.

Permitidme, sin embargo, una advertencia, a mi juicio importante. Habida cuenta de la insuficiencia de alguno de los nuestros con que habremos de cargar como secuela de nuestros comienzos dificultosos, sería sumamente peligroso admitir que entre nosotros en general no se estudia (3), concesión ésta que no puedo hacer en absoluto. No se ha estudiado siempre normalmente; algunas naturalezas son perezosas, incapaces, enfermizas; están con nosotros, hay que tolerarlas y sacar de ellas el mejor partido.

Mas, considerando todo el trabajo llevado a cabo por la mayoría de los nuestros, no puedo conceder que no se estudia, pues se estudia y no poco. Que los estudios tienen que ser dirigidos, reglamentados para obviar los inconvenientes de la negligencia, de cierta pedantería y de la confusión de ideas, es evidente, y precisamente por eso, estamos preparando un plan de estudios. Lo que venimos aplicando desde hace dos años y medio ha dado buenos resultados, y sobre todo nos da pie para abrigar fundadas esperanzas acerca de lo que conseguiremos más tarde. Esto es lo que me importa constatar en contra de ciertos temores, a mi parecer, extemporáneos y henchidos de peligrós.

Rigor en lo tocante a los estudios

Pienso que hemos llegado a un punto de nuestra existencia religiosa en que se impone el paso lento. Podemos replegarnos sobre nosotros mismos, recogernos y, teniendo en cuenta que la mayoría de los jóvenes a quienes se les podría juzgar severamente son novicios que no pueden dedicarse plenamente al estudio, tomar disposiciones rigurosas contra los ignorantes, perezosos e incapaces. Se castigará a unos, se amonestará a otros; se recurrirá incluso al despido, si fuese necesario. No le vendrán mal a la Congregación ciertas exclusiones; de todos modos, jamás los convocaremos a un Capítulo.

Estas son, mis queridos Hermanos, las consideraciones que me parece muy oportuno someteros, para llamar vuestra atención, reclamar vuestras luces y vuestros pareceres sobre un asunto tan importante como es la formación de los religiosos destinados al gobierno.

Os reitero mi más respetuoso afecto en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

NOTAS

(1) “Aristocracia en la Asunción”, ése era el título que el P. d’Alzon mismo daba a esta segunda circular en su correspondencia. Los miembros de los Capítulos generales, que se reclutaban entre sí, eran vitalicios y constituían, fuera de la celebración de los Capítulos, al lado de los Asistentes generales, un grupo de consultores cualificados a la disposición del Superior General.

(2) Se trata del P. Laurent.

(3) Ese era el reproche que se le hacía, desde París sobre todo, al joven Instituto. El P. Picard hubiera deseado una reglamentación más severa de los estudios; el P. d’Alzon la reserva para más tarde; pero volverá en la cuarta circular, tratándolo con mayor altura, sobre este tema capital de los estudios en la Asunción.

TERCERA CIRCULAR (1)

Nimes, 8 de junio de 1874.

“La Iglesia, al tener que librar continuamente nuevos combates, necesita nuevas tropas”. Los terciarios de la Asunción tienen que atender tanto a la defensa de la Iglesia como a su propia santificación.

Mis muy queridos Hermanos,

I.- Las Terceras Órdenes primitivas

**Santidad personal
en la escuela de los
grandes fundadores**

Una de las más bellas intuiciones de Santo Domingo y de San Francisco de Asís fue ciertamente la institución de sus Ór-

denes Terceras.

1° De esta forma, brindaban a innumerables cristianos que, debido a su posición, salud o cualquier otro motivo legítimo no podían ingresar en religión, la posibilidad de asumir todo cuanto de la vida religiosa les era compatible y, mientras la Orden daba ejemplo de prácticas más austeras, de compromisos más estrictos, de un alejamiento del mundo más absoluto, los terciarios, yendo afanosamente tras las huellas de modelos más perfectos, lograban a veces santidades que la Iglesia ha canonizado. Magnífico resultado, a la verdad, el de infundir el espíritu de los fundadores en todas las capas de la sociedad cristiana y animar a sus miembros a probar un estilo de vida que, sin imponer los vínculos de los consejos evangélicos, les incitaba a rebasar el simple cumplimiento de la ley cristiana.

Santidad comunicativa 2° Las Órdenes Terceras eran, además, una enseñanza práctica. La familia espiritual en cuyo entorno se agrupaban tenía derecho a exigir más a sus miembros; había ayunos, oraciones, obras pías cuya obligación determinaba la regla y que, al interesar a la vida entera, producían conversiones mediante el ejemplo. El nivel de las costumbres se elevaba forzosamente bajo el influjo de la santidad que, desde el claustro, alcanzaba a través de la Orden Tercera al común de los cristianos. La vida austera, penitente del religioso era como para asustar. La vida del terciario ponía al alcance de los débiles ciertos tanteos de reforma. El fruto de las asociaciones se palpaba casi hasta en la intimidad del hogar; se iba desarrollando el espíritu cristiano, a la par que retrocedía el respeto humano; mientras tanto, a Cristo se le iba conociendo, obedeciendo y amando cada vez más.

La defensa de la Iglesia 3° La Orden Tercera de Santo Domingo, especialmente antes de transformarse en Orden Tercera de penitencia, se denominaba Orden Tercera de los caballeros de Jesucristo. El título de por sí ya indicaba su finalidad: se trataba de defender a la Iglesia contra ciertas pretensiones de los lombardos, bastante semejantes a las que se alzan actualmente contra ella en Italia, Alemania y otras naciones. Se invitaba a todos los cristianos a un nuevo tipo de cruzada. Concluidas las de Tierra Santa y las de los albigenses, en las que tan activamente participó Santo Domingo, se consideraba muy útil la que defendiera los derechos de la Iglesia contra las pretensiones irrefrenables del poder temporal. Posteriormente, la Orden Tercera vino a ser sólo una forma de vida piadosa y austera de algunos cristianos; mas, ¿por qué no se podrían reasumir esas formas enérgicas y tan favorecidas por la unión que generan? *Frater, qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma* [Proverbios 18, 19]. ¡Ah!, ¡cuán necesitados

estamos de esas ciudades fortificadas en las fronteras del reino de Jesucristo para repeler las invasiones del enemigo y para preparar incursiones a tierras que nos han usurpado!

II.- Las Órdenes Terceras de la Asunción

Los grandes males de la sociedad moderna 4° Las breves consideraciones anteriores os dan la clave de los motivos muy legítimos para plantearnos un grave problema: el de asociar a algunos hombres para trabajar en lo que parece indispensable en la actualidad: la defensa activa de la Iglesia. Resulta doloroso ver cómo se desparraman las fuerzas y se malogran abundantes frutos, al faltar un plan de conjunto juiciosamente preparado. Celebraremos con mucho entusiasmo que tanto las Órdenes Terceras de Santo Domingo y de San Francisco como la Congregación de San Ignacio y otras tantas piadosas asociaciones revitalicen a sus miembros; mas, nosotros ¿no tenemos nada que hacer a tenor de nuestras obligaciones y de las luces que Dios nos ha dado acerca de nuestra vocación? Efectivamente, ¿qué observamos en multitud de hombres de recta intención? 1° Una profunda ignorancia; 2° una ciencia maleada por las ideas más falsas; 3° los efectos, —no os asuste la palabra—, del liberalismo católico más falaz; 4° los peligros siempre crecientes de la Universidad estatal y de la enseñanza legal; 5° teorías agnósticas, antisociales; 6° en el aspecto religioso, toda la piedad arruinada por la molicie de la vida, por la imposibilidad de someterse a yugo alguno; 7° las vocaciones perdidas por el apego al bienestar, incompatible con la idea de llevar una vida mortificada.

Objetivos propuestos ¿Cómo combatir males tan grandes? ¿No creéis que una Orden Tercera o cualquier otra asociación, que bautiza-

ríais a vuestro antojo, sería sumamente útil?, agrupando en ella a hombres inteligentes y preparando con ellos:

la propaganda de ideas cristianas a) Cursillos o debates a los que se invitaría a todos los hombres de buena voluntad deseosos de ilustrarse sobre los grandes temas suscitados, sea por el Syllabus, sea por el Concilio, sea por la guerra declarada contra la Iglesia en todo el orbe.

la preparación de Universidades católicas b) Universidades católicas. Se crean Universidades con mucho dinero, otras se hacen con ideas, con hombres y poco dinero; el dinero viene más tarde, en el momento oportuno. No estaría nada mal semejante resultado, y no dudo de que una Orden Tercera contribuiría eficazmente a su consecución.

el apoyo a las obras populares c) Pero, más copiosos serían aún los frutos si las Órdenes Terceras vinieran a considerarse como el núcleo de todas las obras sociales de las que tenemos que ocuparnos. ¡Cuántos estudios interesantísimos por hacer, cuántas discusiones cuya solución acarrearía los más bellos resultados! ¡Qué medio tan poderoso para encender, mantener y desarrollar el celo de esos dinámicos grupos!

la organización de la acción católica d) La caridad requiere orden. ¿No creéis que las Órdenes Terceras tendrían la magnífica ventaja de poner mucho más orden y de solucionar un sinfín de puntos difíciles mediante la obediencia? De consagrarse algunos de nuestros religiosos a la dirección de esas Órdenes Terceras, ¡qué legiones no prepararían para la causa de Dios!

**la protesta contras
las ideas mundanas
y el fomento de las
vocaciones**

e) Se seguiría otra ventaja: al imponer la Orden Tercera una regla severa, impondría esfuerzos de mortificación, sacrificios en el deseo del bienestar y de la

comodidad; semejante protesta constituiría sin duda una predicación; pero, ¿no podría transformarse en fuente de vocaciones religiosas? Desde este punto de vista, lejos de demorar, tendríamos que acelerar la propuesta de la Orden Tercera a la juventud; las almas más lozanas quedarían fascinadas, seducidas en la lucha contra la carne y frente a las victorias por conseguir, así como en el entrenamiento de sus fuerzas. Hablándoles más enérgicamente de la vida de penitencia, se estimularía su apetencia. Cuando San Pablo decía que no había creído tener que conocer otra cosa que no fuera Jesucristo y Jesucristo crucificado, ¿no ponía las condiciones de esas vidas abnegadas que hallan su estabilidad en la vida religiosa?

Conclusión

Desde el triple punto de vista de la difusión del pensamiento cristiano, de las obras populares y sociales y del fomento de las vocaciones, se me antoja que las Órdenes Terceras ofrecen ventajas sobre las que me parece importante reflexionar. Hemos tenido una Orden Tercera femenina; la masculina podría dar excelentes frutos, sea en sacerdotes, sea en laicos fervorosos, a los que se podría animar a una vida más austera.

Mas, por encima de todo, prepararíamos una organización contra las Sociedades secretas. Ya os dije unas palabras sobre este tema en una circular anterior; desearía que ésta os hiciera comprender con mayor nitidez mi sentir acerca de este asunto. Os ruego la meditéis, me comunicuéis vuestro parecer, y creáis en mi más respetuosa unión en Nuestro Señor (2).

E. d'ALZON.

NOTAS

(1) El P. d'Alzon había anunciado al P. Picard una circular “sobre una mayor precisión de la meta de la Congregación: la enseñanza, la predicación, la dirección de las almas, las Órdenes Terceras: seminarios para directores de obras obreras y de la enseñanza popular. Todo eso me parece, añadía, bastante bien ordenado”. Esta tercera circular no trata más que de las Órdenes Terceras. Fieles a sus lejanos orígenes, las Órdenes Terceras nuevas deben preocuparse más especialmente, de acuerdo con el espíritu de la Asunción, de la defensa de la Iglesia.

(2) Dos documentos —que se encuentran más adelante— acompañaban a esta circular: un proyecto de Reglamento para la Orden Tercera de los Agustinos de la Asunción y la Regla de la Orden Tercera de los Sacerdotes de la Asunción.

CUARTA CIRCULAR (1)

Nimes, 18 de junio de 1874.

Nuestras armas son armas de luz: el estudio es algo imprescindible.

Mis muy queridos Hermanos,

En el último Capítulo general encargamos al P. Laurent la preparación de un plan de estudios, y estoy seguro de que obrará en vuestras manos antes del próximo Capítulo que, de realizarse mi deseo, se celebraría de aquí a dos años. Mas, creo indispensable someter a vuestra consideración algunos principios en virtud de los cuales tenemos que estudiar.

A. - Necesidad del estudio

**Quien no trabaja:
se condena** I. El estudio es ineludible para el religioso que no trabaja manualmente. Es su medio de ganarse el pan con el sudor de su frente. Quien no trabaja se condena. No es el estudio el único requisito para la salvación, pero podemos decir que, cuando se deje de estudiar en la Congregación, es que su tiempo habrá pasado y habrá recibido la maldición de Dios.

El estudio es penitencia, expiación y preservación. Estudiando expiamos por nuestros pecados; adquirimos, si queremos, méritos para satisfacer por los pecados de las almas cuya evangelización corre a nuestro cargo; nos preservamos de todos los vicios cuya madre es la ociosidad; mantenemos nuestro espíritu a un nivel superior, muy importante para reaccionar contra la vulgaridad y

mediocridad de las ideas modernas. Tan manifiestas son estas verdades que es inútil desarrollarlas, pero os exhorto a que las meditéis a menudo.

se expone a todas las tentaciones

II. El estudio, por ser una ocupación, nos preserva de las tentaciones que acechan a quien se entrega el servicio de Dios. A este respecto, jamás os encarecería debidamente el compromiso de no perder ni un solo minuto; el empleo de los instantes más breves produce abundantes beneficios. Uno se dice: sólo dispongo de pocos minutos, no merece la pena que me ponga a estudiar. Ahora bien, además de exponerse a no mantener la mente en forma para el trabajo ya iniciado, además de dejarse arrastrar a un auténtico matar el tiempo, contrario al voto de pobreza, se abre la puerta a las tentaciones que suscita el demonio precisamente en las horas de ociosidad.

se hunde más en la ignorancia

III. ¿Os hablaré de la ignorancia en que caen mentes preclaras por no imponerse la cultura intelectual requerida por su vocación? Pasó el tiempo en que el hábito religioso inspiraba respeto por sí mismo. Hoy en día sólo se le respeta si el que lo lleva es el primero en respetarlo. Os ruego respetéis y hagáis respetar vuestro hábito en cualquier manifestación externa vuestra, ante todo y por supuesto en las referentes a la virtud, pero también a los conocimientos útiles para la causa de la Iglesia y de Nuestro Señor Jesucristo.

B. - Finalidad de nuestros estudios

IV. No basta con estudiar; hay que dar una finalidad al estudio. Ahora bien, para nosotros, todo debe referirse a Dios, a Jesucristo, a su Iglesia.

1° *A Dios*, conocido mediante el estudio de los preámbulos de la fe: *praeambula fidei* como dice la teología; a Dios en sus atributos, en la producción de sus obras: en la creación; en la conservación de los seres: la Providencia. Así es como todas las ciencias se iluminan con la idea de Dios y remontan a él como a su origen. ¿Y qué se puede estudiar fuera de Dios, del universo que es su obra y de las leyes que lo rigen?

2° *A Jesucristo: Deum nemo vidit unquam; unigenitus Dei filius qui est in sinu Patris, ipse enarravit.* [A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado] [Juan 1, 18]. Es a Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe: *auctorem fidei et consummatorem Jesum* [Hebreos 12, 2], a quien tenemos que estudiar. *In Christo omnia* [Efesios 1, 10], todo está en Jesucristo pero en su estado revelado, regenerado, sobrenaturalizado. La fe nos descubre por Jesucristo verdades inasequibles a la sola razón; mas, es en la doctrina de Jesucristo donde debemos hallar el conocimiento de un mundo nuevo, superior a nuestras investigaciones y cuyas luces, concedidas mediante un don totalmente gratuito, se reflejan no obstante en el mundo natural, y nos enseñan a conocerlo y juzgarlo desde un enfoque, por decirlo así, más divino. En Jesucristo se halla la ciencia de Dios en su esencia; la del hombre caído, rescatado, reconciliado, regenerado; la de los derechos de Dios sobre el hombre y la de los deberes del hombre para con Dios. Estudiemos a Jesucristo en sí mismo, en la ley, cuyo término es él mismo; en su verdad, que se confunde con él mismo; en las verdades que de él dimanar, y que son únicamente tales en la medida en que se remontan a él. Estudiemos a Jesucristo en su soberanía: *Christum Dei virtutem* [1 Corintios 1, 24] y, puesto que actualmente se ataca más su obra, consideremos todo lo que le debemos dar para ser ministros suyos: *ut ministros Christi* [1 Corintios 4, 1].

3° *Por último, a la Iglesia.* Si Dios se manifiesta en el universo: *Coeli enarrant gloriam Dei* [Salmo 19, 2], Jesu-

cristo se manifiesta en su Iglesia; Jesucristo posee la clave de toda la historia humana que se identifica con el plan divino de la Iglesia. La Iglesia es una sociedad, *tabernaculum Dei cum hominibus* [Apocalipsis 21, 3], y en ella todo se refiere a los elegidos de Jesucristo: *omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei* [todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios] [1 Corintios 3, 23]; tal es la concatenación y, si os parece bien, la última palabra. Dios hizo todo para sí: *omnia propter semetipsum operatus est Dominus* [Proverbios 16, 4] y olvidándose en cierto modo de sí mismo, nos declarará que ha hecho todo por los elegidos: *omnia propter electos* [2 Timoteo 2, 10]. Dios, Jesucristo, los elegidos, he ahí la última palabra de la Iglesia, de su historia, de la historia de la humanidad y de todas las ciencias históricas y sociales. La sociedad y la historia tienen su fuente en la sociedad de los elegidos, la Iglesia celestial, que tiene su base en Jesucristo: *ipso summo angulari lapide Christo Jesu* [Efesios 2, 20], el cual se remonta a Dios: *Christus autem Dei* [1 Corintios 3, 23]. No creo que pueda proponerse al religioso de la Asunción conjunto más vasto que éste.

Ciertamente la mente humana, para llegar a una ciencia más completa, necesita de ciertos conocimientos instrumentales; mas, al igual que cada oficio necesita herramientas propias, veis inmediatamente que los conocimientos necesarios para adquirir la ciencia, tal como nos la proponemos, deben adecuarse al fin que tenemos ante la vista; así es como, sin censurar a nadie, nos asiste el derecho de introducir en nuestros estudios clásicos las preparaciones más conformes al fin absoluto de nuestros estudios religiosos.

C. - Condiciones de nuestros estudios

V. Tengamos presente que los estudios de un religioso requieren ciertas condiciones, sin las cuales éstos resultan inútiles y hasta peligrosos.

Fin sobrenatural Inútiles resultan, si el religioso no persigue constantemente un fin sobrenatural. El profeta decía a los judíos esto que cuadra perfectamente a los religiosos que no elevan sus estudios con el pensamiento de Dios: *Seminastis multum et intulistis parum, comedistis et non estis satiati, bibistis et non estis inebriati, operuistis vos et non estis calefacti, et qui mercedes congregavit misit eas in sacculum pertusum* (Ageo 1, 6). ¡Ay, cuántas vidas inútiles, si bien atareadas, por no orientarse hacia Dios! *Seminastis multum et intulistis parum.*

Humildad Los estudios son peligrosos si, según la expresión del Apóstol, la ciencia que nos procura, acaba por hincharnos: *scientia inflat* [1 Corintios 8, 1]. ¡Ah! Si logramos alcanzar por la ciencia un conocimiento más perfecto del Ser de Dios, de su bondad, de su amor, de sus perfecciones; si aprendemos a conocer mejor a Jesucristo y a Jesucristo crucificado: *Jesum Christum et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2]; si reparamos en la historia de la Iglesia en que los mayores obstáculos para su triunfo y los mayores peligros han provenido de los falsos hermanos: *periculum ex falsis fratribus* [2 Corintios 11, 26], es decir, de los malos sacerdotes y de los malos religiosos, aprenderemos a temblar, a humillarnos, a anonadarnos ante la plenitud de Dios y ante la nada de sus criaturas y la fragilidad, cuando no la corrupción, de los instrumentos empleados por él.

Caridad apostólica Mas, si la ciencia infla, la caridad edifica: *charitas autem aedificat* [1 Corintios 8, 1]. Impregnemos nuestros estudios de caridad, es decir, de amor de Dios, de Nuestro Señor y de la Iglesia, a quienes amaremos más conforme los vayamos conociendo mejor. Impregnemos nuestros estudios de amor al prójimo, es decir, de celo por la salvación de las almas que nos confien. Soportemos la aridez,

la desgana, la larga duración de nuestros trabajos con la idea de que así llegaremos a ser obreros que desconocerán la confusión, semejantes al discípulo de San Pablo: *operarium inconfusibilem* [2 Timoteo 2, 15]. El estudio acrecentará nuestra caridad, y ésta el afán por el estudio. Entonces, aunándose al amor a la ciencia, se convertirá en su aroma y estímulo; estudiaremos porque amaremos; el estudio vendrá a ser una forma de orar, cuyo fruto será la mayor gloria de Dios y para nosotros una mayor aptitud para salvar almas.

D. - Fuentes de la ciencia religiosa

VI. Para terminar os diré unas palabras sobre las fuentes de la ciencia religiosa. Más de una vez he llegado a la conclusión de que no se necesitan muchos libros, por ser éstos frecuentemente equipaje inútil.

Nuestros autores La Biblia con un buen comentario, y ¿por qué no pedírselo a San Agustín o a Santo Tomás? Las obras de nuestro patriarca, las dos Sumas del Ángel de la escuela, una historia eclesiástica, Baronio, Rohrbacher o Darras, según las aptitudes personales; Bourdaloue o Bossuet como modelos de oratoria, Bossuet controversista, algunos autores ascéticos, San Buenaventura, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Liguorio, con su teología moral, algún que otro autor moderno en el que se expongan los errores recientes, con el fin de enterarse de su cómoda refutación; tal debería ser, a mi juicio, la biblioteca de cabecera de nuestros religiosos.

Los estudios canónicos Si no menciono ningún autor de derecho canónico, es que, según apunta uno de los maestros de la ciencia canónica, en la Edad Media se formó el *jus*; en el Concilio de Trento, el

jus novum; ahora estamos aguardando el *jus novissimum*. Al señalarme en 1855 el cardenal Berardi esta transformación del derecho, no se imaginaba que la revolución forzaría al Concilio Vaticano a sentar las bases del nuevo trabajo que esperamos con ilusión. Puesta la vista en estos cambios hemos de estudiar el derecho canónico y adherirnos siempre más al papado.

No excluyo otros autores, pero estoy persuadido de que éstos son suficientes. No condeno lo que no menciono, mas, si queremos tener un espíritu propio, estamos en nuestro perfecto derecho al indicar los doctores que nos ayudarán a moldearlo de una manera más característica.

Conclusión

Quizás vuelva a tratar de pasada del estudio, pero hoy no digo más. Esta carta tendrá, dentro de su brevedad, junto con la ventaja de una mayor precisión, la de mantenernos en un marco más amplio en el que la mente, adherida a la verdad, pueda considerarla a la luz del triple aspecto de la razón, de la revelación y de la historia, donde se unen, sin confundirse, el saber humano y la ciencia revelada. ¡Quiera Dios que estos apuntes os ayuden a ser religiosos sabios en la medida en que Jesucristo, nuestro guía, nuestra luz y nuestra vida, lo juzgue útil para la extensión de su reino!

Os ruego, mis queridos Hermanos, aceptéis la expresión de mi más afectuosa solicitud.

E. d'ALZON.

NOTA

(1) Para terminar con el reproche de que en la Asunción no se estudiaba, el P. d'Alzon, que acababa de imprimir al noviciado un impulso más enérgico, nos exhorta, mediante elevadas consideraciones sobre el estudio, a tornarnos religiosos sabios, para trabajar con mayor eficacia en la defensa de la Iglesia y en la extensión del Reino de Dios en las almas.

QUINTA CIRCULAR (1)

Nimes, 27 de junio de 1874.

Para los Religiosos de la Asunción, la oración es el estudio de la Verdad divina, para conocer mejor sus deberes y cumplirlos, con un amor más grande, para el mayor beneficio de la Iglesia.

Mis muy queridos Hermanos,

Me pedisteis en el Capítulo General que estableciera algunos principios acerca de la oración. Cuanto más pienso en dar cumplimiento a vuestro deseo, más envuelto me veo en una cierta oscuridad. Habiendo escrito sobre este tema tantos maestros, no sé qué podría añadir yo a lo dicho. Lo que me retrae no es la materia a tratar, sino la dificultad de elegir entre tantos temas. No obstante, trataré de daros algunas indicaciones que os ayuden a plasmar algo así como el espíritu de nuestra oración, antes que vaciarla en un molde tan uniforme que viniera a ser como una operación mecánica.

A. - Consideraciones previas sobre el espíritu de nuestra oración

Tres verdades incontrovertibles

Arranquemos de tres verdades incontrovertibles:

I.-El término de la vida de perfección es la unión con Dios, unión iniciada en la tierra mediante la fe y que culmina en la gloria con la visión beatífica.

II.-El Espíritu Santo sopla donde quiere y, para unir a sí a las almas, usa los medios por él sólo conocidos y que nadie tiene derecho a imponerle.

III.-Sin embargo, la oración posee su ciencia y, por lo tanto, tiene un método basado en las enseñanzas de la Sagrada Escritura, la doctrina y la experiencia de los santos.

La ciencia de la oración Establecidos estos puntos incontrovertibles, permitidme que aborde diversos aspectos del espíritu de oración, tal como yo lo concibo para nosotros, y os señale el resultado que desearía alcanzar.

a) su método En primer lugar, es indispensable tener un método de oración. Hay muchos y no insisto más de la cuenta sobre su elección. Con todo, no estaría de más que el Maestro de novicios propusiera el método de San Francisco de Sales, tal como aparece en la *Introducción a la vida devota*. Se puede y se debe a veces hacer oración delante de los novicios a fin de iniciarlos en las consideraciones en las que importa se compenetren. En cuanto a la elección de las meditaciones, confío en que os pueda ofrecer en breve meditaciones para cada día del año. Hasta entonces, os dejo libres en la elección de los temas de meditación.

b) sus principios básicos, con la ayuda de San Juan de la Cruz y de San Francisco de Sales Existen, además, ciertos principios que tienen que ser estudiados por aquellos de entre vosotros que no sólo quieren hacer oración sino que quieren también formar en ella a otros en el día de mañana. Me permitiría señalaros dos autores: San Juan de la Cruz y San Francisco de Sales. No excluyo a los demás, no nos vendrá mal el consultarlos, pero los dos doctores mencionados están canonizados. El primero pertenece a una Orden contemplativa, el segundo vivió en medio del quehacer apostólico, tratando con toda clase de cristianos. Al colocar a ambos en los altares, la Iglesia nos avala la pureza de su doctrina. Un Maestro de novicios, un

confesor, imbuidos de sus enseñanzas, pueden, sin temor a extraviarse, guiar a las almas a la cima de la perfección no sólo en el claustro sino también en el mundo.

B. - Pasos de nuestra oración

Mas, percibo que no son éstas las explicaciones que estáis aguardando de mí; queréis algo más preciso, queréis que os exponga lo que no me atrevo a llamar el espíritu de nuestra oración. Voy a tratar de deciros algunas palabras al respecto, en la medida en que yo mismo pueda comprender este espíritu.

Partiendo de que nuestra vida ha de ser una vida de oración, que dejamos a las almas plena libertad en su caminar hacia Dios, y que la oración constituye para nosotros la manera más perfecta de unirnos a Dios, nuestro único término, ¿no creéis que nuestro empeño ha de consistir en ir a Dios mediante el conocimiento del Hijo en el amor del Espíritu Santo?

Se nos pide un conocimiento más perfecto de Dios junto con la generosa aceptación de todas sus consecuencias prácticas.

I.- *Hay que ir a Dios*, y para eso, vivir una vida de fe: *Quicumque vult accedere ad Deum, oportet credere quia est* [Hebreos 11, 6]. ¡Cuántas ilusiones nos forjamos al respecto! Que el modesto artesano, que la sencilla obrera se contenten con los rudimentos del catecismo y así vayan a Dios; podemos afirmar que, de deber Dios algo a sus criaturas, sería precisamente eso. Mas, que el religioso, cuya vida se consagra al estudio, no se ocupe ante todo de la Verdad primera y del primero de los seres, resulta algo inconcebible. Teniendo cada cual la obligación de servir a Dios según su vocación y, dado que la vocación de los religiosos de nuestra familia es el estudio y el estudio sagrado, tengo para mí que nos incumbe la

obligación de estudiar a Dios en su esencia, según los principios de la revelación. Finalmente, seamos sinceros, ¿por qué se habla tan poco y tan mal de Dios? Porque no se piensa en él, y eso ocurre sea por desconocerlo debido a la pereza, sea por miedo a conocerlo demasiado.

Del conocimiento de Dios dimanán ciertas consecuencias terribles para la conciencia tentada de cauterizarse; resulta muy cómodo desviar el pensamiento de esas consecuencias, reñidas como están con la tibieza, no fijando la mente en el principio que las origina. No digo que, con respecto a Dios, sea necesario so pretexto de conocerlo mejor plantearse en la oración cuestiones curiosas, encaminadas más a satisfacer la hinchazón de la ciencia que a edificar la caridad.

Pero sí afirmo que la contemplación del ser de Dios, del bien infinito, que no es otro que Dios mismo, de sus perfecciones, de su poder, de su justicia, de su misericordia, nos infundirá, a buen seguro, el sentimiento de sus derechos sobre nosotros, de nuestras obligaciones para con él, nos enseñará a adorarlo, a anonadarnos, a darle gracias, a detestar el pecado, a combatir cualquier mal en nuestras almas. Afirmo que cuanto más conozcamos a Dios, a cuya imagen hemos sido creados, más nos enardecerá el deseo de realizar su mandato: *estote ergo vos perfecti, sicut Pater vester caelestis perfectus est* [sed perfectos como es perfecto vuestro Padre del cielo] [Mateo 5, 48].

San Pablo, hablando de Dios, decía a los Atenienses: *In ipso enim et vivimos, et movemur, et sumus* [pues en él vivimos, nos movemos y existimos] [Hechos 17, 28]. Tal es nuestra situación con Dios en el orden de la naturaleza. ¿Cuál no será un día en el orden de la gloria? Mas, para que dicha unión llegue a ser tan grande como posible, preciso es, en el orden de la fe, cooperar con la gracia mediante un concurso libre a la par que eficaz. Ahora bien, para eso hay que estudiar a Dios, estudiarlo teológicamente, para estudiarlo prácticamente en la oración

y cosechar los frutos que él desea producir en nosotros. Estudio profundo de los atributos de Dios, fuente del conocimiento de nuestras relaciones y deberes para con él.

Sólo conocemos perfectamente a Dios por medio de Jesucristo, Dios puesto a nuestro alcance, para estampar su sello divino en todos los pormenores de nuestra vida.

II.- Hay que ir a Dios *mediante el conocimiento de su Hijo*. El Verbo eterno corresponde en Dios a la inteligencia divina; y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ¿Con qué fin? Para amoldarse a nuestra debilidad, para manifestarnos todo cuanto podemos conocer acerca de Dios aquí abajo. La meditación sin Jesucristo es una meditación huera; pues, por una parte Jesucristo es Dios, pero Dios puesto a nuestro alcance, Dios conocido en la medida que podemos conocerle mediante su Hijo, que nos lo revela: *ipse enarravit* [Juan 1, 18]; mas, él se encarnó para enseñarnos a divinizar la vida; de aquí que necesitemos meditar la vida de Jesucristo. Por otra parte, Jesucristo es hombre, pero su persona es divina; es la Persona divina que encumbra a la naturaleza humana a su propia dignidad. Como todo cuanto hizo Jesucristo en la tierra fue divino, para estampar su sello divino en nuestros sentimientos, pensamientos, palabras y obras, basta con que tomemos por modelo a Jesucristo, y de esta forma, imitando a un hombre, restauraremos en nuestras almas la imagen de Dios destruida por el pecado.

He aquí, ciertamente, un amplio tema para nuestra reflexión: buscar, en el conocimiento de Jesucristo, el medio para conocer mejor a Dios, para asemejarnos más a él y para reconciliarnos con él, ya que el gran mediador entre Dios y los hombres es Jesucristo en su humanidad: *unus mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus* [1 Timoteo 2, 5]. ¿Puede el pensamiento humano sumergir-

se en una contemplación más elevada, más conforme a su naturaleza, más santificante, más práctica?

Así es como veréis desplegarse ante vuestros ojos todos los misterios de la vida del Salvador. Son los detalles de la vida de un hombre, y cada uno de ellos encierra la enseñanza de una virtud en el cumplimiento de un deber practicado más santamente. La unidad infinita de Dios parece demasiado misteriosa para nuestra flaqueza; aquí tenemos detalles y detalles divinos, que pueden penetrar hasta los últimos recovecos de vuestra existencia. Jesucristo, hombre perfecto, sigue estando ante vosotros; concedlo más íntimamente e imitadlo más divinamente cada día.

III.- Ir a Dios mediante el conocimiento del Hijo *en el amor del Espíritu Santo*.

Necesidad del don por excelencia: a) espíritu de amor y de oración

No basta con conocer; el alma, guiada por su deseo irresistible del bien, lo contempla en Dios a través de la santa humanidad

del Salvador y lo ama conforme al conocimiento que de él posee; la inteligencia iluminada contempla en un horizonte más vasto las perfecciones de Dios y aspira a una unión más íntima. Mas, al igual que el alma es incapaz de ver a Dios mediante sus solas luces, tal como nos lo muestra la revelación aquí abajo, del mismo modo es incapaz el corazón de amar a Dios como lo amará cuando sea ayudado por la gracia. De aquí que el Espíritu divino venga en ayuda de nuestra debilidad: *Spiritus adjuvat infirmitatem nostram* [Romanos 8, 26]. Él es quien ora en nosotros con gemidos inenarrables; en él podemos pronunciar debidamente el nombre de nuestro divino Maestro, y orar con su omnipotente intercesión; por él la plegaria se transforma en acto de amor y preludio de la unión eterna con Dios.

La parte de los sentidos en la oración No obstante, permitidme una advertencia muy grave, que os ruego meditéis, para que me transmitáis luego vuestras observaciones. Santo Tomás hace notar que el corazón es el principio de la vida animal; por otra parte, en Dios el amor dimana, según dice, de la voluntad. Mas, en el hombre el alma y el cuerpo están íntimamente unidos, y por ende las impresiones del cuerpo actúan sobre la voluntad, como los actos de la voluntad reaccionan bajo las impresiones del cuerpo y de los órganos que, en el cuerpo, como sigue afirmando Santo Tomás, son instrumentos del alma. De todo esto podéis inferir que lo referente al campo del sentimiento, y por lo tanto de los sentidos, ocupa un grado inferior que lo referente al campo de la voluntad; y que, en consecuencia, en lo relativo a la oración no hemos de dar prioridad a las impresiones sensibles ni a los sentimientos, antes bien, pese a que el alma puede elevarse hacia Dios mediante las criaturas, al llegar a cierta altura, hay que abandonar el orden sensible, animal, pues el Apóstol nos tiene dicho: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei* [1 Corintios 2, 14], y someter nuestra voluntad al espíritu de Dios y a su amor, para que saque de ella el amor más puro que podamos ofrecerle.

La parte principal del espíritu Que nos sirvamos de los sentidos para ir a Dios, es algo casi indispensable, pero que, para hacer que nuestra oración sea más perfecta y nuestro amor menos indigno de Dios busquemos a Dios en la desnudez de la inteligencia y de la voluntad, es algo que me parece seguirse de toda la doctrina de los santos. Siendo Dios un espíritu puro, debemos adherirnos a su substancia, en la medida en que podemos captarla aquí abajo, sobre todo mediante lo que hay en nosotros de más elevado: la inteligencia y la voluntad.

Siendo cierto lo que digo, y dejando para los incipientes las impresiones sensibles más acordes con su debili-

dad, la conclusión es que hemos de ir a Dios sobre todo mediante lo más profundo del alma.

b) espíritu de verdad: para un conocimiento más fecundo de Dios A punto de subir al Calvario, Jesús promete a sus discípulos el Espíritu consolador, que es al mismo tiempo el Espíritu de verdad, y agrega: *Cum autem venerit Spiritus ille veritatis, docebit vos omnem veritatem* [Juan 16, 13]. Lo que puede interpretarse acerca de la asistencia del Espíritu Santo con respecto a la enseñanza de la Iglesia, pero también acerca de las luces que derrama el Espíritu Santo en el alma que, compenetrada con las verdades de la fe, trata de comprenderlas mejor para realizar sus consecuencias prácticas. Se contempla la verdad en la oración, y se pone en práctica con la caridad; *veritatem in caritate facientes* [Efesios 4, 15]. La oración es entonces estudio de la verdad divina para conocer mejor nuestros deberes y cumplirlos con más amor mediante la gracia del Espíritu Santo.

El amor divino renueva todos los movimientos de nuestra alma, y llegamos paulatinamente, en la oración, a formar en cierto modo un solo espíritu con él: *qui adhæret Domino, unus spiritus est* [1 Corintios 6, 17].

para una defensa más eficaz de la Iglesia El religioso de la Asunción no ha de rezar sólo para sí, ha de rezar por los demás; de aquí fluye, desde otro punto de vista, la necesidad de una oración basada en el conocimiento de la doctrina sagrada. Inocencio III, cuando la herejía maniquea invadía el mediodía de Francia e Italia, aseguraba que la liga más fuerte contra los enemigos de la fe era una instrucción sólida. Ahora bien, aquellos enemigos de la fe eran sencillamente predecesores de las sectas secretas y revolucionarias. Por tanto la instrucción sólida nos es tan indispensable ahora como en la época de los albigenses; pero hay que

triturarla, por decirlo así, para comunicarla, y la mayor calamidad es que, con harta frecuencia, la transmitimos *in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis* [1 Corintios 2, 4], y no *in ostensione spiritus et virtutis* [ibid.]. Para ello, hay que prepararla en la oración, y aquí tenéis un poderoso motivo entre otros para que os comprometáis a hacer oración, no sólo sobre puntos referentes a la piedad, sino también sobre verdades dogmáticas, fuente, al fin y al cabo, de las consecuencias, si no las más sentimentales, al menos las más fecundas para la verdadera perfección. Cuanto más hayáis rumiado el conjunto de las verdades reveladas en la oración, más preparados estaréis para comunicar ese carácter vivo que nos vivificará primeramente a nosotros mismos y vivificará además nuestra acción en favor del prójimo.

La oración tiene que introducirnos paulatinamente en el sentimiento habitual de la presencia de Dios.

Conclusión

No quisiera concluir sin hablaros de esa continuidad en la oración que se confunde con el ejercicio de la presencia de Dios. La oración debería ser habitual. Cuanto más empeño pongamos en desterrar la concentración austera y lo que yo denominaría recogimiento exagerado, con el fin de ir a Dios en medio de una gran alegría y con el gozo de estar a su servicio, más debemos actuar en todo nuestro ser con la máxima sencillez, bajo la mirada de Dios. *Ambula coram me et esto perfectus* [Génesis 17, 1]; estas palabras conllevan, por parte nuestra, un infinito respeto, pero un respeto filial y confiado. El pensamiento continuo de Dios nos infunde recogimiento a la par que regocijo. Ante él hemos de caminar con ardor, pero tenemos que obrar por nuestro Padre y en su presencia con amor y ternura. Su mirada imprimirá en nosotros los sentimientos más delicados de la pureza de intención y

de toda pureza; debe constituir para nosotros un acicate para superarnos continuamente a fin de complacerle.

Cultivemos, pues, el espíritu de oración, la práctica de la oración; vivamos continuamente en presencia de Dios cual siervos fieles, para obedecerle; cual discípulos ávidos de recoger su enseñanza; cual soldados dispuestos al primer toque de clarín a empuñar las armas para sus combates. Busquemos a Dios, objeto eterno de nuestro ser; aprendamos a conocerle con las luces de su Hijo, abrasémonos en las llamas de su Espíritu, y nuestra oración, uniéndonos a la adorable Trinidad, nos brindará un goce anticipado de lo que nos reserva Dios en la patria.

Os ruego aceptéis, mis muy queridos Hermanos, la expresión de mi más afectuosa solicitud.

E. d'ALZON.

NOTA

(1) Escrita de un solo tirón, tras una larga deliberación, esta circular de una muy tradicional y muy alta inspiración, imprime a nuestra espiritualidad un sello original. Contemplar a Dios, no para transmitir a los demás inmediatamente los frutos, *—aliis contemplata tradere*, según la divisa de los Hermanos Predicadores—, sino para instalarnos lo más sólidamente posible en una relación íntima con Dios, preludio del cielo: tal debe ser nuestra primera preocupación espiritual. Atraídos personalmente por Dios, con toda naturalidad y como por instinto, atraeremos a los demás hacia él.

SEXTA CIRCULAR (1)

Nimes, 2 de julio de 1874.

Con la democracia en marcha, la política lo invade todo. Más que nunca, para dominar las Babeles modernas, una sola política se nos recomienda: la política de la Iglesia.

Mis muy queridos Hermanos,

Las cuestiones sociales se hallan tan agitadas en este momento, que las mentes más preclaras parecen extrañarse por los más opuestos derroteros. Las opiniones se contraponen, surgen sistemas antagónicos, y nos vamos encaminando hacia la confusión de Babel. Sin embargo, parece bastante fácil dar con el camino, si uno opta por liberarse de las intrigas políticas, de las luchas partidistas, de las ambiciones personales, establecerse en el terreno sólido de la verdad religiosa y adherirse a la causa del Rey inmortal de los siglos. Permitidme plantar algunos cuantos jalones, gracias a los cuales os resultará siempre posible, cuando no fácil, orientaros en medio del laberinto de tantos problemas, al parecer, inextricables para las mentes más esclarecidas.

I.- En el origen de las cuestiones sociales:

**Dios, por la creación,
es el Soberano Señor
de todo**

1.- Dios es el soberano Señor de todas las cosas: *Domini est terra et plenitudo eius, orbis terrarum et universi qui habitant in eo* [Salmo 24, 1]. El mundo con sus habitantes es propiedad de Dios; lo que incumbe al hombre, habitante del mundo, es someterse a la eterna Majestad. Si, para

regular su conducta, sus relaciones sociales y su política, arrancasen los hombres de este principio, ¡cuántas calamidades no se evitarían! Ahora bien, siendo la Revolución esencialmente negación radical de los derechos de Dios, ¿no establece una rebelión continua del hombre contra Dios, de la que Dios, en su paciencia, al fin y a la postre terminará por triunfar? De aquí se sigue: 1° el crimen de la Revolución, al negar los derechos de Dios; 2° la estricta obligación de defender los derechos de Dios atacados; 3° la posibilidad de un triunfo momentáneo de los malos, triunfo en el que hallan, en definitiva, un castigo providencial, aunque sólo sea por la desaparición de las sociedades envenenadas con sus doctrinas y crímenes, como nos lo muestra la historia con tanta frecuencia; 4° la certeza del triunfo definitivo de Dios, que aguarda mucho, incluso para juzgar a la misma justicia: *cum accepero tempus, ego justitias judicabo* [Salmo 75, 3].

**Dios, con su
Providencia, ordena
todo sabiamente**

2.- Pero Dios no sólo es señor del universo; es asimismo su sapientísimo ordenador. Quienes tejen toda clase de combinaciones más o menos artificiosas, no reparan demasiado en que existe una sagacidad superior a la suya, la de la eterna Sabiduría. Y por último, ¿no se diría, al ver una infinidad de proyectos, que se da por descontada la abdicación de la Providencia? Pues no, la Providencia divina no ha abdicado y, según el pensamiento de Santo Tomás, la última palabra de cualquier acción superior es la voluntad infinita de Dios, movida por su infinita inteligencia; voluntad infinita, inteligencia infinita, ¿qué puede oponerse a semejante poder? ¿Y no es verdad que quienes tratan de enjuiciar todo desde el punto de vista divino y providencial gozan de la posibilidad de tener una visión más clara que quienes, so pretexto de descartar el milagro de los asuntos de este mundo, sólo echan el ancla en no sé qué

fondeadero desde donde únicamente perciben las vanas convulsiones humanas, provocadas exclusivamente por intereses presuntuosos y personalistas?

Dios, con una serie impresionante de milagros, constituye a su Hijo Señor de todas las naciones

3.- Pero, por más que se haga para eliminar el milagro, Jesucristo se presenta con todo su imperio y toda su fuerza divina. ¡El milagro! Reside en Jesucristo, redentor del género humano.

¿Nacen los hombres con el pecado original? ¿Son por naturaleza hijos de la ira? ¿Envió Dios a su Hijo para rescatarlos? ¿No adquirió Jesucristo a la humanidad con su sangre? Dios, soberano señor de todas las cosas, ¿no dijo a su Hijo: “Pídeme y te daré las naciones en heredad; las gobernarás con cetro de hierro, y las quebrarás como vasija de alfarero” [Salmo 2, 8-9]?

Jesucristo, pues, es el señor de las naciones; es su señor, y hay naciones que ha de gobernar fuertemente y quebrar cual vasijas de arcilla; mas, esto constituye el milagro por excelencia, la continuación del milagro de la Redención. Un Dios hecho hombre, primer milagro; un Dios hombre muriendo en una cruz para salvar al género humano, segundo milagro; este Dios hombre constituido por su Padre señor de todas las naciones, tercer milagro; este Dios hombre disponiendo de todas las cosas a su gusto, llamando a unos a la luz y dejando a otros en las tinieblas, cuarto milagro; este mismo Dios hecho hombre ordenando a algunos siervos selectos a trabajar en la defensa o en la extensión de su dominio a través del mundo hasta los últimos confines de la tierra, quinto milagro; y lo más asombroso es que estos milagros, a fuerza de herir la vista con su deslumbrante claridad, ya no la impresionan.

Consecuencias del Señorío de Cristo No obstante, cabe sacar consecuencias de estos hechos divinos, milagrosos, incontrovertibles para el cristiano. En primer lugar, la obligación de juzgarlo todo no sólo desde el enfoque general de la Providencia divina, sino también desde el punto de vista más particular de lo sobrenatural milagroso de Nuestro Señor Jesucristo. En segundo lugar, la necesidad de aceptar la existencia constante del milagro social donde quiera que actúe Jesucristo. Por último, el deber de dirigirse con fe absoluta a todos los puntos señalados por Jesucristo, de tal modo que cuando nos diga: *laxate retia vestra* [lanzad vuestras redes], le respondamos como San Pedro: *Domine, per totam noctem laborantes nihil cepimus; in verbo autem tuo laxabo rete* [Maestro, hemos estado toda la noche intentando pescar...] [Lucas 5, 4-5], y comprobaremos cómo surgen los resultados más insospechados, fruto de las órdenes del Salvador obedecidas.

De este modo, lejos de eliminar el milagro, o hay que negar a Jesucristo y su acción sobrenatural en el seno de la humanidad, o admitir la permanencia milagrosa de su acción divina en la sociedad. Con todo, el milagro no siempre es patente; se oculta a los ojos de quienes dudan. Cuando se apareció Jesucristo a sus apóstoles después de la Resurrección, muchos creyeron, algunos dudaron. Es lo que sigue ocurriendo todavía; se duda, se niega, como, al ver a Jesucristo resucitado, se ponía en tela de juicio su triunfo sobre la muerte. ¿Es de extrañar que se dude de su triunfo sobre el pecado, porque no aniquila de un modo terrible a todos los pecadores?

II.- La política de la Iglesia

Si Jesucristo gobierna el mundo, se ha de seguir una política bien sencilla: la de Jesucristo. Ahora bien, esa política se afirma de forma muy peculiar, se manifiesta irrecusablemente en la sociedad fundada por él y en la

que han de agruparse quienes son suyos de modo singular. Me refiero a la política de la Iglesia.

A) Sus objetivos 4.- ¿Tiene la Iglesia una política? Desde luego que sí, y con

dos objetivos: 1° la predicación de la verdad; 2° la enseñanza de la moral que fluye de la verdad divina y que no es otra que la ley de Dios. La predicación de la verdad y la proclamación de la ley divina, tal es la razón de ser de la Iglesia, y como para ello se necesita de un poder, el mantenimiento de dicho poder y de la jerarquía que del mismo se deriva, y la integridad de los derechos relativos a la distribución de los dones divinos transmitidos a los hombres por la sagrada jerarquía, tal es el fin de la política eclesiástica.

a) la predicación de la verdad El siglo actual no lo entiende así. Como Pilato, no quiere la verdad como base de la sociedad y, desde que la sociedad no se asienta sobre este fundamento dogmático, por las convulsiones ya habidas podemos ver qué nuevos trastornos hemos de temer.

Nuestra política, ante todo, es la defensa de la verdad social, cuyo depósito se halla exclusivamente en manos de la Iglesia. De aquí la rigurosa obligación de reimplantar la noción de la verdad en el seno de una sociedad que la rechaza.

b) la defensa de la ley de Dios Mas, lo que no le va a la zaga en importancia es la defensa de la ley de Dios. Ya no la quiere

la razón humana, es un yugo odioso que hay que sacudir. Ahora bien, nosotros tenemos que defender todo lo referente a la ley de Dios, ya que toda ley humana contraria a esta ley superior es mala de por sí, perniciosa, subversiva y conduce a los pueblos a la muerte. ¡Oh!, si pudiéramos constituirnos en defensores acérrimos de la

ley de Dios, ¡cuántos males podríamos prevenir! ¡Cuántos elementos de disolución social no apartaríamos! ¡Y qué cercana y segura estaría la curación de los pueblos tan enfermos!

B) El milagro de la Iglesia

a) intervenciones divinas en su favor

Hemos escogido a Jesucristo por rey nuestro, y no sólo le pertenece la humanidad toda, sino que su reino predilecto es la Iglesia. Y, como Jesucristo es el milagro perpetuo, el destino de la Iglesia es vivir de milagros: milagro en su fundación por un Crucificado, milagro en los gérmenes de su expansión, que es la sangre derramada por un Dios; milagro en sus conquistas, llevadas a cabo por la locura de la predicación: *per stultitiam praedicationis* [1 Corintios 1, 21]; milagro en su conservación en medio de toda clase de causas disolventes; milagro por el hecho de los sacramentos, efusión constantemente milagrosa del amor de Dios a los hombres; milagro en la perpetuidad de las promesas hechas a la Iglesia y su cumplimiento tan fuera de toda previsión humana. Tras esto, negar el milagro en el desarrollo del acontecer humano, no sólo es negar a Jesucristo, sino también el hecho, tan visible como el sol, de la existencia de la Iglesia.

b) su divina perpetuidad

Sí, la Iglesia estudiada sólo por la razón, constituye un hecho a la vez tan incontestable y tan repleto de aparentes contradicciones, una institución tan fuera de todos los postulados de la sabiduría mundana, que admitir el hecho de su existencia y no hallar la razón de su supervivencia en una causa divina, es aceptar en el seno de la humanidad la mayor locura en estado permanente y triunfador; es el máximo insulto cometido por algún genio maléfico a la dignidad humana.

C) Conclusión**a) la duración de las naciones en función de la Iglesia**

Comprenderéis que no me corresponde desarrollar esta proposición, sería extralimitarme. Por lo demás, para vosotros es algo evidente. Pero, ¿qué hemos de concluir? Que en medio del nacimiento, de las enfermedades y de la muerte de los pueblos, siendo la Iglesia eterna como la verdad en que se funda, la gran causa que debemos abrazar es la causa de la Iglesia junto con el milagro de su perpetuidad. Insisto a propósito en este aspecto milagroso, primeramente porque el respeto humano de ciertos católicos se obstina culpablemente en no tenerlo en cuenta; en segundo lugar, porque indudablemente el milagro no está prometido a ninguna otra sociedad sino a la Iglesia, y porque las sociedades que se adhieren a la Iglesia, aun sin contar con promesas de inmortalidad, hallan en su contacto con una institución imperecedera principios de duración que, desde el cristianismo en adelante, no encontrarán jamás en otra parte. El Apóstol vio en medio de la Jerusalén celeste el árbol de la vida, cuyos frutos son para los elegidos, pero cuyas hojas se destinan a la salud de las naciones: *et folia ejus ad sanitatem gentium* [Apocalipsis 22, 2]: los frutos para los elegidos, las hojas para los pueblos que quieren disfrutar de buena salud o recuperarla si la han perdido: *et folia ejus ad sanitatem gentium*. Nuestra política consistirá en recoger esas hojas saludables y llevárselas a los pueblos enfermos pero capaces de recobrar la vida gracias a ellas.

b) la política de la Iglesia por encima de todos los partidos, la única digna del religioso

La política, así considerada, se sitúa en niveles convenientes para los religiosos que pueden agruparse de todos los confines de la tierra; nadie se siente herido en su pundonor nacional. Pregonar los derechos de Dios, de Jesucristo, de su Iglesia

en todas las partes del mundo, tal ha de ser nuestro máximo afán. Quienes los propugnan son nuestros aliados; quienes los combaten son nuestros adversarios. En lo que la Iglesia, órgano de Dios, deja libertad, respetamos la libertad de cada cual; donde proclama obligaciones, con ella las proclamamos; donde condena, condenamos; donde declara la guerra, luchamos, sin preocuparnos por ver el fin de la batalla, seguros como estamos de la victoria final y sabedores de que, como San Pablo, si combatimos el buen combate, recibiremos la corona de la justicia de manos del justo Juez, en el día que él conoce.

III.- Dos advertencias finales

A) Unión posible entre la Ciudad de Dios y tales ciudades terrenas 5.- De todos modos y antes de concluir, tengo que hacer dos advertencias. La primera es que, aun desinteresándonos de los problemas netamente humanos, nos resultará imposible no toparnos con ciertas situaciones en las que la causa de la Iglesia y la de ciertos pueblos parecen estar íntimamente unidas. La Edad Media nos ha ofrecido no pocos ejemplos. ¿El primer emperador que tomó la cruz como estandarte de sus ejércitos debía recibir un trato diferente por parte de los cristianos, so pretexto de que él se estaba beneficiando con el triunfo seguro de la Iglesia? Los acontecimientos ulteriores nos han mostrado a los jefes de la Iglesia solicitando el apoyo de la espada temporal. ¿Podemos afirmar que se equivocó la Iglesia? Pero en ese caso, ¿en qué quedan las promesas de la asistencia divina: *omnibus diebus usque ad consummationem sæculi*, si erró por tanto tiempo en asunto tan capital, desde el punto de vista humano, como es el de la unión de la Iglesia y del Estado? Mas, si llevaba razón, ¿por qué no la seguiría teniendo?

No olvidemos que Jesucristo no abandona a su Iglesia; que siendo la causa de la Iglesia la del rey Jesús, es por consiguiente la causa de Dios, es la causa de la verdad y del bien, y que siempre que veamos a un pueblo defender dicha causa sincera y lealmente, podemos, con la Iglesia, tomar partido por ese pueblo.

B) Los pueblos, en especial Francia, se juzgan por la idea que los anima

La segunda advertencia es que los pueblos sólo viven como tales por un interés o por un ideal. Si viven por un interés, son comerciantes que hacen sus negocios. No tenemos que ocuparnos de sus ganancias o de sus pérdidas. ¿Tal vez roban? Entonces, a nosotros nos incumbe velar porque no roben más de la cuenta, y a ellos, que no se excedan en sus latrocinios. Pero, hay otros pueblos que viven por un ideal. Si éste es malo, hay que combatirlo sin cuartel; si es auténtico, el pueblo que lo defiende cuenta con la bendición de Dios.

¡Ay! Francia había recibido esta bendición, ¿qué ha hecho de ella? ¡Francia!, nació el día en que Clodoveo tomó en manos la causa de la divinidad de Cristo frente al caduco mundo romano y a la barbarie, sumidos ambos en el arrianismo. Se desarrolló en la planicie de Poitiers, cuando Carlos Martel hizo retroceder al islamismo que se cernía sobre Europa. Adquirió mucha gloria el día en que, mediante Carlomagno, afianzó el poderío externo del papado. Llegó a su apogeo el día en que San Luis, expirando sobre cenizas, exhalaba el último suspiro por la causa del sepulcro de Cristo en las playas africanas. Su misión fue siempre clara. La hija mayor de la Iglesia sabía, pese a algunas contiendas domésticas, defender por fuera la causa de su madre. ¿Habría dimitido de esa misión sin par en la historia? Observando lo que está ocurriendo podríamos temerle, y el ver a algún pueblo preparado para remplazarla, constituiría para nosotros momento de honda aflicción. Afortunadamente, no sur-

gen sucesores nuestros para tan noble tarea; la plaza sigue vacante, ocupémosla de nuevo y sepamos guardarla; ésta es nuestra única política como religiosos franceses, política en la que cualquier hombre verdaderamente cristiano no dejará de ayudarnos, si cumplimos nuestra tarea desinteresadamente, con fe, amor y veneración para con Jesucristo y su Iglesia.

Perdonadme si no soy más explícito. Situándome en el terreno que he elegido, hay que dejar cierta libertad de acción, con tal de mostrar inflexibilidad respecto a las grandes líneas que creo haberos trazado.

No olvidemos que si hemos de contar con el milagro en el destino de la Iglesia, el milagro tiene evidentemente influencia directa en lo tocante a la protección, recompensa o castigo de los pueblos fieles, indiferentes u hostiles. Desde semejante atalaya resulta fácil vislumbrar acontecimientos aciagos o gratificantes. Sea lo que fuere, acordémonos de que somos ante todo vasallos de Jesucristo, nuestro rey, ciudadanos de la Iglesia, nuestra patria, y que a ambos, a Jesucristo y a su Iglesia, debemos fidelidad, servicio, amor y hasta la vida.

Recibid, mis muy queridos Hermanos, el testimonio de mis sentimientos más respetuosos y tiernos en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

NOTA

(1) A la luz de la Revelación, de las enseñanzas de San Agustín en su "Ciudad de Dios" y del Concilio Vaticano sobre el misterio de la Iglesia, el P. d'Alzon bosqueja, en esta circular, una rápida, pero sugestiva teología de la Historia, para iluminar desde arriba los combates que emprendía entonces la Asunción en defensa de la Iglesia.

SÉPTIMA CIRCULAR

Nimes, 13 de julio de 1874.

La educación sigue pareciéndonos el medio más perfecto para preparar, en el mundo, en la vida religiosa y en el clero, una élite plenamente entregada a los intereses superiores de la Iglesia.

Mis muy queridos Hermanos,

He estado dudando bastante y por largo tiempo acerca de cuál sería el mejor plan a seguir en lo que tengo que exponeros tocante a la educación. ¿Debía considerar aparte la educación en los colegios y la de los Alumnos? ¿Debía plantear el problema en su conjunto, y demorarme en lo que de común tienen ambas modalidades de formación juvenil? Tras larga reflexión, he preferido partir de una base común y considerar luego ordenadamente las diversas facetas que presenta el gran problema de la educación cristiana y religiosa.

Voy a tratar: 1° del fin de la educación; 2° del maestro; 3° del colegio; 4° del primer Alumnado (Alumnado de gramática); 5° del segundo Alumnado (Alumnado de humanidades).

I.- Fin de la educación

Formación de Jesucristo en las almas Toda la educación cristiana y religiosa se resume en estas palabras de San Pablo a los Gálatas: *Filioli mei quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis* [¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros] [Gálatas 4, 19]. Formar a Jesucristo en las almas, tal

es el único objetivo de la educación; y, como Jesucristo alcanzó el estado de hombre perfecto: *in virum perfectum* [Efesios 4, 13], cuando hayamos situado a los jóvenes en el camino donde tengan la posibilidad de acercarse a las perfecciones del Hombre-Dios, les habremos procurado la más admirable preparación para la vida. A mi parecer, el objetivo más perfecto de la educación es: el conocimiento de Jesucristo, según todo lo que él es y según su acción humana y divina; el amor a Jesucristo, partiendo de las huellas de sus beneficios para con nosotros y de su belleza teándrica; la entrega a Jesucristo, según los derechos soberanos de nuestro Rey; las recompensas que nos ofrece y la práctica de los deberes y virtudes que fluyen de nuestro trato con Jesucristo así considerado.

Tomando por modelo a Jesús adolescente Y como, para no desviarnos, es útil ir tras sus huellas, ¿comprendemos por qué no quiso el

Hijo de Dios salir perfecto, al igual que el primer Adán, de manos de su Padre, sino que prefirió nacer de una humilde mujer, experimentar los pañales e imperfecciones de la niñez, ir creciendo poco a poco y manifestarse así gradualmente a los hombres? La formación de la niñez revestía demasiada importancia para que dejase el niño Jesús de proponerse como modelo de esta formación. El misterio de la santa infancia y de todo cuanto a la misma se refiere debe ser objeto frecuente de meditación por parte del maestro cristiano. ¡Cuántas enseñanzas no sacará de esos detalles que, a primera vista, parecen no tener nada que ver con la educación!

II.- El maestro

A) Su vida tiene que ser: Jesucristo “Yo os he dado ejemplo, decía el divino Maestro a sus apóstoles, a fin de que hagáis vosotros lo que yo he hecho” [Juan 13, 15]. Y en otro lugar: “Jesús

empezó a obrar y a enseñar: *cœpit Jesus facere et docere*" [Hechos 1, 1]. La educación, lejos de ser pura teoría, es ante todo enseñanza práctica de cada día y de cada momento. No me cabe en la mente que un maestro cristiano no tenga continuamente, no sólo en los labios, sino en el corazón estas palabras del Apóstol: *vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus* [y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí] [Gálatas 2, 20]. Cuando Jesucristo vive en un maestro, a éste le resulta fácil mostrar constantemente al divino Modelo, máxime si añade: *mihi vivere Christus est et mori lucrum* [para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia] [Filipenses 1, 21]. El maestro, para quien vivir es Jesucristo, lleva consigo el doble sello del espíritu sobrenatural y del desinterés.

**Por encima de todas
las miserias de este
mundo**

Si su vida entera es Jesucristo, si está con Jesucristo escondida en Dios, ella se eleva necesariamente por encima de todas las

miserias de la tierra y adquiere en Dios, por Jesucristo, un sello divino; y si la muerte es para él una ganancia, es que está enteramente desprendido de todo lo terreno; su galardón no es de este mundo. Si lo pusiera en las cosas perecederas, al arrebatárselas la muerte, ésta no representaría para él ganancia alguna. Mas, si por el contrario, se nota en él menosprecio por lo caduco, la gloria, el pundonor, por toda susceptibilidad, todo beneficio, todo interés material, toda satisfacción de bienestar; si ninguna mancha de lodo humano empaña el cristal de pureza a través del cual Jesucristo, al vivir en él, lanza los rayos suaves y fuertes de su luz y de sus llamas, ¡oh!, entonces será fuerte, fecundo, apto para formar a Jesucristo en los niños, por quienes su cariño se complacerá en sufrir no sé qué alumbramiento misterioso cuyo fruto será algo así como una nueva encarnación de Jesucristo en las almas: *donec formetur Christus in vobis* [Gálatas 4, 19].

B) Grandeza de su misión Ciertamente, hay que arrostrar aquí una tarea ardua, pero ¡qué honor para un hombre sentir el llamamiento de Cristo para la más admirable de las tareas! ¿Qué es la obra de los seis días, si la comparamos con la de la educación cristiana? Y si nos enseña la teología que el acto de la Redención supera con mucho al de la creación, ¿cómo hemos de ponderar el honor que se nos hace de ser colaboradores en la salvación de los hombres?

comparada con la de los apóstoles Mas, ¿acaso no se podría decir que todas estas observaciones se aplican a cualquier hombre revestido de un carácter o de una misión apostólica? Por supuesto, y de por sí ya es un gran honor que se nos compare con los apóstoles: tenemos que serlo efectivamente. Con todo, importa reseñar algunos matices positivos. El maestro cristiano es apóstol por su celo, las virtudes y el objetivo; sólo que el apóstol como tal tiene un campo de acción más vasto, el del maestro cristiano es más reducido; el apóstol se dirige a las masas de las que surgirán los santos, el maestro cristiano tiene que esforzarse por formar santos, aunque no siempre lo logre; por tener menos almas que modelar, ha de formarlas con mayor esmero; es un escultor cuyo cincel presuroso no labra en piedra vulgar numerosas estatuas esbozadas para que las contemplen de lejos; su buril ha de penetrar en el mármol, y su obra está reservada para ornamento del templo de Dios, y tal vez incluso de su santuario; lo que le obliga a trabajar con mayor perfección, ya que se le exige, por decirlo así, no tanto obras sin más, sino algunas obras maestras. El apóstol actúa sobre el conjunto, aunque tenga luego que retomar su trabajo con algunos en particular; el maestro cristiano actúa ante todo sobre un conjunto muy reducido, cuyos miembros ha de retomar individualmente si desea realmente formar a Jesucristo

en esos corazoncitos, en los que tiene que extirpar tantos gérmenes nocivos unos tras otros antes de poder esparcir en ellos el grano de trigo candeal por excelencia, Jesucristo, semilla de santos.

de entrega absoluta Después de todo esto, declaro muy gustosamente que el maestro cristiano tiene que ser, por encima de todo, hombre apostólico. ¡Con qué oraciones, con qué llantos, con qué penitencias no debe acompañar su acción externa! El maestro que no reza mucho, que no padece mucho por los niños, que no se desvive por la educación, será un hombre brillante, distinguido, aplaudido y exitoso; mirándolo bien, no dejará de ser un maestro mediocre, común, estéril para Dios; será un mercenario. ¡Dios nos libre de semejantes maestros! La esencia del maestro auténtico se encierra en esta única palabra: entrega, saber entregarse totalmente: *libenter impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris* [2 Corintios 12, 15].

III.- El colegio

A) Su fin: con mucha paciencia Esperar convertir el colegio en antesala celestial para cuantos vinieren a llamar a su puerta, sería una pretensión absurda que Jesucristo, para consuelo nuestro, ha iluminado poderosamente al decir: *Nonne duodecim vos elegi, et unus vestrum diabolus est?* [Juan 6, 70]. Por lo tanto, hagamos lo que hagamos, entre nuestros alumnos tendremos demonios, lo que no ha de ser óbice para que trabajemos porque sean ángeles. Jamás han de detenernos las dificultades. ¿No tuvo que cargar Nuestro Señor con la rusticidad, torpeza e incredulidad hasta de los mismos apóstoles? A cada instante saltaban con las más absurdas aspiraciones de precedencia, de dignidad, de ambición, de rivalidad; a cada paso nos percatamos de que no entendían: *ipsi autem nihil horum in-*

tellexerunt [Lucas 9, 45]. Ciertamente, el maestro cristiano tiene que ser paciente, pero jamás lo será tanto como su divino Maestro.

Demos por sentado que los niños que tenemos a nuestro cargo no son perfectos. De serlo, ¿para qué nos los habrían confiado? ¿Para que les enseñemos algo de latín, de griego, de historia o de física? Para eso serían más que suficientes profesores contratados que enseñan por dinero.

formar al “hombre nuevo”

El primer hombre fue modelado por la mano creadora a partir de un poco de lodo. Pues sí, los alumnos de un colegio son esa masa, a veces y desgraciadamente fangosa, pero en la que el maestro cristiano, imitando a Dios, insufla el espíritu de vida: *spiraculum vitae* [Génesis 2, 7]. Mas, para comunicarlo hay que poseer este soplo. ¡Ay! ¡Cuántos maestros carecen de él y ni siquiera se dan cuenta que están desprovistos de él!

Fijaos, os lo ruego, en una diferencia, que honra al maestro cristiano, entre la formación del hombre en el paraíso terrenal y la del hombre nuevo en la Iglesia. *Primus homo de terra terrenus, secundus homo de caelo caelestis* [1 Corintios 15, 47]: por muchas vueltas que le deis al término *terrestris*, vosotros tenéis que formar hombres celestes, según vuestro modelo, Jesucristo, que está en vosotros y ante vosotros: *aspicientes in auctorem fidei et consummatorem Jesum* [fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe] [Hebreos 12, 2]. Para alcanzar una obra tan sublime, se impone una ardua tarea.

**B) Sus medios: 1º
el conocimiento de
Jesucristo**

Hay que conocer a Jesucristo y, como lo decía en otro lugar, sólo se habla convenientemente de lo que se conoce bien. Aprendemos a conocer a Jesucristo por el estudio y la meditación: imposible, sin la conjunción de ambos medios, conocer bastante al divino Maestro como para hablar de él adecuadamente.

El estudio de Jesucristo es algo bueno, pero no exento de cierta aridez. La meditación sin estudio concreto se difumina en una vaguedad de falso misticismo. El estudio y la oración aunados producen óptimos frutos. ¡Ay! ¿acaso no nos enseña la experiencia que, si se forma tan mal a Jesucristo en el corazón de los niños, es porque se confía el trabajo de la formación a maestros que no rezan o no estudian o bien que muy a menudo ni rezaron ni estudiaron?

2º el amor a Jesucristo Hay que amar a Jesucristo: cuestión trascendental. ¿Cómo es que, en general, los niños aman tan poco a Nuestro Señor? Cabría dar una punzante razón contestando que ya no quieren a aquél que se complace en solazarse en medio de azucenas, por haber perdido ellos la azucena de la inocencia; ¡qué amarga verdad! ¿Podemos afirmar que los alumnos no aman a Jesucristo porque los maestros le aman demasiado poco? Ya que, en estos coloquios íntimos, debemos ir al fondo, ocultemos el rostro y confesemos que tal es la verdadera causa del menguado amor de nuestros niños para con el divino Maestro. El maestro cristiano, en medio de los niños, debería tener siempre presente en la mente a Jesucristo cuando interroga a San Pedro en el momento en que va a confiarle el magisterio supremo de la Iglesia: *Simon Joannis, diligis me plus his?* [Juan 21, 15]. Una primera y una segunda vez le confía el Señor los corderos del redil. A la tercera pregunta se entristece Pedro y, en un arrebato amoroso, exclama: *Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te, y Jesucristo le replica: Pasce oves meas* [Juan 21, 17]. La medida del amor a Jesucristo debería ser y será siempre la de la acción sobre las almas en la Iglesia y en la escuela.

3º el espíritu de oración Obras son amores. Si formamos a Jesucristo en las almas de los alumnos, no sólo lo amarán sino que lo invocarán. Permitidme que os haga una confesión

en forma de pregunta. ¿No os he dado un mal ejemplo al no haberos exhortado un poco más a formar a los niños en el espíritu de oración? Y si los formamos tan poco a este espíritu, ¿no será debido a que nosotros mismos somos demasiado poco hombres de oración? Os ruego encarecidamente que penséis en ello y ponderéis las consecuencias tan terribles para los educandos y la responsabilidad con que cargamos desarrollando tan poco en nosotros la vida de oración, lo que hace que sea casi nula en los demás; y siendo así, ¿cómo vamos a esperar que se forme Jesucristo en las almas que tenemos a nuestro cargo?

4º la práctica de las virtudes Obras son amores. El conjunto de esas obras constituye la práctica de las virtudes, siendo cada una de ellas una imitación más particular de las perfecciones de Jesucristo. ¡Qué materia de perfección para nosotros mismos! ¡Qué predicación más viva para los niños! ¡Ah, es verdaderamente la ocasión de volver a Jesucristo, actuando primero y enseñando después!

según el espíritu de la Asunción No necesito recordar las virtudes más particulares que constituyen el espíritu de la Asunción; ya hablé de esto en otro lugar, inútil insistir de nuevo. Sólo recordaré que, ante todo, hemos de cultivar nosotros mismos y hacer cultivar a nuestros niños un gran espíritu de fe, de franqueza, de sacrificio y de iniciativa. Aparte de esto, me parece absolutamente indispensable que les dejemos cierta libertad de desarrollo y no les aplastemos bajo un molde idéntico.

resumido en el triple amor No olvidemos, sin embargo, los tres grandes principios que hemos de inculcarles sin cesar: el amor a Jesucristo, el amor a la Santísima Virgen, guardia-

na de su pureza, y el amor a la Iglesia, noble causa por la que enardecerles, con la seguridad de que la preocupación por los futuros combates los reconfortaría en medio del aburrimiento de ciertos estudios, les proporcionaría sanas distracciones, un refugio contra el hervor de la sangre juvenil y contra las seducciones del mundo y de Satanás.

¡Cuántas vocaciones se formarían entonces espontáneamente! ¡Cuántos jóvenes llegarían fácilmente a ser héroes, seducidos por la grandeza, por la belleza del objetivo, por los peligros a superar para su logro, movidos por este triple móvil: el amor a Jesucristo, que les habríamos inculcado, el amor a la Santísima Virgen y a todas las virtudes escondidas bajo su regio manto celestial, el amor a los combates de la Iglesia y a las persecución que habrá que sufrir por ella! Sería fácil, en verdad, pero bajo una condición: que seamos nosotros mismos héroes por Jesucristo.

5° La corrección de los defectos, gracias sobre todo a la Eucaristía

He omitido hablaros de los defectos por corregir, de los abusos por reformar; esto está supeditado a una vigilancia constante y a un trabajo perseverante. El amor a Jesucristo, fuente de todo bien para el hombre regenerado por él, implica odio al mal y su extirpación del corazón. Dios pronunció la última palabra acerca de la educación cuando, arrojando a Adán del paraíso, le anunció que la tierra no le produciría más que espinas y abrojos: *tribulos et spinas germinabit tibi* [Génesis 3, 18]; que él necesitaría pan para vivir y que se lo ganaría con el sudor de su frente: *in sudore vultus tui vesceris pane* [Génesis 3, 19]. Nosotros también necesitamos pan; y no menos los niños. A nosotros nos incumbe proporcionárselo, y al mismo tiempo enseñarles a procurárselo más tarde. Este pan, tan necesario para nosotros y para nuestros alumnos, es ese pan supersubstancial del que se habla en San Mateo. Tal es nuestra piedra de toque; impulsemos hacia ese

pan, inspiremos hambre de él; que con nuestras lecciones y mediante nuestros ejemplos, sobre todo, aprendan nuestros queridos jóvenes a ganárselo con el sudor de su frente, mediante la lucha contra sus defectos, sus vicios, sus hábitos culpables; formémoslos para estos íntimos quehaceres, pero mostrándoles ese pan admirable, fuerza de los débiles, alimento de los fuertes, verdadero pan de los ángeles. El joven que comulga a menudo y por propia iniciativa, bajo el único impulso de la gracia de Dios, lleva en sí mismo el germen de la perfección. Nos dejará y seguirá queriéndonos; mas, aunque nos olvidara, extremo éste al fin y al cabo sin importancia, habremos cumplido nuestra misión, ya que lo que falte seguirá completándolo Jesucristo en la comunión. Habremos hecho de él un cristiano, habremos formado en él a Jesucristo; éste, volviendo a él mediante la Eucaristía, se encargará de transformarle en santo.

**C) Dos breves
consignas:**

**a) estudiar las
peculiaridades de cada
niño**

Naturalmente, lo que os estoy esbozando acerca de la educación está lleno de lagunas. No he mentado, por ejemplo, cómo ha de estudiar el maestro las peculiaridades de cada niño,

extirpar ciertos defectos, reparar en lo bueno de su naturaleza para desarrollarlo, y forjar caracteres según un patrón común, a la par que diverso. Jesucristo posee en sí todas las perfecciones; los santos, sólo ciertas virtudes en grado eminente, reproduciendo así al divino Modelo bajo muchos aspectos. Lo que vemos en los santos hemos de verlo en las almas de los niños. Los santos tuvieron que dominar ciertos vicios innatos, rechazar ciertas tentaciones, y así adquirieron un orden especial de méritos. Lo mismo se impone en la tarea educacional. Importa formar a Jesucristo, pero conforme a la naturaleza en la que se le pueda reproducir: oro, plata, bronce, mármol, piedra o madera.

Esto constituye el objeto de un estudio muy asiduo. Con todo, no dejará de ser cierto que, cuando el maestro, con su entrega y santidad, haya inspirado una gran confianza en sus alumnos, lo que éstos reproducirán más fielmente y más fácilmente, será su propia persona.

b) instruir partiendo sobre todo de la belleza cristiana No tengo que tratar aquí de la instrucción; quiero, sin embargo, que os fijéis en el hecho de que el estudio de Jesucristo, si

se lo realiza bien, puede ser fuente de inspiración cristiana. ¿Hay algo más bello y admirable que Dios, accesible al hombre gracias a su unión con la humanidad? ¿Hay algo más grande que la proyección de dicha belleza divina a través de todos los tipos de belleza, de grandeza, de finura moral que nos brindan todos los santos? Y teniendo que estudiar estos modelos, me pregunto si a uno le queda tiempo para estudiar los modelos paganos. Quizá radique en este punto la última palabra de una célebre controversia.

No proscribimos todo lo que no sea literariamente cristiano; admitimos que se puedan hallar en esos escritos lo que algunos estudiosos pretenden descubrir. Mas, los filones cristianos por explotar son tan ricos y la mina tan inagotable, que no disponemos de tiempo para dedicarnos a otra cosa. Cuando hayamos escudriñado todo el ámbito de las bellezas sobrenaturales y nos hayamos compenetrado de este orden admirable, situado sin duda por la revelación bajo el cielo, pero muy por encima de la tierra, podremos echar una ojeada a la estética naturalista, conforme la entiende el mundo pagano. Mientras tanto, nos pasaremos de ella, tan sólo porque sería malgastar tiempo.

La noción de belleza cristiana, estudiada en su aspecto más eminente, constituye evidentemente un modelo de educación muy poderoso. En el momento en que el alma se prenda de los encantos de la verdad y se abandona

a las emociones de un orden más puro, entonces ella se purifica, se perfecciona, encuentra en sí misma menos gusto y atractivo por las sensaciones inferiores. Mucho tiempo sería necesario tal vez para explicar las relaciones entre el ser, la verdad, el bien y la belleza, tales como componen la substancia divina y se revelan en Jesucristo. No obstante, cabe encontrar en estos breves apuntes, infinitos temas para una literatura sana, tonificante, superior, elemento precioso de la educación tal como deseáramos poderla realizar. Por Dios, mis queridos Hermanos, estudiad el tema de la enseñanza bajo este enfoque; os quedaréis asombrados de los resultados que obtendréis.

IV.- El Alumnado de gramática

Finalidad de los Alumnados

No os he hablado más que de la educación en los colegios; huelga agregar que la esencia de lo que he estatuido se aplica también a los Alumnados. Sin embargo, es necesario precisar algo más las peculiaridades de esta institución especial.

Al fundar los Alumnados, nos hemos propuesto formar niños con miras al sacerdocio, sea en el ministerio parroquial, sea en el clero regular. Nos hemos dirigido a las familias que, dado sus haberes modestos, no pueden sufragar el coste total de la pensión de sus hijos, dejando los Seminarios Menores para los niños cuyos padres disfrutaban de suficiente desahogo económico como para correr con los gastos de la educación.

Mas, ¿no es arriesgado hacerse cargo de los niños expuestos por su misma pobreza a carecer de una cierta nobleza de sentimientos? A esta objeción hemos respondido primeramente que Jesucristo, nuestro modelo, formó el primero de todos los seminarios, siendo él mismo su Superior, con artesanos bien pobres e incultos, y en segundo lugar, que la educación tal como la ideábamos en los Alumnados se orientaba precisamente a obviar semejan-

te escollo, tan real, desgraciadamente, en los Seminarios Mayores y Menores.

Su sello particular El Alumnado, formado de niños pobres que desean ser sacerdotes e incluso religiosos, ha de tener su carácter particular.

1° Importa que se cultive en él la piedad con toda sencillez y franqueza.

2° Ha de exigirse una vida austera, dura, cual conviene a niños educados pobremente.

3° Los estudios cristianos han de ocupar aquí un puesto casi exclusivo, especialmente el estudio del latín y del griego, las dos lenguas de la Iglesia.

4° El trabajo manual ha de preparar para los trabajos de los futuros misioneros.

5° Las ceremonias de la Iglesia constituirán sus mayores alegrías y, como decía un ilustre obispo, los niños habrán de ser hombres de Iglesia, viviendo sobre todo muy eclesiásticamente.

6° Los Superiores de los Alumnados deberán devolver a sus familias a los niños que consideren poco aptos a recibir el espíritu de la institución y a plegarse a la regla común: *nonne modicum fermentum totam massam corrumpit?* [1 Corintios 5, 6].

Cualidades requeridas a los alumnos 7° Importa exigir a los niños una cierta capacidad. De aquí la necesidad de exámenes previos

a la admisión en el Alumnado. Para admitir a un niño, además de los requisitos consignados en el pliego de condiciones, ha de gozar de buena salud, de una inteligencia superior a la normal, tener un carácter dócil y sobre todo franco, y demostrar un muy hondo aprecio por la grandeza de su vocación; necesita tener una perseverancia constante, cierta alegría en el servicio de Dios, prontitud en obedecer, estima del reglamento, un espíritu abierto a la par que serio, y como rezan nuestras Constituciones, estar

dispuesto a hacer el sacrificio de sí mismo. Si al término del primer Alumnado, se presentan los alumnos al segundo con estos requisitos, cabe esperar que se mantengan sus progresos, y que su vocación afianzada los disponga a ser sacerdotes fervorosos y útiles, santos religiosos, en una palabra, varones auténticamente apostólicos.

V.- El Alumnado de humanidades

Examen de las disposiciones de los alumnos

No viene al caso tratar aquí de los conocimientos requeridos para pasar del primer Alumnado al segundo. Lo que ha de acaparar nuestra atención es saber si todos los alumnos han de pasar de una casa a otra sin previo examen. La atención de los Superiores se mantendrá muy alerta al respecto. Un niño que ingresa en el segundo Alumnado se eleva a un mundo nuevo; ha de ser, por lo tanto, objeto de un estudio muy riguroso; el Superior de la Obra tiene el deber de averiguar con sumo cuidado y detenimiento:

1° Cuál es el carácter del recién llegado; cuáles sus inclinaciones; qué combates ha entablado contra sus defectos; qué derrotas ha sufrido y qué victorias ha logrado; qué virtudes empiezan ya, no sólo a germinar, sino a crecer en su alma.

2° Hacia qué objetivo científico propende con más gusto su inteligencia: literatura, historia, filosofía, ciencias sagradas, matemáticas o naturales; qué aptitud tiene para hablar o escribir; cuál es el alcance de su mente, su constancia en el trabajo, su tenacidad ante los obstáculos.

3° A qué grado de piedad ha llegado, cuáles son: su gusto en frecuentar los sacramentos, el fruto que saca de las lecturas piadosas, su deseo de vivir mortificado,

los sacrificios que se impone, su asiduidad en visitar al Santísimo, su disposición para una vida sacrificada.

4° Es el momento de inculcarle amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen y a la Iglesia. Su corazón debe inflamarse ya en la oración por todo lo referente a los intereses de Dios. Siempre que lo permitan la disposición de los locales y el número de profesores, es el momento de formarle a la vida de oración, facilitándole de vez en cuando algunos retiros. Es la hora también de hacerle sentir de una manera reflexiva y concienzuda la belleza de su vocación, la grandeza del objetivo que se da a su vida, la bondad de Dios, que tiene a bien servirse de un instrumento tan miserable como él, el convencimiento íntimo de su nada y, sobre todo, el celo inmenso que ha de animarle en el servicio de Nuestro Señor.

5° El término del segundo Alumnado corresponde a la edad de las pasiones. No es extraño que los chicos, al entrar en la juventud, comiencen a sentir ciertas rebeliones de los sentidos. Quizá acarreen éstas abandonos dolorosos; quizá una sabia dirección transforme también en provechosa alguna prueba como necesaria. En esta etapa tan importante, gravísimos son los deberes que pesan sobre los religiosos encargados de esas almas sometidas a una crisis, origen de tantos desastres. La devoción a la Santísima Virgen, la frecuencia de los sacramentos, algunas práctica de penitencia y estudios más tenaces, pueden constituir medios poderosos para vencerse a sí mismo. En esos momentos se necesita sobre todo una inmensa compasión, un corazón magnánimo y muy paternal, ternura y fuerza, prudencia a la par que audacia, pero principalmente es necesaria una gran unión con Nuestro Señor y una profunda pureza de alma. Es la hora del alumbramiento. Tal estado se prolongará sin duda en el noviciado; mas, tengo la certeza que a los novicios educados por nosotros en los Alumnados, el noviciado

les resultará mucho más fácil y más seguro su resultado, sea cual fuere el camino que elijan bajo la mirada de Nuestro Señor. Podrán militar en distintas armas; pero siempre tendrán el mismo espíritu, siempre se les encontrará en la brecha.

Retrato del joven al salir del Alumnado

Podríamos representarnos ahora no sólo al estudiante que sale de las manos de sus primeros maestros para pasar de manera más o menos natural de la vida preparatoria de los estudios clásicos a los estudios teológicos en el Seminario, sino también al joven tal como le han debido de formar auténticos Superiores de Alumnado. Todo lo habré compendiado al presentarlo como bello esbozo de Jesucristo, preparado para recibir en el Seminario o en el Noviciado trazos más puros, más nobles, más delicados, más distintivos. La perfección ha de manifestarse desde sus albores: es una cierta lozanía de virtud, de impulso hacia el don de sí mismo, de pasión por el sacrificio, de disposiciones generosas, que al regularlas el Noviciado las hará más fecundas. Del joven al salir del Alumnado ha de poder afirmarse lo que en el libro de Job el Espíritu Santo dice del caballo: *Ubi audierit buccinam, dicit: Vah? Procul odoratur bellum* [Job 39, 25].

No vayáis a creer, mis queridos Hermanos, que me lanzo aquí a descripciones más o menos poéticas. El joven, dispuesto a ingresar al Noviciado, sin la llama sagrada del amor a Nuestro Señor y sin entusiasmo por los combates de la Iglesia, quizá llegue a ser un sacerdote bueno, piadoso, regular, modesto, mediocre y común; jamás será un verdadero hijo de la Asunción. No me lo figuro, ciertamente, como ya perfecto, pero sí lo quiero con los elementos necesarios para llegar a serlo. ¿Cómo podrá comunicar la llama si no la tiene? ¿Y cómo impulsará a la acción, si está dormido? ¿Inspirará grandes empresas

para defender a la Iglesia, sin estar al tanto de las pequeñas? ¿Formará santos, no siendo él mismo santo, o al menos, capaz de serlo rápidamente, en el momento en que me lo imagino?

Si Dios, en su misericordia, bendice nuestros esfuerzos en la organización de los Alumnados, tengamos mucha esperanza. La Congregación, dirigiéndose a los encargados de estos plantíos de religiosos, podrá decirles: *Filii tui sicut novellæ olivarum in circuito mensæ tuæ* [Salmo 128, 3] y estos renuevos vigorosos serán, no para ellos, sino para toda nuestra familia.

**Obligaciones
impuestas por la obra
de los Alumnados**

De aquí los deberes que se nos imponen a todos:

1° Hemos de convencernos de que Dios, merced a un beneplácito en todo y por todo providencial, ha querido depositar el futuro de la Congregación especialmente en los Alumnados. Algo inimaginable hace tres o cuatro años. Un ave de paso sembró esta idea cual semilla extraña; mas, gracias a Dios, ha fructificado. Demos gracias a Dios por haberla hecho germinar tan bien.

2° Hemos de pedir mucho por los Superiores de los Alumnados por ser inmensos su trabajo y su responsabilidad. Siendo cierto cuanto acabo de establecer, de ellos depende sobre todo el fervor o la decadencia, el florecimiento o la muerte de la Congregación.

3° Hemos de rezar y hacer rezar por los muchachos de los Alumnados. Se merecen todos nuestros desvelos y todo nuestro cariño. Los Alumnados son como los nidos de nuestra familia espiritual. En ellos se van preparando las generaciones que recogerán nuestra herencia. Tenemos que encomendarlos a Dios continuamente en la oración, el Oficio, la Misa, en nuestras penitencias, trabajos y buenas obras. Una vez más, el Alumnado bien llevado

facilitará Noviciados llevaderos en los que el desarrollo de las virtudes religiosas se operará como naturalmente, bajo el impulso del primer movimiento bien dado, y que se irá prolongando a lo largo de los últimos años de probación de nuestros jóvenes religiosos.

4° Por último, hemos de procurar a nuestros Alumna- dos, –puesto que el hombre necesita pan, aunque no sólo viva de pan–, recursos materiales, sin excesivas preocupaciones, pero sí con una previsión que no excluye el abandono a la voluntad de Dios. No nos faltan, al parecer, dichos recursos, y la Providencia va abriendo cada día más generosamente su mano sobre estas casas tan queridas. No seamos ávidos en demasía, antes bien, con el pensamiento puesto en estos pobres niños que cuentan con nosotros, sepamos decir a veces: *Unde ememus panes, ut manducent hi?* [Juan 6, 5]. Necesitan cobijo, vestido, pan. Digamos a la Providencia: *Unde ememus?* Dirijámonos siempre a ella y oremos. Dios se encargará de lo demás, con tal que, desde nuestra pobreza religiosa, digamos con fe: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie* [Mateo 6, 11].

Conclusión general Me he alargado más de la cuenta, queridísimos Hermanos, no me lo echéis demasiado en cara. ¿Existe pensamiento más dulce que el de trabajar en la preparación de las almas para la perfección del santuario o del claustro? ¿Es muy temerario afirmar que, si el clero secular no es todo lo que podría ser, el mal proviene de los Seminarios Menores? ¿Podríamos preciarnos de ayudar a una reforma indispensable, si no queremos que la sal de la tierra se vaya volviendo más insípida? ¿Podrá el ejemplo de la educación impartida en nuestros Alumnados influir favorablemente en la renovación de los años iniciales de la educación eclesiástica?

Mas, esto sólo nos atañe indirectamente. Lo que sí nos importa ante todo es la renovación de nuestro espíritu religioso.

El deber de preparar una generación de santos nos obliga a comprometernos a una mayor santidad. Si la vista de los mayores constituye un elemento de formación para los más jóvenes, la necesidad de edificar a estos queridos muchachos nos impulsará a darles más numerosos ejemplos de virtud. Que Nuestro Señor, a quien ellos conocerán por medio de nosotros, se comunique a vuestros corazones e inteligencias, de tal forma que todo cuanto vean en vosotros se convierta en una formación perpetua de Jesucristo en lo más íntimo de su ser.

Recibid, mis muy queridos Hermanos, la expresión de todo mi respetuoso afecto en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

Formación de los religiosos jóvenes

El tema de la formación de los religiosos jóvenes se volvía una de las grandes preocupaciones del momento. El noviciado de Le Vigan había visto desfilar como un relámpago a un buen número de vocaciones y se deploraba más de una defección entre los religiosos jóvenes. El P. Hippolyte, que acumulaba las funciones de ecónomo general, maestro de novicios, Superior de las Oblatas de Le Vigan, y que encontraba el medio de entregarse a múltiples ministerios externos, se veía claramente desbordado. A todo esto, los Alumnados aportaban sus primeros contingentes preciosos que no se podían desperdiciar mediante una formación más o menos acelerada. Era hora de organizar las bases mismas del Instituto.

Una reunión a cuatro bandas, –los Padres d’Alzon, Picard, Hippolyte y Manuel Bailly–, es convocada en Nimes para los días 26 a 28 de octubre de 1874. Para orientar esos debates, el Padre d’Alzon redactó esta octava circular, desde Lavagnac, a principios de octubre. Tras la reunión de Nimes, la mandó a los demás miembros de los Capítulos Generales.

OCTAVA CIRCULAR

Nimes, 8 de noviembre de 1874.

Mis muy queridos Hermanos,

Abordo aquí uno de los asuntos más importantes que podemos tratar, quizá el más importante, ya que de él depende todo el fervor e incluso la vida misma de nuestra familia. Os voy a hablar del noviciado. Dividiré todo lo que voy a someter a vuestra consideración en cuatro puntos principales. Hablaré:

- 1° Del noviciado en general.
- 2° Del Maestro de novicios.
- 3° De los novicios.
- 4° De la formación de las almas en el noviciado.

I.- El noviciado

Interés por el noviciado

De aquí en adelante el noviciado tiene que ser el nido de la Congregación; a él deben volver todos los religiosos gozosamente como al lugar de su formación religiosa. Fomentarán su prosperidad, sea preocupándose por preparar candidatos, sea procurándole los recursos indispensables.

Os ruego examinéis si es preferible tener noviciados establecidos o dejar este asunto en manos de la Providencia. Si no se fundan los noviciados, huelgan los bienes raíces.

Grave es el interrogante que se nos plantea, averiguar si es oportuno multiplicar los noviciados. Posiblemente sea preferible tener uno solo, al menos en los comienzos. Es el medio más eficaz para mantener el espíritu de unidad, que se vería menos favorecido en la multiplicidad

de noviciados. La única ventaja de varios noviciados es la de poder enviar a un candidato de un noviciado a otro para probarlo de nuevo; mas, enseña la experiencia que un aspirante que fracasa en uno rara vez da satisfacción en otro (1).

Los religiosos mayores, sobre todo, han de sentir especial cariño por los noviciados. Sin entrometerse en la intimidad del gobierno, tomarán a pecho cuanto se encamine a erradicar los abusos nacientes y avivar el fervor y el espíritu de la Congregación. Pero, con el fin de evitar conversaciones inútiles, conténtense con informar al Superior General de lo que saben (2). Éste, hecha la averiguación, se servirá de esas confidencias con la prudencia de rigor y en el momento oportuno. Es muy de desear que esté abierto el noviciado a frecuentes visitas del Superior General, con el fin de que pueda darse cuenta personalmente de lo que cabría hacer en él para mayor beneficio, sea de los novicios que en él residen, sea de la Congregación para la que son tan necesarios jóvenes religiosos fervorosos e inteligentes.

El tiempo del noviciado ha de emplearse en una esmeradísima formación para la vida religiosa. En consecuencia, en cuanto exista la posibilidad de pasar allí los dos años fijados en las Constituciones, será de suma importancia imponérselos a los novicios.

Aspecto del noviciado El noviciado ha de ser un lugar donde se practiquen escrupulosamente:

1° El silencio y el recogimiento. Sin el hábito del silencio, jamás habrá vida interior, ni esa vida apartada del mundo indispensable al religioso que ha de conversar con el cielo.

2° La oración. A los novicios se les darán diversas ocupaciones, pero la más importante para ellos es la de aprender a rezar, con el objeto de que puedan hallar en

la oración las luces y las fuerzas que tanto necesitarán más tarde como religiosos en las difíciles coyunturas de la vida apostólica a la que se destinan.

3° La obediencia. Cuanto más se desarrolle la Congregación, más necesario será el vínculo de la obediencia. Lo que se hace actualmente por afecto a los Superiores tendrá que hacerse ante todo por espíritu de fe, base de la verdadera obediencia, y por un sentimiento de caridad sobrenatural, despojado a veces de toda suavidad. Al salir del noviciado, los jóvenes religiosos tendrán que tener una voluntad tan moldeada que anhelan una sola cosa: cumplir la voluntad de Dios, manifestada por los Superiores.

4° La más absoluta pobreza, según el espíritu de la Regla.

5° La reforma del carácter. Tarea indiscutiblemente de toda la vida. No obstante, sabido es que, si esta reforma es emprendida enérgicamente durante el noviciado, los esfuerzos serán más tarde mucho más fáciles de traducir en todos los detalles de la vida.

6° Las costumbres religiosas. Cada Orden, cada Congregación tiene sus propios hábitos. Nosotros empezamos a tener los nuestros, ¡aunque necesitan modificaciones y mejoras! Es imperioso preparar reglamentos particulares que no voy a explicitar en esta carta, pero cuya necesidad me interesa hacer constar.

7° La vida de sacrificio y de absoluta renuncia al amor propio. Lo que más hemos de detestar es el espíritu personal. Hay que esforzarse por descubrirlo, acosarlo y aplastarlo mediante la humildad; de lo contrario, los candidatos serán expulsados del noviciado sin contemplaciones, luego de haber referido el caso al Superior General.

8° El afecto cordial de los novicios entre sí y el respeto hacia los mayores. Tenemos que querernos y respetarnos

mucho. Tal es el espíritu sugerido por Nuestro Señor a los apóstoles en sus recomendaciones más encarecidas.

9° Finalmente, el aprendizaje de toda perfección, según el espíritu de la Asunción. Palabra que lo abarca todo. No por eso deja de ser cierto que poseemos nuestra razón de ser, y que sería arriesgadísimo no dejarse formar conforme a los principios que presidieron al nacimiento de nuestra familia. Interesa no permitir que, bajo ciertos pretextos, se salga de nuestros principios característicos, sin cuya aplicación nada somos como Congregación.

II.- El Maestro de novicios

Su deferencia para con el Superior General El Maestro de novicios es para el noviciado el brazo derecho del Superior General, por recaer en éste la responsabilidad del noviciado, ya que es de su incumbencia decidir la admisión de postulantes y novicios, incluso tras el voto de las dos Comisiones exigidas por la Santa Sede (3).

De aquí que el Maestro de novicios le tenga que rendir cuentas escrupulosamente de todos los pormenores que puedan facilitarle el conocimiento de los candidatos.

Su responsabilidad La responsabilidad del Maestro de novicios comprende:

1° Informar frecuente y detalladamente acerca del noviciado y los novicios, conforme a lo que se estipule ulteriormente.

2° Formar a la más alta perfección posible a los jóvenes que se le confien.

3° Poner la sinceridad más juiciosa en las razones que presente al Superior General para la admisión, razones para ser remitidas a las Comisiones de votos al iniciar y finalizar el noviciado.

Su virtud El Maestro de novicios tiene que ser la regla viva del noviciado, lo que no obstará para que comprenda que los jóvenes, con sendos caracteres particulares, no tienen por qué amoldarse de manera absolutamente servil sobre el suyo, sino más bien sobre Nuestro Señor Jesucristo, de quien el Maestro ha de ser la copia más parecida, que permita a los otros imitar rasgos distintos, si bien dentro de la dirección general del espíritu de la Congregación,

Informes que ha de suministrar Cada trimestre enviará un informe al Superior General sobre el conjunto del noviciado y otro sobre cada novicio, conforme al esquema que se redactará más tarde. Entre tanto, como orientación para este trabajo, puede tomar los tres principales puntos señalados en el apartado sobre el noviciado en general y los que luego se indiquen.

Los informes para los comisionados serán detallados e irán acompañados de los documentos requeridos. El Maestro de novicios dirigirá muy concienzudamente al joven que se presenta las preguntas que fijan las Constituciones; avisará a los comisionados si se cumplen o no los requisitos, especificando los que no se cumplan.

Sus principales obligaciones Caso de producirse algún hecho grave, lo notificará a quien compete. No obstante, a no ser por escándalo inminente, no expulsará a nadie del noviciado sin prevenir al Superior General. Puede, bajo su responsabilidad, despedir a los postulantes no admitidos aún en el noviciado. Respecto a los novicios que desearan retirarse, compete a su prudencia examinar si realmente no están hechos para la vida religiosa o si son únicamente víctimas de una tentación pasajera. Obrará en consecuencia, sea abriéndoles la puerta, sea reteniéndolos amablemente lo más posible.

Excepto en contadas ocasiones, presidirá los ejercicios, siempre el Capítulo de culpas, casi siempre los recreos. Sus instrucciones serán frecuentes, múltiples sus avisos, sea acerca de las faltas contra la Regla, las Constituciones, las prescripciones particulares, sea acerca de las virtudes, el espíritu, el comportamiento de un buen religioso, sea acerca del fervor y la santidad que han de penetrar el conjunto de la vida y las más mínimas acciones del hombre llamado a la perfección.

Tratará de conquistar el corazón de los novicios, no con un afecto dulzón, sino con una caridad superabundante, captada como en su manantial en el amor de Nuestro Señor por las almas y especialmente por sus discípulos.

Vivirá ante todo de la vida sobrenatural, actuando exclusivamente a tenor de ideas y motivos inspirados en la fe. En una palabra, su modelo será Jesucristo mientras vivía en medio de sus apóstoles y los iba formando a la vida evangélica.

Dispondrá, en la medida de lo posible, de los ayudantes que requiera el número de novicios.

Pregunta: En un noviciado numeroso, ¿conviene que haya, además del Maestro de novicios, un Superior encargado más especialmente de las cosas externas? (4).

III.- Los novicios

A todos nos interesa buscar y preparar herederos espirituales de nuestra obra. Algunos fundadores de Órdenes o Congregaciones preferían aguardar a los que les enviara la Providencia. Nosotros tendremos presente que el Concilio de Trento ordenó a los obispos que preparasen las vocaciones eclesásticas, señalándoles las normas generales para lograr dicho objetivo; y que Nuestro Señor llamó a sus primeros apóstoles y les dijo: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos* [Juan 15, 16]. Ante estas dos

grandes autoridades como son un Concilio general y el proceder de Nuestro Señor, trataremos de comprender con qué esmero y prudencia se han de buscar, preparar y seleccionar definitivamente las vocaciones religiosas. Las buscamos fuera del noviciado, las preparamos durante el noviciado, las seleccionamos al finalizar el noviciado. Podemos afirmar que la preparación de las vocaciones, sea en los colegios, sea en los Alumnados, sea mediante la dirección de jóvenes en el mundo es una obra excelente; sólo que hay que esmerarse en escoger bien, extremando a tal efecto observaciones, circunspección y espíritu de fe.

Cualidades requeridas Las Constituciones tienen ya señaladas las condiciones fundamentales requeridas del joven que se presenta al noviciado. Mas, no tengo reparo en insistir aquí en algunos puntos esenciales:

1° El espíritu sobrenatural o al menos las disposiciones para adquirirlo. Ahora más que nunca tenemos que luchar contra el naturalismo. Si no nos empeñamos en formar hombres capaces de combatir en pro de las ideas sobrenaturales, podemos declararnos de antemano vencidos, ya que renunciamos a nuestra razón de ser.

2° La sinceridad. No sabremos nunca deplorar suficientemente la falta de sinceridad por parte de algunos candidatos a la vida religiosa. ¿Por qué vienen a nosotros? ¿Tal vez buscan un tipo de futuro que no han analizado suficientemente? Hallan aquí ciertas ventajas de las que esperan beneficiarse, sin aceptar algunas duras condiciones que desearían poder rechazar. De aquí esos cálculos íntimos y muy humanos que ellos están persuadidos de haber ocultado por haberlos callado, pero que un ojo experto descubre rápidamente, y contra los que hemos de mostrarnos inexorables, ya que de la falta de sinceridad a la hipocresía no hay más que un paso.

3° El don de sí mismo. No es necesario que este don de sí mismo sea completo desde el primer día. Mas, el postulante a quien vemos calcular, hacer combinaciones, tratar de poner condiciones, solicitar privilegios y dispensas inútiles, es un sujeto poco envidiable, y si al cabo de escaso tiempo, dos o tres meses a lo más, no empieza a hacerse a todo: privaciones, sacrificios, humillaciones, molestias por parte de los Superiores y connovicios, debe ser despedido irremisiblemente. O jamás entenderá la vida religiosa, y es incapaz, o carecerá del coraje para actuar, y es un obrero demasiado haragán, demasiado cobarde para nosotros: lo mejor es deshacerse cuanto antes de él.

4° No me detengo de nuevo en los exámenes de aptitud intelectual que hay que hacer pasar antes del noviciado. Hagamos constar tan sólo que los jóvenes educados fuera de nuestras casas han de poseer en adelante, para entrar en el noviciado, el mismo nivel de inteligencia e instrucción que nuestros estudiantes de retórica. Hay que facilitar una transición, pero es de desear que sea muy breve y que en este punto desaparezcan pronto las excepciones.

5° Damos por supuesto que el Maestro de novicios examinará con sumo cuidado la manera de ser de los postulantes y novicios, en el recreo y donde quiera que puedan comunicarse, para dar con los espíritus falsos, extravagantes, indisciplinados, litigantes, taciturnos, obstinados; se les ha de apartar cual auténticos demoledores de las Congregaciones.

6° Exigirá, por encima de todo, aceptación humilde y cordial de los reproches, flexibilidad bajo la dirección establecida, confianza en los Superiores, afecto gozoso para con los Hermanos, estima de su vocación, deseo de adquirir en sí el espíritu en el más alto grado mediante el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen y a la Iglesia.

IV.- Formación de las almas

Decía San Pablo: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi* [1Corintios 11, 1]. Tal debe ser el lema del Maestro de novicios en su tarea de forjar religiosos. ¡Cuál no será la constante vigilancia que ha de ejercer sobre su persona, siendo su vida el libro vivo que siempre tendrán los novicios ante sus ojos!

La formación de las almas en el noviciado implica:

1° *La práctica puntual, inteligente, amorosa de la Regla.* Práctica puntual, sin ella no hay vida religiosa; práctica inteligente, que proviene del espíritu de fe y sin la cual la Regla no es más que un ejercicio automático, en vez de infundir luz y fuerza en los momentos de prueba; práctica amorosa: si no se quiere el estado religioso ¿por qué abrazarlo? Es precipitarse en el infierno a sabiendas y exponerse a arrastrar en él con el escándalo a almas llamadas a la corona de la santidad.

2° *La lucha contra los defectos.* Todos llevamos su germen, pero el estudio de uno mismo, la vigilancia, la oración, la penitencia y sobre todo la humildad, constituyen importantes medios de cercenarlos, cuando no de extirparlos completamente. El Maestro de novicios, obligado a conocer las almas a él encomendadas, tiene que realizar un trabajo particular sobre cada una de ellas, servirse de los consejos dados por los maestros de vida espiritual, ayudarlas en sus luchas interiores, sostenerlas cuando arrecia el peligro, levantarlas en sus caídas, examinar las causas de las mismas para atacar el mal de raíz, y afianzarlas especialmente mediante la confianza en la bondad de Dios.

3° *El deseo cada vez más vivo de la perfección.* El lema del novicio debe ser: *Caritas Christi urget nos* [2 Corintios 5, 14]. Jesucristo es su modelo y Jesucristo es su amor. El noviciado es un tiempo de transformación y el novicio no ha de tener sino un deseo: transformarse

en Jesucristo: *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21], tiene que repetir con el Apóstol. ¡Ah, qué perfecto ha de ser personalmente un Maestro de novicios para encender esas llamas, mantenerlas y avivarlas sin cesar! Quien carece del deseo de la perfección jamás será auténtico religioso; al Maestro de novicios le incumbe fomentar ese deseo con todos los medios espirituales a su alcance, sea con sus instrucciones especiales, sea con una palabra dicha de paso, sea con una legítima emulación establecida entre los miembros del noviciado, sea con prácticas más difíciles, no impuestas sino propuestas prudentemente. Lo que importa es inspirar entusiasmo, ardor, vida, sin lo cual todo se va secando, helando, abotagando hasta acabar en la muerte.

Entre todos los medios para intensificar el fervor, el más poderoso es indiscutiblemente la comunión; pero sólo apunto aquí este importante tema, por haberlo tratado en otro lugar (5); me limito a llamar nuevamente la atención del Maestro de novicios sobre la preparación de sus alumnos a la comunión, sobre los frutos que de la misma sacan y sobre los permisos más raros o más frecuentes que puede conceder.

4° *La profunda convicción* de que, actualmente y de cara a la clase obrera, al proletariado y al pauperismo, no hay nada más eficaz para un religioso como la imitación de Nuestro Señor que no tenía donde reclinar la cabeza, es decir, nada como la práctica de la pobreza.

5° *Una grandísima apertura de corazón.* Los novicios se ejercitarán en ella. Empujarlos a ello como a pesar suyo acarrearía graves inconvenientes; pero, si carecen de facilidad para abrirse, si no la adquieren rápidamente, jamás tendrán el espíritu de la vida comunitaria; conservarán su espíritu propio, fuente futura de tantas miserias y sobre todo de una funesta independencia de carácter. O doblegamos las naturalezas susceptibles o nos deshacemos de ellas.

6° *Los estudios.* Los estudios como tal no son el objetivo del noviciado. Sin embargo, puesto que los novicios han de ser instruidos acerca de la Sagrada Escritura, la historia de la Iglesia, la teología mística, las ceremonias sagradas, su Maestro aprovechará de estos diversos trabajos para darles: 1° la más sublime idea del culto divino, de la recitación del Oficio, de la observancia de las rúbricas, de la ejecución del canto sagrado, siempre según el espíritu de la Asunción; 2° el deseo de conocer lo que les convenga de las normas de la vida ascética, con el fin de que logren en ella los progresos más fructíferos; 3° en lo referente a la Sagrada Escritura y a la Historia de la Iglesia, debe enseñarles a estudiarlas como verdaderos religiosos, sin espíritu de vana curiosidad ni bajo el peso de una pereza culpable, sino con ansias de conocer mejor a Dios y sus obras, a Jesucristo, su amor al hombre, lo que hizo para manifestárselo, su acción en el mundo; con ansias asimismo de conocer lo que puede hacer un religioso por Dios y por Nuestro Señor Jesucristo.

7° *La vigilancia del Maestro de novicios.* Se ejercerá en la capilla, donde la compostura de los novicios manifestará sus disposiciones interiores; en el estudio, donde su comportamiento revelará su pereza o su ardor por el trabajo; en las celdas, en el dormitorio, donde se puede juzgar su modestia, y a veces sus costumbres; en el comedor, donde se impartirán frecuentes lecciones de urbanidad; en el recreo, donde se enseñarán o se mantendrán las leyes de los buenos modales, tan a menudo olvidados.

8° *La formación a la pulcritud y a la cortesía.* Punto capital para hombres que tal vez no hayan tenido siempre este hábito. Ejercítese a los novicios a que adquieran modales sencillos a la vez que corteses; que se les haga comprender claramente que las maneras toscas y groseras son más bien propias de un carácter indómito, sin cultura, pagado de sí mismo en demasía como para

hacer jamás el bien a los demás. Sea Jesús, manso y humilde de corazón, el modelo de los religiosos deseosos de conquistar almas. Nada mejor para inculcar la cortesía cristiana que la mansedumbre y la humildad.

Por lo demás, la cortesía es una forma de respeto, y éste tiende demasiado a desaparecer para que no se lo encuentre, en lo que de cristiano tiene, entre los religiosos de la Asunción. Que el Maestro de novicios se esfuerce por entregar la noción e inspirar la práctica seria de la cortesía durante el noviciado. Las formas de respeto resultan a veces penosas y cuesta doblegarse a ellas; acostúmbrense a ellas los novicios convirtiéndolas en materia de mortificación, de edificación, en medio para atraer a las almas y en arma de propaganda. No ha de confundirse la ignorancia de las formas de la buena educación con cierto espíritu de mala educación que casi siempre denota inclinaciones groseras, complacencia en pasatiempos vulgares, vanidad ridícula e imposibilidad de hacerse todo a todos, grave obstáculo para poder ganar almas para Cristo.

¡Cuántas cosas podríamos añadir! Mas, hemos de limitarnos. La experiencia irá indicando sin duda muchas más e importantes recomendaciones. Me parece, sin embargo, que con las nociones apuntadas es posible dar un desarrollo completo al Directorio del noviciado. Baste, pues, lo consignado por ahora, y que, partiendo de lo que acabo de establecer, tomen los noviciados nuevo impulso y renovado fervor.

Conclusión: los cuadros anejos

Con el fin de trazar una pauta global al Maestro de novicios, adjunto aquí cuatro cuestionarios que llenará oportunamente. El primero le ayudará en las preguntas que ha de hacer y en las opiniones que ha de dar, al hacer la dirección personal de los candidatos. Aquí todo es facultativo; puede suprimir o añadir, pero no está de más que disponga de hitos para llegar al conocimiento de las almas y procurar su perfección. El segundo cues-

tionario tiene por objeto determinar los temas que debe tratar el Maestro de novicios en su informe trimestral sobre el conjunto del noviciado. El tercero indica los puntos que debe señalar en el informe trimestral sobre cada novicio o postulante. El cuarto es el marco del informe que debe presentar a los escrutadores acerca de cada aspirante al noviciado o a la profesión.

Si se preocupa constantemente el Maestro de novicios en ir adquiriendo las luces necesarias sobre los temas incluidos en estos cuestionarios, es imposible que no logre conocer perfectamente a los candidatos confiados a su solicitud y que no los dé a conocer como importa a quien incumba.

Os ruego, mis muy queridos Hermanos, aceptéis mi afecto más respetuoso en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

I.- Dirección de los novicios

PREGUNTAS

- 1° ¿Sigue sintiendo el novicio la vocación religiosa?
- 2° ¿Cuáles son sus tentaciones al respeto?
- 3° ¿Cómo reza? ¿Camina en la presencia de Dios?
- 4° ¿Su afición a la oración? ¿De qué temas saca mayor provecho?
- 5° ¿Cuál es su fervor en el Oficio y en las prácticas religiosas?
- 6° ¿Cuáles son sus sentimientos para con Nuestro Señor, especialmente al comulgar?
- 7° ¿Qué energía pone en el trabajo, en el estudio o en lo demás?
- 8° ¿Cuál es su silencio y recogimiento?
- 9° ¿Cómo observa la Regla?
- 10° ¿Cuáles son sus amistades y sus antipatías?
- 11° ¿Su espíritu de propiedad?
- 12° ¿Sus mortificaciones?
- 13° ¿Sus repugnancias?
- 14° ¿La inclinación de su celo?

OPINIONES SOBRE

- 1° La obediencia.
- 2° La pereza en el trabajo.
- 3° El amor propio, el egoísmo, la personalidad.
- 4° La humildad.
- 5° El celo por las almas.
- 6° Los defectos del carácter.
- 7° Las infracciones de la Regla.
- 8° Las faltas en el trato.
- 9° Los modales religiosos, el comportamiento, la cortesía.
- 10° La tibieza.
- 11° La falta de sinceridad.
- 12° Los progresos o retrocesos.
- 13° Algún hecho grave que haya ocurrido.

II.- Informe trimestral sobre el noviciado en general

- 1° ¿Cuál es el espíritu general?
- 2° ¿Se va elevando el nivel de fervor?
- 3° ¿Qué comportamiento hay en el Oficio, en la meditación, en la Misa?
- 4° ¿Qué entusiasmo se pone en el estudio y en el cumplimiento de los cargos?
- 5° ¿Cómo se desarrollan los recreos?
- 6° ¿Se observa el silencio?
- 7° ¿Cuáles son globalmente la compostura y la urbanidad?
- 8° ¿Se muestran los novicios firmes ante una obligación penosa?
- 9° ¿Se abren con el Maestro?
- 10° ¿Son sinceros?
- 11° ¿Hay entre ellos intrigas? ¿Les gustan?
- 12° ¿Se aceptan las humillaciones, y cómo?
- 13° ¿Piden penitencias y austeridades?
- 14° ¿Reina cordialidad entre los novicios?
- 15° ¿Obedecen con presteza?
- 16° ¿Se observa la Regla a la fuerza o con alegría?
- 17° ¿Se respira entusiasmo en el noviciado? ¿Se percibe en él una vida sobrenatural y religiosa?

Observaciones particulares

III.- Informe trimestral sobre cada novicio

- 1° ¿Cuáles son las motivaciones de la vocación del postulante o novicio?
- 2° ¿Cuál es su carácter?
- 3° ¿Su defecto dominante? ¿Lucha contra él? ¿Con qué éxito?
- 4° ¿Su inteligencia?
- 5° ¿Sus conocimientos?
- 6° ¿Sus progresos en el estudio?
- 7° ¿Su salud?
- 8° ¿Su situación familiar?
- 9° ¿Sus progresos en las tres virtudes relativas a los votos?
- 10° ¿Su piedad, su fervor o su tibieza?
- 11° ¿Su práctica de la Regla?
- 12° ¿Sus modales religiosos?
- 13° ¿Su comportamiento en los ejercicios?
- 14° ¿Su cortesía?
- 15° ¿Su actitud en los recreos?
- 16° ¿Sus amistades y sus antipatías?
- 17° ¿Su espíritu de fe?
- 18° ¿Se muestra edificante?
- 19° ¿Es humilde, mortificado?
- 20° ¿Es abierto y franco?

Observaciones particulares

Nota: El Maestro de novicios no tiene por qué contestar cada trimestre a cada pregunta. Si no tiene una opinión suficientemente clara, no pone nada. Si no tiene nuevas observaciones que hacer, se contenta con escribir: como en el informe anterior.

IV.- Informe para los escrutadores

- 1° ¿Se ha interrogado escrupulosamente al postulante o al novicio sobre los puntos determinados en las Constituciones?
- 2° ¿Qué respuestas ha dado?
- 3° ¿Ha entregado los documentos exigidos?
- 4° ¿Cuánto tiempo de postulante ha hecho?
- 5° ¿Cuánto tiempo de noviciado y dónde?
- 6° ¿Cuáles son las motivaciones de su vocación?

- 7° ¿Se puede asegurar que tiene espíritu religioso?
 8° ¿Cómo es su salud?
 9° ¿Qué carácter tiene?
 10° ¿Cuál es su defecto dominante? ¿Lo va corrigiendo?
 11° ¿Practica puntualmente la Regla?
 12° ¿Cuál es su inclinación especial?
 13° ¿Qué inteligencia tiene?
 14° ¿Qué estudios ha cursado?
 15° ¿Cuáles son los resultados de sus estudios desde su ingreso?
 16° ¿Está hecho para la vida comunitaria?
 17° ¿Se muestra generoso en el sacrificio?
 18° ¿Posee los principios de la Congregación?
 19° ¿Cuál es su actitud en los ejercicios?
 20° ¿Su educación, su urbanidad en el trato?
 21° ¿Quiere a la Congregación? ¿Se hace querer en ella?
 22° ¿Cómo practica las virtudes relativas a los votos?
 23° ¿Hace con facilidad la cuenta de conciencia?
 24° ¿Qué se ha de opinar acerca de su sinceridad?

Observaciones particulares

NOTAS

(1) “La cuestión de la unidad o de la pluralidad de los noviciados, —se dice en el Acta de la reunión del 16 de octubre del 1874—, queda reservada para la época en que se establezcan las Provincias; sin embargo, se ha insistido en las ventajas que representa un solo noviciado, ya sea desde el punto de vista del personal, ya sea desde el punto de vista del espíritu”.

(2) En la misma reunión se ha recordado el principio de la rigurosa separación de los novicios: los profesos no tienen derecho a ir al noviciado sin un permiso especial: “del Superior General, precisa de su puño y letra el P. d’Alzon, excepto en caso de urgencia”.

(3) Ver *Collectanea (MCMXX) p. 6: Rescriptum de Constitutione Novitiatu* (11 de diciembre de 1857).

(4) El P. d’Alzon pedirá al P. Picard con ocasión de estas reuniones que asuma el cargo de Maestro de novicios. Una elección semejante subraya la importancia que el P. d’Alzon atribuía a este cargo. Como consecuencia de este nombramiento el noviciado se traslada de Le Vigan a París.

(5) Ver las meditaciones sobre Nuestro Señor en la Eucaristía, para el tiempo del Corpus (*Nota del P. d’Alzon*).

Deberes de los Superiores

La expulsión de un religioso joven, profesor en el colegio de Nimes, revela al P. d'Alzon en junio de 1875 hechos lamentables de los que el noviciado de Le Vigan, a espaldas de los Superiores, había sido teatro. Bajo el choque de la emoción, redacta una circular que no es enviada sino a algunos religiosos. El P. Hippolyte particularmente preocupado la acepta con toda humildad. El P. Picard encuentra las ideas excelentes, pero pide con toda sencillez que cambie el tono; teme que se confunda, –en contra del espíritu de la Asunción–, “la vigilancia con la inquisición, la caridad con la debilidad, la franqueza con el derecho de decirlo todo y de hacerlo todo y el deber de callarlo todo, cuando no se tiene el encargo de revelarlo”. El P. d'Alzon tuvo en cuenta estas observaciones: “He rehecho la circular, escribe el 18 de julio. Será quizá un poco más dulzona, pero puede no alcanzar su meta”. Nuestra circular número 9 es, pues, una segunda edición; –la primera, que el P. Picard había anotado profusamente, ha sido descartada–; iba dirigida a todos los Superiores.

NOVENA CIRCULAR

Deberes de los Superiores

para con sus religiosos en particular
y la comunidad en su conjunto

Julio de 1875.

Mis muy queridos Hermanos,

Los lamentables sucesos que acaban de partirnos el alma me han obligado a concentrarme en mí mismo y a preguntarme cuál es la parte de responsabilidad que podría tener en ellos.

Sea cual fuere esa responsabilidad en el pasado, considero ante Dios que tengo una obligación estricta de examinar con vosotros y de indicaros vuestras obligaciones como Superiores, obligaciones tanto más severas cuanto que os es dado medir las consecuencias que ciertas ilusiones de celo externo confundieron a varios de vosotros, pero cuyo horror se puede uno imaginar a la vista de unos hechos por los que hemos de lamentarnos desgraciadamente.

Permitidme, pues, os exponga vuestros deberes como Superiores y os conjure a meditarlos muy a menudo ante Dios. A mi juicio en ello os va la salvación. Me veo obligado a cargar vuestras almas por salvar la mía.

Reduzco estas obligaciones a dieciséis puntos principales.

I.- Ante todo: sentimiento de vuestra responsabilidad. No pudiendo hacerlo todo personalmente, tenéis que mandar que se haga y velar porque se haga bien, ya que de nada estáis tan encargados personalmente como de vuestra Comunidad. Tal es el asunto capital sobre el que se os

juzgará. Os condenaréis si, por ir vuestra Comunidad a la decadencia, se pierden las almas de vuestros religiosos. En este caso se perderán únicamente por vuestra culpa.

II.- El amor a las almas de las que sois más especialmente padres y hermanos. Tenéis que vivir en medio de ellas como Jesucristo en medio de los apóstoles. Para vuestro consuelo, entre los doce apóstoles se contaba a un Judas, aunque ¡cuál no sería el amor de Jesucristo para con el propio Judas! *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis* [Juan 10, 11]. ¿Tenéis esa solicitud, tierna, amorosa y perseverante que, cual Jacob sobre los rebaños de Labán [Génesis 30, 40], vela día y noche? Esas son las almas que por la obediencia tenéis a vuestro cargo y no otras. ¿Qué importa que salvéis muchas de éstas, si ocupaciones extrañas os impidieron velar debidamente sobre aquellas?

III.- El ejemplo. Las ocupaciones de un Superior lo dispensan de no pocos ejercicios comunitarios. No puede llevar a cabo una vigilancia provechosa, si están al tanto los religiosos del momento preciso en que se le retiene acá o acullá. No es menos cierto que los miembros de la Comunidad tienen que decir ante todo: el Padre está haciendo lo que puede, e incluso más de lo que puede, por ser nuestro Superior y cumplir con las obligaciones de su cargo. Cuando, en una casa religiosa, merece el Superior semejante elogio, su trabajo se ha aliviado grandemente. Es la imagen viva de quien se dice que empezó por hacer antes que a enseñar.

IV.- La oración. El Evangelio nos muestra a Nuestro Señor pasando noches enteras en oración: *Et erat per noctem in oratione Dei* [Lucas 6, 12]. ¿Con qué fin? Para preparar la elección de los apóstoles. No que necesitase atraer sobre su humanidad luces cuyo foco era él mismo, sino para enseñar a los Superiores uno de sus deberes

más rigurosos. Si quieren los Superiores obrar conforme y en el mismo espíritu de Nuestro Señor, han de meditar las advertencias que tengan que hacer y las medidas a tomar, al pie del crucifijo o ante el Santísimo Sacramento.

V.- Los avisos generales. Nada se olvida tan fácilmente como lo que constituye la esencia de la vida religiosa. Ese principio de unión, ese vínculo de caridad, ese espíritu de abnegación, de sacrificio, de obediencia, ese sentimiento sobrenatural de la perfección, esos santos anhelos de superación, sin lo cual es imposible que subsista la vida religiosa, todo esto se olvida con suma facilidad, si no se recuerda constantemente en todas las ocasiones: en el comedor, en los recreos, en la Obediencia, en el Capítulo. ¿Acaso no decía el Apóstol: *Insta opportune, importune?* [2 Timoteo 4, 2]. Es menester hablar, advertir, reiterar constantemente las advertencias.

VI.- Los avisos particulares. Algunos sacan más provecho de las advertencias generales, por el hecho mismo que parecen dirigirse menos directamente a ellos. Hay otros para quienes los avisos particulares son indispensables. Jamás toman para sí lo que va para todos. Hay que ir a decirles como Natán a David: *tu es ille vir* [2 Samuel 12, 7]. Sin contar que muy a menudo hay llagas que han de curarse a la sombra. La altivez se subleva a veces por ciertas manifestaciones de faltas a la luz meridiana; y aunque no siempre haya que tener en cuenta la susceptibilidad de los caracteres propensos a la irritación, ocurre sin embargo que la dulzura produce resultados que la publicidad del Capítulo sería incapaz de producir. Sopesen los Superiores lo más conveniente. De todos modos, tienen la obligación de advertir, privada o públicamente, según el dictamen de la prudencia.

VII.- La vigilancia de todo y de todos. Nuestra delicadeza se asusta ante esta obligación, odiosa para los

inferiores, que se complacen en designar con el nombre de espionaje. Desconfiad del religioso que habla contra los espías, nadie como él necesita que se le vigile. Ahora bien, ¡qué pesado resulta vigilar continuamente!, ¡harto más cómodo es dejar que las personas y cosas se deslicen hacia la decadencia! Con todo, ¿por qué la Iglesia ha dado a sus pontífices el nombre de obispos (vigilantes), sino por ser la vigilancia el primer deber de quien ostenta un cargo? ¿No llama San Pedro a Nuestro Señor mismo vigilante de nuestras almas: *episcopum animarum nostrarum*? [1 Pedro 2, 25].

VIII.- Severidad para mantener la regularidad en los ejercicios. De por sí y bajo cierto aspecto, los ejercicios no son nada. Para muchos son una rutina. No obstante, dicha rutina mantiene alerta y en vela, y brinda la oportunidad al Superior (por no considerar más que este aspecto) de comprobar el fervor y la perseverancia de sus religiosos. Pero, ¡cuántas dificultades! El Superior no puede estar en todas partes. De aquí que necesite un ayudante que le tenga al corriente de todas las infracciones. Si en algunas casas no basta con uno, que haya varios. Por otra parte, puede darse la máxima regularidad junto con ciertas irregularidades aparentes. Por ejemplo, en los colegios, los vigilantes o profesores están ausentes por fuerza en algunos ejercicios, pero la regularidad no deja por eso de mantenerse mediante reglamentos especiales según las diferentes funciones, y en último término, mediante la comprobación de las dispensas necesarias en beneficio del colegio. Es el momento de aplicar la comparación hecho por San Pablo entre el cuerpo y la Iglesia.

IX.- Tesón en hacer trabajar mucho. Tal es nuestro espíritu, y tal es para nosotros una importantísima salvaguarda. Como lo apuntan las Constituciones, no tenemos grandes austeridades, pero sí la obstinación por el trabajo. ¡Ay del religioso holgazán! Sobre él se cierne la

maldición de Dios. ¡Ay del Superior que no hace trabajar mucho! Cada religioso es para él el talento que le confía el Padre de familia y que debe, mediante el trabajo que le imponga, no solo duplicar sino centuplicar. Sin duda, sería un error aplastar, pero su obligación consiste en hacer que cada cual trabaje según su capacidad; y como quiera que la capacidad operativa del obrero aumenta mediante una buena dirección del trabajo, nadie puede decir, por una parte, lo que se va a conseguir, si se empeña el Superior, y por otra, los peligros evitados, las tentaciones vencidas, los pecados borrados, las virtudes acrecentadas, los méritos adquiridos gracias a un pensamiento sobrenatural en medio del trabajo incesante. Yo no pretendo que no sea necesario un poco de descanso, pero con tal de que el descanso del religioso acreciente en el Superior el ejercicio de la vigilancia.

X.- Mas, ¿para qué serviría el trabajo si no estuviera animado por un pensamiento divino? Nueva obligación del Superior la de velar por el *mantenimiento del celo según el espíritu de nuestra Congregación*. ¿Cuándo se inicia la decadencia de las familias religiosas? Cuando penetra en ellas la rutina. Se camina, pero maquinalmente. Si no está apagado, el fuego sagrado se esconde bajo la ceniza. Avívelo constantemente el Superior, sea mediante nuevas ocupaciones, sea dando nuevo ardor para las tareas ya emprendidas. Todo esto ha de ser objeto de examen constante e incesante observación. No basta con deplorar los progresos de la decadencia, es preciso eliminar las causas: hay que resucitar el espíritu de Dios, atizar la lumbre en el hogar, y los Superiores que, sin poner remedio a la rutina de sus súbditos, se lamentan de su escaso celo, posiblemente sean ellos mismos los menos celosos de la Comunidad. Confieso que es preciso tener cierto don de inventiva, pero agregó que el Superior debe concentrar su celo especialmente sobre los suyos, antes de dilatarlo sobre personas del exterior. No

enumero los medios para mantener el fervor. Las Constituciones los señalan convenientemente. Mas, respeto la iniciativa personal, en el sentido que las aptitudes son diversas y que se correría el riesgo de agobiar demasiado a los Superiores bajo el peso de una uniformidad demasiado absoluta.

XI.- Quizá no hayamos determinado suficientemente en qué medida *los Superiores locales deban dar cuenta de sus casas al Superior General*. Este asunto se examinará en el próximo Capítulo. Por ahora, algunos Superiores ponen sumo empeño en este punto, otros piensan poco en él, otros nada. En este momento sólo puedo dar una recomendación general, en espera del establecimiento de una norma positiva. Es evidente que el Superior local, obligado a hacer esta especie de rendimiento de cuentas, se ve forzado por el hecho mismo a ponerse en frente de la autoridad que le han confiado y del modo con que se sirve de ella. Por eso, está obligado a usar de ella con más prudencia, inteligencia, actividad y éxito.

XII.- Hoy en día, creo firmemente que los lamentables sucesos que han dado pie a esta circular constituirán para vosotros un poderoso acicate. Mas, si no fijamos continuamente nuestra atención en las *precauciones que se han de tomar* constantemente, ¿por cuánto tiempo se mantendrá viva esta atención, pese a que se despertó tan amargamente? No constituye falta por parte de los Superiores el permitirse ciertas sospechas, incluso con escaso fundamento, si van inspiradas en una auténtica caridad. Sin duda, importa reprimir un espíritu persistentemente receloso, que malogra su influencia por el malestar que causa su excesiva desconfianza, pero ahí están los hechos. Es evidente que, si se cometieron faltas de las más graves, se debe a que faltó vigilancia. Esta vez lo hemos comprobado, mas, ¡cuántas ocasiones no se habrán dado en que faltó la vigilancia necesaria! No hemos visto el

mal porque no se tomaron las oportunas diligencias para descubrirlo. Damos por descontado que jamás se conocerán todas las miserias e incluso ciertos desórdenes, pero queda una cuestión de buena fe: ¿es suficiente la vigilancia y tratamos honradamente de alejar todas las ocasiones de caída? ¡Ay!, ¿quién de nosotros, y yo el primero, puede proclamarse libre de reproche?

XIII.- Inspirar una preocupación sobrenatural, para obviar ciertas tentaciones. Es algo difícil, y sin embargo, ¡cuántos males no se evitarían si supieran los Superiores ofrecer a sus religiosos materia constante a preocupaciones piadosas! Los medios se les antojarán a veces monótonos, pues no se pueden inventar a diario: que no se desanimen por eso, que estén atentos a todas las ocasiones que les brinde la Providencia, que tengan previsión y buena voluntad. Estoy convencido de que los medios providenciales para mantener a los espíritus en una especie de alerta continua se presentarán numerosos.

XIV.- El valor para advertir a tiempo. El mundo está plagado de hombres encadenados por el respeto humano. Los Superiores no están exentos de esta clase de cadenas: no siempre se atreven. Se necesita entereza para decirle a alguien: Amigo, estás yendo a la deriva; las caídas están a punto de lastimarte gravemente; te caes, te levantas, pero para volver a caer de nuevo; estás perjudicando a tu alma; perjudicas a la de los demás; cuidado, que tu conducta poco edificante puede afectar a toda la Comunidad. Si un Superior no tiene el valor de advertir así, cuando las circunstancias lo obligan a hacerlo, ¿para qué es Superior? Desgraciadamente, esta clase de reproches se dirige a los religiosos en persona, ya lo sé, y estos miembros, atacados ya de gangrena, consideran tales observaciones ofensivas, injustas y calumniosas. Muy a menudo los resultados son nulos. Sin embargo, importa no cejar: *clama, ne cesses; quasi tuba*

exalta vocem tuam [Isaías 58, 1]. Lo dicho al profeta se aplica también a los Superiores.

XV.- *La firmeza en sancionar las faltas pequeñas, para evitar las mayores.* No hay nada tan aflictivo como castigar continuamente. ¿Por qué representan los antiguos cuadros a San Benito con una vara en la mano, sino para indicar lo que ha de ser constantemente un verdadero Superior? Sin embargo, ocurre con los religiosos lo que pasa con los tiros de caballos. El buen cochero, que no deja pasar las pequeñas torpezas de sus animales, evita las grandes. Sujeta siempre sus caballos con la brida, y no se ve en la obligación de pegarles excesivamente, ya que al mínimo traspíe sienten el látigo en el lomo. ¡Comparación humillante, pero tristemente verdadera, reconozcámoslo! Mas, nos permite comprender cómo podríamos atajar, —la experiencia no miente—, las faltas más mortificantes, mediante el castigo de las faltas menores, extirpando así el mal de raíz.

XVI.- Por último, poco logrará el Superior con todas las severidades que indico, si no deja traslucir *una cordialidad tal que provoque las confesiones*. Las confesiones voluntarias constituyen la curación de las tres cuartas partes de las faltas que, encubiertas, se van desarrollando en las tinieblas hasta que, ya incurables, estallan en escándalos, con harta frecuencia contagiosos.

Os conjuro, pues, carísimos Hermanos, a que utilizéis todos los medios que os doy a conocer con gran amor, con ternura verdaderamente paternal. Vigilad, pero amad. Pensad en vuestra responsabilidad y, traduciendo el término en su sentido primitivo, permitidme que os diga con San Pablo: *attendite vobis et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos* [tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes] [Hechos 20, 28]. Sed

vigilantes, pero vigilantes constituidos por el Espíritu Santo, es decir, en la caridad que brota del corazón del divino Maestro.

Recibid, os ruego, mis muy queridos Hermanos, la expresión de todo mi afecto en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

P.S.: Me tomo la libertad de enviar esta circular sólo a los Superiores locales. El escaso número de observaciones que me han transmitido sobre las circulares anteriores me hace temer que se les haya prestado un interés demasiado mediocre. Ellas son, sin embargo, algo así como el programa del próximo Capítulo y, si no se las ha estudiado, el Capítulo no producirá todos los frutos que legítimamente podemos esperar.



DECIMA CIRCULAR

Cuatro cuestiones por examinar

Siempre bajo el efecto de los lamentables sucesos de Le Vigan, el P. d'Alzon sigue en búsqueda de medios prácticos para evitar la repetición de tales desórdenes.

1° de agosto de 1875.

Mis muy queridos Hermanos,



Si amamos a Dios, todo redundará en beneficio nuestro. Por eso, bajo el efecto de los lamentables sucesos de estos últimos tiempos, vengo a proponeros el estudio de cuatro preguntas que habrá que consignar al final de nuestras Constituciones.

1° ¿Qué se ha de hacer para dar más eficacia a la vigilancia a la que está rigurosamente obligado todo Superior local si quiere salvar su alma?

2° ¿Cómo acrecentar, sin caer en arbitrariedades, la autoridad y la acción del Superior?

3° ¿Cómo prevenir ciertos desórdenes?

4° ¿Qué sanción de nuestros reglamentos es la más útil a nuestra Congregación?

I.- Por una vigilancia más eficaz

¿Qué hemos de hacer para incrementar la eficacia de la vigilancia a la que está obligado el Superior local, si quiere salvar su alma? El facilitar la vigilancia, a mi juicio, depende ante todo del Maestro de novicios, que tiene que cumplir dos deberes fundamentales.



a) formar las conciencias de los religiosos jóvenes

El primer deber es el de hablar continuamente sobre la necesidad de una conciencia recta. Fácil es comprobar que el mundo está plagado de conciencias erróneas. La educación defectuosa, los malos ejemplos dados, los hábitos de disimulación tolerados, tales son los escollos terribles contra los que se estrellan las conciencias en formación. Si el Maestro de novicios se muestra inexorable ante cualquier apariencia de menosprecio de la verdad, si se niega a admitir a todo postulante o novicio falto de franqueza, si inspira el más profundo horror a la mentira y a cuanto huele de lejos o de cerca a hipocresía, habrá hecho mucho. Más, debe sobre todo hacer comprender a los jóvenes que están a su cargo cuánta necesidad tienen de fortalecer su conciencia. El hombre vale principalmente por su carácter, y ¿qué es un carácter que no se cimienta en la conciencia? Con mayor razón, es indispensable para quien aspira a la perfección poseer una conciencia pura, recta, delicada, enérgica. Pues bien, el religioso formado a base de estos principios apenas precisa vigilancia. Su mejor vigilante es su propia conciencia, y el Superior se enterará por él de todo cuanto quiera; basta con que se lo pregunte.

b) no dejar ninguno de los medios previstos por la Regla para conocerlos bien

Pero, ¿podemos esperar que todos los jóvenes profesos vayan a presentarse ante sus Superiores locales en condiciones tan favorables? ¡Desgraciadamente, no! Confesémoslo, hemos creído más de la cuenta en la conciencia de algunos sujetos, cuando sólo obraban por temor servil. Al Superior incumbe estudiar los caracteres y tratar a unos con más confianza y a otros más severamente. Además, si estamos convencidos de que el Superior debe estar al tanto de todo, quienes enmudecen ante la autoridad comprenderán que la franqueza de sus

hermanos los desenmascarará naturalmente, y aprenderán a poner coto a sus maliciosos discursos, al menos por no exponerse a que se repitan sus palabras.

El Maestro de novicios (y esto se aplica igualmente a todo Superior) ha de ir más lejos. Descartará, por supuesto, el sistema del espionaje, pero mediante la asiduidad en la rendición de cuentas, la vigilancia de los locutorios, de la correspondencia, de las visitas, en una palabra, de todas las relaciones; junto con la prohibición reiterada de visitarse en las celdas, por el rigor de exigir el cumplimiento del silencio mayor y menor, y por la frecuente inspección de las celdas, llegará necesariamente a disponer de una información muy superior a la habida habitualmente por los Superiores, y aunque no sepa todo, sabrá en todo caso lo suficiente para adivinar no pocos abusos y prevenirlos a menudo con el solo temor de que se descubran.

II.- Para acrecentar la autoridad y la acción del Superior

¿Cómo acrecentar, sin caer en arbitrariedades, la autoridad y la acción del Superior?

a) La autoridad del Superior requiere un conocimiento perfecto de las Constituciones Existe un don de mando que no se adquiere. Quienes de él carecen creen poder suplirlo con un sinfín de castigos. Hay que castigar desde luego, como lo diremos en breve, pero hay que saber mandar. A veces basta con una mirada. Entonces, no cabe arbitrariedad; la acción moral del Superior campea señeramente. Ahora bien, para obviar la arbitrariedad, el Superior ha de saber de memoria las Constituciones y estar impregnado de su espíritu, de manera que, en todo cuanto ordene, prescriba o prohíba, se eche de ver que sus palabras y mandatos son mera aplicación de lo que está establecido.

b) Su autoridad, paternal o rigurosa, se apoya en la del Superior General

Si no se consideran legítimas sus interpretaciones, cabe notificárselo a los Superiores Generales. Mas, si el Superior local muestra que no tiene por qué temer una interpretación distinta de la suya, si actúa con fuerza cuando es necesario y con compasión y misericordia cuando advierte en los culpables más debilidad que malicia, se convertirá en muy útil a las almas que tiene encomendadas. No olvide, sin embargo, que la debilidad es a veces muy culpable. Pero, de todos modos, este proceder reforzará su autoridad.

Vemos (y la experiencia confirma mi aserto) a culpables que niegan los cargos de que son acusados. Se les puede proponer que elijan, ya sea el proceder paternalmente con ellos, bajo la condición de que digan todo lo que saben, ya sea, en el caso de que no confiesen, el actuar con ellos *ad strictos juris apices*. ¡Cuántas veces aceptan el procedimiento paternal, evitando así el escándalo público! Mas, en tales casos, importa poner al tanto de todo al Superior General, pues si la misericordia resulta provechosa una vez o dos veces, a la larga genera males muy deplorables, y el Superior local no tiene derecho a asumir la responsabilidad.

En cuanto a las revelaciones que tienen obligación de hacer los religiosos, y que en definitiva han de llegar al Superior General, tengan muy en cuenta que no hay nada más funesto como ver a algunos religiosos anteponer el bien particular al bien general y zanjar ellos mismos la cuestión de lo que hay que decir o lo que hay que callar. Cabe suponer que el Superior local, alterado por una emoción legítima, se halle expuesto a actuar con excesiva dureza; pero hay un remedio para tal inconveniente: dar cuenta de esto al Superior General, a no ser que la gravedad del escándalo requiera medidas urgentísimas contra los culpables.

III.- ¿Cómo prevenir los desórdenes?

a) mediante una diligente y constante atención a todo principio de desorden Se previenen los desórdenes atajando los abusos desde el comienzo, no tratando nada a la ligera, sancionando las faltas pequeñas para no tener que castigar las grandes. No es que tengamos que manifestar siempre a los inferiores los temores que abrigamos sobre ellos. Hay desórdenes que adquieren importancia porque se les da, y se puede obrar mal al dársela. A pesar de todo, el Superior ha de estar siempre con el ojo avizor.

b) una vigilancia impregnada de gran caridad Dicho esto, una gran caridad del Superior local para con su comunidad le infundirá esos temores henchidos de ternura que hacen presentir la enfermedad e impulsan a buscar todos los medios de combatirla antes de que alcance proporciones incurables.

Se necesitaría, pues, vigilancia y atención severa sobre todo principio de desorden, de decadencia, de caída; un amor en cierto modo maternal, que no excluye el rigor justo, sino que, incluso empleando el castigo, sabe suavizar el golpe cuando es necesario, y que al mismo tiempo y en nombre del bien común informa a la autoridad superior, ya que es ella la que tiene la responsabilidad general.

IV.- Sanciones a prever

¿Qué sanción de nuestros reglamentos es la más útil a nuestra Congregación?

a) para los novicios No tengo por qué hablar aquí de los novicios. Mi circular sobre el noviciado es bastante explícita. Además, en los novicios no sólo tenemos que sancionar sus faltas; hemos de

considerar sobre todo sus defectos, para asegurarnos si son corregibles o no.

b) para los profesos En cuanto a los religiosos profesos, se trata de algo totalmente distinto. Contrajeron compromisos de por vida y estos compromisos merecen ser tratados con respeto. Con todo, dada la legislación civil de los tiempos modernos, sólo disponemos de una sanción definitiva: la expulsión. Y hemos de situarnos ante esa medida suprema.

Sin entrar en detalles, os ruego examinéis para el próximo Capítulo:

- 1° Los casos de expulsión reservados a Roma.
- 2° Los reservados al Capítulo general.
- 3° Los casos en que el Superior General está obligación a decidir rápidamente.
- 4° Aquellos en que el Superior solicita autorización a Roma.
- 5° Aquellos en que el Superior ha de dejar que el religioso mismo curse la solicitud de dispensa de los votos.
- 6° Faltas para cuyo castigo se requiere consultar al Superior General.
- 7° Aquellas para las que es suficiente la autoridad del Superior local.

El trabajo que os propongo ha de ser objeto de reflexiones muy serias por vuestra parte, con el fin de que, dentro de un año, podáis discutir sobre ellas con conocimiento de causa.

Ruego a Nuestro Señor que os ilumine sobre estos puntos de los que posiblemente dependa nuestro porvenir.

Que, tomadas vuestras resoluciones, se pueda decir: *“Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculatae sunt: ¡Que Dios os otorgue la paz en la misericordia, la verdad y la justicia!”* [Salmo 85, 11].

Os ruego, mis muy queridos Hermanos, aceptéis la expresión de mi más respetuoso cariño en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

UNDECIMA CIRCULAR

Nimes, 15 de septiembre de 1875.

Mis muy queridos Hermanos,

La presente circular es la última que pienso dirigiros antes del Capítulo general, al que os convoco para el mes de septiembre del 1876.

En mis anteriores circulares os he ido trazando el bosquejo de vuestras futuras deliberaciones. Deberéis agregar dos puntos que no requieren trabajo preparatorio por mi parte.

Programa del próximo Capítulo Tendréis, pues, que examinar los temas siguientes:
1° Modo de combatir las Sociedades secretas y la Revolución.

2° Requisitos para ser un buen religioso capitular.

3° Progresos prácticos que se han de hacer en la oración.

4° Órdenes Terceras.

5° Postura a tomar frente a la política.

6° Estudios.

7° Alumnados.

8° Noviciados.

9° Deberes de los Superiores.

10° Penas regulares y expulsiones.

Asuntos financieros Habiendo solicitado el Padre Hippolyte se le releve del economato general, he creído conveniente reservarme un año; no sólo para permitirle que presente al Capítulo una cuenta exacta de su gestión, sino también para rogarle nos indique cómo se han de determinar definitivamente

las normas del economato general. Me dirijo especialmente a los profesos de París, para exhortarles a que estudien este asunto con el P. Hippolyte, a que reciban sus luces y le sometan sus propias observaciones. Me alegraría mucho si durante este año el P. Hippolyte, el P. Picard y el P. Vicente de Paúl Bailly, prepararan los elementos para un trabajo completo sobre este asunto tan importante.

Por último, es indispensable que presente cada Superior local el estado general y detallado de la situación financiera de su casa.

Confío poder, con la bendición de Dios, regularizar completamente en el curso de este año la situación de la casa de Nimes. En adelante, todo deberá seguir su marcha uniforme.

Parece que la Providencia quiere protegernos muy a las claras; démosle gracias por ello y no la tentemos más.

Preparación espiritual del próximo Capítulo Permitidme que os diga con cuánta alegría veo aproximarse esta futura reunión. Aunque nos han sobrevenido no pocos sufrimientos desde el último Capítulo, han sobreabundado por otra parte los consue-
los.

Que el próximo Capítulo nos brinde la oportunidad de renovarnos y, a tal efecto, preparémonos a sus trabajos con renovado fervor.

En consecuencia, a partir de la recepción de esta circular y hasta el 1° de septiembre de 1876:

Profesos y novicios rezarán diariamente el *Veni Creator* y el *Memorare* por los religiosos capitulares.

Se impondrán cada día una leve mortificación y se privarán del postre una vez a la semana.

Celebrarán en el curso del presente año al menos seis misas; no siendo sacerdotes, ofrecerán doce comuniones para impetrar las luces del Espíritu Santo.

Durante la Cuaresma de 1876, pedirán a los amigos de la Congregación redoblar sus oraciones, penitencias y comuniones por el éxito del Capítulo.

Durante esa misma Cuaresma, se rezará en todas las casas y cada día el *Miserere* para pedir perdón por las faltas cometidas en la Congregación y los escándalos provocados por las mismas.

Que Nuestro Señor, muy queridos Hermanos, os depare abundantes luces, para que el Capítulo que os notifico constituya la ocasión de una reforma completa para todos.

Recibid la expresión de mis sentimientos afectuosos en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

NOTA

Estas once Circulares tenían esencialmente como meta dirigir las deliberaciones del Capítulo de 1876. Y conforme a ellas se fijó el orden del día en la primera sesión, el 11 de septiembre. No se leyeron, pero los miembros del Capítulo estaban perfectamente preparados para iniciar las discusiones. Los temas discutidos fueron sobre todo: los Alumnados, los noviciados, los estudios, y se trataron también largamente otras cuestiones que las Circulares no habían previsto: la división de la Congregación en tres provincias, las relaciones con las Congregaciones femeninas... Después del Capítulo, como antes, estas Circulares del P. d'Alzon siguen siendo para nosotros preciosas directivas.

Dos circulares inéditas

I.

Sobre la oración

En la primera sesión del Capítulo de 1876, el 11 de septiembre, en el momento de fijar el orden del día de las deliberaciones de acuerdo con las Circulares de 1874-1875, se dice que “el Capítulo no creyó deber ocuparse de la oración y deja al Superior General la tarea de desarrollar lo que ya ha escrito en una de las circulares”. El P. d’Alzon cumplió este cometido en el curso del mismo Capítulo, en una alocución sobre la oración, que reproducimos aquí bajo el título, sin duda impropio, de Segunda Circular sobre la Oración, pero que se justifica en el contexto: no debe separársela de la primera. Al parecer hubo otras alocuciones durante el Capítulo General; por desgracia, no fueron conservadas. Ver, sin embargo, las páginas 687 y 692 de estos Escritos Espirituales.

SEGUNDA CIRCULAR SOBRE LA ORACIÓN

1876

“Erat pernoctans in oratione Dei”
(Lucas 6, 12).

Mis muy queridos Hermanos,

No basta que los religiosos establezcan las más sabias reglas, si no los anima un espíritu de perfección. Por eso vengo a proponeros, durante este Capítulo, diversos puntos sobre los que os ruego meditéis, para que, mientras desarrollamos las leyes de nuestra familia religiosa, podamos al mismo tiempo llegar a las condiciones de fervor que nos hagan más fácil su observancia.

Os hablaré hoy de la oración. Ya he indicado en una Circular el espíritu con que debemos hacer oración. Consideraré hoy las condiciones mediante las que nuestra oración entrará en este espíritu. Estas condiciones son:

1° El hábito de la presencia de Dios; 2° la humildad; 3° el silencio; 4° la austeridad; 5° la devoción al Espíritu Santo.

I.- El hábito de la presencia de Dios

“*Ambula coram me et esto perfectus*: Camina en mi presencia y sé perfecto” [Génesis 17, 1]. Esta palabra dirigida a Abraham es la recomendación más solemne de este ejercicio, presentado como el principio de la santificación de este gran patriarca. Quien tiene sin cesar a Dios presente en su espíritu no puede dejar de ser perfecto, ya que todas sus acciones toman un tinte singular de seriedad, respeto y confianza.

a) impregna nuestra oración *De seriedad.* Lleva a cabo el acto más grande de que un hombre sea capaz: estar con Dios, vivir con quien es su fin último, su recompensa sobrea-bundante.

De respeto. Efectivamente, se halla ante su Creador. Por lo tanto ¡ay del religioso que ya no posee este sentimiento y vulgariza las acciones más santas, en lugar de elevarlas cada vez más!

De confianza. Dios creador es también nuestro padre, y en él es en quien tenemos la vida, el movimiento y el ser; en él nos transformamos, a él nos uniremos, rechazando con facilidad mediante el ejercicio de la presencia de Dios las distracciones que nos asaltan durante la oración.

b) eleva a un estado habitual de oración Tras haber planteado que mediante la fe, la esperanza y la caridad rezamos con deseo continuo, San Agustín hace notar que el alma debe buscar este estado habitual de oración y añade: “*Dignior enim sequetur effectus, quem ferventior praecedat affectus; ac per hoc et quod ait Apostolus: sine intermissione orate, quid est aliud quam beatam vitam, quae nulla nisi aeterna est, ab eo qui eam solus dare potest, sine intermissione desiderare?*”: El efecto subsiguiente será tanto más digno cuanto más intenso sea el fervor que le precede; por eso dice el Apóstol: rezar sin cesar, ¿qué otra cosa puede ser sino desear sin cesar, de quien sólo puede darla, esa vida feliz que no puede ser sino eterna?”. Y eso no es desobedecer a la palabra de Nuestro Señor y rezar *in multiloquio*, ya que, continúa el gran doctor: “*aliud est sermo multus, aliud diuturnus affectus: una cosa es la multitud de las palabras y otra el fervor que dura*” (1).

II.- La humildad

San Agustín escribiendo a Dióscoro, dice que los filósofos paganos han buscado en vano la verdad en el placer, en la ambición, en el orgullo. Para ir a la verdad que es Jesucristo, no hay más que un camino, la humildad, y se puede decir de esta virtud lo que Demóstenes decía de la elocución oratoria: es la condición única e indispensable del éxito (2).

El hombre que reza con humildad ya está en la verdad, pues se halla ante Dios *tanquam nihilum* [Salmo 39, 6]. Pero, ¡qué rara es esta convicción! Y con todo, desde el momento en que uno se coloca ante las perfecciones divinas, la oración mana de la comparación entre lo que nosotros somos y lo que Dios es, y nuestras resoluciones se arraigan en el sentimiento de nuestra nada.

III.- El silencio

Es indispensable para la oración, puesto que el religioso que se ocupa demasiado de las cosas de la tierra ya no encuentra tiempo para ocuparse de las cosas de Dios. Incluso en el cielo, la adoración va acompañada del silencio, y San Juan nos habla en el Apocalipsis del gran silencio que se produjo en el momento en que los espíritus celestiales se inclinaron ante el trono de Dios para adorarlo. Hablar mucho, si no se habla de Dios, es no hacer oración. Además, nada extingue al Espíritu Santo en nosotros como la maledicencia y las faltas contra la caridad, y es imposible no caer en esas faltas, si se habla mucho. La llama del Espíritu Santo disminuye entonces y la oración desaparece, ya que mediante el Espíritu Santo es como rezamos. En fin, no debemos impedir a nuestros hermanos hacerse hombres de oración y sembrar de obstáculos su camino, lo que sucede siempre a causa de las conversaciones inútiles o frívolas que se hacen fuera

de la regla. Hemos de aprender, pues, a callarnos y observar rigurosamente el silencio si queremos llegar a ser hombres de oración.

IV.- La austeridad

“Vis orationem tuam volare ad Deum?, dice San Agustín, fac illi duas alas, ieiunium et eleemosynam: ¿Quieres que tu oración vuele hacia Dios? Ponle dos alas: el ayuno y la limosna” (3). La limosna es como la consecuencia del ayuno, que representa aquí todas las restricciones que se impone el hombre. La austeridad y la oración son hermanas en cierto modo. La sabiduría, que es el gusto por las cosas divinas, que prepara maravillosamente para la oración y que al mismo tiempo es su fruto, la sabiduría, digo, siguiendo la palabra de Job, no se da en la tierra de quienes viven en la blandura: *“nec invenitur in terra suaviter viventium”* (Job, 28, 13). Se necesita un esfuerzo para romper las cadenas de la tierra y subir hacia Dios. La austeridad nos permite hacerlo.

San Agustín nos presenta al Apóstol caminando hacia la perfección (Filipenses 3, 12-13): *“Dicit se nondum esse perfectum...; dicit se extendi, dicit se sequi ad palmam supernae vocationis. In via est... Nihil illi tam magnae morae est quam dissolvi et esse cum Christo: Dice que todavía no es perfecto...; se dice en tensión, se dice en persecución de la palma de su llamada de lo alto. Está en camino... nada anhela tanto como volver al polvo y unirse a Cristo”* (4). La debilidad humana, prosigue, necesita el alimento material; *“est autem caelestibus quibus pietas mentis impletur: como existe un alimento celeste del que se nutre la piedad del espíritu”*. Cada uno de estos alimentos mantiene una vida distinta: una es la vida de los hombres, la otra es la vida de los ángeles. Podemos tender hacia la vida de los ángeles

mediante la privación del alimento terrestre. “*Gubernare itaque debemus nostra ieiunia: debemus, pues, regular nuestros ayunos*”. Anotad esta expresión. No se trata de la situación de los ángeles, tampoco es la de los hombres que no sirven más que a su propio vientre, es una situación intermedia de austeridad. “*Medietatis nostrae res est; vivimos separados de los infieles, asociados a los ángeles en la aspiración: qua vivimus secreti ab infidelibus, coniungi angelis inhiantes*. No hemos llegado aún, estamos en camino: *nondum pervenimus, sed jam imus*” (5). Por lo tanto, aunque no estemos llamados a grandes austeridades, no debemos descuidar ciertas penitencias y, acercándonos así a los ángeles, nos será más fácil cumplir su ministerio de oración.

V.- La devoción al Espíritu Santo

Aquí está el punto importante, ya que si no nos dirigimos a Dios, nos será imposible rezarle: “*quid oremus si cut oportet nescimus: no sabemos lo que conviene pedir*” [Romanos 8, 26]. Es el Espíritu Santo mismo quien tiene que rezar en nosotros, “*postulat in nobis gemitibus innarrabilibus*” [ibid.], y no pensamos bastante que le poseemos realmente mediante el bautismo, la confirmación y el orden. Somos templos suyos y debemos adorar a este Dios que reside en cada uno de nosotros; que está todo en todos y que, cuanto más le amemos y dilatemos nuestro templo interior, tanto más nos hará sentir su presencia. “*Cum igitur ubique est non in omnibus habitat, etiam in quibus habitat non aequaliter habitat: Dios está en todas partes, pero no habita en todos, y aun en quienes habita, no habita en todos de la misma manera. Todo entero en todos, quamvis in quibus hábitat, habeant eum pro suae capacitatis diversitate, alii amplius, alii minus, quos sibi dilectissimum templum gratia suae bonitatis aedificat: aun que aquellos en quienes habita no le poseen sino en*

la diversidad de su capacidad, unos más y otros menos, a todos ellos mediante la gracia de su bondad les hace su templo muy querido” (6).

Dios quiere nuestra cooperación. En el plano de la naturaleza, la Providencia coopera con nuestra libertad; en el plano sobrenatural, somos nosotros los llamados a cooperar con la gracia. “*Quando enim cum Spiritu Dei operante spiritus hominis cooperatur, tunc quod Deus jussit impletur*. Cuando el espíritu del hombre coopera con el Espíritu de Dios que actúa, entonces se cumple lo que Dios ha mandado” (7). La oración nos resultará fácil, si permitimos al Espíritu Santo actuar en nosotros y si le ofrecemos como templo un corazón puro. Digámosle, pues, con la Iglesia: *Tua nos, quaesumus, Domine, gratia semper et praeveniat et sequatur ac bonis operibus jugiter praestet esse intentos*. [Te pedimos, Señor, que tu gracia continuamente nos preceda y acompañe, de manera que estemos dispuestos a obrar siempre el bien] (8).

NOTAS

(1) Carta 130, 18-19, dirigida a la viuda Proba. El texto ha sido establecido según los Mauristas. Migne, P.L. 33-501.

(2) Carta 118. Migne, P.L. 33-431. La copia de la alocución reproduce aquí, al margen, el comienzo del n° 22, col. 442, en que San Agustín insiste sobre la humildad. “No que otros preceptos no hayan sido dados, sino que éste es el más esencial”.

(3) In Ps. 42-8. P.L. 36-482.

(4) De la utilidad del ayuno, cap. I, P.L. 40-708.

(5) *Ibid.* cap. II.

(6) Carta 187, 17 y 19. P.L. 33-838-839.

(7) In Ps. 77-8. P.L. 36-988.

(8) Oración del Domingo 16 después de Pentecostés [actualmente en el Domingo 28 del tiempo ordinario].

II.

Sobre el Ceremonial

La circular sobre el Ceremonial, reproducida aquí, presentaba a la Congregación naciente “algunos preliminares para ser desarrollados y completados poco a poco”. El P. Cusse había sido encargado de este trabajo; puso en ello tan escaso celo que el P. d’Alzon se dirigió en 1859, al P. Galabert.

En el Capítulo de 1876, se trata de un trabajo sobre las formas monásticas presentado a los capitulares y el Capítulo decide: “A lo largo del año, el P. Germer presentará al Superior General un proyecto de ceremonial según los usos del noviciado. Este ceremonial, promulgado por el Superior General, será obligatorio para los noviciados y los alumnados y pasará así poco a poco a ser de uso en las casas profesas”. El P. Germer presentó efectivamente durante el año el ceremonial entre otros del comedor tal como está más o menos en uso entre nosotros.

En la carta escrita al P. Picard el 17 de abril de 1856 decía el P. d’Alzon: “Entiendo por formas monásticas: 1° el Oficio; 2° el Capítulo; 3° los usos más severos en el comedor; 4° el silencio regular; 5° todo el conjunto de las prácticas menores a las que las Órdenes y las Congregaciones modernas han prestado poca atención”.

Estos diversos documentos nos muestran la importancia que el P. d’Alzon atribuía a la perfecta organización de nuestra vida monástica.

CIRCULAR INÉDITA SOBRE EL CEREMONIAL

1855

Hermano Emmanuel d'Alzon, Superior General de los Agustinos de la Asunción, a los Padres y a los Hermanos de nuestra Congregación, salud.

La obligación de la oración y sobre todo de la oración pública es con toda certeza lo que hay de más excelente en la vida religiosa; por eso vemos que casi todas las reglas monásticas entran en los más minuciosos detalles al respecto. La nuestra presenta aún una lamentable laguna en este dominio. Por eso, para no dejar enraizarse los abusos entre nosotros, ya que sería muy difícil destruirlos más tarde, hemos decidido trazaros desde ya algunas normas generales destinadas a servir de base a nuestro futuro ceremonial. Y ya que, conforme al capítulo trece de nuestras Constituciones, estamos obligados a seguir el rito romano, nuestras prescripciones se basarán sobre los libros litúrgicos de la Santa Iglesia Romana, madre y maestra de todas las demás. Sin embargo, como no podemos olvidar que somos monjes, no deberéis asombraros al encontrar algunas normas que van, no contra las rúbricas, —no hay ninguna—, sino un tanto fuera de ellas. Estas prescripciones tienen como finalidad hacer penetrar más y más entre nosotros el espíritu monástico que estamos lejos aún de poseer en un grado conveniente.

Nos contentamos por hoy con ciertos preliminares, que desarrollaremos y complementaremos poco a poco.

El capítulo primero, bajo el título de reglas generales, recuerda ante todo la obligación de los religiosos respecto del Oficio y la misa conventual, según el derecho común. Esta parte no tiene necesidad de comentario. Proponiéndonos predicar a los demás el retorno al derecho común, no podemos pensar en sustraernos a él. Os recomendamos luego la recitación o el canto del Oficio en dos coros, según el uso de los maestros de la vida religiosa, tan olvidado en nuestros días. En lo tocante al canto, hemos dado reglas que impedirán que se introduzca entre nosotros cualquier diversidad inaceptable. Notad lo que hemos regulado respecto al canto del Credo: la fe que es invariable debe ser expresada de la misma manera. Cualquier canto en lengua vernácula, cualquier pretendida música religiosa queda proscrita entre nosotros como indigna de la magnífica sencillez de los usos monásticos. Toleramos, aunque a regañadientes, el uso del órgano desconocido por la pobreza de nuestros antepasados, pero proscribimos cualquier otro instrumento y el violín más que los demás. El uso de los hebdomadarios es demasiado antiguo en las órdenes religiosas para que tengamos que justificarlo.

El capítulo segundo trata de la entrada y de la salida del coro. Aquí es donde hemos querido imponer una práctica verdaderamente monástica. Cuanto más os moleste más deberéis ateneros a ella, aunque sólo sea para quebrantar vuestra voluntad. Por otra parte, esta entrada procesional, además de las ventajas que presenta desde el punto de vista simbólico, tendrá como efecto habituarnos a un poco más de puntualidad, y las oraciones que precederán al Oficio nos prepararán al recogimiento, así como las que seguirán contribuirán a mantenernos en él. Notaréis en este capítulo una prescripción muy importante respecto de los hermanos legos. Si queremos que sean lo que deben ser, hay que saber

mantenerlos en su sitio, y no introducirlos jamás en los lugares donde las antiguas órdenes religiosas siempre los tuvieron alejados. Notaremos de paso que pueden ser empleados como ayudantes del sacristán, pero que no se les puede permitir tocar los vasos sagrados. (*Vir. Dur. auth. v. calix, n°2*).

En el tercer capítulo que trata del comportamiento en el coro y en el capítulo siguiente que trata de algunas ceremonias, sólo hemos recordado las principales reglas generales de los libros litúrgicos. Observaréis escrupulosamente estas reglas de la Iglesia universal, y especialmente la que prescribe de cubrirse cuando se está sentado y descubrirse cuando se está de pie o de rodillas. Si algunos os molestan, no olvidéis que las Constituciones nos proponen la recitación del Oficio como un medio de mortificación, y que por otra parte nuestra misión no es discutir las prescripciones de la Iglesia, sino la de someternos y observarlas humildemente.

En el capítulo quinto ordenamos el establecimiento de algunas penitencias monásticas, a la espera de que ordenemos otras. Si queremos ser religiosos es necesario que nos sometamos un poco a las prácticas de humildad. Es muy de desear, que abracéis con alegría las humillaciones, si deseáis caminar tras los pasos de nuestro divino modelo.

En el capítulo sexto trazamos algunas normas sobre la comunión, que retomaremos más tarde.

Tales son las reglas generales que hemos creído nuestro deber trazarlos hoy, y que os ordenamos observar exactamente.

Con el fin de que nadie las ignore y en virtud de la santa Obediencia, mandamos a todos los Superiores locales que convoquen inmediatamente sus Capítulos para hacer la lectura pública de las mismas y prescribir su ejecución. Os ordenamos, además, que toméis cada uno una copia completa en el plazo de ocho días. Los Superiores locales, lo mismo que los religiosos, podrán enviarnos sus observaciones, si tienen alguna que hacer; pero mientras no hayamos regulado nada nuevo, se deberá observar lo que hemos establecido a partir de hoy.

En cuanto a los puntos que no han sido tratados en las normas que os dirigimos, ordenamos que cada casa siga sus usos, sin permitirse ninguna innovación, incluso aunque el Superior local lo apruebe.

Dado en nuestro convento de la Asunción de la Inmaculada Virgen María, en Nimes, el año de Nuestro Señor 1855, el día del mes de , en la fiesta de .

Siguen los varios capítulos del Ceremonial primitivo.

IV.

NOVISSIMA VERBA

En 1877, el P. d'Alzon estrena un grueso cuaderno que titula Novissima verba, pero que no pasará de la quinta página. El cuaderno contiene cuatro documentos. Los tres primeros, a los que el P. d'Alzon atribuía una "importancia vital", son ya conocidos; el cuarto lo publicamos aquí por primera vez.

En el mismo cuaderno encontramos, en hojas sueltas, dos notas íntimas que datan de los últimos años de la vida del Padre d'Alzon. Las editamos aquí para no separarlas de su contexto.

1° de marzo de 1877.

El mes de San José comienza y hemos rezado las primeras vísperas de la fiesta del Santo Sudario.

¡Qué buen momento para pensar en la muerte, que San José convierte en dulce para sus clientes! ¡Qué buen tema de meditación, cuando llega la hora de pensar en la tumba, el del lienzo en que Jesucristo muerto quiso que envolvieran su cuerpo!

Entro en mí mismo y, en la ignorancia en que estoy del tiempo que me es concedido para prepararme a mi juicio, me pregunto en qué puedo emplear estos días, que pasarán rápido.

Recuerdo la divisa de la Asunción: *¡Adveniat regnum tuum!* y, para serle fiel, me propongo tres medios principales:

1° Trabajar en la restauración de la enseñanza superior cristiana sobre los principios de San Agustín y de Santo Tomás.

2° Combatir contra los enemigos de la Iglesia encuadrados en las sociedades secretas, bajo la bandera de la Revolución.

3° Luchar por la unidad de la Iglesia dedicándome a la extinción del cisma. Para mí en adelante, ahí está todo.

1° de junio de 1878.

A mi sucesor en la Congregación quienquiera que sea

Ha pasado más de un año desde que escribí la página precedente. Resume muy bien mi pensamiento sobre el fin de nuestra Orden, y la transcribo de nuevo para hacer sentir su vital importancia.

Recuerdo la divisa de la Asunción: *¡Adveniat regnum tuum!* y, para serle fiel, me propongo tres medios principales:

1° Trabajar en la restauración de la enseñanza superior cristiana sobre los principios de San Agustín y de Santo Tomás. Eso en cuanto a la doctrina.

2° Combatir contra los enemigos de la Iglesia encuadrados en las sociedades secretas, bajo la bandera de la Revolución. Esto en cuanto al orden social.

3° Luchar por la unidad de la Iglesia, dedicándonos a la extinción del cisma. He aquí los tres grandes medios que hemos de proponernos para realizar nuestra divisa.

25 de mayo de 1879.

Aniversario de la muerte de Monseñor Plantier

Quisiera, en la fiesta de San Gregorio VII, obtener para todos los religiosos de la Asunción, el más ardiente amor a la Iglesia y la resolución de ofrecerse como víctimas perfectas para el bien de las almas y el reinado de Nuestro Señor.

Leyendo el comentario de la regla de San Benito, me impacta el espíritu vigoroso del señor de Rancé, y sobre todo, la manera admirable como aplica a los religiosos lo que, en la Sagrada Escritura, parece no estar dicho sino para los simples fieles. He aquí la prueba evidente de la regla establecida por San Agustín, cuando plantea los diversos y tan verídicos sentidos de la Escritura. Lo que es un consejo de vida cristiana se transforma de golpe en precepto para la vida perfecta.

Cuanto más leo a San Agustín, más me impacta la verdad de esta sentencia suya: que la vida religiosa descansa sobre la práctica de los consejos, y los consejos sobre la caridad, y la caridad sobre Dios, a quien nos une la caridad, y que la vida religiosa es el medio de unirnos más particularmente a Dios mediante la caridad. Lo demás son medios para la perfección.

En una hoja suelta (hacia el final de su vida)

No sé ni cuándo, ni dónde, ni cómo moriré. Por tanto, he de estar siempre dispuesto. Habiéndome llamado Jesús su amigo, en cuanto cristiano, sacerdote y religioso, he de actuar ante todo con miras a la amistad de Jesús.

Abajarme en todo.

Olvidarme de todo para no pensar más que en dejarme guiar por el amor y el espíritu de Jesús.

Ser más dueño de mí mismo.

Vivir mucho más de oración.

En una hoja suelta (hacia el final de su vida)

Abandonar gran parte de mis estudios, vivir ante todo de oración.

Ocuparme exclusivamente de la Asunción:

1° Del noviciado;

2° Del colegio, tocante a la dirección general;

3° De las misiones;

4° Dejar las Religiosas de la Asunción al P. Picard, las Hermanitas al P. Pernet; conservar aún durante algún tiempo a las Oblatas.

5° Ocuparme de una Orden Tercera de hombres, luego de mujeres.

Meditaciones

En 1878, el P. d'Alzon fuertemente quebrantado en su salud se muestra cada vez más preocupado por su fin cercano. Dios, tanto más dadivoso cuanto más generosamente se entrega uno a su servicio, le había favorecido en su apostolado con muchas luces. Por áridas que nos parezcan, las notas que le quedaban evocaban en su espíritu todas estas riquezas espirituales de las que había sido constituido administrador a favor sobre todo de sus religiosos. Bajo el soplo de Dios, de estos fragmentos dispersos, de estas hojas muertas podían salir todavía hermosos brotes florales. Dios se lo pedía y sus religiosos estaban a la espera. Se pone de nuevo al trabajo; no pudiendo ya predicar mucho, escribe nuevamente Meditaciones, pero en ellas da a su pensamiento un desarrollo bastante largo.

Estas meditaciones, que llenan un grueso cuaderno de una escritura más cuidada, aunque siempre tan rápida, forman como el Testamento espiritual del Fundador. Escribe con la total autoridad de una larga experiencia; insiste en una sincera conversión del corazón y una sólida formación en todas las virtudes religiosas; reacciona contra las vocaciones de pacotilla; estimula a un apostolado tan adaptado como sea posible a las necesidades actuales de la Iglesia. Tender generosamente y de una manera totalmente sobrenatural al advenimiento del Reino de Dios, así suena la última consigna de nuestro Fundador.

V.

MEDITACIONES

DESTINADAS

A LOS AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN

Encontramos en la solapa del cuaderno la recomendación siguiente del P. d'Alzon:

En caso de fallecimiento, este cuaderno únicamente reservado a los novicios y a los religiosos deberá ser revisado por los Padres Picard y Emmanuel Bailly, de tal manera que no se añada nada, pero que cada uno pueda recortar lo que juzgue pertinente; y que, si tras examen común, uno creyera deber conservar y el otro recortar, el parecer de la supresión deberá prevalecer.

E. D'ALZON.

Temas de meditación
sobre la vida religiosa
en la Asunción

Desearía, si Dios me concede el tiempo necesario, encerrar en estos cuadernos mis ideas principales sobre la Asunción y su obra.

Ya he escrito apuntes, circulares, temas de retiro: se me antoja no haber dicho todo, ni haberlo dicho bien. ¿Lo diré mejor? Muy encarecidamente se lo pido a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen.

En los dos cuadernos que empiezo y en la cartera negra hallaréis todo lo que me parece más importante. No me sujetaré a un orden estricto, al menos en cuanto a los temas. He predicado no pocos retiros a base únicamente de guiones muy breves. Sin dar a dichos guiones la extensión de un sermón, me parece útil tomar los más importantes y desarrollarlos, de modo que la meditación de los mismos se haga más asequible a los principiantes. Estos desarrollos tendrán además la ventaja de exponer no lo que es común a todos los religiosos, sino lo que mejor cuadra a nuestra familia. Si, gracias a estas indicaciones, pueden los maestros de novicios comunicar a los jóvenes que les son encomendados lo que les haga más aptos para ser auténticos Agustinos de la Asunción, habré logrado mi objetivo.



PRIMERA MEDITACIÓN

NECESIDAD DE LA SOLEDAD PARA HACER UN BUEN RETIRO

*“Et erat pernoctans in oratione
Dei. Pasaba la noche en oración”
(Lucas 6, 12).*

¡Qué modelo más hermoso el de Jesucristo preparando su vida evangélica en medio de la soledad, para un religioso que se dispone a ser no sólo perfecto sino también apóstol!

Por lo tanto, si estamos resueltos a tomar al divino Maestro por modelo, adentrémonos como él en esta noche de retiro, de meditación, de silencio, de penitencia, de examen de nuestras obligaciones y tratemos de encender nuestros corazones con el fuego que abrasaba al salmista en sus éxtasis, cuando decía: *“Et in meditatione mea, exardescet ignis: mi corazón se inflama en la meditación”* (Salmo 39, 4).

¿Cuáles son los caracteres de la soledad?

1º Separarse: *“Exiit in montem: se retiró al monte”* [Lucas 6, 12].

2º Separarse para elevarse: *“Exiit in montem orare: se retiró al monte a orar”*.

3º La vigilia: *“Et erat pernoctans: y pasaba la noche”*.

4º *“In oratione Dei: en la oración a Dios”*. ¿Qué se entiende por esta oración?

I.- Separarse

1º de mi vida ordinaria Tengo que separarme: ¿de qué? De mi vida ordinaria, de mis ideas, de mis costumbres. ¡Ah, qué combate tan recio si mis hábitos son inveterados, si mis ideas forman parte,



en cierto modo, de mi propio ser! No nos figuramos debidamente el mal que causan al alma religiosa las ideas honestas, pero naturales, sin más. Ahora bien, ¡qué fácil es caer en tales ideas, si no sentimos algún aguijón que nos espolee, y qué importante es darse cuenta de la obligación que pesa sobre el alma religiosa de separarse completamente de toda la serie de pensamientos que abrazó para justificar, a sus propios ojos, un sinfín de faltas indignas de la perfección a la que Dios la llama desde hace tiempo!

2° de mis hábitos El alma religiosa tiene que despojarse de sus hábitos. Todo retiro es adentrarse en un mundo nuevo. Por muchos progresos que hubiese hecho yo en un año, más quedarían aún por hacer; mas, ciertos hábitos muelles y laxos, ¿no han levantado una barrera entre mis resoluciones de antaño y mi rutina actual? Jesucristo se retiró. Él vivía, a la verdad, de manera bastante perfecta y el hecho de retirarse en nada podía acrecentar su perfección, pero quería darme el ejemplo. Y se retira. ¡Qué pesada resulta esta separación para quien no ama profundamente la soledad y las comunicaciones divinas que en la misma se originan!

3° de mis afectos Tengo que separarme de mis afectos. ¡Ah!, sí, exclama el Profeta: “*Redite, praevaricatores, ad cor*: pecadores, adentraos en vuestro corazón” (Isaías 46, 8). Y esto constituye para mí a veces objeto de remordimiento. ¡Ah!, ¿soy verdaderamente libre en lo más íntimo de mi corazón? ¿No arrastro ninguna cadena? ¿No tengo ninguna ligadura imperceptible? ¡Y qué fundamental es examinar hasta qué punto tengo que cortar, romper, cercenar, con el fin de que sólo me preocupe de Dios y no de afectos in-

dignos de él, y que todas mis aficiones pasen únicamente por él, y en él sólo encuentren reposo!

II.- Elevación

1º por encima de toda vulgaridad “*Exiit in montem*: se retiró al monte”. Abordo desde hoy mismo un punto que tendré que tratar a menudo.

Quien desea acercarse a Dios ha de subir desde la hondonada de la llanura, a menudo infecta, hacia la atmósfera impoluta de la montaña. ¿De qué se nutren muchísimos cristianos? De ideas mezquinas, abyectas, groseras, vulgares e interesadas. Tal es en dos palabras el alimento habitual de personas con prácticas piadosas pero carentes de verdadera piedad; de sacerdotes honorables, si sólo fueran hombres de mundo, pero sin ninguna santidad. Todo este conglomerado de personas decentes echa a perder, en definitiva, la religión con la estrechez de sus ideas, la vulgaridad de sus sentimientos, la complacencia de su manera de proceder, por no decir, en sus costumbres, que sin ser culpables, tampoco son nada edificantes.

¿Es la masa de cristianos y de sacerdotes seculares la que está así? ¿No ha penetrado esa misma vulgaridad en el claustro? ¿Se afanan siempre y todos los religiosos en superarse?

¡Interrogante desolador! Pues, ¿por qué he querido emprender la vida de perfección si no aspiro a elevarme continuamente sobre mí mismo? Entro en retiro para elevarme. Es preciso que puedan decir de mí: “*Levavit se super se*: se elevó sobre sí mismo”. ¿Y qué sentimientos más elevados tengo que tomar? Nada más fácil.

¿No dice el Apóstol a todos los cristianos: “*Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu*: tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús”? (Filipenses 2, 5). A los sentimientos, ideas y juicios de Jesucristo es donde tengo que elevarme continuamente.

2° al monte santo Apunta San Agustín que en múltiples pasajes de los Libros Sagrados, el monte santo es el mismo Jesucristo en cuanto Dios; de tal forma que podemos decir que, cuando iba al monte, era su humanidad la que entraba en comunicación, en cierto modo más íntima, con la divinidad; lo mismo y con mayor razón me ocurre a mí: tengo que ir a ese monte santo que es Jesucristo.

“Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo aut quis requiescet in monte sancto tuo? Qui ingreditur sine macula: Señor, ¿quién morará en tu tienda?, ¿quién habitará en tu santo monte? El que anda sin tacha” (Salmo 15, 1-2). La purificación de las manchas ha de efectuarse mediante el abandono de las ideas, hábitos y aficiones humanas; es menester algo más: hacerse con sentimientos, ideas y hábitos divinos.

3° con gran tesón Pero, si para alejarse hay que esforzarse, para subir se precisarán nuevos esfuerzos.

Entonces empieza otro cansancio: *“Corpus quod corrumpitur aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem:* un cuerpo corruptible agobia el alma y esta tienda terrestre abruma el espíritu lleno de preocupaciones” (Sabiduría 9, 15). Cosa común en todos los hombres. Pues bien, si quiero ascender, tengo que aprontar convenientemente mi alma para la lucha contra la corrupción de mis sentidos y proseguir intrépidamente hasta dominar esa morada terrestre de mi alma que deprime su sentido sobrenatural. ¡Haz, Señor, que en este retiro domine con tu gracia mis disposiciones, para subir siempre y no bajar en lo sucesivo a la tierra de los muertos!

III.- Oración humilde

“*Exiit in montem orare*: se retiró al monte a orar”. El retiro conlleva dos clases de oración; consideremos, de entrada, la primera: la oración del pobre, del indigente, del pecador.

1° del pobre e indigente con Jesús como modelo Jesucristo, —de quien afirma San Pablo: “*Quum esset dives, propter nos egenus factus est*: el cual, siendo rico, se hizo pobre por nosotros” (2 Corintios 8, 9); e Isaías: “*Posuit in eo Dominus iniquitatem omnium nostrum*: Dios cargó sobre él el pecado de todos” (Isaías 53, 6)—, Jesucristo conoció, no por él, sino por nosotros esta primera oración. La asumió y se la presentó al Padre; se hizo pobre: “*Egenus et pauper sum ego*: yo soy pobre e indigente” (Salmo 109, 22). Con cuánta mayor razón necesito yo semejantes disposiciones, y en mi angustia, ¿qué gritos no tengo que estar dispuesto a lanzar?

“*Domine, quid multiplicati sunt qui tribulant me? Quoniam tauri pingues obsederunt me*: Señor, ¿por qué se han multiplicado mis enemigos? Me rodean como toros cebados” (Salmo 3, 2; Salmo 22, 13). ¿Acaso no necesito rezar para implorar ayuda en medio de mi indigencia y de mis tribulaciones? El retiro me descubrirá mi total desnudez, mi extrema pobreza, el abismo de miseria en que he caído, y me dará la fuerza de suplicar que vengan a socorrerme.

2° del pecador con Jesús como abogado Yo no sólo soy pobre e indigente, un abandonado y perseguido; soy pecador y tengo que pedir perdón. Esto es lo que más me ha de impulsar a la oración en el retiro. Contemplaré continuamente y con más claridad mi pecado. “*Et peccatum meum contra me est*

semper: mi pecado está siempre ante mí” (Salmo 51, 5). Echaré de ver cómo las criaturas y el daño que les pueda haber inferido se desvanecen ante mis horrosas faltas contra Dios: “*Tibi soli peccavi et malum coram te feci*: contra ti solo he pecado, lo malo a tus ojos cometí” (Ibid., 6). Tal es la oración del reo que, ante el suplicio merecido, no tiene otro recurso que el de arrojarle en brazos de la misericordia infinita, ni nada que decir si no es exclamar con lágrimas: “*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam*: apiádate de mí, Señor, según la abundancia de tu misericordia” (Ibid., 1). El retiro al que me convoca Jesucristo, es el tiempo destinado a tratar con el Hijo de Dios, mi abogado, del proceso que más tarde tendrá que fallar en su calidad de juez. Pero en estos días benditos se me ofrece una oportunidad; puedo pedirle que borre mi iniquidad, y lo hará, como Dios, según la inmensidad de su perdón, ¡pues ya me ha perdonado tantas y tantas veces! “*Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam*: borra, Señor, mi iniquidad según la inmensidad de tu misericordia” (Ibid., 3).

IV.-Oración perseverante

Hay otra oración importante en el retiro, sin la cual no producirá éste su fruto esencial. Queda dicho que Jesucristo pasaba la noche en la oración de Dios. “*Et erat pernoctans in oratione Dei*: pasaba la noche en la oración de Dios”. Durante el retiro, el alma se halla con harta frecuencia envuelta en tinieblas.

1º en las tinieblas del castigo Tinieblas correctivas. Ella se había alejado de Dios y Dios se aleja de ella. Jesucristo se aleja para forzarla a buscarlo con más ahínco. No ve nada, no entiende, por decirlo así, nada. Y así conviene que sea: es

la sanción de sus tanteos humanos, terrestres, egoístas; es un castigo purificador, una auténtica tentación en la que surgen a veces vanos fantasmas para importunar la imaginación; tentación en la que el recuerdo retrotrae al pasado y suscita a veces añoranzas. Y es justo que así suceda: en el último día, Dios abandonará a quienes lo hayan abandonado. Algo parecido acontece en el retiro. Dios se oculta, está en la oscuridad, y el alma se ve privada de su experiencia. Describir semejante estado resultaría excesivamente largo; pero, en fin, lo tiene merecido; no tiene más que someterse. Se prolonga más o menos, según la voluntad de Dios, pero también conforme a la generosidad con que se acepta.

2° en la noche de la fe Tinieblas de la prueba. Dicho estado constituye asimismo una prueba. Dios ha permitido que lo experimentasen los santos; se oculta con el fin de que se vaya tras él con mayor empeño; y, al clarear el día, se entrega en conformidad con la vehemencia con que, a lo largo de la noche, se hayan alzado las manos hacia las cosas santas, bendiciendo al Señor incluso de sus aparentes castigos, atendiendo a la invitación del salmista: “*In noctibus extollite manus vestras in sancta, et benedicite Dominum*: por las noches alzad las manos hacia el santuario, y bendecid al Señor” (Salmo 134, 2).

Ahora bien, Jesucristo rezaba con la oración de Dios: “*Et erat pernoctans in oratione Dei*: pasaba la noche orando”. ¿Cuál es esa oración, sino la de todos los santos mientras viven en el exilio? Después del exilio vendrá la alborada: “*Et in lumine tuo videbimus lumen*: y en tu luz veremos la luz” (Salmo 36, 10). La oración será iluminadora, rebosante de divinas claridades. Pero mientras tanto, es menester proseguir en la oración, y una de las disposiciones más eficaces y más fecundas en el retiro es la de orar en plena oscuridad, en la noche de la fe.

Separación, elevación, oración penitente, oración perseverante en la noche de la fe, tales son las disposiciones con las que he de hacerme, si quiero que me resulte útil el retiro, a imitación del retiro de mi divino Maestro.

Concédeme, Señor, separarme, elevarme como tú, rezar como pecador, orar con espíritu de fe, y así, estoy seguro de que mi retiro producirá ubérrimos frutos.

SEGUNDA MEDITACIÓN

JESUCRISTO Y EL RELIGIOSO EN RETIRO

*“Mihi vivere Christu est.
Para mí la vida es Cristo”
(Filipenses 1, 21).*

La vida del Apóstol era Jesucristo. Jesucristo es también la vida del religioso; ha de tomar partido. Si no es la viva imagen del divino Salvador, no es sino una quimera.

Pero durante el retiro es cuando ante todo la imagen del Hijo de Dios, hecho Hijo de María, ha de hacerse presente; y he aquí qué deberes han de seguirse de su meditación:

- 1º El religioso debe estudiar a Jesucristo toda su vida;
- 2º Conociéndole, ha de amarle siempre más;
- 3º Amándolo, ha de aplicarse a imitarle con toda la perfección de que sea capaz.

Tres reflexiones muy sencillas y que, partiendo de los principios más elementales de la fe, se encadenan de modo irresistible.

I.- Estudiar a Jesucristo

Sin estudio no hay conocimiento de Jesucristo Sin duda, si Dios quisiera podría iluminarnos como a San Pablo, de golpe, sobre las perfecciones del Salvador, o bien como le pasa a los ángeles que le contemplan en Dios, en la palabra divina, y le adoran: *“Dicit: et adorent eum omnes angeli ejus: habla y todos sus ángeles le adoran”* (Hebreos 1, 6).

Cierto que sería un vasto tema de contemplación, pero nos perderíamos en él, tan cegada resultaría nuestra inteligencia en cierto modo por la fuerza de su luz y nuestro corazón abrasado, consumido por su amor. Dios quiere algo distinto de nosotros. Derrama sobre nosotros los dones de la fe, nos muestra a su Hijo a través de una nube; y a la espera de los esplendores de la patria, quiere que avancemos paso a paso en el conocimiento de su Hijo, en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la auténtica sabiduría y de la verdadera ciencia, *in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi* (Colosenses 2, 3). Estudiar a Jesucristo es, pues, estudiar la sabiduría y la ciencia en su principio. ¿No estamos aquí ante un manantial de estudios suficientemente importante? Así, pues, ¿cree el religioso que puede emplear su vida en algo mejor que profundizar en los tesoros de esta sabiduría y de esta ciencia divina?

El estudio de todos sus misterios:

La Encarnación

¿Y qué estudiaremos? ¡Ciertamente los temas abundan! Ante todo, el misterio mediante el cual un Dios se hizo hombre para que el hombre se haga Dios: *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus*. ¿Acaso es poca cosa darse cuenta de qué manera un hombre criminal puede acercarse a la divinidad, no del modo mentiroso que la serpiente proponía a Eva en el Paraíso terrenal, sino del modo como Dios mismo lo entiende? ¿No significa nada estudiar el modo como podemos adquirir un nacimiento divino, y que ya hemos adquirido, de acuerdo con San León, mediante el bautismo? Escuchemos a este gran Papa: "*Universa summa fidelium fonte orta baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in ista nativitate congeniti*": todo el conjunto de los fieles ha nacido en las aguas del bautismo: del mismo modo que todos los cristianos están crucificados con Cristo en su Pasión, están resucitados con

él en su Resurrección, están colocados con él a la derecha del Padre en su Ascensión, así son engendrados con él en este nacimiento del bautismo”.

La Infancia ¿Es poca cosa estudiar una grandeza semejante? El cristiano, y a mayor abundamiento el religioso, estudia la humildad, el silencio de su Dios hecho hombre, su anonadamiento profundo en el seno de María, su pobreza en el Pesebre, la subversión completa de las ideas humanas en el despojamiento absoluto de Aquél por quien todo fue hecho; estudia en Nazaret aquella gran ley del trabajo, de acuerdo con la cual el gran Obrero del universo, Aquél por quien los siglos han sido creados, se obliga a ganar su pan, con el sudor de su frente, en el taller de un pobre artesano, y nos enseña el trabajo y su santificación no tanto con palabras sino mediante sus ejemplos.

La vida pública ¿Qué decir de su vida apostólica, de sus trabajos, de la ingratitud de que fue objeto pese al poder de su palabra, tanto para enseñar como para curar?

¿Qué decir de su vida de sufrimiento, de su muerte, de su sacrificio? ¿Qué decir de su vida en el Sagrario para que se cumpliera la palabra del adiós: “*Non relinquam vos orphanos, veniam ad vos*: no os dejaré huérfanos, volveré a vosotros”? (Juan 14, 18). ¿Vino suficientemente? ¿Está suficientemente con nosotros y en nosotros mediante la Eucaristía? ¿No tendríamos que profundizar sin cesar en el cúmulo inmenso de las riquezas divinas? *O altitudo!*

Con ayuda de los Evangelios y de los libros de los santos Todo esto es puro y simple Evangelio. Sólo tengo que meditarlo. Ahí están las palabras de vida dejadas por el Salvador a sus discípulos. Con ellos, con Pedro, podemos decir:

“*Ad quem ibimus?*: ¿Donde quién vamos a ir?” (Juan 6, 68). ¿Qué doctor más admirable podríamos buscar? “*Ad quem ibimus? Verba vitae aeternae habes*: Tú tienes, Señor, palabras de vida eterna” (Juan 6, 68).

Pero además hay que estudiar a Jesucristo en los libros de los santos que la Iglesia propone a nuestra meditación.

**Previniéndose
a) contra la pereza**

Eso cuesta porque se necesita esfuerzo para comprender y a la pereza le gusta poco el esfuerzo.

Es cierto que no todo está en los libros, y eso lo vamos a dejar bien sentado luego; pero hay aquí dos escollos en este estudio del Hijo de Dios hecho hombre: primeramente, la pereza que cree saberlo todo y que piensa que basta con los afectos. Sí, es cierto que por ellos hay que terminar, pero con la condición de asentarlos sobre base firme. El campesino, el obrero, que no pueden estudiar, reciben, si le dedican el tiempo que les dejan sus trabajos, gracias especiales, cuando efectivamente no pueden estudiar mejor a Jesucristo. Para religiosos como nosotros, no puede ser así. La pereza es como una pared entre Jesucristo y nosotros; mientras no la derribemos, no seremos capaces de nada.

**b) contra la
autosuficiencia**

En segundo lugar, los hay que no queriendo estudiar a Jesucristo como se debe, caen en

la vaguedad de no sé qué ensueños estériles. Por eso, ¡cuántas devociones falsas basadas en ideas falsas y en sentimientos falsos! ¡Y qué peligros para el progreso en la perfección! ¿Quién ha llegado alguna vez a la meta siguiendo un camino equivocado? ¡He ahí a qué se exponen un montón de religiosos por no haber estudiado lo suficiente a Jesucristo!

El falso conocimiento de Jesucristo produce un falso cristianismo. ¿Qué luz no proyecta este axioma incontestable sobre el estado de tantos espíritus?

Cuando se tiene de Jesucristo un conocimiento suficiente mediante el estudio, se pueden estudiar los detalles de su vida mediante la meditación y entonces ¡cuántas lecciones prácticas surgen abundantemente de ella! Jesucristo es el auténtico pan supersubstancial del que se habla en el Sermón de la Montaña. Jesucristo es aquél cuyo conocimiento bastaba a San Pablo.

II.- Amor a Jesucristo

Jesucristo, el objeto más perfecto de nuestro amor

Para amar hay que conocer; tal es la primera condición del amor: el conocimiento del objeto. Pero el conocimiento inspira

la repulsa de lo que es malo, repulsivo; inspira el amor de lo bueno, lo bello, lo deleitoso.

Ahora bien, ¿quién es mejor que Jesucristo? ¿Quién es más bello que Jesucristo? ¿Quién es más perfecto que Jesucristo?

Él es la belleza divina, “*splendor gloriae*: el esplendor de la gloria” (Hebreos 1, 3); “*figura substantiae*: la imagen perfecta de la substancia de Dios” (Ibid.). Tomad todas las perfecciones divinas: todas están en Jesucristo, o más bien son Jesucristo mismo, en cuanto Dios. Tomad las perfecciones creadas: todas se hallan en Jesucristo; sólo que hay que conocerlas. Ahora bien, si la solución de un problema científico, la lectura de una obra maestra de literatura, la vista de un espectáculo de la naturaleza, las inmensas llanuras, las altas montañas, el océano inmenso, conmueven al espíritu y lo colman, ¿cuál es el efecto que produce en mí la grandeza de las bellezas, de las

perfecciones, de los conocimientos que la contemplación de Jesucristo encierra? Ante todo la admiración, una admiración sin término, sin límite, como su mismo objeto. Pero cuando este admirable objeto, esta riqueza sin fronteras, este tesoro de perfecciones, esta belleza modélica de todo cuanto es bello nos ama, se entrega a nosotros, descende a nuestra nada, a nuestro pecado, para borrar nuestro pecado y dar a nuestra nada la vida sobrenatural, y una vida cada vez más abundante ¿qué nos queda sino precipitarnos, mediante un amor inmenso, a sus pies, en sus brazos, en lo más íntimo de su Corazón?

Sí, a menos de estar condenado, es imposible conocerlo y no amarlo.

Y en este amor es donde empieza esa vida nueva que lo hace todo fácil porque amamos, y cada vez más fácil porque amamos cada día más.

Vida nueva en el amor a Jesucristo El amor encuentra en Jesucristo al Santo de los santos bajado a la tierra por nosotros, el puente entre el hombre y Dios. El alma que así empieza a desarrollarse, ama sin duda con las imperfecciones de los iniciados, pero con un ardiente deseo de despojarse de cuanto frena su unión con el objeto de su amor; se lamenta de no amar más, y estos lamentos, humildes como un culpable perdonado, es un aumento de amor. Ama con el sentimiento de las alegrías que aporta Jesucristo con sus dones, y con la liberación del pecado del que la libra. Ama con la esperanza de poseerle eternamente, como una recompensa, no merecida quizá, pero recompensa cierta, ya que ha sido prometida y que la palabra de Dios está ahí; siente, mediante Jesucristo, la gracia que fluye en su corazón; cuenta con su apoyo sobrenatural; no puede menos que amar ese bien, arras de un bien más excelente aún.

“Para mí, la vida es Cristo”

Ama porque es Jesucristo y porque mediante Jesucristo se une a Dios. ¡He ahí la vida de Jesucristo nuestro Dios y nuestro mediador! Su obra consiste en unirse cada día más a nosotros y, para acrecentar el prodigio y el poder de sus efectos, esta alma que ha dispuesto grados de amor en su corazón, no pudiendo subir todavía a la vida eterna, va a la Eucaristía que es su garante. Con el Cuerpo y la Sangre de un Dios, Dios mismo le viene dado; le posee, puede decir: “Mi amado es para mí y yo soy para mi amado; le aprehendí y no le soltaré”[Cantar de los Cantares 2, 16 y 3, 4]. Y el alma, mediante el amor, tiene el poder de obligar a Jesucristo a quedarse con ella. Entonces dice más que nunca: “*Mihi vivere Christus est!*: ¡Para mí vivir es Cristo!”. Vivir en el conocimiento de Jesús, amar a Jesús cada día más conocido, más poseído, más fuente de todo bien, he aquí para mí la vida en el amor. *Mihi vivere Christus est!* Después de esto, sólo queda desear la muerte para tener la plenitud de la felicidad en la plenitud de la vida: “*Mihi vivere Christus est, et mori lucrum!*: Para mí vivir es Cristo y la muerte una ganancia” (Filipenses 1, 21).

III.- Imitación de Jesucristo

Imitación de la vida entera de Jesucristo Decir que amamos a Jesucristo no lo es todo, hay que probarse-lo del modo que él lo pide; y él mismo es quien ha dicho: “*Si quis diligit me, sermonem meum servabit*: si alguien me ama, guardará mi palabra” (Juan 14, 23). Tal es la mejor prueba de amor que Jesucristo pide.

Ahora bien, la predicación de Jesús es su vida toda. Le hemos escuchado decir: “*Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis*: os he dado ejem-

plo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho” [Juan 13, 15]. ¿De qué virtud no nos ha dado ejemplo? ¿Qué perfección humana no respira en su vida? Por eso, cada instante de la vida del Salvador es una mina inagotable de actos perfectos que imitar.

**Imitación de los
sentimientos interiores
de Jesucristo**

No hay que juzgar solamente el acto externo, sino la perfección de todas las intenciones con las que este acto se realiza.

Tomemos un ejemplo. El divino Salvador fue amarrado a la cruz con otros dos condenados al mismo suplicio que él. Las mismas torturas y los mismos sufrimientos: ¡qué diferencia, sin embargo! Uno de ellos es un desesperado que muere, con la blasfemia en los labios; el otro, sin duda un culpable, pero a quien la gracia del Salvador ha tocado, que se humilla, se arrepiente, confiesa su crimen; y entre los dos, la inocencia misma suspendida entre el cielo y la tierra, para expiar, mediante su sacrificio, los pecados de los hombres y ofrecer a su Padre la víctima más pura. Lo mismo pasa con todos los actos del Salvador, por comunes que parezcan: todos poseen una santidad mil y mil veces superior a cualquier esfuerzo humano, y así conviene que sea, para que se comprenda que la perfección no consiste en el acto mismo, sino en el sentimiento con que se realiza.

**Imitación de cada
momento**

Ahora bien, esta imitación es de cada momento y en cada momento puede ser de la más maravillosa intensidad. ¡Cuántos tesoros de amor más abundantes en un solo acto de amor de Jesucristo, comparado con todos los actos de amor formados durante la eternidad por todos los santos y por todos los ángeles! Lo mismo digo de todas las demás virtudes que, al fin y al cabo, terminan perdiéndose en el amor.

Incluso la incapacidad humana es un principio de progreso en la perfección. Con la ayuda de Dios, se esfuerza y termina por acercarse cada día, mediante intenciones cada vez más puras, mediante una generosidad más absoluta, mediante un abandono más completo a cuanto le es pedido, no sólo de un modo genérico, sino también mediante la atención amorosa a los menores detalles de los actos del Salvador que imitamos.

Así, ésta es la maravilla: el estudio de Jesucristo produce el conocimiento del divino Salvador: cuanto más le conocemos más le amamos; cuanto más le amamos, más deseamos imitarle; pero, para imitarle mejor necesitamos estudiarlo más aún y así el alma avanza sin cesar en el triple esfuerzo del estudio, del amor y de la imitación. Pero ved la consecuencia: Jesucristo ha dicho: “Si alguien me ama, guardará mi palabra”, y añade: “*Et Pater meus diligit eum, et ad eum veniemus et apud eum mansionem faciemus*: y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada en él” (Juan 14, 23).

¡Padre, ama a tu criatura, ven a ella con tu Hijo y el Espíritu que es tu amor, haz en ella tu morada, por los méritos de tu Hijo amado, en el tiempo y para toda la eternidad!



TERCERA MEDITACIÓN

LOS ABUSOS DE LAS GRACIAS

“Expandi manus meas tota die ad populum incredulum, qui graditur in via non bona, post cogitationes suas: Alargué mis manos todo el día hacia un pueblo incrédulo que camina por un camino detestable, tras sus propias pasiones” (Isaias 65 ,2).

He ahí al Salvador que nos llama, y nosotros nos negamos a ir hacia él. Hace oír sus lamentos y no le prestamos atención. ¿Dónde estamos? ¿Estamos a punto de agotar su paciente bondad? Examinemos atentamente los abusos de la gracia de los que somos culpables; que no tenga que reprocharnos, en el momento del juicio, de haber estado todo el día con las manos tendidas hacia nosotros sin que hayamos dejado de caminar por el mal camino siguiendo nuestros propios pensamientos y caprichos. Tomemos por su orden las principales gracias de las que hemos abusado y veamos a qué reparación estamos obligados.

I.- La gracia del bautismo

Es común a todos los cristianos, pero, ¡cuántas otras gracias no nos han sido ofrecidas por ella! Ninguna mancha, el pecado borrado, la inocencia recobrada, la túnica blanca devuelta. ¡Qué felicidad! Y, sin embargo, ¿qué es todo esto comparado con la adopción por la que Dios me ha introducido en su familia y me ha declarado ser su hijo? Como a la segunda persona de la Santísima Trinidad, el día de mi bautismo, adoptándome, Dios me ha



dicho: “*Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te*: tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy” (Salmo 2, 7).

II.- La gracia de la vocación

a) Separación del mundo Pero, del mismo modo que Dios me ha elegido de entre tantos hijos de Adán para arrancarme de la masa del pecado, así me ha tomado de entre los cristianos para elevarme a una dignidad más alta. Cuando me llamó a la vida religiosa me dijo: “*Egredere de domo tua et de cognatione tua*: sal de tu casa y de tu parentela” (Génesis 12, 1). Sin entrar en detalles, yo bien sabía que tendría que romper un montón de lazos: ¿los he roto totalmente? Lo que tenían de legítimos, ¿no ha resultado un buen pretexto para conservarlos mucho más fuertes de lo conveniente? He dejado a mi familia: ¿no he vuelto a menudo mis ojos de ese lado?; y si hubiera roto de modo más categórico, ¿no hubiera podido avanzar mucho más rápidamente en las virtudes de mi estado?

¿De cuántos lazos no ha de liberarse sin cesar el religioso! Tarea que hay que recomenzar a cada instante, porque a cada instante el corazón se siente presionado a echar raíces en esta tierra. Ahora bien, si el religioso todavía no ha alcanzado el cielo, al menos debe estar por encima de las cosas terrestres. ¿Dónde estamos al respecto? ¿Qué libertad hemos conquistado? ¿Ha visto Dios cómo ejecutábamos exactamente la orden que nos ha dado como a Abrahán: “*Egredere de domo tua et de cognatione tua*: sal de tu casa y deja a tu familia?”.

b) Entrada en la tierra de los santos Dios añadió: “*Et veni in terram quam monstrabo tibi*: ven a la tierra que te mostraré” [Génesis 12, 1]. Sí, hay otra tierra, para el religioso, distinta de la

de los demás hombres: la tierra de los santos. Existe allí la soledad, y allí uno se ocupa en deberes de un orden muy diferente, porque el principio de las acciones es muy distinto del de los hombres de la tierra común. En esa tierra hay un reino nuevo, esperanzas contrarias a las que se cultivan aquí abajo; existe el deseo de la felicidad, con la convicción de que se realizará de muy distinto modo; en una palabra, existen horizontes abiertos del lado de la eternidad, del lado de Dios poseído en proporciones incomparablemente mayores de las de los hombres ordinarios, ya que vamos a él mucho más perfectamente. ¿Dónde nos encontramos respecto de esta vocación y qué he hecho con ella? ¿Resuena aún en el fondo de mi corazón o la he dejado dormirse en un silencio culpable?

III.- La gracia del Noviciado

He escuchado la voz divina. Ha habido un momento en mi vida en que he experimentado emociones como las del salmista cuando cantaba: "*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus: me alegré cuando me dijeron: ¡vamos a la casa del Señor!*" (Salmo 122, 1). Sí, fue con alegría que pensé entrar en el noviciado. Me parecía que ponía los pies en el vestíbulo de la casa de mi Padre, de la casa de Dios. ¿Qué más podía esperar? Vivir en una relación más íntima con Dios, ¡qué privilegio!

a) Las expectativas de Dios en el aprendizaje de su servicio Ahora bien, si en la corte de los reyes Caldeos se preparaba mediante largas pruebas a jóvenes como Daniel y sus compañeros para comparecer ante el rey, ¿qué preparación no será necesaria a quien ha de entrar en las relaciones más íntimas e inefables con el Rey de reyes? Pues ésa es la meta

del noviciado religioso. El novicio realiza el aprendizaje para el servicio muy especial de Dios.

En un reino, todos son súbditos del soberano, pero hay súbditos de élite a quienes se confían las misiones más delicadas. Para ser dignos de esas misiones hay que entrenarse en ellas. Ésa es la vida del noviciado: un perpetuo ejercicio para hacerse digno de servir a Dios de acuerdo con la perfección que quiera comunicarnos él mismo. Ahora bien, así como el rey de Babilonia mandaba dar a Daniel y a los otros desterrados de Jerusalén, elegidos de entre los cautivos, cuanto quisieran pedir, así durante el noviciado Dios derrama sobre un alma todas las ayudas que necesite para elevarse hacia él.

b) Abusos de las gracias del noviciado

Feliz generosidad la que, a causa de su misma novedad, produce en el alma elegida arrebatos desconocidos si sabe aprovecharlos, pero que la hace bien culpable si sólo responde a tan preciosos regalos con la torpeza, el aburrimiento, la indiferencia, la ingratitud. Podemos preguntar a ciertos novicios tibios y cobardes, lo que preguntaba el Padre de familia cuando entró en la sala de bodas de su hijo: “*Amice, ad quid venisti?*: Amigo, ¿a qué has venido?” (Mateo 26, 50). ¿Qué ha venido a hacer, efectivamente, si no a ser una piedra de tropiezo para muchas almas jóvenes débiles aún y que, ante el escándalo de su cobardía, se detendrán y quizá den marcha atrás?

Sin embargo, habían sido llamados efectivamente, habían entrado con buenas disposiciones, pero no supieron vencerse en las primeras pruebas: o bien depusieron las armas, o bien no las llevaron más que por una especie de inclinación, sin reflexión alguna sobre la meta que debían alcanzar. Y entonces, ¿qué ha sido el noviciado? Una serie de derrotas, de malos ejemplos, de disgustos, de tentaciones, de remordimientos sofocados. A causa de una

serie de caídas, el noviciado ha sido el preludio de caídas más terribles que tendrán lugar cuando los grandes compromisos sean asumidos. Sin embargo, Jesucristo había hecho las más tiernas ofertas, las más apremiantes, pero tuvieron hastío de Jesucristo, y la vida religiosa se presentaba solamente como un mal menor que se aceptaba porque no se tenía otro refugio para ocultar su incapacidad y su pereza. Y sin embargo, transcurrió el noviciado; se llegó a la profesión, pero os pregunto ¿con qué disposiciones?; se abusó de las gracias, se abusará aún más, hasta el momento en que la gracia de la perseverancia final se haya vuelto como imposible.

IV.- La gracia de la Profesión

a) fervor primero Pero demos por sentado un noviciado fervoroso. Llega el momento de comprometerse para siempre, se han pronunciado los votos perpetuos. Feliz quien pueda exclamar como David: "*Funes ceciderunt mihi in praeclaris, etenim hereditas mea praeclara est mihi*: mis cadenas se me hicieron gloriosas, mi heredad es preciosa para mí" (Salmo 16, 6). Con arrobamiento es como este joven religioso se ha cargado a sí mismo con esas preciosas cadenas; el amor de Jesucristo le ha conducido hasta el altar para inmolarse con él. No tiene otra idea que la de caminar, correr a zaga de aquellos grandes religiosos, sus Padres, que le han transmitido tan hermosos ejemplos de cómo la gracia triunfa sobre la naturaleza.

b) rápida decadencia ¿Cuánto durará su fervor? Ya hace algunos años que hizo la profesión. ¿En qué está? ¿Qué ha sido de su oración, su regla, su espíritu de recogimiento, su silencio, su trabajo? ¿Dónde está aquel hombre apostólico que creíamos

percibir y que por desgracia ha decepcionado tantas esperanzas? Se ha complacido en sí mismo; le ha vuelto las espaldas a Dios; ha murmurado contra sus superiores; le disgusta su celda, los hermanos le son antipáticos; se ha vuelto hacia el mundo y su corazón se ha llenado de pesadumbre. Sin embargo, está comprometido, continuará, seguirá, arrastrando su cadena en medio de la murmuración, de lo que él llama el desencanto.

c) pérdida del espíritu sobrenatural ¡Pobre desdichado! Estaba destinado a ser un serafín, ahora ya no es más que un hombre común y corriente; cualquier sospecha poco delicada sobre los demás le parece bienvenida. Está contento si puede justificar ante sí mismo la vergüenza de su decadencia, pensando que a su alrededor nadie es mejor. Triste consuelo para un apestado pensar que si muere será sobre un montón de víctimas de la peste. Así se desvanecen los últimos ánimos de una vida de perfección; ya no se la desea; y un residuo de honor fuerza a soportarla al menos en lo externo. Pero por debajo, por dentro, ¿qué veríamos si nos estuviera permitido penetrar hasta el fondo? La gracia se ha retirado y este religioso, semejante a los frutos pasados que pudren a todos los otros frutos que tocan, parece no tener otra misión que la de extender la desorganización a su alrededor.

¿Qué ha sucedido? Ha abusado de la gracia. Su regularidad es nula, sus murmuraciones constantes, su oración una prolongación del sueño nocturno, si no es más bien una divagación insultante para Dios, ante quien no ha tenido más remedio que colocarse; su Oficio lo pronuncia con la punta de los labios; los sacramentos que recibe o distribuye los transforma a menudo en fuentes fangosas si no envenenadas: todo el orden sobrenatural se ha evaporado, y por lo tanto ya no se trata de vocación religiosa.

**d) los votos
convertidos en
cadenas**

¿Y los votos? ¡Ah!, sí, son cadenas y se le podría decir: “*Vae qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, et quasi vinculum*

plaustrum peccatum: ¡Ay de los que arrastran la culpa con coyundas de engaños y están uncidos al pecado como a una carreta” (Isaías 5, 18)! En efecto, ¡qué cadenas las que le hacen desgraciado porque hacen de él un esclavo rebelde! Su convento es una cárcel, la regla un yugo insoportable, sus superiores carceleros, Dios un déspota y un tirano.

Dejemos de lado los escándalos que causa esta vida sin espíritu sobrenatural, esta vida fuente de caídas a su alrededor. Hace como los hijos de Elí cuyo pecado consistía en hacer alejarse del Tabernáculo y del altar del sacrificio: “*Erat ergo peccatum puerorum grande nimis coram Domino, quia retrahebant homines a sacrificio Domini*: el pecado de los jóvenes era muy grande ante el Señor, porque alejaban al pueblo del sacrificio del Señor” (1 Samuel 2, 17).

**e) terrores ante la
cercanía de la muerte**

Y sin embargo, hay que morir, hay que comparecer ante Dios. ¿Con qué sentimientos?

Quizá se dé cierto terror, ya que el abuso de las gracias no ha ahogado completamente un resto de fe: lo que sería perfectamente lógico. Quizá, mediante un supremo esfuerzo, se pueda sacudir el sopor del alma, síntoma siniestro de la muerte eterna; quizá se dé turbación y remordimiento a la vista de una larga existencia en que hubiera podido hacer tantas cosas y no ha hecho nada; en que hubiera podido combatir valientes batallas, mientras se ha quedado bajo la tienda. ¿Quién podrá decir lo que pasa en un alma religiosa que ha abusado constantemente de las gracias cuando llega a la presencia de Dios?

“*Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me*: Señor, no me corrijas en tu cólera y en tu

furor no me castigues” (Salmo 6, 2). ¡Dios mío!, quizá llegue pronto mi última hora. ¿En qué estado me encontraré? ¿Qué talentos puestos a fructificar podré presentarte? ¿Qué virtudes aumentadas, qué sacrificios heroicos, qué buenas obras acumuladas? He ahí lo que esperas de mí; y porque he abusado de tus gracias, ¡lamentablemente, mis manos están vacías!

Perdóname, Señor, y concédeme aprovechar los días que me quedan y, mediante un fervor redoblado, aprovechar tanto más las últimas gracias que todavía me ofreces cuanto más he abusado de ellas hasta ahora: “Ahora empiezo, lo digo firmemente: *et dixi: nunc coepi*. Que se ha cambiado la diestra del Altísimo: *haec mutatio dexteræ Excelsi*” (Salmo 77, 11). Que ésta sea la garantía del socorro que concederás a mi voluntad que va a comenzar, bien tarde sin duda, pero que frente a la eternidad desea recuperar el tiempo perdido.



CUARTA MEDITACIÓN

EL HIJO PRÓDIGO

*“Surgam et ibo ad Patrem meum.
Me levantaré e iré a mi Padre”
(Lucas 15, 18).*

No se necesita haber sido un pecador público, escandaloso, para ser un hijo pródigo. Recordemos aquel refrán: *“Nugae laïcorum, scelera ecclesiasticorum: tonterías en boca de laicos, blasfemias en labios de clérigos”* (San Bernardo).

Para ser hijo pródigo culpable, se necesita haber querido apartarse de Dios por aburrimiento, haberse apropiado sus dones, haber perdido la primera inocencia y haberse sumergido en una vida cuya idea directriz era cualquier cosa menos el deseo de perfección.

Para ser un hijo pródigo arrepentido, hay que tener la valentía de volver en sí mismo, de tomar una firme resolución de arrepentimiento y de ejecutarla.

Examinemos al religioso sobre esta doble faceta del hijo pródigo, y veamos qué lecciones podemos sacar durante un retiro.

I.- El pródigo culpable

**Confrontado con las
pruebas de la vida
sobrenatural**

Que Dios haga pasar a las almas más puras y más fervorosas por algunos sufrimientos, nos lo testimonian las vidas de los santos. Los santos aguantan. Pero, ¡cuántos religiosos llamados a una alta perfección sucumben ante una prueba que



hubiera sido para ellos la fuente de numerosos méritos! Es lo que se encuentra demasiado a menudo en la historia de los monasterios. Se empieza con ardor, pero llega la tentación y no se resiste a ella. No pretendo decir que las caídas sean muy severas, ¡pero se necesita tan poca cosa para hacer de un buen religioso un hombre mediocre, y de un hombre mediocre una nulidad! Se le había repetido constantemente durante su noviciado: “*Sursum corda!*: ¡arriba los corazones!” Subid siempre, los bajos fondos no convienen a quien quiere acercarse a Dios. Hay que ser humilde, pero mediante la comparación con las grandes maravillas que descubrimos en el modelo de los hombres, Jesucristo, y en los grandes servidores de Jesucristo, los santos.

se aleja de Dios

¡Qué lejos se halla de estos pensamientos y cómo prefiere dejar sus ideas flotar en puras consideraciones humanas en las que la virtud nada tiene que hacer, en que las pasiones se despiertan, se inflaman y, sin llegar a excesos escandalosos, sin embargo acumulan una serie de faltas que pronto ahogan cualquier energía! Pronto los ejercicios ya no son para el alma una necesidad. Dios parece, aunque en un sentido distinto, haberse tornado cruel, de acuerdo con la expresión del Profeta: “*Mutatus est mihi in crudelem*: se ha vuelto para mí un perseguidor” (Job 30, 21). Y después de todo, ¿de dónde viene esta crueldad? De que se le ha desdeñado y él a su vez nos desdeña: “*Non deserit, nisi deseratur*” [no nos abandona si no le abandonamos] (San Agustín). Pero preferimos quejarnos de Dios, murmuramos, dejamos de rezar, la meditación se torna un ejercicio odioso y, al cabo de cierto tiempo, entre un hombre honrado de los que el mundo está lleno y este religioso, la diferencia es nula, excepto que el hombre honrado del mundo nunca había aspirado a subir muy alto, mientras el religioso, tras elevarse a una cierta altura, empieza a descender, si no a rodar hacia el abismo.

**se irrita contra la
regla**

Entonces empieza la irritación contra la regla. Se habla de ella como San Pedro que, abriendo el Evangelio a los Gentiles, hablaba así de la ley antigua: “*Jugum quod neque patres nostri, neque nos portare potuimus*: es un yugo que ni nuestros padres ni nosotros pudimos sobrellevar” (Hechos 15, 10). Nos figuramos que el tiempo del fervor ha pasado para todos, y nos gusta imaginar que los demás no lo hacen mucho mejor que nosotros; juzgamos, censuramos, criticamos a los de arriba, a los de al lado, para encontrar una justificación a nuestras rebeldías.

**murmura contra sus
Superiores**

De la antipatía hacia la regla se pasa a la antipatía hacia los Superiores; toda orden es odiosa, toda medida es censurada, criticada, juzgada con severidad; nada de extraño que no queramos seguir más que el propio capricho. Entonces toda clase de suposiciones surgen en una imaginación febril; nada está bien mandado, las murmuraciones se comunican; y si el mal no se contagia como la gangrena, se llega a la conclusión de que es mejor retirarse de la familia espiritual, y se dice: “*Pater, da mihi portionem substantiae quae me contingit*: padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde” (Lucas 15, 12).

multiplica las faltas

Hemos visto ejemplos tristes y muy tristes. Sabemos con qué pretextos se retiran y sabemos a qué degradaciones se exponen. Pero, ¿quién puede retener a ciertas personas en la pendiente? ¿Quién puede, cuando han roto el yugo, impedirles que lo arrojen lejos para siempre? Por desgracia, ¡cuántos excesos no se cometen, a escondidas al principio, luego públicamente! ¿Quién no tiene el recuerdo triste de la historia de algunos grandes escándalos? Pero, antes de llegar tan lejos, ¡cuántos crímenes secre-

tos se habían cometido y antes del crimen, cuántas faltas aparentemente leves habían sido consideradas como actos sin importancia! Y sin embargo, ¡el mal estaba ahí! Sin embargo, la decadencia comenzaba y cuando se han encontrado en el fondo del abismo, han creído poder decir: “*Ignorans feci: yo no sabía*” (1 Timoteo 1, 13).

**con pleno
conocimiento de causa**

Pues bien, sostengo que esto es mentira. Tenían conciencia de su falta. La habían tenido al menos durante cierto tiempo. La pérdida del sentido moral pudo venir luego, pero ciertamente sabían primero lo que hacían. ¿Creéis que, cuando el hijo pródigo fue a decir a su padre: “*Pater, da mihi portionem: padre, dame lo que me pertenece*”, no sabía bien lo que hacía? ¡Ah!, sin duda, para llegar a esta audaz insolencia, tuvo que hacer prolongados esfuerzos sobre sí mismo durante cierto tiempo, pero nos hacemos a todo y un día toda dificultad, todo reparo desapareció de su alma.

**abandona finalmente
el servicio de Dios**

A decir verdad, para escaparse así, todos los religiosos no van a ver a sus superiores; se escapan sin decir nada y le pasan el aviso por el medio indirecto que juzgan más apropiado. Y la separación se consume sin otro procedimiento que el de haberse retirado porque no querían quedarse. Quizá más tarde llega el remordimiento, pero se dicen: “demasiado tarde”, y se precipitan por la pendiente fatal.

Es una tristeza inmensa, para una familia religiosa, ser testigo de semejantes espectáculos; pero, para un religioso animado de espíritu de fe, es una gran y saludable lección que le previene de lo que puede hacer él mismo si no vela cuidadosamente sobre las causas de degradación que todos llevamos dentro con el hogar del pecado.

¡Estemos en guardia! Todos estamos expuestos a los mismos peligros, todos podemos sufrir las mismas caídas.

y se entrega a sus pasiones

No estoy hablando de las fatales consecuencias de aquellas deserciones sacrílegas. Se dice del hijo pródigo: “*Et abiit in regionem longinquam, vivendo luxuriose*: se marchó a una región lejana viviendo lujuriosamente” [Lucas 15, 13]. Casi siempre la lujuria es como el primer castigo del religioso desertor. Comenzó por imaginaciones que creyó permitidas para él, luego vinieron las faltas secretas, después las pasiones se han encendido, luego todo freno se ha roto y entonces ha dicho adiós a todos los compromisos y, con la sonrisa satánica en los labios, no ha temido desafiar al cielo y decir: “*Pec-cavi et quid accidit mihi triste?*: he pecado, pero ¿qué me ha pasado de malo?” (Eclesiástico 5, 4).

Tristeza de un escándalo así

¡Lo que te sucede de triste, desdichado apóstata, es que ni siquiera ves el grado de ruina y de humillación en que te has precipitado! ¡Lo que te sucede de triste es que no ves tu alma manchada, tus hermanos escandalizados, el mundo triunfante, Dios irritado! ¡Lo que te sucede de triste es tu vocación perdida, las gracias profanadas, las ayudas celestiales que se retiran, el Juez eterno preparando su sentencia, las puertas del infierno que se abren, Satanás que te arranca a Jesucristo! Sigue en tu indiferencia, si quieres, pero ten cuidado, Dios no te debe nada: “No abandona si no es abandonado: *non deserit, nisi deseratur*”; pero también ha dicho él mismo: “*Quaeretis me, et in peccato vestro moriemini*: me buscaréis y moriréis en vuestro pecado” (Juan 8, 21). ¿Se puede ver un destino más triste y más deplorable que éste? ¡Oh, religioso apóstata, es el tuyo, si no estás atento!

Pero vosotros no habéis llegado tan lejos. Habéis recibido solamente algunas heridas del enemigo. Veamos cómo habéis de daros prisa en curarlas echándoos en brazos de un Padre que os espera con toda su ternura.

II.- El pródigo penitente

Nuestro Señor nos pinta la abyección a que se ve reducido el pródigo. No quiero detenerme en esto. Sin embargo, esta abyección, si es sentida, es útil; pero, por desgracia, ¡para cuántos son desconocidas las emociones de la vergüenza! El orgullo está ahí para retenerlos; se resisten a confesarse culpables. Entonces, Dios se retira, diciendo: “¡Que se haga como has querido!”. Y vivimos en medio de los cerdos.

A. Los primeros sentimientos de arrepentimiento

Pero si este contacto nos advierte del estado en que hemos caído, sentimientos de arrepentimiento pueden aflorar en el alma.

Al principio sólo se trata de grosera nostalgia: “*Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo!*: ¡Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan en abundancia y yo aquí me muero de hambre!” (Lucas 15, 17). De este modo Dios acepta estas reflexiones humillantes; no pide otra cosa; pues el sentimiento de la impotencia moral va creciendo cada vez más: “*Ego autem hic fame pereo!*: ¡yo aquí me muero de hambre!”. La debilidad le invade, la vida se retira, la muerte se acerca: ¡dichoso él si tiene un conocimiento meditado de esto! Porque sabe bien que, mientras siga en esta esclavitud, le será imposible obtener el alimento adecuado: “*Hic fame pereo*: me muero de hambre”. ¿Dónde quedó la alegría de los antiguos festines familiares, de aquellas alegrías que, por ser tan dulces, habían terminado por parecerle monótonas? Desgraciadamente, el

hambre y la indigencia que le torturan, le hacen apreciar su encanto; pero no es más que un recuerdo ido. ¿Dónde está, para el religioso prevaricador, la vida regular con sus inconvenientes quizá, pero tan agradable por su paz y por la serenidad comunicativa de los miembros de una misma familia espiritual? ¡Todo eso desapareció! Hubo sus emociones, pero tras las emociones, padeció no sé qué inexorable desprecio, que rodea como un manto de vergüenza a todo apóstata.

pese a los estragos de la apostasía Pues bien, existe entre la apostasía inicial y la apostasía consumada no sé cuántos grados.

Antes de colgar el hábito del que se ha hecho indigno, para cubrirse con las libreas del mundo; antes de desertar del altar y de profanar los votos, ¡cuántas deserciones más o menos ensayadas, cuántos intentos de romper las cadenas gloriosas de los compromisos asumidos con Dios mismo! Unas veces es la regla que es muy rígida y la salud no puede aguantarla; otras son los Superiores intolerantes y que no tienen en cuenta las debilidades humanas; otras son los hermanos de trato insoportable de quienes conviene alejarse; otras son las pasiones en efervescencia y cuyas exigencias es bueno escuchar por considerarlas legítimas; otras veces se trata de una mezcla de ideas, más extravagantes las unas que las otras, pero que parecen razonables porque hay interés en crearlas razonables, ya que al fin y al cabo ¡alguna razón hay que encontrar aunque no exista! Fatal ceguera a la que el alma se aboca cuando quiere, ante todo, ser libre; pero llega el momento del despertar, en la indigencia a veces material, y ésta es la mayor gracia que Dios pueda otorgarnos. ¿Qué ha sido de los raros apóstatas a quienes la muerte viene a sorprender en medio de los honores y de la dulzura de la fortuna? ¿Qué muerte han tenido? ¿Cómo será su despertar en la eternidad?

en presencia de su miseria Por el contrario, como sucede a menudo, y a Dios gracias, la miseria hace a estos desgraciados recapacitar, del grito del hambre al grito del arrepentimiento la distancia es mucho menor; entre estos dos gritos sólo está el grito de la vergüenza: “*Quanti mercenarii, in domo patris mei, abundant panibus!*: ¡Cuántos criados en casa de mi padre tienen pan en abundancia!”. Y enseguida añade: “*Surgam et ibo ad patrem meum*: ¡me levantaré e iré a mi padre!”. ¡Feliz movimiento! Se levanta, efectivamente; va a buscar a su padre. Y su padre le recibe con ternura olvidando todas sus culpas ante la humillante confesión que de ellas hace.

Examinemos atentamente esta conducta de Dios con el alma que quiere salvar.

B. Su retorno: en la sinceridad de su arrepentimiento En primer lugar, le envía los sentimientos que sea capaz de tener; luego, remueve en el fondo de su corazón los antiguos sentimientos de hijo. No vacilo en decir que ahí está lo esencial. Existen desgraciadamente algunos seres en los que la sinceridad es imposible; ¡no hablemos de ellos! Para éstos el retorno no será posible jamás. Sólo es posible para quienes ven lo horrible de sus culpas, sea cual sea la medida de su decadencia.

Porque, hablando en propiedad, Dios no mira tanto la gravedad de la culpa cuanto el ardor del arrepentimiento: “Mucho se le perdona porque ha amado mucho” [Lucas 7, 47], dice Jesús de la pecadora pública. No nos excusamos diciendo: “La caída es leve”. Digamos a Dios: “¡Padre mío, he pecado contra el cielo y ante ti!”.

¿Quién podrá decir el juicio de Dios sobre los pecadores? Consta tanto de la gravedad de la falta, como de la ingratitud por los beneficios anteriores, de la debilidad de

la naturaleza y de la rebelión del orgullo. No intentemos excusarnos. Confesemos, confesemos que somos auténticos pecadores: es el mejor medio de obtener el perdón. ¡Qué poco valen las vanas excusas a los ojos de Dios, y cuánto mejor es remitirse a él!: “*Pater, peccavi in caelum et coram te!*: ¡padre, pequé contra el cielo y ante ti!”. Nada podemos decirle que le conmueva tanto y le decida a olvidar nuestras pasadas prevaricaciones. Feliz el que entienda que toda habilidad humana sirve de bien poco ante la luminosa justicia de Dios.

El hijo pródigo está a los pies de su padre y se declara indigno de ser llamado hijo suyo y el padre no tiene sino una preocupación: tapar la desnudez de su hijo, reparar sus sufrimientos mediante un festín. Hagamos un alto y saquemos una consecuencia que nos parecerá quizá extraordinaria, pero que será, eso creo, poderosa para asegurar vuestra salvación.

**y la justa apreciación
de su debilidad**

Id a postraros a los pies de vuestro Padre y decidle también vosotros: “*Peccavi in caelum et coram te*: pequé contra el cielo y ante ti”. Y si, a su vez quiere revestiros con vuestra primera túnica, decidle: “Padre, todavía no, soy demasiado indigno de ser llamado hijo tuyo, déjame tiempo para probarte que puedo volver a serlo de nuevo mediante la energía de mi arrepentimiento”.

Sí, la reconciliación sería demasiado pronta. ¡Cuántas veces no nos hemos reconciliado! ¡Cuántas veces no hemos recaído! ¡Ah!, necesitamos un vigor mayor. Hablo de quienes necesitan ser probados porque su caída ha sido más profunda. No olvidéis los primeros siglos de la Iglesia. ¡Qué penitencias infligía! No pretendo que paséis en vuestra vida exterior por una disciplina tan severa; digo que tenéis una grandísima necesidad de no fiaros, en el fondo de vuestra alma, de una misericordia demasiado



inmediata, no a causa de Dios, sino a causa de vosotros mismos. La bondad de Dios es infinita. Vuestra facilidad para caer lo es casi.

Señor, concédenos el arrepentimiento sincero por habernos alejado de ti. Queremos contar con tu ternura de Padre; pero queremos recordar que hemos sido hijos ingratos y queremos demostrarte, recibiendo con reverencia las pruebas de tu perdón, que valoramos el precio, mediante nuestros esfuerzos por merecerlo cada día más.





QUINTA MEDITACIÓN

DISPOSICIONES PARA INGRESAR EN LA VIDA RELIGIOSA

“Propter domum Domini Dei nostri quaesivi bona tibi: Por la casa del Señor nuestro Dios, he buscado procurarte toda clase de bienes”

(Salmo 122, 9).

Tomo estas palabras del último versículo del Salmo 121 [122], porque indican el trabajo de los ministros de la Iglesia por llevarle almas perfectas; y al venir a hablaros de las disposiciones que un joven cristiano ha de llevar a la vida religiosa, me parece que nada mejor que indicaros en qué medida se encuentran unidos tanto el bien de la Iglesia como el bien de quienes están llamados por Dios a ser perfectos.

El sacerdote que cultiva vocaciones ha de buscar ante todo lo que sea útil a la Iglesia, *“propter domum Domini Dei nostri”*, y es ya un gran honor que se diga a un ser creado: “Ven, estarás en condiciones de servir a la obra más excelente de Dios: *propter domum Domini*”. Pero al mismo tiempo recuerda que, al invitarte de este modo, se pone a tu disposición el mayor de todos los bienes y el mayor de todos los honores: *“Propter domum Domini Dei nostri, quaesivi bona tibi: por la casa del Señor, nuestro Dios, he pedido para ti tales bienes”*.

Por otra parte, del Salmo 121 [122], al que pertenecen estas palabras, tomo prestado lo que os voy a decir, para mostraros las disposiciones para la vida perfecta en la que queréis entrar.



I.- Separación de todo afecto terrestre

Hay que subir apoyado en Jesucristo Hago notar ante todo que este salmo es uno de los llamados “salmos graduales”, y si me preguntáis el porqué de tal título os responderé con San Agustín que “*gradus*” quiere decir ascensión y descenso. Estamos invitados a subir, pero poned atención a esta palabra del Salvador: “*Nemo ascendit in coelum nisi qui descendit de coelo, filius hominis qui est in coelo*: nadie puede subir al cielo sino aquél que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo” (Juan 3, 13).

Antes de que pudiéramos subir nosotros, ha hecho falta que el Hijo del hombre bajara hasta nosotros: “*Docuit ipse Dominus a convalle plorationis ascendendum, quando pro nobis humiliari usque ad mortem crucis et pati dignatus est*: el Señor nos enseñó a subir del valle de lágrimas, cuando por nosotros él mismo se humilló hasta la muerte de Cruz y se dignó padecer¹⁾”. Y en otro lugar: “*Quid est vallis plorationis? Verbum caro factum est et habitavit in nobis. Quid est vallis plorationis? Praebuit percutienti maxillam, saturatus est opprobiiis. Quid est vallis plorationis? Colaphizatus est, sputis illinitus, spinis coronatus, crucifixus est: haec est vallis plorationis unde tibi ascendendum est*: ¿Cuál es el valle de lágrimas? El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ¿Cuál es el valle de lágrimas? Ofreció su rostro al que le pegaba, quedó saciado de oprobios. ¿Cuál es el valle de lágrimas? Fue abofeteado, escupido, coronado de espinas, crucificado: ése es el valle de lágrimas al que has de subir²⁾”.

1) San Agustín, *In ps. CXX*.

2) *Ibid.*, *In ps. CXIX*.

Mientras que Jesucristo baja para venir a nosotros, nosotros hemos de subir para ir a él, pues si bajó para mostrarnos el camino y si como hombre está en la parte inferior de estas misteriosas gradas, sin embargo está en el cielo como Hombre-Dios: “*Nemo ascendit in coelum, nisi qui descendit de coelo, Filius hominis, qui est in coelo*: nadie sube al cielo sino aquél que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo”. Ha bajado, este divino Salvador, pero es para tomarnos de la mano y hacernos remontar hasta él. He ahí la primera disposición. Es importante. Al elevarte por encima de las cosas terrestres, te separas de ellas. ¿Lo deseas? ¿Estás resuelto a abandonarlo todo, a romper cualquier atadura, todo afecto, cualquier sentimiento que no venga de Dios?

Sólo nos elevamos sobre las alas del amor Colócate, pensándolo seriamente, entre estos dos amores, de los que uno arrastra hacia las cosas inferiores, y date cuenta en el fondo de tu corazón del valor que vas a necesitar para elevarte a las cosas superiores: “*Sicut amor immundus inflamat animam, et ad terrena concupiscenda et peritura sectanda perituram vocat, atque in profunda demergit: sic amor sanctus ad superna levat, et ad aeterna inflamat, et ad ea quae non transeunt neque moriuntur, excitat animam, et de profundo inferni levat ad coelum*: como el amor inmundo inflama al alma y la arrastra a la concupiscencia de las cosas terrenas y a perseguir las cosas perecederas, para hacerla perecer, y la sumerge en el abismo, así el amor divino eleva el corazón hacia las cosas de arriba, lo inflama con el deseo de los bienes eternos, lo empuja hacia lo que ni pasa ni muere, y lo levanta desde lo profundo del abismo infernal hasta el cielo”¹⁾.

¹⁾ San Agustín, *In ps. CXXI*.

Tal es la teoría divina del obispo de Hipona; y si deseáis conocer la razón, añade: *“Habet tamen omnis amor vim suam, nec potest vacare amor in anima amantis; necesse est ut ducat, sed vis nosse qualis amor sit? Vide quo ducat. Non ergo monemus ut nihil ametis, sed monemus ne mundum ametis, ut eum qui fecit mundum libere ametis*: Todo amor ejerce necesariamente su acción, y el amor en el alma del que ama no puede permanecer ocioso, necesita arrastrar. ¿Pero quieres saber de qué amor se trata? Mira hacia dónde lleva. No te aconsejamos de que no ames nada, te decimos que no ames al mundo para que puedas amar con mayor libertad al que hizo el mundo”¹⁾. *“Obligata enim anima amore terreno, quasi viscum habet in pennis; volare non potest. Mundata vero ab affectibus sordidissimis saeculi, tanquam extensis pennis et duabus alis resolutis ab omni impedimento, id est, duobus praeceptis dilectionis Dei et dilectionis proximi volat. Quo, nisi ad Deum ascendens volando, quia ascendit amando?: El alma poseída por el amor de las cosas terrenas es como un pájaro con las alas pegadas, no puede volar. Pero purificada de los afectos impuros del mundo, vuela desplegando sus dos alas libres de toda atadura; las alas son los dos preceptos del amor a Dios y el amor al prójimo. ¿A dónde va sino a Dios, hacia el que sube volando porque sube amando?”²⁾.*

Tal es vuestra vocación, si lo queréis. Desplegar vuestras alas y volar, volar siempre con las alas del amor. ¡Volar hacia Dios! ¡Subir sin cesar hacia él, hasta que os perdáis en su seno!

Esto es algo serio, ¿lo deseáis?

¹⁾ San Agustín, *In ps. CXXI*.

²⁾ *Ibid.*, *In ps. CXXI*.

II.- Alegría de la vocación

Subimos a la casa de Dios Y si en vuestro corazón ya habéis respondido “Sí”, comenzad, pues, el cántico gradual: “*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*: me alegré de lo que me dijeron: ¡Iremos a la casa del Señor!” (Salmo 122, 1).

Una inmensa alegría ha de brotar de todo tu ser si piensas que esta casa del Señor es la tuya. Dejas, como Abraham, tu casa, tu familia. Puede que encuentres en ello algunos desgarramientos, ¡pero mira qué felicidad! ¡Tomas a Dios como tu lote! El amor te atrae hacia él y el amor te lleva a él. El amor te atrae porque Dios te ha amado desde toda eternidad. El amor te lleva porque experimentas la necesidad de corresponder a una ternura tan grande de Padre y de Esposo, y por eso estás inundado de alegría y exclamas: “*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*: me alegré de lo que me dijeron: ¡Iremos a la casa del Señor!”.

Vestíbulo del cielo, ciudad de la alegría Esta casa no es de la tierra, pero tiene aquí en cierto modo su vestíbulo, que es el convento. Por eso la primera condición del convento es la alegría: ir al convento sin alegría es mala señal. Toda vocación auténtica debe ser una vocación alegre; no me fio de las vocaciones tristes y sombrías. Los fundadores de familias religiosas las han rechazado siempre; a los religiosos sobre todo es a los que San Pablo dice: “*Fratres, gaudete in Domino semper, iterum dico gaudete*: hermanos, estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres” (Filipenses 4, 4). No que no existan pruebas y sufrimientos, pero se sobrellevan alegremente. Jesucristo ha dicho: “*Mundus gaudebit, vos*

vero contristabimini: el mundo se alegrará, y vosotros estaréis tristes”. Pero añade enseguida: “*Sed tristitia vestra vertetur in gaudium*: vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Juan 16, 20). Así hay que considerar la alegría de ser llamado, la alegría de recibir una gracia fortificante, la alegría del triunfo final: “*Ibant gaudentes apostoli*: los apóstoles marcharon contentos” (Hechos 5, 41).

Para ser como los apóstoles, estemos contentos de sufrir, porque los padecimientos de ahora no tienen comparación con las alegrías de la casa de Dios. Resueltos a tender hacia la perfección, estemos siempre contentos. Hacia la casa del Señor es hacia donde vamos: “*Laetus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*: me alegré de lo que me dijeron: ¡Iremos a la casa del Señor!”. Por lo tanto, una gran alegría, porque vamos hacia la patria, vamos a la casa de nuestro Padre, vamos hacia Dios.

III.- Perseverancia en la vocación

“*Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem!*: ¡Se posaban nuestros pies en tus umbrales, Jerusalén!” (Salmo 122, 2). Se necesita constancia en las resoluciones; los pies en la casa de Dios han de ser inamovibles; tal es el constante ejercicio del alma llamada a la perfección, sobre todo durante su noviciado: el afianzamiento de sus pies, el afianzamiento de sus resoluciones; en una palabra, la perseverancia, según el dicho de San Gregorio: “*Virtus enim boni operis, perseverantia est*: la virtud de una obra buena es la perseverancia”. Comenzar bien no lo es todo: la fuerza, la virtud consiste en la perseverancia: *virtus boni operis perseverantia est*.

¡Cuántas cosas tristes podríamos decir a este respecto!
 ¡Cuántas personas consideran los votos como una obligación sin ningún valor! Se toman como un vestido agradable, se abandonan como un abrigo usado.

Tal es desgraciadamente la condición de un montón de habitantes del claustro que, mediante tales disposiciones, atraen la cólera de Dios sobre los conventos.

Pero para aquellos grupos preciosos de almas abrasadas por el deseo de tender a la vida angélica, nada de eso. Se han establecido en la perfección, tal como se pide a simples cristianos; luego, al resonar la voz de Dios en sus oídos, se han comprometido a subir más alto: "*Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem!*: ¡Se posaban nuestros pies en tus umbrales, Jerusalén!"

Los conventos no son más que el vestíbulo, el atrio de la ciudad santa; pero allí estaba el altar de los holocaustos, de los sacrificios perfectos, donde la víctima era completamente destruida: *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem!*

IV.- Como una piedra viva

"*Jerusalem quae aedificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum*: Jerusalén, edificada como ciudad y cuyas partes forman una perfecta unidad en sí misma", (como interpreta San Agustín).

La primera condición para progresar en el servicio de Dios, es la alegría. ¡Retrocedan las almas tristes y desanimadas que se pierden en esfuerzos y en nostalgias! La segunda condición es la perseverancia.

Abandonarse entre las manos del arquitecto Y he aquí una tercera no menos importante. Escucha: "*Jerusalén edificada como una ciudad: Jerusalem quae aedificatur ut civitas*". El trabajo de la

Iglesia consiste en edificarse en un conjunto maravilloso. Jerusalén es la ciudad por excelencia, es la visión de la paz, *pacis visio*. Hay tres Jerusalén: la de la figura, la de la preparación, la del goce. La de la figura ha desaparecido; la del goce no aparece todavía; estamos en el seno de la Jerusalén de la preparación. Tal es nuestro trabajo consistente en construir Jerusalén.

Pero, en esta ciudad cada piedra ha de ser tallada de acuerdo con la forma que le es propia y el trabajo de cada alma consiste en dejarse tallar, pulir y colocar luego en el lugar conveniente. El arquitecto divino dispone los elementos para hacer una ciudad divina. A quien le dice: “quiero estar ahí”, el arquitecto le responde: “quiero que estés en otro sitio”. Existen disposiciones providenciales y obstáculos providenciales, que apuntan en un sentido o en otro, y hay que dejarse llevar, para que Jerusalén sea construida según los planos de Dios.

Jerusalem qui aedificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum. Aquí os ruego que dobléis vuestra atención. San Agustín se espanta ante la posibilidad de no hacerse comprender. ¿Qué significa, de acuerdo con el gran Doctor, esta palabra *idipsum*? Recordad, os conjuro, dice, aquel momento en que Dios dice a Moisés: “Ve y di a los hijos de Israel: *Aquél que es* me ha enviado a vosotros” [Éxodo 3, 14]. Esta palabra: *Aquél mismo*, significa algo parecido. La distribución de la verdadera Jerusalén se refiere enteramente a su centro y ese centro es Dios. En efecto, si Dios ha hecho todas las cosas para sí mismo, con más razón su ciudad por excelencia, la Jerusalén del cielo; y sabemos que allá arriba todo se refiere a Dios. Pero si los materiales de esta ciudad admirable se preparan aquí abajo, en la Jerusalén de la espera, estos materiales incluso dentro de su imperfección deben tener a Dios por objeto, y la condición de aquellas piedras vivas y elegidas, *vivi et electi lapides*,

es la de estar en tensión perpetua hacia *Aquél mismo* que es Jerusalén: *Quae aedificatur ut civitas cujus participatio ejus in idipsum.*

**los ojos fijos en el
modelo divino**

¿Cómo hacerlo? Escucha: tú eres una piedra viva, pero Aquél en quien está el plano viviente de todos los seres, el Verbo de Dios, se hizo hombre y vino para ponerse a tu alcance. Y así como el escultor que talla la piedra para hacer la ornamentación del edificio mira constantemente al plano que le han entregado, así debes tú tener siempre los ojos puestos en el modelo divino hacia el que todo debe tender en el conjunto como ciudad, hacia quien debe tender cada parte de la ciudad y, en otras palabras, en quien toda alma que tiende a la perfección debe tener puestos los ojos. Referir todo a Dios, realizar el plan dado por Dios, entrar como una partícula en el plano de la ciudad de Dios, ser una piedra elegida en esta ciudad mediante el esfuerzo constante por realizar en sí las perfecciones de Dios, en la medida en que nos sea permitido imitarlas: tal es el sentido de este pasaje del salmo: *Cujus participatio ejus in idipsum.*

Resumamos. Quien desea subir las gradas misteriosas de la ciudad santa ha de atravesarlas con alegría, con perseverancia, con el sentimiento profundo de aquello en lo que ha de transformarse para ser digno del trato con Dios, para ser admitido entre las piedras vivas de la ciudad de Dios.

V.- Misión de las familias religiosas

“Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini: allá subieron las tribus elegidas, las tribus de Dios mismo”. Ellas son el testimonio de Israel: *Testimonium Israël ad confitendum nomini Domini* [Salmo 122, 4].

Dan testimonio de Dios Bella y magnífica misión la de las verdaderas tribus de Dios, de esas familias religiosas destinadas a llevar su testimonio a todas partes donde Dios les manda formarse. Ocupan la tierra y de todas partes tienden a subir hacia la verdadera Jerusalén: *Illuc ascenderunt tribus, tribus Domini testimonium Israël ad confitendum nomini Domini*. Y por eso un juicio será ejercido, tanto más perfecto cuanto mayor perfección se les haya pedido: *Quia illic sederunt sedes in iudicio, sedes super domum David*. Notad este trono más excelso colocado sobre la casa de David; este trono es aquél del que saldrá todo juicio dado por el Padre al Hijo. Por encima del mundo se encuentra Jerusalén; en la cumbre de Jerusalén está Sion donde está la casa de David, y sobre esta casa, o bien si lo preferís sobre este palacio, está el trono del Hijo de David que es al mismo tiempo el trono del Hijo de Dios, *quia illic*.

Imploran la paz Y ¿cuál será este juicio? Escuchad, tribus elegidas: “*Rogate quae ad pacem sunt Jerusalem, et abundantia diligentibus te*: pedid la paz para Jerusalén y abundancia para los que te aman”. He ahí la admirable misión de las tribus del Señor, de las almas perfectas; he ahí un trono para el juicio. Pero antes de pronunciar la sentencia, el que está sentado en él no desea sino una cosa, que le pidan misericordia y paz, y así dones siempre nuevos serán concedidos a los que aman a esta ciudad santa. “*Rogate quae ad pacem sunt Jerusalem, et abundantia diligentibus te*”.

¡Qué misión si sabéis hacerlos dignos de ella! Pedid, pues, pedid mucho. La abundancia de los bienes de Dios está en vuestras manos: distribuidla, estáis encargados de ella. ¡Qué plegaria de paz no debe elevarse de vuestras

bocas y de vuestros corazones, para procurar la abundancia a las almas que aman Jerusalén! ¡Qué trato tan maravilloso si lo deseáis!

paz en la fortaleza Y el profeta a su vez habla a la ciudad santa: *Fiat pax in virtute tua!* Gran lección: la paz en la fortaleza y la abundancia en sus torres, lugares elegidos donde se refugian las tropas de élite. Encuentran en ellas y en abundancia todo cuanto les puede resultar útil para el combate y para la perfección de Jerusalén: “*Fiat pax*: ¡sí, que se conceda la paz!”. En la paz se encuentra el orden, en la paz se encuentra la unión con Dios. Pero esta paz implica esfuerzo: “*Fiat pax in virtute tua*: que haya paz en la fuerza”.

piden vocaciones de élite “*Propter fratres meos et proximos meos*: por mis hermanos y mis compañeros”. He ahí la caridad del Salmista: se olvida de sí para hablar de sus hermanos.

Finalmente, un interlocutor, como se encuentran en los diálogos de los salmos, exclama: “Oh, cómo he deseado la casa de Dios, su santificación, su crecimiento; por eso os deseo toda clase de bienes”. Ya había dicho: “*Propter fratres meos et proximos meos, loquebar pacem de te*: he pedido la paz para mis hermanos y para mi prójimo”. He ahí la vocación especial: *pacem de te*. Ya sé que se puede encontrar otra interpretación. Pero ésta es maravillosa, se trata del grito de la Iglesia pidiendo al Pontífice de los sacerdotes, de las almas perfectas. Necesito vocaciones, y para los miembros de mi familia espiritual pido, en favor de algunas almas privilegiadas, gracias espirituales: *Propter fratres meos et proximos meos*. He ahí el detalle.

Tomemos el conjunto: *Propter domum Domini Dei nostri, quaesivi bona tibi*. Para la Iglesia es para quien los

ministros del altar buscan vocaciones, intentan engendrar almas para la perfección, piden a Dios aquella fecundidad espiritual, no la del Pontífice que engendra sacerdotes, sino la fecundidad del apóstol que engendra, de entre los infieles, cristianos; de entre los cristianos, santos.

Pidamos esta fecundidad tan conforme con nuestro estado: demos a la Iglesia almas a quienes ayudaremos a embellecerse con todas las virtudes. Ahí está el gran trabajo y el fin más elevado de los servidores de Dios en la tierra; es la obra que Jesús recompensará con mayor prodigalidad.



SEXTA MEDITACIÓN

LA VIDA SOBRENATURAL

“Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús”

(Filipenses 2, 5).

Tal es el objetivo del retiro: abandonar vuestros sentimientos y tomar los de Jesucristo.

Empresa grave, que ha de constituir el fondo de nuestras reflexiones.

I.- Sacrificio de nuestros sentimientos humanos

Echemos un vistazo rápido a todo aquello de lo que estamos obligados a despojarnos.

Cuando haya dicho que hemos de despojarnos del hombre viejo, lo habré dicho todo y no habré dicho nada, porque hay que bajar a los detalles.

de nuestras ideas personales

1º Sacrificio de nuestras ideas personales. El ambiente en que hemos nacido, nuestra educación, nuestro carácter, nos dan un cierto número de ideas que parecen hacer un todo con nosotros. Es un conjunto de nociones en las que hemos sido formados y que son para nosotros una segunda naturaleza. Estas ideas nos dominan a nuestro pesar, y cuando nos arrastran nos parece que no hacemos más que seguir la pendiente de nuestra inteligencia, de tal manera se nos han vuelto inherentes.



Ahora bien, de entre estas ideas un buen número surgen de una inteligencia ignorante, falseada por el error o corrompida por las seducciones de los sentidos. No nos hagamos ilusiones. ¿Cuál es la fuente de la mayor parte de las ideas que dirigen nuestra vida? ¡Con qué pavor, si somos sinceros, no deberíamos responder que casi siempre las ideas más falsas, más humanas, han presidido lo que equivocadamente llamamos una vida cristiana!

**de nuestros juicios
personales**

2º Sacrificio de los juicios emitidos desde aquellas ideas. Partimos del principio de que nuestras ideas son buenas. Ahora bien, si son falsas o falsificadas, ¿a dónde iremos a parar? A los juicios más falsos y más errados. Y es precisamente lo que vemos todos los días. Juicios estrechos, pequeños, mezquinos, porque nos complacemos en un orden de ideas muy limitado. Nada más cómodo que este deplorable género. Nos dejamos llevar porque no hace falta esfuerzo alguno. Nada más sencillo que un tal procedimiento. Tenemos ideas estrechas, los juicios son como las ideas. No nos tomamos el trabajo de ensancharnos, nos empequeñecemos todos los días.

Pero cuanto más se encoge un ser, se disminuye, más se acerca a la nada y se aleja de Dios. Ahora bien, hacia allá se dirige la pendiente de nuestra degradación. De ahí es de donde hay que salir. De ese yugo hay que liberar a nuestra inteligencia. ¡Pero qué esfuerzos hay que hacer! ¡Qué trabajos para llegar allá! Sobre todo cuando la consecuencia es ésta: hasta ahora he tenido ideas absurdas y he emitido juicios más absurdos aún. ¿Quién se plegará a una confesión semejante?

¡Pero vamos a ver! ¿Es tan necesario el sacrificio de tales ideas y de semejantes juicios? Desgraciadamente sí, porque mientras vuestras ideas y vuestros juicios sean lo que son, podréis ser hombres honrados, pero no seréis verdaderos cristianos, menos aún religiosos perfectos.

¿En qué consisten esas ideas humanas y esos juicios falsos? Eso os lo revelará el conjunto del retiro. Pero creo que ya empezáis a daros cuenta; y si no lo sospecháis, os compadezco, eso prueba que vuestro mal es incurable.

**de nuestra
impresionabilidad**

3° ¿Qué diré del sacrificio de vuestras impresiones? So pretexto de que uno es impresionable, nos dejamos llevar a todo tipo de sentimientos, unos menos cristianos que los otros. Impresiones de impaciencia, de mal humor, de rencor, de envidia. La nomenclatura sería larga si quisiera decirlo todo. Ahora bien, ¡qué de personas viven de sus impresiones, a menudo tanto más falsas cuanto más vivas! Las impresiones tienen la influencia más nefasta sobre la razón, y a fortiori sobre el mundo sobrenatural en que deberíamos vivir. Y una condición esencial para quien quiera avanzar en la perfección cristiana y religiosa consiste en combatir sus impresiones. No siempre se logra, pero ya es mucho haberlo intentado.

**de nuestras
repugnancias**

4° Añado: la vida sobrenatural exige el sacrificio de vuestras repugnancias. “*Caro enim concupiscit adversus spiritum*: porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu” (Gálatas 5, 17). No nos engañemos. ¡Cuántas repugnancias se levantan ante el hombre que desea vivir sobrenaturalmente! Ante todo, esta razón honrada a la que le repugna todo cuanto le parece exagerado. ¡Y cuántas cosas no le parecen exageradas al cristiano que desea francamente llevar la cruz de Jesucristo, pero que también quiere seguir las ideas del mundo! Entre las dos hay que elegir. Y la debilidad humana está ahí gritando: “¡Piedad!, ¡no acabéis conmigo de una vez!”. Resulta duro, efectivamente, someterse a severas prescripciones que parecen o mezquinas o crueles, porque hasta allá se llega: todo eso quiere ser

sacrificarlo sin piedad, todas las repugnancias quieren ser vencidas. ¿Cuándo comenzaremos de una vez?

**de todos nuestros
deseos humanos**

5° Pero no basta pisotear las propias repugnancias, hay que poner freno a todos los deseos humanos, y ya sabemos cómo la carne se siente atormentada. ¡Cuántos sueños en los que la imaginación se pierde! Hay que cortarles las alas. ¡Sueños de éxito, sueños de dominio, sueños de influencias, sueños de legítimo afecto, sueños de estudio, sueños de soledad, sueños de santidad! Sí, se trata sólo de sueños, pero Dios quiere el cumplimiento purísimo, rectísimo, sencillísimo, amorosísimo de su voluntad, celosa con toda razón de cualquier usurpación más o menos enmascarada por parte de su criatura, bajo la forma de deseos. No, sólo necesitamos la voluntad de Dios: “*Domine, ante te omne desiderium meum, et gemitus meus a te non est absconditus*: Señor, todo mi deseo está puesto ante tus ojos y mi gemido no se te oculta a ti” (Salmo 38, 10). Todo cuanto deseo está ante ti, todo cuanto lamento no tener tú lo conoces, nada te oculto: mi deseo, mi único deseo eres tú, no quiero nada más; todo lo demás no es sino un medio que tengo para ir a ti, y ya que tú conoces mejor que yo el modo de unirme a ti, es a ti a quien me dirijo, es a ti a quien deseo, sólo contigo quiero contar para dirigir mis pasos allí donde te poseeré sin divisiones.

de nuestra rutina

6° Eso no basta. En la vida religiosa contraemos ciertos hábitos, pero como se trata de hábitos, la rutina se mezcla con ellos; dejan de ser sobrenaturales si no velamos atentamente. Actos externos excelentes, intenciones vacías: tiempo perdido para el cielo, y no sólo perdido, sino muy a menudo mal empleado. Si no quedara nada de la jor-

nada de un religioso, ya sería triste, pero como su estado implica un esfuerzo continuo hacia la perfección, la costumbre en las buenas obras, al amortiguar el primer empuje, le hace perder su energía para el bien; el tesoro de sus buenas obras disminuye en proporción, sus virtudes de agostan, el abuso de las gracias comienza, la aridez ocupa el fondo de su alma, el árbol no da ya fruto; lo cortarán, lo tirarán al fuego. ¿Por qué? Porque la tiranía de los hábitos, buenos al principio, pero pronto meramente humanos, lo ha vuelto estéril. Pensadlo bien, y si los hábitos de tibieza os han invadido, daos prisa en recuperar vuestro fervor primero.

de toda vulgaridad 7º Finalmente, os diré: ¿queréis entrar en la vida sobrenatural?

Salid del círculo estrecho de esos cristianos bastos, mediocres, vulgares, que sólo toman la ley de Dios por el lado más rebajado. Su aspiración a caminar a ras de tierra es espantosa. Subid más arriba. Ciertamente, como nunca la vida cristiana está necesitada de grandes reformas. Dejemos de lado a los demás, ocupémonos primero de nosotros mismos, veamos cómo nuestro nivel ha bajado y qué importante es elevarlo. ¿Cómo lo conseguiremos si no es mediante un esfuerzo constante hacia la vida sobrenatural?

He ahí lo que habéis de sacrificar. Tengo que deciros tres grandes aceptaciones a las que es importante que os decidáis, si queréis ser hombres realmente sobrenaturales.

II.- Aceptación del espíritu de Jesucristo

Para no resultar demasiado largo me atenderé a tres aceptaciones principales:

las ideas de la fe 1º Aceptación completa de las ideas de la fe. Cuando Nuestro Señor vino al mundo a predicar la Buena Nueva, decía: “*Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris*: Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no anda en tinieblas” (Juan 8, 12). Venía a disipar las tinieblas extendidas por las pasiones, la vana sabiduría, los vapores inmundos, la carne: “*Et erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*: Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”. Pero, como dice el Evangelista: “*In ipso vita erat, et vita erat lux hominum, et lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt*: En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz ha brillado en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron” (Juan 1, 4-5). He ahí la historia a lo largo de los siglos, de la lucha de Dios y de su vida y de su luz contra las tinieblas y la muerte. Dejemos de lado la lucha contra la impiedad, hablemos de nosotros mismos.

El alma que aspira a la perfección sólo es perfecta en la medida en que posee la vida, la vida del Verbo, y esta vida es la luz de la humanidad. Pero esta luz no es aceptada, no es comprendida. Viene y se ve rechazada: “*Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt*: brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden. El Verbo viene a lo suyo, pero los suyos no le reciben: *In propria venit et sui eum non receperunt*”.

Sin duda, no somos de los que rechazan totalmente la luz, pero somos de los que sólo quisieran recibirla en parte. Nos asusta, en su resplandor demasiado acusador. ¡Pues bien! hay que tener el valor, cuando se es hijo de la luz y del día, de contemplar el sol. Dios ha purificado los ojos del auténtico cristiano, del perfecto religioso: miremos todas las cosas a su luz. No cabe duda de que experimentaremos extrañeza, pero ¿qué importa si final-

mente la consecuencia es que veremos todas las cosas como Dios las ve, que juzgaremos como él, que despreciaremos lo que él desprecia, que estaremos lo que él estima, y que la vida y la luz divinas, mediante la fe, van a ser para nosotros en la tierra el preludio de la vida y de la luz en la gloria?

**los impulsos de la
esperanza**

2° Si la fe ilumina nuestros juicios, su luz nos orientará hacia el término de nuestros deseos:

esto será la aceptación de los impulsos de la esperanza. Si Dios es la vida, si Dios es la luz, él es el Bien supremo. A este bien es al que debemos aspirar. ¿Y qué ha venido a hacer el Salvador aquí abajo, si no es a enseñarnos a buscar la felicidad eterna en los bienes sin límites? Ahora bien, ¿dónde está el bien sin límites fuera de Dios, y de sólo Dios?

¡Qué bienhechora es para nosotros la luz de Jesucristo si nos enseña a buscar únicamente aquella piedra preciosa por la que el mercader de la parábola vende con gusto todo lo demás para poder comprarla! ¡Oh, bien sin límites! ¡Oh, belleza incomparable! ¡Oh, fuente de toda alegría inagotable! Hacia ti quiero lanzarme, liberado de todo bien terrestre. Dame alas para que vuele hacia ti, por encima de las mentiras vanas de la tierra, y que no encuentre reposo sino en ti. Sí, acepto que me guíes en busca de la felicidad. Tú eres la meta, tú elevarás mis sentimientos transportándolos en adelante al mundo divino.

**las exigencias del amor
divino**

3° Por fin, aceptación absoluta de todas las exigencias del amor divino. Todo es posible para el

que cree, todo es fácil para el que ama. Pero hay que amar y de eso nuestra alma es incapaz. Nuestro corazón es demasiado estrecho, si Dios no lo ensancha con su poderosa

mano. Ahí está el esfuerzo: abandonarse en Dios y decirle: “¿Qué quieres de mí para probarte que te amo?” Es la pregunta de Pablo derribado en el camino de Damasco. El amor de la criatura tiene preguntas llenas de ardor; el amor del Creador tiene a veces respuestas terribles. Este amor es celoso. ¿Qué no ha exigido de sus grandes servidores? ¿Qué no te pedirá quizás?

A la luz de la fe, pues, es como debéis examinar lo que estas exigencias tienen de legítimo; en los suspiros y las aspiraciones de la esperanza es donde debéis apreciar la medida de vuestros ardores; a la luz y en las llamas del amor es como debéis avanzar hacia esta vida, que se os propone, que parte de las seducciones de Dios, que se persigue con su ayuda y que se consume en su Corazón.



SÉPTIMA MEDITACIÓN

LOS TRES GRADOS DEL PECADO

“Puella, tibi dico, surge! Niña, a ti te digo, ¡levántate!” (Marcos 5, 41).

Los intérpretes han afirmado que las tres resurrecciones de muertos, indicadas en el Evangelio, son los tres grados de la muerte espiritual de la que nos puede arrancar la gracia. Ordinariamente nos muestran el primer grado del pecado mortal en la resurrección de la hija de Jairo, el segundo grado en la del hijo de la viuda de Naím, el tercero en la de Lázaro arrancado de la tumba al cuarto día de su muerte.

No me propongo hablar hoy del pecado mortal. Deseo creer que todos estáis liberados de él. Tampoco seguiré el orden comúnmente adoptado. Prefiero ver en estas tres resurrecciones, tres estados distintos del religioso despertado durante el retiro y saliendo no de diversos grados de muerte sino de enfermedad espiritual, y limitaré lo que tengo que deciros a este estudio tan importante.

I.- Lázaro

*Deterioro de la vida sobrenatural
en los religiosos ancianos*

Lázaro, querido por Jesús, sale de la tumba después de cuatro días. Había caído enfermo y sus hermanas envían un mensajero a Jesús para decirle: *“Domine, ecce quem amas infirmatur:* Señor, aquél a quien tú amas está en-



fermo” (Juan 11, 3). Jesús no va a visitarlo; al contrario se aleja.

¿Qué decir entonces de esta manera de comportarse? Es terrible, no para Lázaro, ya que hará resplandecer el poder y la amistad de Jesús por él, sino para tantas almas amadas de Jesús y luego abandonadas por él en la más deplorable decadencia.

**Cómo llega este
deterioro**

Es incontestable que esta alma, hoy objeto de su disgusto, ha sido amada por el Salvador.

¿Pero cómo ha llegado a esto? ¿Cómo, al avanzar en edad y en los días de su vida religiosa, ha podido caer en un relajamiento que no es aún la muerte, pero que se le parece mucho? ¿Qué esfuerzos ha realizado para huir del pecado, para practicar la regla y desarrollar en ella las virtudes propias de su estado? ¿Por qué ha vestido el santo hábito? ¿Por qué ha pronunciado los votos? Preguntádselo a aquellos que no habiendo podido soportar el yugo han apostatado. ¿A qué profundidad han llegado en su caída? Dios os lo dirá si le preguntáis. Han caído poco a poco, el espíritu de su vocación se ha retirado de ellos porque han sido infieles a la gracia, porque las ideas sobrenaturales les han abandonado, porque la multiplicidad de sus infidelidades, aparentemente leves, les ha rodeado poco a poco, como mil pequeñas ligaduras que no han podido romper cuando llegó el momento de la tentación y el combate.

**Estado de alma de los
religiosos**

Entonces se han encontrado sin fuerza, como Sansón a los pies de la hija de los Filisteos, por quien se había dejado seducir, y llegan las caídas secretas a la espera de las caídas públicas. ¿Cuánto tiempo puede durar este estado? Sólo Dios sabe. Pero, ¡cuán peligroso es! Tanto más cuanto que ya no existe el remordimiento.

Se ha formado una conciencia cauterizada, según la expresión del Apóstol, una conciencia insensible y como paralizada. Ahí es cuando se puede percibir el inmenso peligro de las ideas falsas o falsificadas. ¿Por dónde tomaréis a esa alma? No está muerta, lo reconozco, ¿pero en qué horrendo letargo se ha hundido? ¿Quién la despertará? ¡Y cómo crece la dificultad a medida que pasan los días! Triste destino del alma llamada a tan alta perfección y para quien el número de años pasados en la vida religiosa no sirve más que para agravar el peso de su desgracia y para disminuir las probabilidades de su salvación. Ahora bien, este lamentable espectáculo, ¿no lo tenemos constantemente ante los ojos? Cuanto más se multiplican los beneficios, más aumenta la ingratitud. ¿A dónde irá a parar esta alma con semejantes disposiciones, esta alma que debía hacer tanto para la gloria de su Dios, para el honor de su Esposo celestial, para el cumplimiento de la invitación divina?

Su gravedad ¡Qué humillación profunda debe inspirarnos un estado semejante, si tenemos la desgracia de reconocernos en un cuadro así! ¡Qué escasa probabilidad de presumir tiene el orgullo y qué pocos motivos de exaltación tiene aquella satisfacción de nosotros mismos que nos causa tan secretas alegrías!

Seamos sinceros: el alma religiosa que ha llegado a este estado no está muerta; se está muriendo; y como su estado dura desde hace cierto tiempo, se ha acostumbrado a él y ya no se preocupa, vive en su parálisis espiritual. No siente ningún deseo de pedir la salud; no sufre demasiado, no tiene grandes remordimientos, ya no sabe lo que es el fervor ni la detestación del pecado; trata a la ligera sus faltas; y así transcurren los años que la separan de la tumba y de su juicio. ¿Quién le dirá el momento en que habrá pasado del pecado venial al pecado mortal? Daos cuenta

de que si llega el pecado mortal no será percibido, a tal punto el hábito del pecado venial le ha insensibilizado. ¿Quién le hará notar la diferencia entre una maledicencia más o menos ligera y la maledicencia que causa la muerte al alma? Lo mismo para con los demás pecados.

¿Estáis en ésas, vosotros los que desde hace tiempo, mediante los santos votos, estáis enrolados en el servicio de Nuestro Señor? ¿Qué vais a hacer durante este retiro para liberaros de un estado semejante?

II.- El hijo de la viuda de Naím

Deterioro de la vida sobrenatural en los religiosos jóvenes

El hijo de la viuda de Naím. ¿Por qué se murió este joven? Sólo Dios sabe, pero todos los intérpretes ven en él la figura del alma que acaba de sucumbir a una falta muy grave, aunque el hábito de pecado no haya sido contraído aún como en el caso de Lázaro. Este estado, ¿no será el de un joven religioso o novicio víctima de una reciente prevaricación? Su estado es grave pero es reciente; todavía puede retornar, sobre todo si el pecado mortal no se ha consumado; pero, ¡qué difícil resulta para un ser disminuido, roto, herido! Quiere y no quiere; su voluntad se va como en girones, y ha llegado el momento de llevarlo a la tumba.

Cómo se manifiesta este deterioro ¿Acaso un estado semejante no es el vuestro, vosotros que desde hace algún tiempo habéis dado vuestro nombre a la milicia más perfecta de Jesucristo? Qué otra cosa deseáis después de la advertencia que os hace Nuestro Señor durante este retiro: “Joven, a ti te digo, ¡levántate!” [Lucas 7, 14]. He ahí el mandato de quien es la vida divina, y al comunicarse esta vida al

cadáver, el alma se reúne con el cuerpo, y Jesucristo se lo devuelve a su madre.

¿Esta historia será la vuestra, jóvenes religiosos, novicios al principio llenos de fervor y de repente caídos en la más deplorable apatía? El yugo de la regla os hiere, la idea de obedecer os subleva, la práctica de la caridad os resulta odiosa. ¿Qué he venido yo a hacer aquí?, os preguntáis sin tregua; y si no estáis del todo muertos a la vida de la gracia, sí lo estáis o parecéis estarlo a la vida religiosa. ¿Cuál es la causa de este estado? Una tentación aceptada, una cobardía cometida, una falta acaecida, el abandono del alma a los recuerdos antiguos, no sé qué nostalgias de la libertad perdida; en fin, la vida de fervor se ha transformado en una vida de profunda repugnancia. ¿Qué impide partir? No sabemos. A menudo se parte. Y en vez de ser un santo, consentimos en descender al estado de un cristiano vulgar, y todavía no nos quedaremos ahí. ¿Hasta dónde irá, pues, esta situación?

**Peligros que hace
correr**

Mis queridos Hermanos, estoy espantado, pues si los religiosos jóvenes y los novicios están en éstas, ¿qué va a ser de la Congregación en la que han comprometido sus votos? No os hagáis ilusiones. Este estado no sólo es peligroso para quienes lo sufren, lo es también para los que los rodean. Por eso, nunca podré insistir suficientemente: cambiad, o marchaos, no sólo por vosotros, sino por el escándalo que causáis. Mirad qué son esas conversaciones que no respiran sino veneno; mirad esos ejemplos que hacen decir: “Mi vecino actúa así, yo también puedo hacer lo mismo”. Y fijaos que este proceder es reciente. No hace tanto tiempo que habéis entrado en religión; ayer, sin ir más lejos, estabais abrasados de fervor. ¡Qué corto ha sido ese fervor! La llama de los deseos santos se ha extinguido pronto y de tantas resoluciones magníficas sólo queda un poco de ceniza. ¿Qué hacer?

Esperanza de curación Pues bien, os lo diré: Si Jesucristo ha resucitado al joven de Naím para devolvérselo a su madre, ¿Jesucristo no va a poder resucitaros para devolveros a la Congregación? Para más de uno, estoy seguro, si me he hecho comprender bien, el momento es solemne, no sólo depende de vosotros, pero depende de vosotros. El retiro es el paso de Jesucristo. Está aquí. Te manda que te levantes. ¿Le obedecerás? ¿Renunciarás al triste aparato de la muerte de tu alma? ¿Abandonarás este inicio de corrupción que te penetra y que infecta tu inteligencia? Cuestión de enorme importancia, porque de ti depende volver a tus disposiciones evaporadas; sólo que, después de las experiencias comenzadas, importa reflexionar con madurez; y si resultan humillantes hay que saber tomar valientemente partido. ¡Qué tema de meditación y de resoluciones generosas, si lo queréis!

III.- La hija de Jairo

Caída pasajera - rapidez de contrición

Por fin, existe un tercer estado, menos grave sin duda, pero terrible de todos modos. Sólo el juicio final nos revelará el número de condenados que sólo habían cometido un único pecado mortal. ¡Cuántos religiosos pierden su vocación por una sola infidelidad! ¿Por qué? Porque Dios no nos debe nada y, al no debernos nada, es muy dueño de retirarse en cuanto abusamos de sus dones. ¡Pobre del alma religiosa que no conoce el precio de los favores divinos! ¡Pobre del alma religiosa que habiendo cometido una falta grave no se apresura a repararla, a expiarla, a expulsarla de su ser! Y sin embargo, ¡cuántas advertencias no se le han hecho constantemente! Me dirijo a vosotros que apenas habéis puesto el pie en los caminos

de los santos y a quienes el pecado detiene de repente. Recapacitad, daos prisa, estáis a tiempo.

Pero quizá estas faltas que tanto temo no han sido cometidas por vosotros. ¡Qué suerte! Pero guardaos de abusar. Tenéis la gracia, no la disminuyáis y meditaad a menudo sobre la jovencita de este príncipe de la sinagoga. No estáis muertos, pero dormís. Daos prisa en despertaros y que en adelante vuestro fervor compense al divino Maestro de vuestro letargo.

Conclusiones

¿A cuál de estos tres estados pertenecéis, hermanos míos? ¿Estáis sólo bajo el efecto de una caída pasajera? Admirad la misericordia del Padre que, apenas habéis caído, enseguida os levanta. ¿Estáis en aquella situación humillante en que la decadencia se acentúa más? Pensadlo. Las consecuencias pesan sobre vosotros y sobre vuestra Congregación. ¿Queréis comenzar a ser para los jóvenes miembros de vuestra familia espiritual un escándalo que arrastra cada vez más? ¿Se propagará a causa de vosotros el contagio? Mirad: para producir estos lamentables frutos basta una murmuración, una desobediencia, una de esas rebeliones que no se explican, pero que provocan otras rebeliones a su derredor. Finalmente, ¿estaríais entre aquellos miembros ancianos que se aprovechan de su derecho de progeneración sólo para vivir más relajados?

He ahí tres principales estados del alma que, después de haberse entregado a Dios, ha dado marcha atrás. Los ejemplos no son tan remotos que no se pueda decir: “También yo puedo darlos”. Una vez más, piénsalo y, dirigiéndote a Aquél que ha dicho: “Yo soy la resurrección y la vida”, suplícale que te rescite y te comuniqué, para jamás volverla a perder, la vida de los santos religiosos. ¡Así sea!



OCTAVA MEDITACIÓN

LA PUREZA DE INTENCIÓN

Nada tan delicado como el tema que abordo, no tanto por los principios sobre los que se apoya la pureza de intención, como por las aplicaciones que de ellos se deducen. Examinemos sin embargo estos principios en toda su amplitud, para poder sacar las consecuencias prácticas de que depende la santidad de la vida religiosa.

I.- Principios de la pureza de intención

La pureza de intención es un acto de la voluntad que tiende hacia una meta: *intendere*. Sólo el hombre es capaz de una intención reflexionada. El animal tiene, es cierto, la intención de correr tras su presa para devorarla, hacia el arroyo para saciar su sed, pero no actúa por reflexión y razón; porque, si tiendo hacia una meta, es porque encuentro en ella mi bien, mi ventaja, y si reflexiono, puedo considerar mi meta desde dos puntos de vista: la meta final y la meta intermedia.

**La pureza de intención
excluye cualquier error:
a) sobre la meta que hay
que alcanzar**

La meta final es el fin ulterior que me propongo y que no puede ser más que la felicidad. Todos los seres tienden a él:
Bonum est id quod omnes appetunt.

Sólo que muchos se equivocan; toman la sombra por la realidad, como se suele decir, y por eso, cuando llega el desencanto, sus lamentos son grandes y se ven forzados a repetir con los impíos de los que habla la Escritura Santa: “*Ergo erravimus*: por lo tanto nos hemos equivocado” (Sabiduría 5, 6).



Nada tan espantoso como el número de los que así se equivocan: esa es la historia de todos los que colocan su felicidad en sí mismos, como los egoístas, o por encima de sí mismos, como los avaros, los impúdicos, los ambiciosos, los hombres de la vanagloria. Dios sólo debe ser nuestra meta final, y no pienso que entre vosotros haya uno solo que la coloque en otra cosa. Como el Profeta habéis dicho: *Dominus pars haereditatis meae, et calicis mei, tu es qui restitues haereditatem meam mihi* (Salmo 16, 5).

b) sobre los medios que hay que emplear

Pero uno se equivoca sobre el medio de alcanzar esa meta deseada y ahí es donde se echa en falta la pureza de intención. Tened en cuenta que Dios no llama a todas las personas por el mismo camino. Dice San Pablo que en el cuerpo místico de Jesucristo unos son los ojos, la boca, otros son los pies, las manos. Asimismo, existen distintos servicios que hay que devolver a la voluntad divina que guía sabiamente las cosas en su conjunto. No es sobre este punto que conviene insistir. Pero mientras unos dicen con toda sinceridad: *“Notum fac mihi, Domine, finem meum, et numerum dierum meorum quis est, ut sciam quid desit mihi?”*: Señor, dame a conocer mi fin y el número de mis días; ¿cuál es, pues, para que sepa yo lo que me falta?” (Salmo 39, 5). Otros, sin consultar con Dios, hacen su propia elección y se equivocan. Su intención no es pura.

Ejemplos de error de orientación

Expliquémonos mediante ejemplos. Ahí tenéis a un joven que se cree llamado a entregarse a Dios; pero Dios le quiere en la vida activa; él, por el contrario, movido por no sé qué pereza, se refugia en una Orden contemplativa. ¿Diremos que su intención es pura? ¡No, por desgracia!

Otro está llamado a los trabajos apostólicos, pero en el retiro del claustro. Necesita sumergirse a los pies de Nuestro Señor, en el silencio de su celda, tras haber hecho resonar con los acentos evangélicos el púlpito cristiano; pero le gusta recoger personalmente a cada instante los frutos de sus trabajos y le gusta inmiscuirse en los asuntos del mundo. En vez de hacerse religioso, se hace sacerdote del clero secular. ¿Es su intención pura? Ni mucho menos.

He aquí un hombre demasiado flojo para coger el mango de un arado, demasiado cobarde para sostener un fusil; llama a las puertas de un Seminario. ¿Es pura su intención? ¿Cómo podríamos suponerlo?

¿Y qué decir finalmente de aquellos jóvenes a quienes Dios empuja hacia el santuario, pero a quienes la ambición, la vida cómoda, los placeres, ciertas ataduras del corazón retienen en el mundo, donde tal vez se perderán, o donde en todo caso Dios les hará sentir la dureza de su aguijón, pese a todo? ¿Van a donde les llama la voz del cielo? Siguen el sendero común y, en vez de santificarse mediante una vida más perfecta, privados como estarán de una multitud de gracias, se exponen a oír la sentencia del Señor: “*Amen, dico vobis, quia non novi vos*: en verdad os digo que no os conozco” [Mateo 25, 12].

¡Curiosa situación la de un hombre que podía llegar a las cumbres de la felicidad en la patria y que se expone, por no haber elegido los verdaderos medios para conseguir su meta, a una infelicidad eterna!

El caso del religioso ¡Pues bien!, existe una situación no menos funesta, y sobre la que es indispensable obligaros a reflexionar; es la del religioso que conoce su vocación y que no toma todos los medios para responder a ella de manera digna de la llamada de Dios. Ahora bien, sobre esto principalmente

es importante haceros reflexionar. Estáis al servicio de Dios, empeñados en la senda de la perfección; sólo os queda avanzar con un ardor digno de la meta que deseáis alcanzar. ¿A dónde vais y cuál es vuestra sinceridad?

¿Qué meta persigue? Examinad cuáles son vuestras disposiciones habituales. ¿A quién dirigís el término de vuestras acciones? ¿A Dios o a vosotros mismos? ¡Oh!, ¡qué preguntas terribles son éstas! ¡Y cómo se prestan a la reflexión! He entrado en la vida religiosa por Dios. ¿Puedo afirmar que sigo en ella por Dios? ¿Qué sentimientos humanos vienen a asaltar-me sin cesar en el cumplimiento de la regla que practico con tibieza; en la obediencia al yugo de mis superiores que trato de sacudir cuanto de mí depende; en las relaciones con mis hermanos que me preocupan poco de edificar; en las obras de celo en que mi amor propio cuenta mil veces más que la gloria de Nuestro Señor? En todo esto, ¿qué es lo que mi conciencia puede encontrar de puro si se examina sinceramente? Nada, absolutamente nada, por desgracia. Tal es la dolorosa confesión que me veo obligado a hacer.

¿Con qué sinceridad? El hombre, desde el comienzo, ha estado ahí. Apenas Adán, expulsado del paraíso de delicias, tuvo dos hijos, uno y otro ofrecen sus sacrificios, y he aquí que Dios acepta a uno y rechaza al otro. Sin embargo, los dos habían sacrificado sobre el altar del Altísimo. ¿Por qué tal diferencia? Porque la intención de uno era pura y la del otro no. Uno buscaba a Dios y el otro se buscaba a sí mismo. En sí, los dos sacrificios eran excelentes; pero de los que los ofrecían, uno era agradable a causa de su rectitud, el otro era rechazado a causa de sus sentimientos interesados.

Ahí tenéis en una misma casa a dos religiosos bajo el mismo yugo, practicando los mismos ejercicios, los mismos trabajos, las mismas austeridades, y Dios trata a uno con amor y al otro con ira. ¿Por qué? Porque el Señor mira al fondo del corazón: “*Deus autem intuetur cor*” (1 Samuel 16, 7), y mientras el corazón de uno es puro en su intención, el corazón del otro no lo es.

Señor, tiemblo ante tales pensamientos. ¿Es mi corazón suficientemente recto ante ti? ¿Te busco sinceramente en todo cuanto hago y no tengo ningún reproche que hacerme en este espantoso tema? No permitas que me aleje nunca de tu voluntad y haz que, conformando mi intención con tus intenciones divinas sobre mí, seas tú a quien yo busque y sea a ti a quien encuentre al término de mi vida.

II.- Condiciones para la pureza de intención

No conozco ninguna más necesaria que las que os propongo: la sinceridad, la obediencia y la energía.

1º *La sinceridad.* Efectivamente, existe una cuestión de buena fe y a primera vista nada tan fácil como ser sincero, cuando se trata de negocio tan importante. ¡Gran equivocación! Nos hacemos ilusiones muy fácilmente, ya sea por un sentimiento de entusiasmo mal razonado, sea por un movimiento de presunción poco razonable, sea por un repliegue personal y egoísta sobre sí mismo, sea por influencias externas que nos afectan sin saberlo. Ahora bien, con estas condiciones ¿cómo ser sincero, tanto más cuanto que en muchas circunstancias la sinceridad implica un esfuerzo? Tras una comunión fervorosa, estáis en un admirable arrobamiento; como Santo Tomás, decís a vuestros hermanos: “*Eamus et nos et moriamur cum illo*”: vamos también nosotros

y muramos con él” (Juan 11, 16). Pero este hermoso fuego no dura mucho y si llega la hora de la prueba se puede esperar que, como Santo Tomás y los apóstoles, emprenderéis la fuga: aquel fervor no era sincero. O bien, habéis aceptado una vida relativamente penosa, sin entusiasmo, y sin ninguno de los sentimientos elevados que se requieren para que resulte una fuente de verdadera felicidad para vosotros.

Habéis hecho vuestros cálculos humanos y de tales combinaciones resulta que, al no buscar únicamente a Dios y habiendo entrado en la vida religiosa por cálculo, perseveráis en ella sin fervor y termináis por morir en ella sin esperanza y sin consuelo. Habéis vivido en ella de manera mecánica y bien sabéis lo que Dios os reserva después de la tumba. No fuisteis sinceros al entrar, no teníais celo mientras vivíais en ella y os habéis endurecido al morir allí. ¡Qué horizonte aquél!

¿Pero por qué tardarse en tan tristes pensamientos? ¿No será mejor estudiar, para imitarle, al religioso sincero que pide a Dios desde el fondo de su corazón la luz y que dice a Nuestro Señor, como el ciego del Evangelio: “*Domine, fac ut videam!*: ¡Señor, que vea!” (Lucas 18, 41)? Sólo tiene un deseo, seguir siempre la vía recta. ¡Si tal deseo es perseverante, que esté tranquilo, se realizará!

2º *Intención guiada por la obediencia.* Uno de los consuelos de la vida cristiana consiste en que no necesitamos tener siempre razón para ir al cielo. ¿Quién puede presumir de infalible? A lo que sí estamos obligados es a ir de buena fe en nuestro esfuerzo para estar en la verdad. ¡Pues bien! Dios nos da un medio seguro: la obediencia. Mientras no nos manden hacer el mal objetivo, estemos tranquilos y pongámonos en manos de Dios haciendo la voluntad de nuestros superiores. Purifiquemos nuestra intención mediante el sacrificio de nuestra

voluntad propia. Quizá nuestra sabiduría se inclinaría en una dirección distinta de la que nos es indicada: no nos asustemos. Sabemos que seguimos la voluntad de Dios, manifestada por aquellos que Dios ha puesto por encima de nosotros. Que eso nos baste para caminar en la paz.

3° *La energía*. Pero no basta conocer claramente el medio para conseguir la meta de toda creatura razonable, se necesita energía para poner manos a la obra, y lo que muy a menudo frena la pureza de intención es la obligación de obrar según lo que sabemos que hemos de hacer. El Espíritu Santo ha dicho a propósito del impío: “*Noluit intelligere, ut bene ageret*: no quiso comprender, para no tener que actuar bien” (Salmo 36, 4). Actuar bien es muy duro y para excusarse uno se esfuerza por no entender. Espantoso estado que se aplica sin duda a los grandes pecadores, pero que también funciona en muchas circunstancias de la vida. Ausencia de energía para enfocar y conocer el propio deber, falta de energía para poner en práctica aquello que sabemos muy bien. ¿Qué sucede? Que poco a poco nos ejercitamos en ver mal y al final no sabemos ver bien. ¿No es éste el estado de un montón de almas piadosas que veo a mi alrededor? ¿No es acaso el mío? Veo lo que tengo que hacer, pero me falta la energía para poner manos a la obra, y me refugio en un montón de falsas razones que, a fuerza de repetírmelas, termino por suponerlas buenas.

Conclusión. Señor, dame la mayor pureza en mis intenciones y la energía aún mayor para ponerlas por obra. Hazme ver todo lo que tengo que hacer y dame la fuerza de realizarlo. Lo que mandes será duro quizá, pero poco importa con tal de que llegue yo a mi auténtica meta que eres tú. ¡Oh, Señor!, te diré: “*Illumina oculos meos ne*

unquam ab dormiam in morte: ilumina mis ojos, no me duerma yo en la muerte” (Salmo 13, 4). ¡Que mi ojo sea sincero y que, cuando haya conocido mi deber, tenga el valor de cumplirlo!



NOVENA MEDITACIÓN

LA PENITENCIA

“Tunc Jesus ductus est a Spiritu in desertum ut tentaretur a diabolo, et cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esuriit. Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo, y después de ayunar durante cuarenta días y cuarenta noches, sintió hambre” (Mateo 4, 1).

Jesús quiere ser el modelo de nuestra penitencia y Aquél que ha dicho: “Haced penitencia, porque el Reino de Dios está cerca: *Poenitentiam agite, appropinquavit enim regnum coelorum*” (Mateo 4, 17), quiere enseñarnos, con su ejemplo, en qué consiste esa penitencia. Retengamos algunas notas principales: 1º su carácter sobrenatural; 2º la soledad; 3º el silencio; 4º la lucha; 5º la privación.

I.- El carácter sobrenatural

Porque efectivamente existen muchas penitencias que no tienen ningún rasgo en el que se pueda reconocer la acción del Espíritu Santo. Ved esas penitencias terribles de la India. Examinad aquellos heréticos que se doblegaban bajo el peso de las austeridades; los mismos judíos se sometían a austeridades muy fuertes. ¿Se encuentra en ellas el carácter sobrenatural? No os lo creáis. Se ha visto en el paganismo a ciertos padres inmolar a sus hijos a Moloc. La crueldad está presente en un montón de



prácticas anticristianas. No, la penitencia por sí misma no siempre es sobrenatural. ¿Qué necesita para serlo? Tiene que ser dirigida. “*Tunc Jesus ductus est a Spiritu*: Jesús fue conducido por el Espíritu”. He ahí el impulso del Espíritu divino. En Jesucristo éste podía ser directo; en los cristianos necesita los consejos de una sabia dirección.

Efectivamente, muy a menudo se puede tomar como inspirada por Dios una penitencia que no es sino el efecto de una imaginación más o menos calenturienta, o de nervios más o menos sobreexcitados. Uno se precipita con furor en ciertas maceraciones que no prueban ser sino un ardor excesivo y de corta duración. Se deja uno llevar a excesos y el agotamiento termina pronto con tales ardores inconsiderados. Mirad dónde estáis y no vayáis demasiado lejos, pero mirad también hasta dónde debéis dejaros ir, o mejor hasta dónde debéis dejaros conducir. Aquí todo debe estar por encima de la naturaleza, y para ello todo debe estar, conforme con el espíritu de Dios, gobernado por quienes tienen cargo de almas. Sin exageraciones en un sentido, sin pusilanimidad en otro, y en todo, sumisión a la dirección sobrenatural. *Tunc Jesus ductus est a Spiritu*.

Así es como, hace notar San Agustín, Lázaro es el modelo del alma penitente; es atraído por el poderoso grito de Jesús: “*Lazare, veni foras*: ¡Lázaro, sal fuera!” (Juan 11, 43). Obedece a esta voz; todavía no camina, tienen que desatarlo. ¿Quién? La Iglesia, señala aún el gran Doctor; y en esto el alma debe someterse al poder establecido en esta Iglesia: si se somete, así es como será guiada por el Espíritu Santo hacia la penitencia y hacia el perdón que es la consecuencia.

II.- La soledad

El Espíritu Santo empuja al Salvador a la soledad, al desierto. Felices las almas que, queriendo hacer peniten-

cia, tienen hambre y sed de soledad para considerar su pecado, y dicen con el Profeta: “*Et peccatum meum contra me est semper*: tengo siempre presente mi pecado” (Salmo 51, 5). Sí, se necesita la soledad, la separación del mundo para ponerse frente al propio pecado, para estudiarlo en su fuente, en su malicia, en sus lamentables secuelas. ¿Y quién tiene tiempo, en el mundo, para vivir esta vida de búsqueda interior, de contemplación de la propia miseria y de la degradación en que el pecado le ha puesto?

He ahí por qué tantos anacoretas han poblado el desierto; la vista de los pecadores cuyos excesos habían compartido se les hacía insoportable; o bien se alejaban de los hombres por miedo a cometer las mismas faltas que ellos. La soledad era para ellos una salvaguarda. Decían: lejos de los hombres, Dios es menos ofendido, el pecado y sus ocasiones se alejan y las tentaciones pueden ser combatidas más fácilmente.

Pero sobre todo, y esto es importante, la soledad permite elevarse hacia Dios; calma las pasiones; da cierta audacia para pedir ver. No es que la soledad haga caer todos los velos de la fe, pero la claridad se hace más intensa y el corazón se purifica en ella. ¡Feliz el alma solitaria! Todas no están llamadas al desierto absoluto como aquél al que llevó el Espíritu a Nuestro Señor, pero todas están llamadas a tomar algunos días de retiro: “*Venite seorsum et requiescite pusillum*: venid aparte y descansad un poco” (Marcos 6, 31). Lo importante es aprovechar esta soledad y este reposo para conquistar nuevas fuerzas y así entrar en un mayor horror del pecado y en una idea más perfecta de la reparación debida a Dios.

III.- El silencio

en que se habla con Dios No estoy hablando de aquel silencio al que San Agustín llama “el frío de la caridad, *frigus caritatis*”, sino de aquel silencio que el divino Maestro mismo observó en la soledad del Jordán y en el que, a medida que hablamos menos a los hombres, hablamos más a Dios; y no es que la voz de lo alto se deje oír siempre, por eso la soledad y el silencio parecen unirse para atormentarnos.

Hemos huido de las conversaciones de los hombres; no se oye el lenguaje de Dios. Jamás situación fue más cruel para quien necesita apoyarse en alguien. Esa es precisamente la situación del prisionero condenado a la reflexión, al replegarse sobre sí mismo. Estamos obligados, en efecto, a replegarnos sobre nosotros mismos y estamos abocados a contemplarnos en toda nuestra fealdad. Espectáculo deplorable, pero que impele a la humildad ante la evidencia del desprecio que hemos merecido a causa de la vergüenza de las ingratitudes pasadas. Y no hablo de las culpas.

en que se calman las pasiones El silencio puede ser considerado desde otro punto de vista no menos útil para la penitencia. En la soledad las pasiones se apaciguan. El trato con los hombres suscita los deseos impuros, el amor de las riquezas, la vanagloria, la ambición y todas las impresiones malvadas que forman su triste cortejo.

El silencio de la soledad brinda la ocasión de descubrir la vanidad, la locura, el crimen de todas esas emociones del alma. Salvo lo necesario, ¿qué otra cosa puede desear el alma solitaria y silenciosa? ¡Cuántos objetos de sus deseos desordenados desaparecen por sí mismos!

Añado que este silencio tiene sus encantos; porque si Dios se calla durante cierto tiempo y si ve al alma perse-

guirle con sus deseos, no puede quedar siempre impasible. Responde a la llamada que se le hace; se entrega cuando se alejan todos los obstáculos que se oponían a su manifestación. ¡Qué momento más precioso para pedirle perdón!

Ciertamente, la pecadora pública no estaba en la soledad cuando, con su frasco de perfume, fue a buscar al divino Maestro en casa de Simón el leproso [Mateo 26, 6], pero guardó un profundo silencio. Todo sucedía entre ella y su Salvador. ¡Silencio precioso aquél! Que os sirva de modelo y os enseñe cómo habéis de callaros y esperar, lejos de los discursos de los hombres, a que Dios se digne hablaros. Esta espera silenciosa os purificará y os dispondrá a la conversión, ya que aquí la penitencia es la preparación para un cambio completo.

IV.- La lucha

Jesús mismo tentado por el demonio

Arrepentirse y continuar con la vida de pecado es una profunda contradicción que Dios no puede querer. En esto, el divino Maestro no puede servirnos de modelo del cambio y de la transformación que ha de operarse en el alma del pecador; pero, aunque es la inocencia misma, quiere consentir en ser atacado para servirnos de modelo en nuestros esfuerzos y nuestros combates por recobrar la libertad que el pecado nos ha hecho perder. Por eso es conducido por el Espíritu al desierto “para ser tentado por el demonio: *ut tentaretur a diabolo*”. Queréis llevar una vida más fuerte, más santa, más divina, entonces preparaos para la tentación: *para animam tuam ad tentationem*.

Las sugerencias del demonio

No os hagáis ilusiones, el reino de los cielos sufre violencia [Mateo 11, 12], hay que conquistarlo con las armas en la mano. Y mirad, efectiva-

mente, lo que sucede. Jesús ve al tentador acercarse a él. Satán no le conoce aún; ignora con qué adversario se va a enfrentar. ¿Es el Mesías? Por eso procede con preguntas insidiosas: “*Si Filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant*: si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes” [Mateo 4, 3]. Sí, sin duda, pero para eso hay que hacer un milagro, y lo que Jesús quiere ocultar quedará descubierto. Por lo tanto, el milagro no se realizará y Satán será vencido una primera vez por el silencio de Aquél a quien quiere tentar para descubrir su secreto. Que esto representa una derrota concreta para Satán, lo prueban los nuevos ataques que realizará. No recomenzaría con un encarnizamiento tal, si algo no le dijera que está en juego su imperio; y eso es precisamente lo que intenta Satán, con un sentimiento de terror menos profundo sin duda, cada vez que teme que un alma esté dispuesta a escapársele.

Ello no quita que viene a nosotros en cuanto empezamos a realizar ciertas renunciaciones y nos dice: “*Dic ut lapides isti panes fiant*: di que estas piedras se conviertan en panes”. Mira tu situación: mira todo lo que necesitas. ¡Vamos!, no vivas de imprudencias y comienza de una vez por todas a tomar providencias útiles. ¡Ay! ¡Por desgracia, la lucha es difícil y tantas veces nos hemos dejado arrastrar en ella! ¡Cuántas veces hemos cedido por una desesperante cobardía! Esta cobardía, ¿cuántas veces servirá de portavoz al diablo, para hacernos comprender mejor las exigencias de la carne? Sepamos, sepamos vencer todas estas tiranías. La huida, guiados por el Espíritu Santo, nos será muy ventajosa. Vayamos al combate diciendo que lo que necesitamos es un alimento totalmente nuevo, y que tras haber dado al cuerpo el pan que reclama, necesitamos saber alimentar también nuestra alma con la Palabra de Dios.

Diré poca cosa de la tentación de vana gloria que sufrió el Salvador en lo alto del Templo. No, creo que la reflexión nos ha mostrado claramente lo vanas que son

nuestras pretensiones. Paso por encima del espectáculo de todos los reinos mostrados al Salvador. ¿Qué prueba eso? Que Satanás es un agresor muy vulgar y que sería fácil vencerlo si quisiéramos permanecer en la verdad. A eso nos dispone maravillosamente la penitencia.

Destaquemos que Jesús es llevado al desierto para ser tentado. Vayamos donde vayamos la tentación nos perseguirá. La soledad más profunda no podrá librarnos de ella; hay que tener el valor de aguantar las angustias correspondientes, y en esto hay algo maravilloso sin embargo, y es que en la soledad Satanás queda privado de una cantidad de medios para luchar contra nosotros; le faltan las criaturas y eso es mucho.

En todo caso, si la soledad y el silencio nos han preparado, tendremos la probabilidad de salir más fácilmente vencedores de sus ataques.

V.- La privación

“Et cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esuriit: Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, sintió hambre” [Mateo 4, 2]. Jesús pasa por un ayuno muy riguroso. Pero no es precisamente sobre el ayuno sobre lo que quiero insistir. Quien dice ayuno dice privación, pero importa mucho examinar a qué privaciones hay que recurrir para hacer realmente penitencia. Hay aquí una enorme cuestión que hay que dilucidar: la penitencia del ayuno, hablando con propiedad, ¿no debe acaso ser sustituida por el ayuno de los ojos, de las orejas, de la lengua, de ciertas satisfacciones del corazón, de la imaginación, de la independencia, del legítimo éxito? Me parece que en este aspecto, quien quiera hacer penitencia puede hacer cantidades.

Basta querer y ofrecer a Nuestro Señor un sacrificio muy fecundo, con tal que concierna todo aquello median-

te lo cual pueda ser santificada la vida: “Desgarrad vuestros corazones y no vuestros vestidos”, dice el Profeta: “*Scindite corda vestra et non vestimenta vestra*” (Joel 2, 13). La penitencia del corazón es la que reclama Dios ante todo: “*cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias*” (Salmo 51, 19).

Entrad, pues, en vosotros mismos; escuchad la voz de Dios; alejaos por un tiempo de los hombres; guardad silencio alrededor vuestro; luchad con Satanás, con vuestras pasiones: privaos, arrancándolas, de cualquier principio malo; comenzad con confianza la vida que desde hace tanto tiempo Dios os reclama; y cuando volváis a vuestras ocupaciones diarias, edificaréis a vuestro alrededor, porque os habréis convertido en hombres nuevos.



DÉCIMA MEDITACIÓN

LA REGLA

La vida del hombre necesita ser regulada y, fuera de las leyes, existen numerosos reglamentos que fijan las obligaciones que surgen de las diversas situaciones. Lo mismo vale para la vida religiosa. Por eso es bueno volver una y otra vez sobre la gran cuestión de la Regla.

La voy a considerar desde tres puntos de vista: 1º la importancia de la regla; 2º el alcance de la regla; 3º el espíritu de la regla.

I.- Importancia de la Regla

Para muchos, la regla es un librito que dice cosas más o menos claras, más o menos aplicables, y de las que no se hace gran caso, si se juzga oportuno, ya que es sabido que la regla no obliga bajo pena de pecado.

Probada por:

**a) la estima de la
Iglesia**

La Iglesia no lo cree así, y el modo como ha reducido a unas pocas reglas principales las bases de toda Orden que vaya a ser aprobada por ella, muestra a las claras la manera como entiende hacer respetar estas reglas fundamentales.

b) su contenido

En segundo lugar, en la regla está la parte que concierne a la ley de Dios, que siempre obliga; luego está lo que concierne a los votos y que no es menos obligatorio, desde el momento en que nos hemos comprometido en ello, y finalmente hay algunas prescripciones cuya violación por



desprecio constituye un pecado más o menos grave, según la gravedad de la prescripción.

c) la santidad de los legisladores Pero si nos colocamos desde el punto de vista de quienes han redactado la regla ¿qué veremos?

Hombres santos que tienden a la perfección mediante esfuerzos comunes, según la palabra del Espíritu Santo: “*Fratres qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma*: aquél que es ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada” (Proverbios 18, 19). Son hermanos que se ayudan mutuamente para buscar la vida incorruptible, mientras otros buscan la vida corruptible: *Illi quidem ut coronam corruptibilem accipiant, nos autem incorruptam*” (1 Corintios 9, 25).

d) la excelencia de los consejos evangélicos De lo cual resulta que toman los medios más excelentes y que, aplicándose a practicar la ley de

Dios en toda su extensión, van más allá y tratan de practicar los consejos dejados por Nuestro Señor a quienes quieran ir más allá de la vida ordinaria, en materia de amor y generosidad. De donde se sigue que la regla comprende no sólo las obligaciones de todos los hombres para con Dios y para con sus hermanos, sino que prescribe el cumplimiento más absoluto, e incluso yendo más lejos, plantea como ley lo que para los demás no era sino un consejo.

¿Y cómo se transforman en ley los consejos en la regla religiosa? Mediante los votos. Podías no hacerlos; podías seguir en la vida común. Pero los has pronunciado. Acepta todas sus consecuencias. Dios te los impone así, y por ello tu vida toma un tinte especial tanto para la recompensa como para el castigo.

e) la excelencia de la vida común Pero hay más. Esta regla no ha sido dada para hombres dedicados a la soledad absoluta. Esta regla ha sido promulgada por legisladores que querían

fundar una familia espiritual mediante una edificación común. Nada tan admirable como esas casas cuyos habitantes no forman más que un solo corazón y un alma sola: *Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una* (Hechos 4, 32). Esto se ha dicho de los primeros cristianos.

La tradición dice que San Marcos estableció este estilo de vida con muchos cristianos en Alejandría, de donde fue el primer patriarca. Siguieron los Padres del desierto, luego San Agustín en Hipona, San Benito en Italia, y los demás, que sería muy largo de enumerar. Aquellos hombres agruparon a su derredor a otros hombres, unos para la oración y el ayuno, los otros para la oración y el estudio o para la oración y el trabajo manual, todos más o menos directamente para la evangelización y todos con la práctica de los consejos evangélicos.

Ahora bien, existe una gran ventaja en practicar una vida más perfecta, para poder vivir en común; existen ventajas no menores en practicar una regla más austera y sujetarse a prescripciones más penosas, para evangelizar y ejercer en torno a estas aglomeraciones una influencia saludable. De todo lo cual no temo concluir que comete un crimen quien, deliberadamente, desprecia la regla.

**de ahí el horror del
desprecio de la Regla,
ya se la viole por
ligereza**

Se dice: yo no la cumplo por ligereza; he ahí el mal, ya que un religioso debe ser ante todo un hombre serio. ¿Quién será serio si el hombre que aspira a

las más íntimas relaciones con Dios no lo es? Que uno se deje ir a no observar algunos puntos de la regla por debilidad inherente a la corrupción humana, lo acepto; pero la disposición habitual del religioso a no tener en cuenta la regla, eso no lo admitiré jamás.

ya sea so falaz Se dice también que se peca
pretexto de ignorancia por ignorancia. He ahí algo
 que tampoco puedo admitir.

El Salmista ha escrito para los religiosos estas palabras que deben cantar todos los días: “*Quomodo dilexi legem tuam, Domine, tota die meditatio mea est*: ¡Oh, cuánto amo tu ley, Señor!, es el objeto de mi meditación todo el día” (Salmo 119, 97). Y mirad qué ventajas da esta meditación sobre los demás hombres. ¿Por qué? Porque se comprende mejor la prudencia contra los enemigos, la ciencia verdadera por encima de las ciencias exactas, la experiencia de la santidad frente a quienes sólo buscan la sabiduría humana; finalmente desvía nuestros pies de cualquier mal camino: *ab omni via mala*.

ya sea por hastío ¿Me detendré en el desprecio a
 la regla por hastío? ¡Eso sería
 imprimirse a sí mismo el sello de la reprobación eterna!
 ¿Por qué, en efecto, te entra la desgana si no es porque
 aborreces tu vocación? Te vas a alejar de ella, ¡y le se-
 rás infiel! Pronto no te quedará sino el arrepentimiento
 profundo de haber querido llevar tan admirables cadenas.
 ¿Crees que te detendrás allí? ¡No, y no! Tras haber roto la
 regla de los consejos, muy pronto pisotearás la ley de los
 preceptos. ¡Qué gravemente comprometido está tu por-
 venir si no te das prisa en volver sobre tus pasos!

No me detengo ante el espectáculo de religiosos que, violando la regla sin cesar, forman comunidades que ya no son tales, auténticos destructores de las más hermosas partes del templo de la Iglesia. ¡Qué castigos no se preparan y qué catástrofes no provocan excitando la cólera de Dios!

II.- Alcance de la Regla

Que Satanás haga todos los esfuerzos por destruir una regla que es, en cierto modo, el molde en el que se abandonan las almas resueltas a tender hacia la santidad, ¿quién lo duda? ¿Pero quién osaría concluir de ahí que haya que ceder a Satanás? Y hay más. Hay que darse cuenta del total alcance de la regla.

a todos los instantes de la jornada No temo decir que se extiende a todo. Se extiende a todos los momentos del día, al sueño que ella regula, a la vigilia que ella dirige. Nos toma al despertar y todas nuestras acciones están preparadas en cierto modo por sus prescripciones. Mediante la oración fija nuestras obligaciones directas para con Dios, mediante la caridad la ofrenda de nuestros menores movimientos. Esta misma caridad fija, no sólo nuestras relaciones externas, sino también nuestros sentimientos más íntimos para con el prójimo, primero con nuestros hermanos, luego con los demás cristianos, incluso con todos los pecadores y los extraviados, al menos en la medida en que el religioso debe rezar por su retorno a Dios.

La regla fija nuestro trabajo y nuestras menores ocupaciones, nos prescribe nuestras austeridades, entra en la práctica de todas las virtudes según nuestra vocación; pues, en unos se trata de un esfuerzo, en otros de un esfuerzo diferente y, como dice San Agustín: "*Ut in omnibus, quibus utitur transitura necessitas, superemineat quae permanet caritas*: que sobre todas las necesidades que pasan, prevalezca la caridad que permanece"; máxima que debemos tener sin cesar a la vista para ser conscientes de la perfección que se nos pide.

No temo añadir que la regla, cuyo fondo es el amor más perfecto de Dios y del prójimo, no puede ir sin el amor a la regla. No améis más la regla y en la práctica

todo cae inmediatamente. ¿Quieres ser perfecto? Sigue perfectamente una regla perfecta, de lo contrario, ¡desgraciado de ti que tomas una apariencia de perfección sin poseer la realidad! ¿Quieres saber qué es la regla en toda su extensión? Toma una vida humana entera, busca una acción que la regla no dirija; no podrás encontrarla.

**a todas nuestras
acciones que
transforma en
virtudes**

Pero voy a ir más lejos. La regla toma todas vuestras acciones y las transforma en virtudes. San Agustín dice en la *Ciudad de Dios*: “*Virtus est ordo amoris*: la virtud es el orden en el amor”. ¿Qué otra cosa es la regla? Amo, pero debo amar con orden, pues el amor desordenado nunca será amor divino; pero si amo en orden pese a mis repugnancias, y a causa precisamente de mis repugnancias, lo que hago se transforma en virtud. Y por lo tanto, cuanto más amo, más muestro mi amor en el orden, es decir, dentro de la regla; cuanto más me esfuerzo por amar en el orden, más practico la virtud. Tal es la importancia de la regla; para que sea regla religiosa, debe partir del amor; para ser regla, debe ser imagen de un orden superior divino, para ser regla perfecta, tiene que imponer las virtudes ordenadas según el fin propuesto.

Pero esto supone luchas, combates, sacrificios. ¿Quién lo niega? Por algo la regla es la perfección de la práctica de las virtudes. No se trata de decir a Dios que le amamos, hay que probarlo, y la regla sugiere los medios más perfectos de probárselo.

Tomemos, pues, la regla en toda su amplitud y, poniéndola en práctica, comencemos de una vez por todas a ir a todo lo que se nos pide, para hacer de los más mínimos actos de nuestra vida un peldaño más hacia el cielo.

III.- Espíritu de la Regla

**Según nuestra doble
meta, general y
particular**

Toda sociedad humana aquí abajo vive de un pensamiento común, de una meta común, y cuanto más elevada sea la meta, más perfecta es la sociedad. En lo más profundo del bosque, el salvaje vive de la idea de reproducirse, de cazar para vivir de la caza y de matar a sus enemigos. Una sociedad cristiana tiene una idea más elevada. Francia ha querido proclamar el reino de Jesucristo y defender los derechos de la Iglesia: de ahí su misión y su grandeza. Toda familia religiosa tiene la perfección como meta general y una meta particular.

La de nuestra familia es extender el reino de Nuestro Señor en el mundo, y en eso somos esencialmente católicos, tal es nuestro pensamiento dominante.

Ahora bien, todo ha de referirse a este destino principal: queremos tomar lo más posible al pie de la letra el fin principal. “*Estote ergo vos perfecti sicut Pater vester coelestis perfectus est*: sed, pues, perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” [Mateo 5, 48]. He ahí la meta general. Queremos consagrarnos más especialmente a la extensión del reino de Nuestro Señor: “*Adveniat regnum tuum*: ¡Venga Tu Reino!”. He ahí nuestra meta particular. Quitadle la meta a una sociedad, se muere; quitadle a una familia su meta, pronto no será más que una ruina.

Pero, para una sociedad religiosa, la meta ha de ser completamente espiritual; por lo tanto, se designa su meta cuando se habla de su espíritu. Sin embargo, para alcanzar la meta hay que buscar los medios, como hemos indicado; por lo tanto, hay que estudiar los medios más aptos para conseguir la meta.

Pues bien, cada Orden tiene sus medios principales; el principal medio es buscar hacer el mayor número de santos posible, para la causa de Dios, según los tiempos

y las circunstancias en que nos encontramos. Lo esencial es querer tender a la santidad y no temo afirmar que el espíritu principal de la vida religiosa es de engendrar el mayor número posible de santos, y que sean lo más santos posible: hay que vivir en una atmósfera de perfección.

De lo cual se deduce fácilmente que, cuanto más perfecta sea la regla, más perfectos deberán ser los miembros colocados bajo su yugo; con la condición sin embargo de que se apliquen sin cesar a dejarse impregnar de su espíritu, a inculcárselo por todos los medios, sin desanimarse, sin dejarse vencer por ningún obstáculo.

No quiero comparar una familia religiosa fervorosa con otra familia religiosa que no lo sea; pero, ¡cuántas tristezas, problemas, rebeliones, faltas acumuladas en ésta! Por el contrario, ¡cuántas gracias, fervor, paz, alegría permanente en la otra! No vacilemos; abracemos nuestra regla y sepamos practicarla en adelante en todo su alcance.

UNDÉCIMA MEDITACIÓN

LA FE

Dios, que ha querido poner orden en todas las cosas, lo ha puesto también en la ordenación de las virtudes. La primera de todas es la fe. “*Quomodo ergo invocabunt in quem non crediderunt?*: ¿Cómo invocarán a aquél en quien no creen?” (Romanos 10, 14). Cuando se conoce a Dios, es forzoso confesar que es el Bien supremo, y si Dios es el Bien supremo, se desea poseerlo para llegar a disfrutar de la felicidad, y eso es la esperanza. Pero el alma no se queda ahí. Considera la belleza, la bondad y las perfecciones de Dios y desea unirse a él: la caridad se convierte en la coronación de la fe y de la esperanza.

Comencemos hoy hablando de la fe. Examinaremos: 1º su objeto; 2º la noción del acto de fe; 3º cómo ella es una virtud; 4º qué dones corresponden a la fe.

I.- Objeto de la fe

La verdad primera El objeto de la fe es la verdad
a) vista a la luz de primera: “*Credere enim oportet*
Dios que nos habla por *accedentem ad Deum quia est:*
su Hijo *quien quiera acercarse a Dios*
debe creer primero que existe”

(Hebreos 11, 6). Existe lo que los teólogos llaman los preámbulos de la fe, al establecer que por la mera razón se puede demostrar la existencia de Dios; pero de ahí a conocer a Dios tal como la revelación nos lo presenta, hay un abismo, y sólo la fe sobrenatural puede ayudarnos a franquearlo. Sí, sólo la fe puede darnos a conocer de

Dios lo que se ha dignado darnos a conocer de su insondable naturaleza mediante su Hijo.

¿Pero, sobre qué se apoya la fe? Sobre la verdad primera que es Dios. Hay que remontarse hasta esta primera verdad, base de todo conocimiento revelado: él es quien nos enseña; por él creemos.

¿Qué es la fe, en efecto? “*Fides est sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium*: la fe es la sustancia de las cosas que hay que esperar y la demostración de las que no vemos” (Hebreos 11, 1). Nada de lo que hemos de creer es visto por nosotros, ya que si lo hubiéramos visto ya no lo creeríamos, lo sabríamos. Ahora bien, con la fe pasa como con la esperanza: “*Spes quae videtur non est spes*”: ver lo que se espera, ya no es esperanza” (Romanos 8, 24). Por eso, para creer necesitamos del mayor apoyo, que es Dios.

**b) vista a la luz de
Cristo**

Mas, ¿cómo alcanzar a Dios? “*Deum nemo vidit unquam, unigenitus Dei Filius qui est in sinu Patris, ipse enarravit*: a Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único de Dios, que está en el seno del Padre, él mismo nos lo manifestó”(Juan 1, 18). Dios es la verdad primera: “Nos habla por su Hijo: *locutus est nobis in Filio*” (Hebreos 1, 2). El Hijo ha enseñado a su Iglesia: “*Sicut misit me Pater, et ego mitto vos: euntes ergo docete omnes gentes*: como el Padre me envió, yo os envió; id, pues, y enseñad a todas las naciones” (Juan 20, 21; Mateo 28, 19). La Iglesia, Jesucristo, Dios: siempre hay que retornar a la verdad primera que es Dios. Ahora bien, en Dios están todas las verdades, y desde este punto de vista, el objeto de la fe no es sólo la verdad primera, sino el conjunto de todos los artículos de la fe que reposan sobre esta verdad primera.

Por eso, repitámoslo, nuestra fe reposa en Dios, verdad primera, que nos ilumina con los medios por él elegidos y que son conformes a nuestra capacidad de conocer la verdad. Ahora bien, nuestra inteligencia aquí abajo no es ni como la inteligencia de Dios, ni como la del ángel, ni siquiera como será en la gloria. Procede paso a paso, de lo conocido a lo desconocido y las verdades se le revelan sucesivamente. Y ahí está el prodigio de la bondad de Dios que ha consentido en revelarse a nuestro primer padre, a los patriarcas, a Moisés, a los profetas, y finalmente mediante su Hijo, la Verdad misma, encarnándose en un hombre, *veritas homine assumpto*, para llegar hasta nosotros.

c) revelándose poco a poco hasta el despliegue actual El objeto de la fe es la verdad primera en el sentido de que, por ella, conocemos todo cuanto necesitamos creer. Pero mi-

rad este maravilloso conjunto, tal como el Símbolo de los apóstoles nos lo ha revelado, y ved también cómo estas verdades fundamentales se presentan más claras, más magníficas, a medida que son más atacadas. Cada siglo parece constatar un esplendor nuevo en los rayos de este sol divino: “*Exultavit ut gigas ad currendam viam et a summo coelo egressio ejus*: se ha lanzado como un gigante que emprende su carrera, y su punto de partida está en lo más alto del cielo” (Salmo 19, 6).

Por lo tanto, cuánta necesidad tenemos de ponernos bajo la acción de esta verdad divina, mediante tres medios principales: 1° mediante una renovación constante de nuestra fe, para que se convierta en nuestra vida; 2° mediante la más viva adhesión a todas las verdades reveladas; 3° mediante el abandono de nuestra inteligencia a la acción de Dios sobre nosotros, para que nos vincule a él y nos permita adherirnos a sus enseñanzas del modo más absoluto.

II.- El acto de fe

¿Qué es el acto de fe mediante el que adherimos a la verdad primera, confiándonos a lo que nos enseña respecto de todas las demás verdades?

Adhesión de la inteligencia

“Creer, dice San Agustín, confirmado por Santo Tomás, es dar su adhesión a lo que se piensa: *credere est cogitare cum assensu*”. Se necesita, en efecto, que el hombre piense, reflexione y que haga de este modo un acto de inteligencia, ya que pensar, es decir pesar los pros y los contras de una opinión, es un acto de inteligencia. Pero eso no basta; se necesita dar una adhesión, en lo cual consiste el acto de la voluntad; la inteligencia y la voluntad se unen, pues, para formar el acto de fe.

Por lo tanto, en el acto de fe hacemos un abandono supremo de nuestra alma a la autoridad de Dios y, bajo este aspecto, se puede decir que el acto de fe es un acto supremo de obediencia, cuyo principio está en la inteligencia, ya que su objeto es la verdad. Así es como Dios, como verdad primera, de acuerdo con los teólogos, es el objeto formal de la fe. Hemos de apoyarnos en él, y ya que por nosotros mismos no podemos elevarnos hasta él, es indispensable que él se abaje hasta nosotros.

a todas las verdades reveladas

Creer en Dios es adherir a todas las verdades que la autoridad divina nos enseña; y nuestra fe acepta todo, ya sea que se nos presenten en su conjunto tal como se encuentran en Dios, ya sea que, de acuerdo con el alcance de nuestra inteligencia, se desarrollen sucesivamente en su orden lógico, dado que las verdades primeras engloban en sí mismas a las verdades segundas; por eso el acto de fe se presenta a nosotros bajo estas

pocas palabras: “Yo creo todo lo que tú nos has revelado”. He ahí al alma apoyándose en Dios, verdad primera; viene luego el objeto material del acto de fe que no es otra cosa que el símbolo de los apóstoles, comentado ya sea por los otros símbolos que la Iglesia ha creído deber proponer como refutación directa de ciertos errores, ya sea por las diversas definiciones de los Concilios que se nos proponen como actos de fe.

**Adhesión de todo
nuestro ser**

Finalmente, se dice: creer en Dios es un acto de confianza en Dios que manifiesta a nuestra miseria el término último a donde nos llama y que no es sino él mismo; tal es el pensamiento de San Juan cuando exclama: “*Haec est victoria quae vincit mundum fides nostra*: la victoria que vence al mundo es nuestra fe” (1 Juan 5, 4).

El mundo se presenta a nosotros con sus mentiras, sus promesas, sus esperanzas, el cortejo de todas sus ambiciones, de sus placeres; ¿todo eso qué es? “*Vapor est ad modicum parens et deinceps exterminabitur*: es humo que aparece un momento y que luego se disipa” (Santiago 4, 14).

Mirad el final. ¿En qué termina todo eso? En un poco de polvo. Mientras que Dios es eterno: *et veritas Domini manet in aeternum*. Ser enseñado por un Maestro eterno, poder decir que este Maestro eterno quiere mostrárenos para toda la eternidad, y no mostrarnos su eternidad sino para hacernos partícipes de sus inagotables delicias, he ahí lo que la fe nos propone; he ahí lo que la hace victoriosa de todos los obstáculos y de todos los enemigos que el mundo me pueda oponer. Que los que desean el mundo y sus engaños vayan al mundo; “para mí, es bueno adherirme al Señor y poner toda mi esperanza en el Señor mi Dios: *Mihi autem adhaerere Domino bonum est, et*

ponere in Domino Deo meo spem meam” (Salmo 73, 28). Por lo tanto, en adelante no quiero más luz que la de la fe.

**a los designios
misericordiosos de
Dios**

Una vez que la poseo, ella es la que debe iluminar mi razón, ella es la que debe transformarme mediante todo lo que me muestra del ser de Dios, de mi ser y de las inefables relaciones que Dios consiente en establecer entre él y yo. ¿Qué puedo buscar en el cielo, sino al Dios infinitamente perfecto que me revela la fe? *Quid mihi est in coelo et a te quid volui super terram?* [Salmo 73, 25]. La luz de la fe me muestra lo que Dios es, o al menos lo que él desea que yo conozca de sus perfecciones, ¿qué otra cosa tengo que hacer sino adherirme a él y pensar en esa infinita verdad y en todas las demás verdades que encierra, con una absoluta entrega de mi parte? Así es, Dios mío, como te creeré al pensar en ti con todo el consentimiento de una fe obediente a cuanto desees enseñarme.

III.- La Virtud de la fe

**La fe es un don de
Dios** La fe es un don, Dios mismo nos lo advierte. Nosotros no podemos entrar en el mundo sobrenatural si no es mediante la fe y la adhesión de nuestra inteligencia a las verdades de la fe. Tal es el don de Dios. Tal es, en cierto sentido, esta enseñanza del Espíritu Santo: “*Cum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem*: cuando haya venido este Espíritu de verdad, os enseñará toda verdad” (Juan 16, 13). No que la fe me muestre la verdad de manera explícita, pero la fe me da la aptitud para recibirla. No basta que los objetos estén ante mis ojos para que los vea, se necesita además que me sean presentados en la luz para que mis ojos sean

capaces de verlos. Lo mismo pasa con la fe: necesito tener la luz, que me es dada por la gracia de Dios y por la aptitud que hace a mi alma capaz de recibir la verdad.

**y también una
virtud que hay que
desarrollar**

Pero eso no basta, he de adherirme a la verdad. Ahora bien, esta verdad está tan por encima de mi alcance, que siempre necesito esforzarme por elevarme hasta ella, y eso es lo que constituye la virtud de fe; porque la fe quiere ser meritoria, o mejor dicho, Dios quiere que lo sea. El mérito consiste en adherir con cierta dificultad, que no es otra cosa sino la debilidad de la naturaleza humana; por eso la fe puede ser aumentada, de acuerdo con la petición de los apóstoles a Nuestro Señor: “*Domine, adauge nobis fidem*: ¡Señor, auméntanos la fe!” (Lucas 17, 5). Sí, nuestra fe puede ser aumentada sin cesar mediante el esfuerzo, mediante el estudio, mediante la oración, mediante la aplicación de los principios de la fe a toda nuestra vida, mediante la preocupación constante de las verdades que la fe nos enseña, y que penetramos cada vez más a medida que las meditamos, y sobre todo mediante aquel abandono completo a la autoridad divina, a esta Majestad que tiene derecho a mandarnos mientras que nosotros sólo tenemos que someternos y obedecerle.

**una virtud que hay
que defender**

Por lo tanto, ¡qué peligro corremos de perder la fe desde el momento en que nos separamos de la verdad primera, fundamento de todas las demás! Y se entiende que, sea cual sea el desarrollo que la fe haya conocido en nosotros, en el momento en que la abandonamos en un solo artículo, toda la fe desaparece. ¿Por qué? Porque no se trata de discutir con la autoridad divina tal o cual artículo, más o menos difícil de creer; se trata de la autoridad infinita sobre la que reposan todos los artículos de la fe. Importa, pues, no seguir discerniendo. Se puede

muy bien buscar mayor luz sobre tal o cual punto de las verdades reveladas, pero es necesario que la adhesión a las verdades subsista en su conjunto.

Señor, veo oscurecerse las verdades en una multitud de almas, ¡sálvame de una desgracia semejante!; no permitas que la noche que se cierra sobre tantas inteligencias venga a disminuir la luz de mi fe. Las dudas para muchos son enormes. No permitas que lleguen a hacerme vacilar. ¡Que siempre crea, Dios mío, y que adhiriéndome a las enseñanzas de tu Iglesia, mi fe vaya creciendo sin cesar hasta la plena luz de tu gloria en la patria!

IV.- Dones que corresponden a la fe

Don de temor

No hablaré del temor; este don se relaciona más con la esperanza. Y sin embargo, al mostrarnos a Dios como Bien supremo, la fe conlleva cierto temor a perderlo. Pero este temor, sin embargo, es un principio de purificación para el alma, de acuerdo con la palabra del Apóstol: "*Fide purificans corda eorum*: purifica sus corazones mediante la fe" (Hechos 15, 9). Porque si bien la fe nos hace temer perder a Dios, la fe debe inspirarnos todos los sacrificios para poseer a Dios percibido como Bien supremo.

Además, lo que hace impuro a un ser es su mezcla con otro ser inferior; por el contrario, un ser se purifica mediante su mezcla con una naturaleza superior, como la plata al mezclarse con el oro. Lo mismo mi alma, manchada por su contacto con las creaturas, se purifica mediante la unión con Dios en la inteligencia, en cuanto verdad suprema, y así es como la contemplación de la verdad revelada por la fe nos infunde una gran pureza, *fide purificans corda eorum*.

Pero, para llegar a esta fe purificadora, las fuerzas humanas solas son impotentes; se necesita una ayuda de Dios, y esta ayuda es el don de inteligencia: "*Da mihi*

intellectum et scrutabor legem tuam: dame inteligencia y escrutaré tu ley”, exclama el Salmista (Salmo 119, 34). Esta inteligencia está muy por encima de los sentidos, e incluso de la razón humana.

Don de inteligencia Este don, que no es la perfecta inteligencia de los misterios, tal como la tendremos en la gloria, se une a la fe y la aumenta; porque cuanto más entiende el alma humana mediante la luz divina, más se adhiere a lo que no ve, pero que intuye que podrá comprender algún día; y este trabajo de la inteligencia se realiza mediante el estudio, la meditación, la oración que busca a Dios y trata de conocerlo cada vez más desde ahora.

Por otra parte, esta inteligencia anima a actuar mejor: “guardaré tu ley en mi corazón: *da mihi intellectum et scrutabor legem tuam, et custodiam illam in toto corde meo*” (Salmo 119, 34). Este don está en cualquier cristiano que tiene la gracia, sólo debe desarrollarlo con la ayuda de Dios.

La fe se une además al don de ciencia, mediante el que discernimos lo que hay que creer de lo que no hay que creer. Sin embargo, este don de ciencia se aplica más particularmente al conocimiento de las cosas humanas, pero visto desde el punto de vista sobrenatural, es la ciencia de la vida desde el punto de vista de los intereses de la causa de Dios.

Señor, dame la inteligencia de las cosas divinas y la ciencia de las cosas de la vida, para que a la luz de la fe comprenda, en la medida de lo posible, lo que debo creer y practique lo que debo hacer.



DUODÉCIMA MEDITACIÓN

LA ESPERANZA

*“Spes autem non confundit:
la esperanza no engaña”
(Romanos 5, 5).*

La inteligencia cristiana iluminada por la fe conoce a Dios con una nueva fuerza, conoce de los misterios divinos lo que puede ser penetrado, se da cuenta de los medios puestos a nuestra disposición para alcanzar el bien soberano que es Dios, y avanza así hacia el deseo de poseer a Dios como el bien infinito, el principio de la verdadera felicidad.

Desde este punto de vista, la esperanza es una virtud teologal sobre la que importa meditar para hacernos conscientes, tanto de los bienes que nos alcanza del cielo, como de los deberes que nos impone para alcanzar la meta propuesta.

I.- Los bienes de la esperanza

¿Qué más podemos desear que encontrar la felicidad en el más grande de todos los bienes? ¡Y qué beneficio de Dios cuando nos dice: “Te mando que esperes, y así como soy para tu inteligencia el objeto como verdad primera, así también soy el objeto de todos tus deseos, objeto que te mando buscar y que alcanzarás un día con tal que lo quieras generosamente”. La esperanza es lo que nos sostiene en la prueba de este mundo; en el cielo ya no existirá la esperanza, puesto que para los bienaventurados es una realidad; y tampoco la habrá en el infierno; uno de los suplicios más crueles consistirá en haber perdido la esperanza y verse entregado a la desesperación eterna.



La esperanza nos consuela, nos hace mejores, nos fortifica, nos empuja hacia Dios.

1° *La esperanza nos consuela en medio de las penas de esta vida.* Se presenta a nosotros y nos dice: “*Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis*: los sufrimientos de la vida presente no tienen comparación con la gloria que un día se manifestará en nosotros” (Romanos 8, 18). Sufres, ése es el destino del hombre a causa del pecado desde el primer padre. Pero todo tiene un final. Mira a la recompensa; mira lo que te reserva mi bondad, y si para expiar tus culpas has de sufrir dolores aquí abajo y verter lágrimas, mira a la meta, mira el reposo, mira a la patria, y aprende como el viajero a esperar la hora del retorno.

2° *La esperanza nos hace mejores.* En efecto, el hombre que ya no espera nada se precipita en todo cuanto puede encontrar de malos disfrutes, y es horroroso el espectáculo que dan aquellos a quienes la pérdida de la fe ha arrebatado la esperanza. La vida se convierte para ellos en un infierno; de ahí las murmuraciones malévolas, los odios profundos, las rebeliones, la anarquía.

El trabajo de la esperanza es un trabajo de unión. Dios es un bien que todos pueden recibir, sin que nada les sea quitado. Dios es un bien del que todas las voluntades pueden participar, del que todos los corazones pueden disfrutar, así como todos los ojos gozan de la luz del sol; ya que mi ojo está inundado por su claridad, ¿es razón para que el ojo de otro no lo esté igualmente? Lo mismo pasa con Dios, Bien infinito, omnipresente, todo para todos: *Ut sit Deus omnia in omnibus* (1 Corintios 15, 28).

Nos encontramos en él, y así como para disfrutar de un hermoso espectáculo necesitamos que ese gozo sea

compartido, así para disfrutar de Dios experimentamos la necesidad de no ser los únicos en disfrutar de sus dones.

Además, mientras cualquier otro bien es inestable, fluido, pasajero y aunque cause de la embriaguez, causa luego un desencanto proporcional, sin embargo Dios es siempre el mismo: *Tu autem semper idem ipse es* [Salmo 102, 28]; no conoce ningún cambio: *Ego Dominus et non mutor* [Malaquías 3, 6]; y esta certidumbre de que, una vez en posesión de él, no habrá para el que lo reciba en recompensa más que un aumento de felicidad en una luz siempre creciente, *ibunt de claritate in claritatem* [2 Corintios 3, 18], destruye cualquier envidia, da la paz y empuja únicamente a un crecimiento de nuestra virtud aquí abajo, para acrecentar el premio de la corona allá arriba.

3° *La esperanza nos fortifica*. La vida es un tiempo de combate; se necesita valor para luchar, pero la esperanza nos muestra a los que nos han precedido en la carrera, y nos hace ver cuán valerosamente han combatido: *“Tantum habentes impositam nubem testium, deponentes omne pondus et circumstant nos peccatum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen*: por tanto, también nosotros, teniendo sobre nosotros una nube tal de testigos, después de haber depuesto todo fardo y el pecado que nos circunda, corramos mediante la paciencia hacia el combate que se nos propone” (Hebreos 12, 1).

Y esto no es todo, la esperanza es muy cierta; supuesta nuestra buena voluntad, es seguro que nadie se pierde sino por su culpa. Por lo tanto, debo contar con el auxilio de Dios, el primer elemento de que consta mi salvación; el segundo es mi voluntad, y mi voluntad depende de mí, sólo tengo que entregarla a la acción de la esperanza y crecerá inmediatamente y se fortalecerá, ya que, segura de la ayuda de Dios, ¿qué puede temer si desea de una vez por todas entregarse al gran asunto de la vida, la conquista del cielo?

4° *La esperanza nos empuja hacia Dios.* En efecto, ¿qué hemos de desear aquí abajo? *Quid mihi est in coelo et a te quid volui super terram?* [Salmo 73, 25]. El alma, iluminada con la certeza de que puede poseer a Dios, desdeña cualquier otro objeto; *Deus cordis mei, et pars mea, Deus in aeternum!* [Salmo 73, 26]. Y de inmediato considerad la altura en que se coloca el alma llevada en las alas de la esperanza; busca a Dios sólo, y cuanto más espera bien tan grande, más se desapega de cuanto no es Dios. Sus deseos se acrecientan sin cesar; quiere poseer a Dios y poseerlo para toda la eternidad: “*Deus cordis mei, pars mea in aeternum!*: Dios de mi corazón –dices– ¡eres mi heredad para siempre!” (Salmo 73, 26). Dame los impulsos divinos de la esperanza para que nada de cuanto no seas tú pueda enredarme en sus trampas. ¡A ti te busco, mi alma sólo aspira a tus altares!: *Altaria tua, Deus virtutum!* [Salmo 84, 4].

Pero, poseer tan grandes bienes implica para adquirirlos el cumplimiento de ciertos deberes; examinemos cuáles deban ser.

II.- Deberes de la esperanza

La estima de nuestro Bien supremo 1° El primero de estos deberes es tratar de darse cuenta de lo que Dios es como Bien supremo. Porque no podemos desear lo que no conocemos, y el fallo de muchos cristianos consiste en no buscar suficientemente lo que deben conocer de Dios, a fin de conocer todos los tesoros de su bondad y de su misericordia para con nosotros. No podría insistir bastante sobre este punto. No deseamos suficientemente poseer a Dios porque no nos aplicamos suficientemente a conocerle. Ahora bien, para llegar a este conocimiento hay que estudiarlo en los Libros Santos y en la meditación.

¿Cómo vais a desear adquirir riquezas cuyo valor no conocéis?

La oración

2° Los condenados tienen la suficiente fe para valorar qué bien han perdido al perder a Dios. La fe de los condenados, que constituye su suplicio a causa de su desesperación, debe ser para nosotros un agujón, ya que la esperanza no sólo nos está permitida, sino mandada.

Pero para que esta esperanza sea inconvencible, hemos de pedir su incremento solicitando los auxilios necesarios para la salvación: por lo tanto, el segundo deber que se sigue de la esperanza es la oración, la oración ardiente que brota como un fuego de la meditación: *et in meditatione mea exardescet ignis* [Salmo 39, 4]; la contemplación de la belleza de Dios me abrasa con santos deseos y, poseído por tales deseos, me lanzo hacia Dios para pedirle ayuda, auxilios; las ayudas me han llegado ya, pero he de pedir incesantemente nuevos auxilios. Si dejo de pedir, Dios, desdeñado, apartará de mí su mirada; la ayuda y el apoyo me faltarán y me faltará fuerza para terminar mi carrera. Sí, he de ser un hombre de oración si quiero ser un hombre de esperanza.

La aceptación de los sufrimientos

3° El tercer deber de la esperanza consiste en aceptar las pruebas que Dios nos envíe; hemos no sólo de caminar, sino de correr mediante la paciencia: *per patientiam curramus* [Hebreos 12, 1]. ¡Cuántas murmuraciones no hemos de eliminar! ¡Qué de impacencias ahogar! El camino está abierto para nosotros del lado del cielo, corramos hacia él mediante la paciencia: *per patientiam curramus*. Aquí abajo todo reposa sobre la paciencia que confía en Dios y por ello decimos que la paciencia perfecciona nuestras obras: *patientia autem opus perfectum habet* [Santiago 1, 4].

Por eso, a punto de terminar su carrera, el Apóstol dice: “Sé de quién me he fiado, y estoy persuadido de que poderoso es Dios para guardar mi tesoro hasta el gran día: *scio cui credidi et certus sum quia potens est depositum meum servare in illum diem*” (2 Timoteo 1, 12). Dios guarda nuestro tesoro con tal que se lo confiemos y que sepamos esperar su día para recuperarlo. Seamos, pues, pacientes y que los sufrimientos del tiempo no hagan tambalear más una paciencia que espera en la eternidad. Caminemos con paciencia y por ella caminemos en la perfección, hija de paciencia: *patientia autem opus perfectum habet*.

Por fin, aprendamos a hacer nuestra elección. Por desgracia, ¡cuántos cristianos quieren ser salvados y no toman los medios! No hablaré de ellos, pero sí diré una cosa: ¡cuántos religiosos se han internado por el camino de la perfección y no intentan adquirir las correspondientes virtudes! ¡Pues bien!, hay que poner valientemente manos a la obra siendo hombres de fe y de esperanza. Que los ángeles puedan decir de nosotros, viéndonos seguir nuestra carrera, lo que el Espíritu Santo ha dicho de Abraham: “*Credidit contra spem in spem!*: ¡Esperó contra toda esperanza!” (Romanos 4, 18). Toda esperanza humana estaba perdida para él, era insensato que esperara un hijo, pero, por encima de la esperanza humana, se sumergió en la esperanza divina, creyó, esperó; *credidit contra spem in spem*: su esperanza no fue decepcionada.

Que nos suceda algo parecido, y la esperanza divina, transportándonos por encima de lo que es transitorio, nos abrirá las puertas del cielo; allí se desvanecerá como un vapor luminoso, pero únicamente tras habernos introducido en la realidad.



DÉCIMATERCERA MEDITACIÓN

LA CARIDAD

*“Major autem horum est charitas.
Pero la mayor de las tres es la cari-
dad” (1 Corintios 13, 13).*

Hablemos de la caridad, que es la virtud de las virtudes, y examinemos cuáles son: su excelencia, su santuario y su objeto.

I. - La excelencia de la caridad

La caridad es una muy especial amistad del hombre con Dios, y esta amistad ha de ser recíproca y acompañada de benevolencia, *amor cum benevolentia*, dice Santo Tomás.

en su fuente: el amor de Dios La caridad tiene su fuente en Dios, quien por una parte nos ha dado el poder de amar y por otra nos ha amado desde toda la eternidad: *in caritate perpetua dilexi te* (Jeremías 31, 3) y nos ha demostrado su amor mediante el modo como nos ha atraído a su seno paterno, *ideo attraxi te, miserans tui* (Ibid.).

Pero el hombre, a quien Dios se ha revelado por la fe como verdad infinita, principio de toda verdad, y por la esperanza como Bien supremo, el hombre que encuentra su felicidad en poseer a Dios desea, a causa de su belleza y de sus encantos, unirse a él sin que nada pueda separarle de él, y empieza a amar a Dios por Dios mismo; trata de ofrecerle todo cuanto puede una criatura desde su nada, desea a Dios toda adoración, toda gloria, todo dominio sobre el universo, todo el amor de las creaturas inteligentes.



**en su crecimiento:
el Espíritu de amor
suscitando nuestra
buena voluntad**

Ahora bien, admirad el modo como se forma, crece, se desarrolla, fructifica la caridad.

La caridad es un bello árbol cuya semilla está a la disposición del Espíritu Santo. Su soplo creador la arroja como él quiere en esa tierra que llamamos el corazón del hombre. Cae en ella y, según como esté preparada la tierra, se manifiesta; pero el Espíritu Santo sigue ayudándola; el amor divino, siempre respetando la voluntad humana y su libertad, la incita como el sol incita con sus rayos a las plantas al crecimiento; poco a poco su acción se hace más poderosa, si es escuchada; así es como el amor de Dios ha sido derramado en nuestras almas por el Espíritu Santo que se nos ha dado: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum sanctum qui datus est nobis* (Romamos 5, 5).

en sí misma

San Agustín no vacila en llamar a la caridad: “un movimiento del alma que tiende a gozar de Dios por él mismo: *Caritatem voco motum animi ad fruendum Deo propter ipsum*”. Este movimiento es imprimido por Dios, pero es un movimiento muy voluntario del corazón humano, y esto es, como señala Santo Tomás, lo que le da su belleza. Si todo viniera de Dios, ¿qué tendría de maravilloso que se amara a sí mismo en nosotros? Pero no es así como lo entiende. Quiere sin duda, en tanto que autor de todo bien, provocar al hombre a que se lance hacia él, como el águila incita a sus polluelos a volar; pero los que vuelan son los aguiluchos, y somos nosotros los que, mediante nuestro amor, nos lanzamos hacia Dios.

reina de las virtudes

Y este movimiento empuja al alma que ama a poseer todas las virtudes para poseer a Dios; no existe virtud sobrenatural sin amor divino; pero cuando un alma se ha dejado do-

minar por el deseo de amar cada día más, experimenta sobre todo una inmensa necesidad de probar a Dios su amor, y ¿cómo va a hacerlo sino mediante la frecuente renovación de aquellos actos que la hacen en cierto modo divina?

Por otra parte, si la caridad mana de la voluntad del hombre, es evidentemente una virtud por el esfuerzo que exige de la naturaleza corrompida, como también por lo que es en cuanto virtud conforme a la razón; ahora bien, puesto que nada hay tan conforme a la razón como vivir tendiendo a lo más perfecto y nada hay más perfecto que amar a Dios, se sigue que no hay en nosotros virtud más perfecta que la caridad.

Y notad que su perfección consiste en lo que yo llamo su desinterés: busca a Dios por sí mismo; está tan prendada de su belleza y de su misma naturaleza, que olvida cuanto pueda beneficiarla; ama a Dios por Dios y no por otro motivo.

La fe busca a Dios como verdad suprema que la ilumine; la esperanza se une a Dios como Bien infinito; la caridad ama a Dios por Dios y por nada más.

forma de las virtudes Es la forma de las virtudes, como ya he dicho, y por eso las demás virtudes dependen de ella y no tienen valor a los ojos de Dios que si le son ofrecidas por amor y, si puedo hablar así, en la medida en que se transforman en las llamas de la caridad. Entregad una caridad tibia, las demás virtudes languidecen; dad una caridad llena de ardor, las demás virtudes reproducirán sus llamas.

De tal forma que la caridad, la más excelente de todas las virtudes, por su propia esencia, comunica esta excelencia a todas las demás virtudes que, dejando de ser humanas, gracias a ella se elevan hasta Dios.

II.- El santuario de la caridad

La voluntad Si la caridad, en su principio y en su fuente, es el amor de Dios mismo, de tal suerte que no podemos amar a Dios sino porque él nos amó primero, Dios ha puesto en el hombre un santuario para albergar tan precioso tesoro y este santuario no es sino la voluntad en la que reside el poder de amar a su vez.

La voluntad no es aquella impresión sensible mediante la que nos precipitamos como por instinto hacia tal o cual objeto externo; la voluntad y el amor que de ella mana son potencias del alma en lo que tiene de más noble y más elevado; resulta, pues, fácil comprender la diferencia entre dos clases de afectos: cuando por una parte escuchamos decir a algunas personas: “No puedo amar a Dios porque no le veo”, y por otra parte, a Jesucristo que declara que a Dios nadie la ha visto: *Deum nemo vidit unquam*, y sin embargo nos declara, tomando la expresión de Moisés, que hay que amarlo con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas. Juzgad en base a esto a cerca de los dos amores y constataid que, si el uno se parece al de los animales defendiendo a sus cachorros, el otro es una entrada en un mundo superior en el que el alma sola debe actuar.

purificada por el Espíritu Santo Se trata, si me puedo expresar así, de algo parecido a lo que sucedía en el templo de Jerusalén; la multitud no podía pasar de cierta valla; el sumo sacerdote, tras las purificaciones prescritas, penetraba solo en el Sancta Sanctorum. Así, tenemos en nosotros un montón de afectos que se acercan a Dios, pero que no pueden penetrar hasta él; sólo la voluntad purificada por el Espíritu Santo puede ir hasta el altar de Dios, y Dios viene con gozo a habitar y a pasarse, de acuerdo con la

expresión del Profeta, en este santuario del alma en que el amor de Dios y el amor del hombre se dan cita.

Pero si la voluntad sola, en su principio más puro, es capaz de amar a Dios, el ser humano en su totalidad puede recibir sus preciosos arrebatos. ¿David no ha dicho acaso: “*Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*: mi corazón y mi carne exultaron en el amor del Dios vivo?” (Salmo 84, 3).

Por perfecta que sea esta voluntad, no olvidemos que es siempre Dios quien la pone en marcha y quien le da el poder de lanzarse hacia el objeto de su amor. Escuchad a Santo Tomás: “*Caritas est amicitia quaedam hominis ad Deum, fundata super communicationem beatitudinis aeternae*: la caridad es una amistad del hombre para con Dios, fundada sobre la comunicación de la felicidad eterna”. La esperanza es la que nos muestra la felicidad eterna en Dios. Pero, si Dios es generoso, el alma quiere también serlo a su vez, y así es como se pone, por agradecimiento, a amar a Dios por sí mismo.

**disponiendo grados
dentro de sí misma**

Por lo tanto, comprendemos que la caridad, como un germen dentro de la esperanza, es imperfecta, pero puede crecer indefinidamente: *ibunt de virtute in virtutem* [Salmo 84, 8]. Son como los distintos grados que el alma dispone dentro de sí misma, *ascensiones in corde suo disposuit* [Salmo 84, 6], para elevarse siempre más alto, hasta que pueda contemplar “al verdadero Dios, por encima de todos los dioses inferiores, en la verdadera Sion: *Videbitur Deus deorum in Sion*” [Salmo 84, 8].

**Crecimiento de la
caridad**

Sí, la caridad puede crecer sin cesar, y nadie puede decir, entre los que tienen la dicha de creer: ¡ya basta! *Nemo fidelium, etsi multum profecerit, dicat: sufficit mihi*, exclama San Agustín. ¡Qué, pues! Dios nos ama mil y mil veces más de lo que seremos nunca capa-

ces de amarle; bajo la acción del Espíritu Santo nuestro corazón se puede ensanchar en proporciones desconocidas para amarle siempre más, ¡y cómo no íbamos a aprovechar, en un esfuerzo de agradecimiento, para devolverle a Dios, aunque no sea más que de lejos, algo de sus beneficios! ¡Qué ingratitud no sería la nuestra!

Digamos, pues, con el Doctor de la caridad: “*Caritas meretur augeri, ut aucta mereatur perfici*: la caridad merece ser aumentada, para que creciendo merezca llegar a ser perfecta” (San Agustín). Acrecentémosla cuanto podamos; no puede llegar a ser perfecta sino en el cielo, pero acordémonos de que incluso en el cielo hay diversos grados de perfección en la recompensa, según el grado de perfección que hayamos alcanzado aquí abajo.

Así es como, según Santo Tomás, cuanto más se acrecienta la caridad, más se hace capaz de crecimiento. Por eso la caridad aquí abajo es perfecta cuando amamos a Dios no tanto como se merece, lo cual es imposible, sino cuanto, con el auxilio de la gracia, nos hacemos cada día más capaces de amarle.

Enfriamiento de la caridad

¡Desgraciadamente, la caridad también se enfría! Y eso es lo que el Verbo eterno reprocha en la primitiva Iglesia a aquel obispo cuya caridad ya no era la misma: “*Habeo adversum te quod caritatem tuam primam reliquisti*: tengo contra ti que has perdido tu caridad primera” (Apocalipsis 2, 4). Existen almas débiles que comienzan y no terminan. Temamos para nosotros tales fluctuaciones, y cuando sintamos que vienen a disminuir las fuerzas de nuestra alma, démonos prisa a rechazarlas.

Si la caridad puede ser disminuida, también puede ser destruida, y un solo pecado mortal basta para esta desgracia.

Guardémonos, pues, del pecado mortal, y recordemos que Satanás ha sido el más culpable de los seres, porque Dios le había hecho el más capaz de amar.

III.- Dios, objeto de la caridad

El objeto de la caridad es Dios y el prójimo por amor a Dios. Pero para no hablar aquí más que de Dios, en quien podemos amar a nuestros semejantes, recordemos que debemos hacer todo lo posible para poseerlo.

La piedra preciosa del Evangelio Se trata de la piedra preciosa del Evangelio que no podríamos pagar demasiado cara, hacia la que toda nuestra voluntad debe tender sin tregua; no gozamos de ella aquí abajo; pero gozaremos de ella en la patria, en un grado inefable, cuando descansemos en él; nos adheriremos a él por él mismo, ya que, como dice San Agustín: *Fruí est inhaerere alicui propter semetipsum*, y sólo Dios tiene derecho a ejercer sobre nosotros esta exigencia, ya que, siendo superior a todo incluso a nosotros, hacia él es hacia quien hemos de tender, como la llama al consumirse tiende siempre a elevarse.

La renovación de nuestra alma En esta elevación por encima de nosotros mismos, para tender hacia Dios, es donde se opera la renovación de nuestra alma. “*Dilectio*, dice San Agustín, *innovat nos ut simus homines novi, haeredes testamenti novi, cantores cantici novi*”. ¡Oh, seamos hombres nuevos por la fe, herederos de la nueva alianza por la esperanza, cantores del cántico nuevo por el amor! Y mirad, en efecto, cuando trato de amar a Dios, ¿qué deseo sino amar al mismo amor?: “*Deus caritas est: Dios es amor*” [1 Juan 4, 8]. La tercera persona de la adorable Trinidad viene a mí para unirme a la Trinidad toda. ¡En qué océano de amor estoy invitado a sumergirme, cuando se me propone adherirme sólo a Dios!

La reciprocidad de amor La caridad implica una mutua reciprocidad; sin embargo, dice Santo Tomás, hablando con propiedad, consiste más en amar que en ser amado, pero cuando Dios, en su amor que ha comenzado, me invita a amarlo a mi vez, ¿qué no debo hacer para ofrecerle los arrobamientos de la más ardiente ternura?

¿Cuándo, pues, amaré como conviene a esta Bondad, a esta Belleza, a esta Perfección infinita? ¿Cuándo me adheriré sólo a ella? ¿Cuándo desearé no gozar más que de ella?

El conocimiento de Dios Pero como en Dios todo debe ser amado, he de esforzarme por conocerlo, tanto como se pueda aquí abajo, de acuerdo con todo lo que él es.

¡Qué horizontes nuevos se abren ante el alma que desea de una vez por todas entrar en esta senda del amor! ¡Qué miseria la de detenerse en ella, la de retroceder! ¡Oh, Señor, no permitas que me suceda esto a mí! Por el contrario, haz que mi amor, cada vez más ardiente, me acerque siempre más a ti hasta mi último suspiro y me una para siempre a ti durante toda la eternidad.

“La razón para amar a Dios, es Dios mismo, y la medida del amor es el amor sin medida: *Causa diligendi Deum Deus est, modus sine modo diligere*” (San Bernardo).

DÉCIMACUARTA MEDITACIÓN

LA ORACIÓN

Me propongo hablar de algunas condiciones para la oración, sin las que es muy difícil poder sacar frutos ventajosos.

Las agruparé en seis puntos principales: 1° la atención, 2° la humildad, 3° la confianza, 4° la perseverancia, 5° la adoración, 6° la acción de gracias.

I.- La atención

Nuestra deplorable ligereza

Es triste constatar con qué ligereza rezan la mayor parte de los hombres; entrad en una iglesia,

mirad el ademán de la gente y juzgad por la postura externa sobre la atención que se presta a la oración. Esto para la generalidad de los cristianos.

¿Son las personas piadosas a menudo más recogidas? Su ademán externo es bueno, lo sé; pero, ¿qué sucede por dentro? Adoráis al Santísimo Sacramento, ¿en qué pensáis? Asistís a la misa, ¿dónde está vuestra mente? Incluso en la comunión, ¡cuánto desvarío de la imaginación! Os halláis en relación muy íntima con Dios, ¿cómo son vuestras acciones?

Así funciona la ligereza humana: esto demuestra sin duda una disposición poco favorable de nuestra inteligencia y ante todo poco halagadora. No sabemos recogerlos, no somos dueños de nuestros pensamientos, no tenemos dominio alguno sobre nuestra imaginación: ¡cosa deplorable! Y sin embargo, ¡qué respeto el debido a la majestad de Dios!

El respeto interior debido a Dios Se trata de darse cuenta de sus derechos sobre nosotros. ¿Se contenta, respecto de nosotros, con vanas ceremonias? En absoluto. Ya no se contentaba con ellas bajo la ley antigua. Se quejaba del escaso respeto que le tenían: “*Populus iste labiis suis glorificat me, cor autem eorum longe est a me*: este pueblo me glorifica con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Isaías 29, 13). Si Dios tenía derecho a formular tales reproches bajo la antigua ley, en que no hablaba por decirlo así más que en figura: “*Umbram habens lex futurorum bonorum*: donde la ley era la sombra de los bienes futuros” (Hebreos 10, 1), ¿con cuánta más razón no va a exigir bajo la nueva ley toda la atención de nuestro espíritu y de nuestro corazón? Dios tiene derecho a ir al fondo de las cosas y de nuestros sentimientos más íntimos: “*Deus autem intuetur cor*: mira el fondo del corazón” (1 Samuel 16, 7). En el corazón es donde pone su santuario, quiere que nos repleguemos sobre nosotros mismos, para ser adorado por nosotros en lo que hay de más puro y de más perfecto en el fondo de nuestra vida.

¿Dónde me encuentro a este respecto, y cómo he considerado, en mi oración, los derechos de la eterna Majestad?

II.- La humildad

Conocimiento de mi pequeñez Ciertamente, la dificultad que tengo para recogerme cuando me encuentro en presencia de Dios debería darme humildes sentimientos de mí mismo. ¿Qué soy, en efecto, sino un pecador de tal manera arrastrado hacia las cosas inferiores, que me encuentro incapaz de elevarme hacia lo que es superior, hacia lo divino? ¿Se trata de negocios? ¿Se trata de discusiones sobre política? ¿Se trata de placeres? Mi alma se entrega a ello enteramente. ¿Se trata de mi eternidad? Inmediata-

mente me vuelvo cobarde, incapaz, pesado y los intereses de mayor importancia no me conmueven. Por cierto, he ahí motivo para tener, en lo que me atañe, las disposiciones más bajas. No y no, nada de qué sentirme orgulloso.

Pero si se trata de mis relaciones con Dios, peor aún. ¿Qué es él? ¿Y qué soy yo? Él es la perfección, la grandeza, el poder, la sabiduría infinita. ¡Con qué disposiciones no debo acercarme a su trono! Y si desciendo al fondo de mí mismo, ¡qué miseria y qué corrupción, qué prodigios de ingratitud, qué prontitud a inflarme con méritos que no tengo o que echo a perder si, teniéndolos en un grado cualquiera, me envanezco de ellos! He ahí dónde estoy, a dónde me dejo llevar por mi orgullo. ¿Pero, cuánto durará este estado? ¿Cuándo sabré de una vez romper las ligaduras de mi amor propio y entrar en una vida de anonadamiento como corresponde a un pecador, tanto más cuanto que si deseo que mi oración dé frutos he de recordar la palabra: “*Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*: Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes”? (Santiago 4, 6).

**Confesión de mi
pequeñez en presencia
de Dios**

¿Voy a Dios con humildad? Al ponerse en presencia de Dios, el religioso debe pensar ante todo que no es sino ceniza y polvo y por tanto: “*Quid superbis, terra et cinis?: ¿Por qué te enorgulleces tú, polvo y ceniza?*” (Eclesiástico 10, 9). ¡Cuán insensato soy, cuando me preocupo por ser un hombre de cierta valía! No, no. “No soy, en expresión de San Agustín, sino mentira y pecado: *quid habet homo a se, nisi peccatum et mendacium?*”. Si quiero que mi oración penetre en los cielos, ha de partir del fondo de mi humillación: *Oratio humiliantis se nubes penetrabit*” (Eclesiástico 35, 21 [17]).

Y si quiero tener en presencia de Dios otro pensamiento distinto del de mi nada, haré que mi oración sea perfec-

tamente inútil. Por lo tanto, lejos de apartar mis pecados voy a presentarme ante Dios con ellos, con su triste cortejo; me llenarán de vergüenza, y Dios no despreciará esta humillación: me perdonará porque me habré humillado, y me escuchará en lo que le pida para volver a una senda mejor, a una vida nueva.

Mira mi debilidad, Dios mío, la confieso. Date prisa en curarla y en dame la fuerza de servirte en adelante con la humildad de un auténtico religioso.

III.- Confianza en Dios

Esta confianza reposa sobre los únicos méritos de Nuestro Señor. Sé que por mí mismo nada puedo, pero que mediante la gracia de Dios todo lo puedo [Filipenses 4, 13]. Quiero contar absolutamente con esta gracia.

La confianza así entendida es uno de los homenajes que más conmueven al corazón de Dios. Proclamamos que de él procede todo don perfecto [Santiago 1, 17], y al mismo tiempo proclamamos y su bondad y su poder; su misericordia no tiene medida, para emplear la expresión del Salmista: *Et misericordiae ejus non est numerus* [Salmo 147, 5]. ¡Oh, con qué facilidad cede Dios ante los que ponen en él su confianza y cómo se manifiesta entonces su poder!

Nuestra miseria es inmensa, su poder es más inmenso aún; él manda a los vientos y al mar; no hay tempestad que no se apacigüe cuando él le manda que se calle. Sí, recemos con confianza; él mismo lo manda así: "*Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis*: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará" (Juan 16, 23).

Es que Dios quiere tratar con creaturas que, aunque no grandes por sí mismas, al menos engrandecidas por su relación con él; Dios, en su magnificencia, quiere ennoblecer a todos aquellos con los que se comunica, con tal que quieran adquirir sentimientos dignos de él. Así se

realiza el trabajo de elevación sobrenatural que la Iglesia inspira en sus hijos cuando les dice: “*Sursum corda: ¡levantemos el corazón!*”, allá donde los sentimientos se divinizan, donde la confianza se funda sobre lo que hay de excelente en la esencia de nuestro Padre que está en el cielo.

IV.- Perseverancia en la oración

Recordemos a la Cananea: reza con un corazón de madre que ve a su hija cercana a su fin; la muerte se la va arrebatar; persigue al Salvador con sus lágrimas y sus gritos, y el Salvador no presta atención alguna a su sufrimiento. Al final, para deshacerse de ella, son los discípulos quienes piden a Jesús que haga un milagro; y Jesús se lo niega incluso a sus discípulos: “No hay que tomar el pan de los hijos –dice– para echárselo a los perros” [Mateo 15, 26]. ¡Qué aparente dureza! Y la pobre madre, así rechazada, ¿qué debía hacer sino retirarse? Se guardará de hacerlo. Conocéis su respuesta, tan hermosa, que Nuestro Señor exclama: “*O mulier, magna est fides tua: Oh, mujer, qué grande es tu fe*” (Mateo 15, 28). Y lo que pedía se le concede inmediatamente.

Pero Dios, al exigir que nuestra oración sea perseverante, quiere hacernos sentir el valor de sus dones que nosotros estamos demasiado inclinados a subestimar. No hemos, pues, de desanimarnos jamás.

La perseverancia por sí misma es un signo de fuerza y de voluntad; pero la perseverancia es también un ejercicio que duplica y decuplica esta fuerza, mediante una especie de combate con Dios, combate en el que quiere ser vencido, como en el de Jacob con el ángel. Dios parece querer retirarse y el alma, como Jacob, le dice: “*Non dimittam te donec benedixeris mihi: No te dejaré hasta que no me hayas bendecido*” (Génesis 32, 27). A Dios le gusta esta importunidad; Jacob recibe el nuevo

nombre de Israel, es decir, fuerte contra Dios. Dios ha querido ser vencido, y desea serlo por nosotros, con tal que perseveremos.

V.- La adoración

¿Quién piensa en adorar a Dios? ¿Quién se ocupa de aportarle la proclamación de su supremo dominio sobre las criaturas? Y sin embargo, ¿qué hacen los ángeles en el cielo? ¿Qué hacen los santos mediante su cántico sin fin?

La adoración, en la oración, debería manifestarnos los derechos de Dios. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido, y si lo hemos recibido, en vez de gloriarnos de ello, por qué no referir todos esos dones a Aquél que los ha distribuido en nosotros? ¿No sería el mejor medio de obtener otros más abundantes aún?

por nosotros La adoración tiene, por otra parte, una ventaja enorme para nosotros. Sin duda no podemos ofrecer a Dios sino lo que él nos ha concedido antes; pero por su parte quiere hacer realmente como si nuestra voluntad nos perteneciera, para que en la adoración podamos ofrecerle el libre homenaje.

por los que no le adoran Además, en este acto, podemos adorarle por los que no le adoran. Cuando Satanás y sus ángeles fueron precipitados del cielo, los espíritus bienaventurados, que permanecieron fieles y firmes en la gloria para la eternidad, debieron ofrecer a Dios cánticos de reparación y de desagravio por la apostasía de sus antiguos compañeros y para dar al Todopoderoso las adoraciones que los espíritus rebeldes ya no le presentaban. Lo mismo

nos pasa a nosotros sobre la tierra. Cuando el alma llamada a la perfección se ve rodeada como de una deserción universal, cuando el santuario se queda solo, cuando en vez de homenajes públicos a Jesucristo la blasfemia sube de todas partes, cuando en lugar de la debida adoración la rebelión se agita por todas partes, cuando la tierra parece tener la ambición de parecerse al infierno, entonces es útil que se manifieste la abnegación.

**la hora de los
religiosos**

No temo decirlo, es la hora solemne de los religiosos; pueden perseguirlos, desterrarlos, siempre les queda el santuario de su corazón; disponen de adoraciones íntimas, silenciosas, llenas también de valor, y éstas son las más preciosas, porque van siempre acompañadas por la ofrenda de la vida de Aquél que las presenta ante el trono de Dios.

VI.- Acción de gracias

Cuando Nuestro Señor curó a diez leprosos, había entre ellos nueve hebreos, sólo un extranjero. Y sólo este extranjero pensó en dar gracias a Jesucristo.

**El deber de
agradecimiento**

El agradecimiento siempre ha sido muy raro en el corazón del hombre, y los mayores beneficios le dejan bien a menudo ingrato. Un Dios nos ha creado, ¿quién le da gracias? Un Dios nos ha rescatado, ¿quién le devuelve amor por amor? Un Dios, en nuestra ignorancia de la alabanza divina, viene a rezar en nosotros con suspiros inefables [Romanos 8, 26], ¿quién presta oídos a esta plegaria interior, a la que él nos formaría si quisiéramos prestarle alguna atención? ¿No sería mejor

pedir a las criaturas que compartieran con nosotros sus tesoros, sus vanidades, sus placeres, todas sus mentiras? ¡Qué de hombres habrán pasado sus vidas sin pensar en presentar a Dios una seria acción de gracias por todos sus beneficios!

Comprendamos este inmenso deber del agradecimiento. Exclamemos a menudo: “*Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?*: ¿Cómo podré pagar al Señor todo el bien que me ha hecho?” (Salmo 116, 12).

La oración de gratitud Nada inclina tanto a Dios a dar como el darle gracias por sus dones. Oh, seamos agradecidos y aprendamos a ofrecerle toda la gratitud a la que tiene derecho. Si nuestra oración no fuera más que una acción de gracias continua, sería bien poderosa para hacernos agradables a Dios. Demos gracias, demos gracias sin cesar a Dios por todas sus larguezas; démosle gracias incluso por aquello que nos parece duro de su parte: *in omnibus gratias agentes* [Efesios 5, 20]; y cuanto más nuestra acción de gracias sea sincera, amorosa, llena de ímpetu, más fluirán los dones divinos en nuestros corazones, hasta el día en que recibamos y para siempre, el don de los dones: ¡a Dios mismo!
